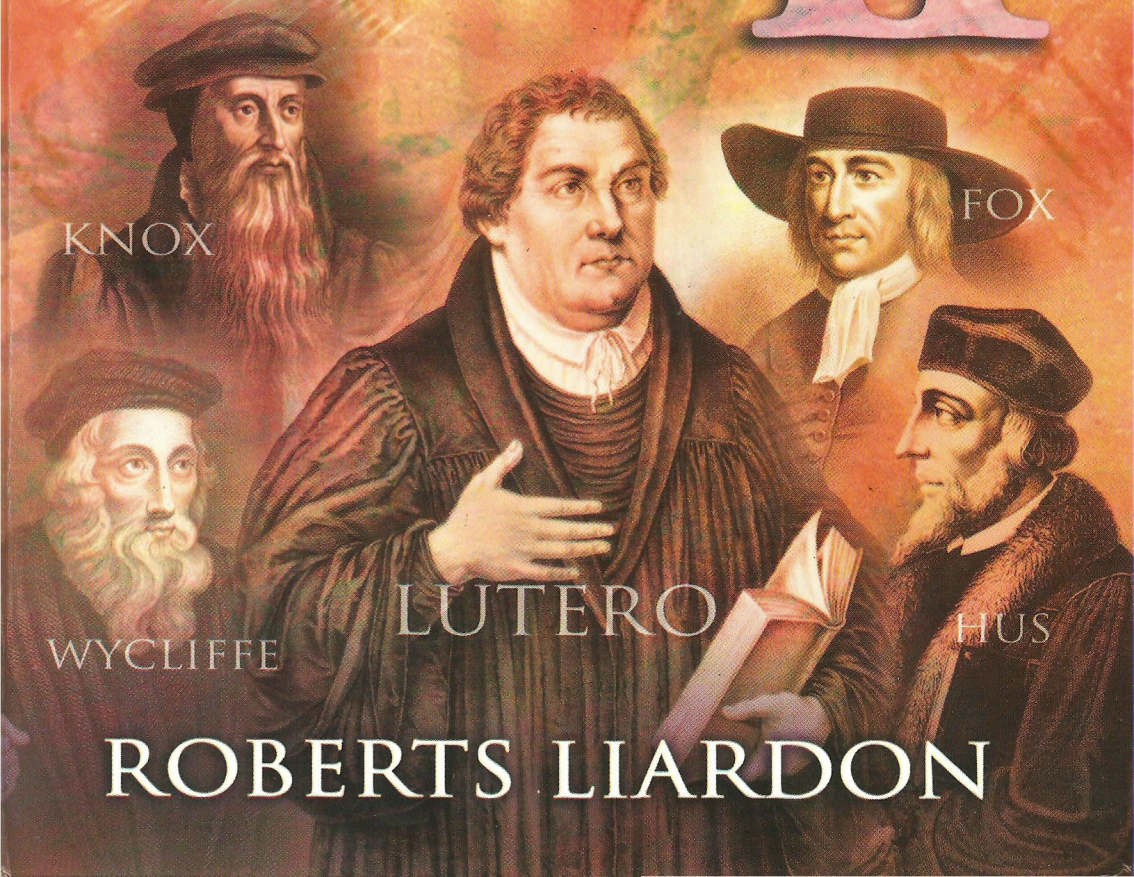


Los apasionados reformadores



LOS GENERALES DE DIOS II



KNOX

FOX

WYCLIFFE

LUTERO

HUS

ROBERTS LIARDON

LOS GENERALES VICTORIOSOS



CONOZCA EL SECRETO DE SU PODER

En una atmósfera de opresión y tinieblas, los reformadores llegaron con una revelación de Dios y traducciones de la Biblia al idioma común. Roberts Liardon nos presenta a seis hombres que lucharon por introducir nuevamente las creencias y los principios de la iglesia primitiva. Atravesaremos con ellos sus períodos más brillantes, así como los tiempos de persecución.

Al leer acerca de estos hombres que sacrificaron todo en su lucha por Dios, y ver diversas fotografías reveladoras, podremos valorar la libertad que tenemos para adorar, encontraremos aliento para nuestras luchas espirituales y la motivación para buscar verdades bíblicas para nuestras propias vidas.

Una obra monumental que conmueve los corazones de los hombres.

—**DR. ORAL ROBERTS** (Autor de *Cómo hacer lo imposible*)

Apasionados reformadores es un nombre muy adecuado para un libro sobre hombres que verdaderamente responden a él. Su fe crecerá al comprobar que Dios utiliza a quien Él elige.

—**PASTOR IVERNA TOMPKINS**

Su libro sobre los reformadores echará mucha luz sobre las personas que Dios utilizó y el precio que ellos debieron pagar por la libertad que tan gozosamente disfrutamos.

—**PASTOR RICK GODWIN** (Autor de *Exponiendo la hechicería en la Iglesia*)



ROBERTS LIARDON es presidente de *Roberts Liardon Ministries*, fundador y pastor principal de *Embassy Christian Center* en Irvine, California, EE.UU. También es fundador del *Spirit Life Bible College* y de la *Life Ministerial Association*, en Irvine. Ha predicado en más de 80 naciones y sus libros fueron traducidos a más de 27 idiomas, los que circulan por todo el mundo.



Algunas opiniones sobre este libro

Al escribir esta secuela de su maravilloso libro *Los Generales de Dios*, compilando información explícita y auténtica sobre algunos de los líderes escogidos por Dios, Roberts ha hecho un trabajo notable para estimular nuestra fe de modo que creamos que Dios hará lo que parece imposible. Estos hombres han sentado los fundamentos sobre los cuales nosotros ahora podemos construir.

Apasionados reformadores es un nombre muy adecuado para un libro sobre hombres que verdaderamente respondieron a Él. Eran hombres comunes que respondieron al llamado de Dios para marcar una diferencia en las vidas de las personas de su generación. Al leer esto, nos enfrentamos a la pregunta: ¿Espera Dios menos de nosotros que de ellos?

¿Es realmente importante leer acerca de los avivamientos del pasado y de aquellos a quienes Dios utilizó para lanzarlos? Usted se dará cuenta de que es así al leer sobre los éxitos y los fracasos, los puntos fuertes y los puntos débiles de estos ministros, y la forma en que los demás aceptaban o rechazaban la sobrenatural demostración de Dios en las reuniones. Su fe crecerá al comprobar que Dios utiliza a quien Él elige. Usted descubrirá una nueva pasión por los perdidos y encontrará un nuevo deseo de ser un poderoso testigo de Cristo.

- PASTORA IVERNA TOMPKINS

Roberts Liardon, un pionero y joven predicador, que ha combatido sus propios demonios, que ha trastabillado pero siempre ha vuelto a luchar, ha sabido toda su vida que algún día podría captar el espíritu y la fe de los hombres de Dios—Wycliffe, Hus, Lutero, Knox, Calvino y Fox— que quebraron la columna vertebral del sistema religioso de las épocas oscuras y nos trajeron el Evangelio de Jesucristo de Nazaret en su forma más pura: el hombre es salvo por gracia y no por obras, para que nadie se gloríe.

Una obra monumental que conmueve los corazones de los hombres.

- DR. ORAL ROBERTS

Roberts Liardon es un excelente estudioso y escritor sobre la historia de la iglesia. Su libro sobre los reformadores echará mucha luz sobre las personas que Dios utilizó y el precio que ellos debieron pagar por la libertad que tan gozosamente disfrutamos.

- PASTOR RICK GODWIN

LOS GENERALES DE DIOS II

LOS GENERALES DE DIOS II

ROBERTS LIARDON



BUENOS AIRES - MIAMI - SAN JOSÉ - SANTIAGO

www.editorialpeniel.com

Los Generales de Dios II

Roberts Liardon

Publicado por Editorial Peniel

Boedo 25 C1206AAA Buenos Aires - Argentina

Tel/Fax: 4981-6178 / 6034

e-mail: penielar@peniel.com

Publicado originalmente con el título: *God's Generals II*

Copyright © 2003 By Roberts Liardon

Published by Whitaker House

30 Hunt Valley Circle

New Kensington, PA 15068

Copyright © 2005 *Editorial Peniel*

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma sin el permiso escrito de Editorial Peniel.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

Liardon, Roberts

Generales de Dios. – 1a ed. – Buenos Aires : Peniel, 2005

Traducido por: Virginia López

ISBN 987-557-049-4

1. Biografías. I. López, Virginia, trad. II. Título CDD 922

v. 2, 400 p. ; 23x16 cm

Dedicatoria



Quisiera dedicar este libro a cuatro grupos de personas que me han dado amor y apoyo incondicionales y se han entregado para cumplir con la visión celestial.

A los misioneros de *Operation 500* y los alumnos y graduados del *Spirit Life Bible College*. Gracias por dejar lo que el mundo podría ofrecerles para seguir lo que Dios tiene en su corazón. Recuerden: los hombres de los que habla este libro fueron duramente perseguidos y, algunas veces, martirizados, por descubrir las sencillas verdades que ustedes llevan a las naciones.

A la familia del *Embassy Christian Center*: no solo ustedes han amado y guardado el territorio local, sino que también se han convertido en un centro de lanzamiento a la actividad ministerial internacional. Gracias por ser de tan valioso apoyo para los miles de personas que, a lo largo de los años, han llegado para ser bendecidas por Dios en este lugar.

A las iglesias y los ministros de la *Embassy Ministerial Association*: gracias por amar la verdad y por no rendirse ante los espíritus territoriales que han tratado de mantener atadas a personas y comunidades. Que las historias de las vidas de las que habla este libro les confirmen que están en la senda correcta en su trabajo para el reino.

A mis colegas y amigos de todo el mundo: creo que tengo los colegas y amigos más fieles y confiables del mundo en el ministerio internacional. Gracias por su increíble fidelidad hacia mi familia y hacia mí. Por cada palabra de aliento, por cada oración, por cada mensaje de correo electrónico, cada carta, cada donación, estoy eternamente agradecido.

Amigos, estoy agradecido por cada uno de ustedes.

Una palabra de gratitud

Quiero agradecer personalmente al personal y los voluntarios de *Roberts Liardon Ministries* que han mantenido viva la visión y han seguido este proyecto a través de un camino con múltiples dificultades hasta llegar a su fin.

Especialmente, quiero agradecer a mi madre, Carol, por su increíble fortaleza de carácter y su amor. ¿Dónde estaríamos sin ti? Priscila, hermana mía y mujer de Dios, aprecio tu fe inquebrantable y tu capacidad de mantenerte firme aun cuando otros no lo hagan. Y abuela, “Grams” Gladolyene Moore, todo esto, aun este libro, es resultado de tus oraciones. Ustedes tres son las mujeres más valientes que conozco.

Índice



Introducción.....	15
1. John Wycliffe <i>El traductor de la Biblia</i>	19
2. John Hus <i>El padre de la Reforma</i>	57
3. Martín Lutero <i>Abrió paso a la Reforma</i>	117
4. Juan Calvino <i>El apóstol maestro</i>	191
5. John Knox <i>El reformador de la espada</i>	253
6. George Fox <i>El liberador del espíritu</i>	321
Acerca del autor.....	391

Introducción



Cuando yo tenía casi doce años, el Señor se me apareció en una visión y me dijo que estudiara las vidas de los grandes predicadores, para conocer las razones de sus éxitos y sus fracasos. En esa búsqueda aprendí la importancia de la historia. La historia es el plano de nuestro pasado. Con todos sus errores y sus triunfos nos habla de algo que siempre vuelve a repetirse en algún momento, en algún lugar, en cada generación, pero muchas veces con una forma o un método diferente.

He titulado, creo que acertadamente, mi segundo libro sobre los “Generales de Dios” como *Apasionados reformadores*. Creo que es vital que comprendamos la historia pasada de la Reforma y el carácter de quienes la produjeron. Cada generación necesita una reforma, porque, cuando olvidamos nuestra historia o nuestra razón de vivir, nuestra confianza en el Espíritu Santo puede adormecerse y los cielos se cierran como puertas de hierro.

Este segundo libro es más detallado que el primero, porque el volumen de estudio fue mayor. Incluye métodos de pensamiento y doctrinas que pueden parecernos extraños. Esto es, principalmente, porque vivimos y disfrutamos lo que estos grandes hombres debieron luchar para imponer. Vivimos los beneficios por los que estos hombres entregaron sus vidas para que los tuviéramos. Hoy podemos escuchar en un solo culto lo que a ellos les llevó años y años comprender.

También escribí este libro porque quiero que usted comprenda el proceso de la Reforma y el espíritu subyacente a ella. La Reforma produce una revolución total en una situación oscura y, con gran fortaleza física y espiritual, crea una atmósfera de libertad y relaciones entre Dios y su pueblo. Al leer, usted verá cómo cada uno de estos hombres construyó sobre la obra de su predecesor para llegar a la reforma en su generación.

Aunque el período real de la Reforma es el siglo XVI, según se reconoce históricamente, las obras que llevaron a ella comenzaron generaciones

antes; es por eso que he incluido a John Wycliffe y John Hus como figuras principales. Cada uno de los seis hombres que he elegido era diferente en personalidad y método, pero sus metas eran las mismas. Cada uno tenía una tarea asignada desde el cielo. Cada uno entregó su vida esperando ver que la tarea se cumpliera, y algunos murieron como mártires. Y cada uno de ellos (excepto Fox) tuvo que luchar contra la hipocresía y la blasfemia de la Iglesia Católica medieval.

Los capítulos 1 al 5 se desarrollan dentro de un mismo marco histórico. Permítame resumir rápidamente la situación. Antes del siglo XIV, si una persona era considerada cristiana, entonces, pertenecía a la Iglesia Católica. O era católica, o era pagana. Para el siglo XIV, la Iglesia Católica había caído en el delirio del poder, y los abusos comenzaron a mostrarse en la forma de una extrema hipocresía y blasfemia. Esta iglesia se había erigido en voz y juicio de Dios absoluto sobre todo el mundo conocido. Controlaba los gobiernos seculares y a los reyes, a los que quitaba de sus tronos cuando lo deseaba y porque lo deseaba, especialmente si se trataba de alguien que amenazaba su propia prosperidad y poder. Algunos reyes, aunque heredaban el trono, debían pagar una “renta” al Papa para conservar la corona; tenían que pagar... o sufrir las consecuencias.

Para mantener esta dictadura la Iglesia Católica se aseguró de que la Biblia estuviera solamente en latín. La gente común no sabía leer ni comprender el latín, así que era víctima de lo que la Iglesia Católica le enseñara. Las personas comunes tenían prohibido, poseer Biblias, ya que se creía que solo los sacerdotes podían tener tal honor. Pero los clérigos rara vez leían la Biblia, y muchos no tenían idea de qué decía. Inventaban historias y fábulas, todas envueltas en misticismo. Lo desconocido los mantenía en una posición de prestigio entre el pueblo. Se dejaba bien en claro que la persona común no podía jamás conocer a Dios —mucho menos, agradecerle—, por lo cual la gente quedaba limitada a servir bajo cualquier atadura caprichosa que creara la jerarquía religiosa. Ellos inventaron el purgatorio y la infalibilidad del Papa. Ellos crearon las indulgencias, y las vendían como medio para pagar la excesiva deuda que había contraído un Papa. Al pueblo le enseñaban que, si gastaban suficiente dinero en una indulgencia, los prelados les otorgarían la entrada al cielo. Si un niño moría antes que sus padres pudieran pagar por su bautismo, la leyenda decía que el niño estaba condenado a vagar por la Tierra como una libélula u otro insecto u otro animal.

Dado que la política religiosa era el espíritu dominante detrás de todo esto, los clérigos católicos buscaban más las riquezas y la prominencia que el bienestar del pueblo. La Iglesia Católica estaba revestida de lujos,

mientras las personas comunes sufrían. Cada doctrina que creaban, cada sistema de adoración que instituían, tenía la codicia por el dinero como motivación. Hacían todas las leyes que creían necesarias para asegurarse más dinero, más tierras y más poder para sí. En el siglo XV los Papas mismos se involucraron en asesinatos y las súbitas muertes de quienes trataban de ganar el poder. La inmoralidad era generalizada, ya que los sacerdotes tenían varias amantes, además de aventuras homosexuales o adúlteras.

Dado que los sacerdotes no conocían la Biblia, no tenían ninguna revelación de su contenido. La sangre de Jesús no era suficiente para ellos, por lo que inventaron el poder reconciliador de santos muertos como Ana (madre de María), José, María, y muchos otros. Para el siglo XVI, si alguien se oponía a este sistema era enjuiciado en medio de un torrente de mentiras, y acababa siendo excomulgado o muerto.

En medio de esos tiempos oscuros surgieron hombres como John Wycliffe, John Hus, Martín Lutero, John Knox y Juan Calvino. Para el siglo XVII la Reforma estaba en su apogeo. George Fox desafió el frío letargo religioso y la discriminación civil de otra forma: permaneció dentro de la Iglesia Católica y la reavivó con el ministerio del Espíritu Santo. Cada uno de estos seis hombres se levantó para cumplir lo que la voz de Dios decía a su corazón. Con espíritu y determinación inquebrantables, defendieron la verdad y se convirtieron en reformadores para Dios. Cada uno de ellos comenzó lentamente a penetrar la oscuridad que lo rodeaba con la verdad de Jesucristo y la certeza de su Palabra.

Ahora nos toca a nosotros. La historia aún se está desarrollando, y los ojos del cielo están sobre nosotros. Tome su lugar. Plántese firmemente en medio de su generación y su nación, y hagamos que el mundo vea la luz y la verdad que se encuentran en Jesucristo. No permita que ningún temor ni tormento oscurezca su visión de Dios. Niéguese a acobardarse o permitir que el mal silencie la voz de Dios que habla a través de usted. Que la reforma comience nuevamente en esta generación... y que comience a través de usted.

Capítulo 1



John Wycliffe

c. 1330 - 1384



“El traductor de la Biblia”

El traductor de la Biblia

Profeso y afirmo ser, por la gracia de Dios, un cristiano sano —es decir, verdadero y ortodoxo— y mientras haya aliento en mi cuerpo, hablaré y defenderé su ley. Estoy dispuesto a defender mis convicciones aun hasta la muerte.¹

Me gusta referirme a Wycliffe como un reformador anterior a la Reforma. Históricamente, su vida es anterior al período de la Reforma. Pero su vida y su teología son casi idénticas a lo que los demás reformadores defendieron y por lo que lucharon.

Wycliffe fue un precursor de la gran revolución que estaba a punto de sacudir el mundo religioso. Pero lo interesante es que ninguno de los demás reformadores, excepto John Hus, le dieron crédito a Wycliffe por el camino, extremadamente controvertido, que había preparado. Creo que fue, en gran medida, debido al hecho de que la imprenta no fue inventada sino después de la muerte de Wycliffe, y muchos de sus escritos fueron quemados por la Iglesia Católica. Aun así, yo lo considero uno de los que sembró generosamente en la Tierra las verdades de la Reforma; quienes vinieron después que él regaron y cosecharon los frutos que Wycliffe había sembrado.

Wycliffe era una figura de gran estabilidad, un hombre relacionado estrechamente con los ricos y poderosos; pero luchó incansablemente por la gente común, y se identificó con su derecho de conocer a Dios de forma íntima y personal. En la época de Wycliffe el concepto de que una persona común conociera a Dios íntimamente era algo desconocido y extremadamente controvertido. No es de extrañarse que se lo llamara “la estrella matutina de la Reforma”, ya que él cambió la situación de ignorancia espiritual y, gracias a sus esfuerzos, apareció para la Iglesia un nuevo horizonte.

También se lo llamó “el hombre más erudito de su generación en Inglaterra”², pero poco se sabe de él, excepto que llevó una vida muy sencilla

marcada por sus incansables actividades de lectura, enseñanza y escritura. Creo que su vida personifica el principio de Dios de que donde uno siembra, otro riega y otro más recoge la cosecha (ver Juan 4:37). Cuando lea sobre la vida de Wycliffe no subestime el rol que usted mismo puede cumplir al sembrar una semilla, o una buena obra, en las vidas de otras personas. Sus acciones de hoy, hechas por fe e inspiración de Dios, pueden transformar significativamente el futuro. Muchos de nosotros nunca conoceremos los abundantes resultados de las semillas que hemos plantado en las vidas de los demás, hasta que lleguemos al cielo.

Los primeros años de Wycliffe

John Wycliffe nació en Yorkshire, Inglaterra, alrededor de 1330. Se sabe poco de su niñez y su juventud, hasta 1360, cuando ingresó al *Balliol College* en Oxford. La vida de Wycliffe cobra relieve para nosotros cuando llega a los treinta años y comienza su obra como gran reformador antes de la verdadera Reforma.

Wycliffe luchó por la gente común, y se identificó con su derecho de conocer a Dios de forma íntima y personal.

Antes de esos años, solo puedo especular que el joven Wycliffe fue criado por una familia modesta que poseía algunas tierras en un área escondida, y asistió a una escuela donde enseñaba el sacerdote del pueblo. En esa época el régimen católico controlaba tanto el gobierno como los asuntos de la Iglesia. Se asignaban sacerdotes a los pueblos para que supervisaran todos los asuntos, desde la Iglesia hasta el mercado, desde las escuelas hasta los asuntos civiles.

Es importante señalar que John de Gaunt —el segundo hijo del rey Eduardo III— era el señor feudal del hogar de la niñez de Wycliffe. Esto simplemente significa que Gaunt poseía la tierra, y quienes vivían allí y la trabajaban recibían protección y favores de él. El hecho de que Gaunt fuera el protector natural de los habitantes de esa zona cobró gran importancia luego en la vida de Wycliffe.

Wycliffe entró al sacerdocio, pero no está registrada la fecha de su ordenación. Probablemente fue a Oxford aproximadamente en 1346, a los dieciséis años, una edad común para ingresar a la universidad en aquella época.

La tragedia lo acerca a la Palabra

La plaga clavó sus mortales garras sobre Inglaterra en 1349. Para cuando la Muerte Negra terminó, en 1353, Inglaterra había perdido casi la mitad de su población. Como resultado de este caos, los estudios universitarios de Wycliffe fueron algo esporádicos durante un tiempo, y su desesperación crecía a medida que veía morir a sus amigos y compañeros.

*Mientras algunos buscaban respuestas de hombres,
Wycliffe recurrió a la Biblia donde encontró un
fundamento inamovible.*

Mientras algunos que estaban en el ministerio buscaban respuestas de hombres, Wycliffe recurrió a la Biblia en busca de consuelo y respuestas para luchar contra la desesperación y el temor que lo invadían. Durante este tiempo de tormento, la dependencia de Wycliffe en la Palabra escrita de Dios construyó un fundamento en su interior, que demostró ser inamovible; ningún hombre podría destruir lo que Wycliffe sabía que era cierto a partir de las Escrituras. No importaba cuán elevada fuera la posición de una persona en política o religión, para Wycliffe: Dios tenía la última palabra en todo.

Es importante recordar que en esa época no había Biblias en inglés; todas las Biblias estaban escritas en latín, y solo los hombres cultos y hábiles de la Iglesia Católica podían leerlas. Las personas comunes se quedaban con las ideas, generalmente místicas y paganas, de los sacerdotes pueblerinos... muchos de los cuales tampoco habían leído jamás la Biblia.

La riqueza y las posesiones era lo único que llenaba la mente de los sacerdotes y, como consecuencia, su doctrina también estaba basada en la cantidad de dinero que tenía una persona. Cada servicio de la Iglesia era intercambiable por dinero, desde el bautismo de los bebés hasta el perdón de los pecados.

Las "indulgencias" fueron creadas por la Iglesia. Se trataba de una forma en que una persona podía pagar por la remisión de sus pecados. Un ladrón común o un asesino creían que podía hacer lo que quisiera y luego redimirse pagando para entrar al cielo. Si los padres eran demasiado pobres como para bautizar a su bebé antes que muriera, se le decía a la familia que su hijo no podría entrar al cielo y probablemente estuviera condenado a vivir en la Tierra como un animal, quizás un insecto. Por extraño que parezca, enseñanzas como éstas abundaban en la época de

Wycliffe... pero Dios estaba preparando a un hombre que se atrevió a plantarse frente al *statu quo* para producir un cambio divino.

El más brillante erudito de Oxford

Wycliffe admiraba los escritos de san Agustín (c. 354 – c. 430), el patrón de la primitiva Iglesia Católica. Usó el individualismo de Agustín como plataforma para el suyo, ansioso por más investigación y estudio, especialmente por estudiar más la Biblia. Renombrado por su capacidad intelectual, Wycliffe pudo ingresar en el *Balliol College* y llegó a ser su regente, es decir decano, durante los años de 1360 y 1361.

Los estudiantes en la época de Wycliffe no tenían la opción de alojarse en terrenos de la Universidad, así que debían buscar alojamiento en otros lugares, lo cual les complicaba las cosas a muchos de ellos. Había varias casas donde se enviaba a los monjes y frailes para que vivieran mientras recibían su instrucción universitaria; pero los clérigos eran muchos, y la lista de espera era muy extensa; un ministro debía tener la recomendación de alguien poderoso para poder encontrar alojamiento en alguna de esas casas.

A Wycliffe, que sin duda era un erudito codiciado, se le ofreció el mejor alojamiento de Oxford en la aldea de Fillingham, Lincolnshire, donde tenía el puesto de rector, es decir sacerdote a cargo de la parroquia. El tiempo que pasó allí lo ocupó en el gobierno de la Iglesia Católica, y llegó a ser un excelente vocero diplomático. Su habilidad administrativa se hizo notar, y cuando a ésta se le sumó su disciplina intelectual, Wycliffe pronto se encontró en condiciones de recibir los más altos honores de la Iglesia. De esta forma, toda la vida de Wycliffe pronto quedó absorbida por la Universidad.

De los cinco dones que menciona Efesios 4:11 –apóstol, profeta, pastor, maestro, evangelista– Wycliffe era dotado como maestro; por



Wycliffe escribiendo.
North Wind Picture Archives.

lo que, además de su trabajo como sacerdote, estaba extremadamente feliz con su puesto como instructor en la Universidad. En ese momento la Iglesia Católica estaba muy complacida de tener a alguien como Wycliffe creciendo hacia una posición de tal prominencia.

Para 1369 Wycliffe había obtenido su primer título universitario en Teología. En 1371 era reconocido como el mayor teólogo y filósofo de su época en Oxford, una universidad sin parangón en toda Europa. Para ese entonces Oxford había sobrepasado a la famosa Universidad de París y era la institución educativa más importante de todo el mundo conocido. En 1372 Wycliffe recibió su anhelado doctorado, celebrando dieciséis años de intenso estudio e investigación.³

Wycliffe abre sus ojos a la corrupción

En 1374 la notoriedad y la singularidad de Wycliffe comenzaron a hacerse cada vez más evidentes. Hasta entonces, aunque renombrado por su capacidad teológica e intelectual, había sido un oscuro sacerdote que servía en diversas parroquias. Pero los vientos de cambio habían soplado sobre Europa y estaban constantemente agitados por el debate entre la Iglesia y el gobierno. Los diversos gobiernos de Europa deseaban el control total sobre los asuntos civiles y sociales de sus países, y luchaban contra el papado por ese control. Inglaterra no era la excepción.

En ese año en particular, Wycliffe —de acuerdo con los antiguos teólogos— comenzó a hablar en contra del hecho de que la Iglesia poseyera el control total de los ámbitos social y político. Creía que había una necesidad legítima de que el poder secular gobernara los asuntos de cada nación.

Después de una vasta investigación, incluyendo el estudio de conceptos de Agustín y los principios bíblicos, Wycliffe llegó a la conclusión de que la Iglesia debía limitarse a su propia jurisdicción. Creía que la principal responsabilidad de la Iglesia era sobre los temas espirituales, no sobre los políticos. Aquí fue donde Wycliffe desarrolló su controvertido concepto del “dominio por gracia”.

El disgusto de Wycliffe por la ansiedad de riquezas que gobernaba a la Iglesia Católica crecía cada vez más. En su concepto del “dominio por gracia”, Wycliffe sostenía que todas las cosas pertenecían a Dios, y los hombres solo tenían derecho a ellas si vivían libres de pecado y transgresión. Creía que la Iglesia Católica estaba profundamente hundida en transgresiones, por lo que se oponía a que el Papa poseyera tierras en Inglaterra. Creía que la verdadera responsabilidad de la Iglesia era satisfacer las necesidades espirituales de la humanidad y cuidar del rebaño, llevándolo a

Cristo. Wycliffe comenzó a proclamar que al poseer tierras y vivir con excesiva riqueza a expensas del pueblo, la Iglesia se había vuelto secular e inútil para todos.

La verdadera responsabilidad de la Iglesia era satisfacer las necesidades espirituales de la humanidad y cuidar del rebaño, llevándolo a Cristo.

El Papa se enfureció, al darse cuenta de que la postura de Wycliffe significaba un cambio que afectaría la riqueza, el control y la posesión de tierras de la Iglesia. En ese momento el Papa cobraba impuestos a reyes y naciones, que debían pagarse a la Iglesia, ¡y Wycliffe, uno de sus más brillantes teólogos, se oponía a sus intereses!

Wycliffe se enfrenta contra el poder papal

Inglaterra tiene una larga historia de relaciones conflictivas con los Papas. Es importante conocer algunos de los conflictos principales para comprender claramente la posición de Wycliffe.

Por ejemplo, el rey Juan (c. 1215) había sido excomulgado y luego obligado a rendirse incondicionalmente ante el Papa. También debió pagar una gran suma de dinero para tener derecho a continuar como rey de Inglaterra, aunque su herencia del trono era legítima. Aun después de la muerte de este rey, el Papa continuó exigiendo que el soberano pagara tributo para poder gobernar en Inglaterra.

Los ingleses se oponían a los impuestos papales por muchos motivos, pero especialmente porque parte de ese dinero iba a parar a ejércitos enemigos. El gobierno inglés también estaba enfurecido porque la Iglesia regía el crecimiento económico de su país. Por ejemplo, si un inglés moría sin dejar algo a la Iglesia en su testamento, ésta se apoderaba de sus negocios.

Esta humillación había continuado durante más de cien años, y ahora Inglaterra buscaba formas de romper con el control papal. El momento ideal llegó cuando el Papa solicitó su “renta” anual por el trono del rey, y Wycliffe dio un paso al frente para intervenir a favor del gobierno inglés.

“No puede haber dos soberanos temporales sobre un país; o Eduardo es rey, o [el Papa] es rey. Nosotros decidimos. Aceptamos a Eduardo de Inglaterra y rechazamos a [...] Roma”, escribió Wycliffe.⁴

La postura política de Wycliffe a favor del trono de Inglaterra le granjeó el favor del rey Eduardo III, quien lo nombró rector de Lutterworth —un puesto que le permitía llevar una vida holgada—, y luego lo eligió para representar a la corona en las negociaciones entre el rey y el Papa.

Las negociaciones nunca llegaron a una conclusión satisfactoria, pero el incidente dejó señalado a Wycliffe como un potencial creador de problemas para la Iglesia. Ahora él apoyaba al partido anticlerical —que proclamaba el derecho del gobierno a controlar el país—, lo cual, entre otras cosas, le granjeó a Wycliffe el favor de John de Gaunt, segundo hijo del rey.

El partido anticlerical se aferró a Wycliffe, veía en él la capacidad intelectual para atacar a la Iglesia y ganar la causa del gobierno inglés. Wycliffe demostró ser un útil aliado para el gobierno durante ese tiempo de conflicto, y la protección del rey logró evitar que sufriera los daños físicos que los enfurecidos católicos deseaban causarle.

Expuso el engaño poco a poco

Para ahora Wycliffe era el consejero religioso del rico John de Gaunt quien a fines del siglo XIV se había convertido en la figura política más poderosa —y más odiada— de Inglaterra. Wycliffe lo admiraba y lo respetaba porque Gaunt era un sabio diplomático, siempre fiel a lo que creía mejor para su país. Gaunt tenía la capacidad de atraer a los hombres más capaces, y Wycliffe lo sirvió como su sacerdote personal durante los dos años siguientes.

El punto fuerte de Wycliffe era su fidelidad a la Biblia. Al leerla y estudiarla, obtuvo mayor conocimiento y mejor comprensión de lo que la Palabra de Dios decía, y ella se convirtió en toda una revelación personal para él.

Quisiera hacer un breve paréntesis aquí. “Al diablo no le importa que usted tenga una Biblia.” No tiene miedo de que sea una Biblia grande, ni de que usted la lleve a todas partes, ni de que la coloque a la vista en su casa. No le importa si la usa para dársela por la cabeza a alguien o para apoyar su propia cabeza en ella, como almohada. El diablo solo tiene miedo si usted planta la Biblia en su corazón y la aplica, por revelación divina, a su vida. Lo aterra la vida que la revelación de esa Palabra produce. El poder de la Palabra de Dios, por sí solo, aterroza al diablo.

¡Por favor, deje de exhibir su Biblia y comience a leerla! Haga de ella una revelación vital para su vida. Descubrirá todas las respuestas que necesita en

sus páginas. ¿Por qué? Porque es el único libro, en todo el planeta, que tiene vida. ¡Usted no puede leer la Biblia sin sentir que la vida surge en su interior!

La revelación de esa Palabra hizo que Wycliffe pudiera distinguir lo verdadero de lo falso, y le permitió ver que la Iglesia se oponía a la Biblia.

Eso es exactamente lo que hizo Wycliffe. No pensó que la Biblia era tan santa que no podía ser tocada. No; la abrió, la leyó y la aplicó a su vida y sus circunstancias. La revelación de esa Palabra lo hizo distinguir lo verdadero de lo falso, y le permitió ver que todo el sistema de la Iglesia Católica se oponía al mensaje general de la Biblia. Comenzó a darse cuenta de que muchos de los sacramentos y doctrinas de la Iglesia eran hipócritas y heréticos. El sistema religioso de su época había sido formulado enteramente para lograr dinero, poder y control.

Wycliffe comprendió que él estaba en condiciones de exponer y atacar este sistema. Estoy seguro de que meditó con gran cuidado cuál sería su enfoque y su estrategia. Wycliffe sabía que sus palabras tendrían mucha autoridad. ¿Cómo comenzaría? ¿Cómo podría comunicar eficazmente las falsedades de la Iglesia y llevar la verdad al pueblo? El engaño era tan grande que revelarlo todo de una vez sería abrumador. Así que decidió exponer las falacias heréticas poco a poco.

En 1376 Wycliffe comenzó a escribir tratados en los que proclamaba su posición contraria a la excesiva riqueza de la Iglesia. Escribió *De dominio divino*, *De civili dominio*, *De officio regis* y *De ecclesia*.

En estos tratados Wycliffe declaraba que los asuntos civiles y temporales de la Iglesia debían estar bajo el control del rey, no de los clérigos, y que el clero tenía un llamado más elevado. Dado que los clérigos estaban llamados a servir en la enseñanza y la orientación espiritual, debían deshacerse de toda posesión temporal, excepto de la comida, el alojamiento y las ropas que fueran necesarios. Wycliffe escribió también que ningún hombre del clero debía ocupar ningún puesto civil, y que el rey tenía el derecho de remover a cualquier clérigo indigno de su cargo.

Revelar las motivaciones políticas de la Iglesia fue el primer paso. Wycliffe estaba bien encaminado en su plan, y ya se sentían las repercusiones a kilómetros y kilómetros de distancia... hasta en el mismo trono del Vaticano.

“Lo arrastraré por los cabellos”

William Courtenay era el famoso y prestigioso obispo de Londres; un hombre que desde su juventud había puesto sus ojos en el codiciado puesto de arzobispo de Canterbury, que significaba poseer todo el poder eclesiástico de Inglaterra.

El Papa había estado en contacto con Courtenay y le había ordenado que interviniera en la situación entre la Iglesia y el gobierno. Ansioso por ascender en el poder político y ganarse el favor del Papa, Courtenay trabajó febrilmente para socavar el poder del entonces arzobispo de Canterbury, Simon Sudbury; consiguió los resultados que Roma deseaba y Sudbury no podía obtener.

Dada la relación de Wycliffe con el anticlerical John de Gaunt, la venganza de Courtenay se concentró en Wycliffe. En febrero de 1377 Courtenay ordenó que Wycliffe se presentara en Londres para responder a cargos de herejía.

Wycliffe apareció en la catedral de San Pablo, en Londres, escoltado por John de Gaunt y cuatro monjes de Oxford. Los que servían a Gaunt podían contar con su protección. Para Gaunt era una cuestión de honor así como una señal de carácter convertir las disputas de ellos en algo personal.

Los obispos esperaban a Wycliffe en una capilla a la salida de la catedral, y al aproximarse vieron su impresionante apariencia. Wycliffe fue descrito como “una figura alta y delgada, cubierta con una capa ligera de color negro, con un cinto alrededor del cuerpo; la cara, adornada con una espesa y larga barba, de facciones definidas y agudas; los ojos claros y penetrantes; los labios firmemente cerrados en señal de resolución; el hombre todo, con un aspecto de superior seriedad y repleto de dignidad y carácter”.⁵

El ambiente estaba tenso y cargado de energía. Para poder llegar a la catedral, los



Wycliffe se presenta ante el prelado de la iglesia de San Pablo para responder frente a la acusación de herejía.

Arte en Librería de Bridgeman, N.Y.

acompañantes de los obispos y de Wycliffe debieron cruzar a empujones la multitud que había llegado para presenciar el espectáculo. Los intentos de abrirse paso causaron inmediatamente riñas, tan acaloradas que Courtenay salió corriendo de la catedral hacia donde estaba Wycliffe. Para cuando Wycliffe pudo llegar al atrio, el ambiente estaba tan caldeado que ambos bandos se amenazaban mutuamente a gritos.

Gaunt pidió a Wycliffe que se sentara y se pusiera cómodo. Courtenay sostuvo que el acusado debía estar de pie ante la corte. Inmediatamente se desató una discusión entre Gaunt y Courtenay sobre si Wycliffe debía estar de pie o sentado. La multitud que observaba se enfureció aún más al escuchar los repetidos insultos de Gaunt y Courtenay. Finalmente, Gaunt “susurró una amenaza de arrastrar al obispo de los cabellos fuera de la catedral”.⁶

Los londinenses se enorgullecían de apoyar a Courtenay; y la mera presencia de Gaunt los había enfurecido. Cuando la multitud embravecida escuchó la amenaza de Gaunt contra Courtenay, se rebeló. Gritos y expresiones soeces llenaron el aire mientras de gente se agolpaba hacia adelante. Gaunt debió huir para salvar su vida. Toda la escena fue tan caótica que no hubo forma de que Courtenay pudiera conducir el juicio. Wycliffe, que permaneció en silencio todo el tiempo, pudo salir sin ser tocado.

Después de esta escena en la corte, los ciudadanos estaban aún tan furiosos que los disturbios y los destrozos continuaron en las calles, mientras buscaban a los aliados de Gaunt. Finalmente Courtenay debió intervenir para que el pueblo se calmara.

Mientras tanto Wycliffe estaba lejos de los disturbios, y regresó en silencio a Oxford. El incidente no dejó huella en él. Wycliffe continuó siendo admirado por los eruditos de Oxford, el gobierno, sus alumnos y la gente de su parroquia, a pesar de la censura de la jerarquía católica.

La verdad duele

Al escuchar de los monjes benedictinos que el juicio por herejía había fracasado, y creyendo que era poco sabio atacar a Wycliffe en Inglaterra, el Papa Gregorio XI tomó la situación en sus propias manos. Desde Roma emitió cinco mordaces bulas —documentos oficiales del Papa— contra Wycliffe. En mayo de 1377 copias de estas bulas fueron enviadas al arzobispo de Canterbury, a Oxford y al rey.

Estas bulas citaban dieciocho errores del tratado de Wycliffe “*De civili dominio*”. El Papa criticaba su liderazgo a los eruditos de Oxford, y señalaba

que “por negligencia y pereza de vuestra parte [habéis permitido] que brote la cizaña entre el puro trigo del campo de vuestra gloriosa universidad [...] y, lo que es peor, que crezca”.⁷ El Papa continuaba diciendo que si no lograban silenciar a Wycliffe, las consecuencias serían que sus almas correrían peligro, el nombre de Oxford quedaría mancillado y toda la fe ortodoxa se corrompería. Arrogantemente, el Papa declaraba que si Oxford no se deshacía de Wycliffe ya no recibiría las gracias y el apoyo de la Iglesia Católica.

A pesar de las amenazas, Oxford apoyó a Wycliffe. Un concilio de doctores declaró que “las proposiciones a él [Wycliffe] atribuidas, aunque no sonaran bien, no eran erróneas”.⁸ En otras palabras, si lo dijéramos en lenguaje coloquial moderno, sería como si Oxford hubiera dicho: “La verdad duele”.

Oxford se dio cuenta de que el Papa se sentía avergonzado y terriblemente amenazado por las acusaciones de Wycliffe. Creo que los eruditos de Oxford estaban orgullosos de la profundidad de Wycliffe y secretamente deseaban haber tenido ellos mismos la osadía de hablar abiertamente sobre la hipocresía de la Iglesia Católica. Aunque lo apoyaron y le dieron libertad para continuar enseñando, Wycliffe decidió permanecer bajo arresto domiciliario para evitarle futuros problemas a la Universidad con el Papa.

Las bulas también ordenaban al gobierno que entregara a Wycliffe en manos de Courtenay quien, a su vez, debía examinarlo en relación con sus errores. Pero el gobierno no prestó ninguna atención a las bulas; el rey Eduardo III murió antes de recibirlas.

“Niego derecho alguno al Papa”

Naturalmente, la ambición política y religiosa de Courtenay lo impulsó a convocar rápidamente a Wycliffe para que compareciera ante una corte en Lambeth con el fin de responder a los cargos presentados por el Papa. Wycliffe aceptó el desafío y respondió a la convocatoria.

De pie frente a una multitud de sacerdotes, obispos y partidarios, el arzobispo de Canterbury y el obispo Courtenay comenzaron a detallar los “errores” de Wycliffe. Este les respondió y manifestó su posición:

Niego que el Papa tenga derecho alguno a dominio político; que tenga cualquier tipo de dominio civil perpetuo; y que pueda calificar o descalificar simplemente por medio de sus bulas.⁹



Wycliffe comparece ante el arzobispo de Canterbury.
North Wind Pictures Archives.

La postura de Wycliffe era increíble: ¡dejó casi anonadado al tribunal! Debemos comprender que hasta entonces nadie había jamás desafiado abiertamente la autoridad del Papa. A medida que continúe la lectura de este libro, usted verá que ese tipo de desafío se convirtió en una actitud recurrente entre los reformadores.

¿Imagine las oleadas de sorpresa que habrán invadido a todos? ¿Sienta el nerviosismo y la tensión? ¿Cómo le responderían a Wycliffe? ¿Era la primera vez que alguien se atrevía a algo así! ¿Cómo se justificarían a ellos mismos? ¿Cómo podrían defender la hipocresía que Wycliffe revelaba? Lo único que podían hacer era responder furiosos, a gritos... y eso hicieron.

Pero los gritos y la ira no tocaron a Wycliffe. Joan de Kent, la reina madre, envió un mensaje al tribunal de Lambeth: le prohibía que emitiera sentencia sobre él. La intervención de la reina madre a favor de Wycliffe causó gran temor y preocupación entre los obispos y quienes los apoyaban. Milagrosamente nadie intentó excomulgar ni expulsar del sacerdocio a Wycliffe, y nuevamente pudo salir sin recibir castigo.

La Iglesia Católica no tenía idea de qué hacer con él. Desesperados, le ordenaron que dejara de predicar. Wycliffe obedeció, pero su pluma no guardó silencio, como tampoco lo hicieron los grupos de hombres que pastoreaba personalmente.

Los hombres apostólicos

Para ese entonces parecía que los enemigos religiosos de Wycliffe no podían tocarlo. La Iglesia Católica tenía en claro que Wycliffe, que continuaba siendo un sacerdote ordenado, se estaba afirmando como “líder de un partido”.¹⁰

Wycliffe, que supervisaba varias parroquias, ya había formado su propio grupo de evangelistas callejeros, a quienes llamaba “sacerdotes pobres”. Este grupo de clérigos debía viajar por el campo y predicar donde quisieran escucharlos. Los “sacerdotes pobres” vivían sencillamente, apartados de la riqueza, y vestían humildemente. Algunos eran ordenados; otros eran laicos; pero ninguno estaba atado a una parroquia, lo cual les permitía ir adonde fuera mayor la necesidad.

Hasta ese momento los ignorantes sacerdotes pueblerinos solo contaban historias para entretener al pueblo o, cuando les preguntaban sobre un tema teológico, respondían lo que bien les parecía en el momento. Los predicadores de Wycliffe hacían totalmente lo contrario: predicaban sobre la Biblia, y llevaban así consuelo y entendimiento a los aldeanos.

Wycliffe defendía su derecho a predicar mientras se sintieran llamados a hacerlo. Los llamaba “hombres evangélicos” u “hombres apostólicos”.¹¹ Estos “hombres apostólicos” fueron por toda Inglaterra denunciando los abusos de la Iglesia Católica y enseñando una sana doctrina bíblica; no en latín, sino en el idioma común del pueblo, para que pudieran entenderlos.

Los “sacerdotes pobres” vivían sencillamente, apartados de la riqueza. Predicaban sobre la Biblia, y llevaban así consuelo y entendimiento.

Wycliffe escribió tratados para que estos hombres distribuyeran y, aunque no predicaba él mismo, escribió cientos de sermones para que estos “hombres apostólicos” meditaran y predicaran. Lamentablemente, la mayoría de ellos no existen hoy para que podamos disfrutarlos.

Su más asombrosa revelación

Quisiera señalar algunos hechos históricos relativos a la confusión en la Iglesia Católica por los cuales se culpó a Wycliffe. Mientras la Iglesia estaba ocupada resolviendo estos conflictos, él quedó en libertad de

descubrir nuevas verdades. El Espíritu Santo, verdaderamente, dirigía la situación.

En la década de 1370 había gran confusión entre la jerarquía católica, en cuanto al Papa y el lugar donde éste debía residir. No me extenderé sobre los detalles pero, en resumen, la disputa era sobre el lugar donde debía estar el Vaticano. En 1309 la sede pasó de Roma a Francia, básicamente, debido a la influencia política del rey de Francia, que estaba cansado de pagar impuestos al Papa y creyó que podría controlar mejor la situación si la sede papal estaba dentro de su nación. Los católicos llamaron a esto “la cautividad en Babilonia”.

Finalmente, en 1376, el Papa Gregorio XI regresó a Roma. Pero dos años después las opiniones de la gente aún estaban divididas, y eligieron a dos Papas: uno para Avignon, Francia, y otro para Roma. Ambos Papas decían ser infalibles, y se excomulgaron mutuamente. Esta situación fue llamada “el Gran Cisma de Occidente” y Wycliffe fue señalado como una de sus principales causas.¹²

La Iglesia Católica creía que las “herejías” de Wycliffe habían causado la inquietud del pueblo, porque los había contaminado con sus doctrinas y había confundido sus mentes. Durante los siguientes treinta y nueve años la sede papal continuó dividida.

Dado que la atención estaba centrada en este cisma, Wycliffe mismo quedó casi ignorado, a pesar de que se lo culpaba que sus doctrinas lo habían originado. Mientras estaba fuera de la mirada pública, Wycliffe utilizó su tiempo para revelar, paso a paso, las otras herejías que encontraba en la Iglesia. Desde 1378 hasta fines de 1379 comenzó a formular su más asombrosa revelación, una declaración jamás oída por el mundo conocido hasta entonces. ¿Cuál era? Que las Escrituras –la Biblia– eran el único fundamento de toda doctrina.¹³

*La más asombrosa revelación de Wycliffe fue que la Biblia
era el único fundamento de toda doctrina.*

En marzo de 1378 Wycliffe lanzó un tratado llamado *De veritate Sacrae Scripturae* que hizo que los jerarcas católicos se crisparan de furia. A partir de ese fundamento –que solo la Biblia contiene la verdad para el estilo de vida y las doctrinas cristianas–, Wycliffe comenzó a señalar agudamente las diversas herejías e hipocresías que habían florecido en la Iglesia Católica. Este tratado tenía treinta y dos capítulos

que defendían la verdad de las Sagradas Escrituras contra las mentiras de los Papas.

Wycliffe había cruzado una nueva frontera.

La visión se formaba

Cuando el rey Eduardo III murió, su joven hijo Ricardo II fue coronado rey. John de Gaunt se convirtió en líder de Inglaterra, ya que actuaba como regente, hasta que el joven Ricardo II tuvo edad suficiente como para ocupar el trono en 1381.

Durante los siguientes tres años Wycliffe defendió la validez de las Escrituras. El gobierno continuaba apoyándolo, pero Wycliffe no era su mayor preocupación; el centro de la atención era la tarea de gobernar el país sin un rey oficial. La Iglesia estaba atrapada en los problemas que ella misma se había ocasionado. Comenzaron a surgir rumores de herejía sobre Wycliffe, pero quedaron en la nada. Éste contraatacó diciendo que los verdaderos herejes eran quienes encontraban incoherencias y puntos oscuros en la Biblia y decían que necesitaban la interpretación “oficial” de la Iglesia.

Wycliffe no creía que fuera necesaria una interpretación “oficial” de la Biblia por parte de la Iglesia. Pensaba que la Biblia podía ser puesta sin peligro aun en las manos de las personas más ignorantes. A diferencia de la jerarquía católica, Wycliffe predicaba que la verdadera “Iglesia” estaba formada por todas las personas elegidas por Dios, no solo sus líderes. Como consecuencia de esto, creía que todos los que confiaran en el Señor tenían derecho de conocer su Palabra. Dijo: “Todos los cristianos y los señores laicos en particular, deberían conocer las Sagradas Escrituras y defenderlas”¹⁴ y “Ningún hombre es tan tosco erudito que no pueda aprender las palabras del Evangelio según su propia simplicidad”.¹⁵

Wycliffe pensaba que la Biblia podía ser puesta sin peligro aun en las manos de las personas más ignorantes.

A juzgar por sus palabras, es obvio que Dios estaba formando un plan y una visión en su corazón. Ninguna persona inglesa podía leer la Biblia, ya que esta estaba escrita totalmente en latín. La dificultad del idioma permitía que la Iglesia Católica continuara controlando todo, porque solo los eruditos –es decir, los sacerdotes– podían leerla.

Así que, en mi opinión, Wycliffe tenía un plan para sustentar sus afirmaciones. De alguna forma la Biblia en latín debía ser traducida al inglés... ¿pero cuándo? Otros, en los siglos XIII y XIV, ya habían instado a que se tradujera la Biblia al inglés, pero nadie lo había llevado a cabo.¹⁶ Era clave actuar en el momento preciso, y Wycliffe no era hombre de apresurarse ni actuar alocadamente. Sabía que Dios presentaría la ocasión perfecta y el momento justo para tal obra, que tiempo después llegaría a ser hecha.

Los católicos estaban enfurecidos por la enseñanza de Wycliffe de que la Biblia era la única fuente de doctrina. Ellos creían que la Iglesia –es decir, monjes, frailes, sacerdotes, obispos y el Papa– era la única fuente de toda doctrina y que la Biblia era solamente una ayuda, llena de historias que servían como ilustraciones de cómo vivir una vida buena. Pero su ira no amedrentó a Wycliffe.

Con la Biblia como fundamento, Wycliffe comenzó a separar las ideas de los hombres de la Iglesia de los principios divinamente inspirados de la Palabra.

A continuación presentamos un resumen de varias herejías católicas que Wycliffe atacó. Él creía que estas herejías habían sido inventadas y propagadas por hombres. Recordemos que Wycliffe presentó estos hallazgos mientras trabajaba como sacerdote católico. Él amaba el ministerio y la obra de Dios, pero odiaba los abusos que encontraba dentro del sistema de la Iglesia Católica. Wycliffe creía que estos abusos eran contra Dios y contra las personas.

Primero, presentaré brevemente lo que los católicos creían; después, citaré las palabras de Wycliffe para denunciar cada herejía.

1. Atacó las confesiones

Los católicos instruían a sus fieles a que fueran a confesar sus pecados a un sacerdote para ser perdonados, y les enseñaban que el sacerdote, obispo, etc., era el único que tenía poder para limpiarlos de sus maldades. Después de hecha la confesión, el sacerdote imponía varios actos de penitencia que el pecador debía realizar para poder recibir perdón completo.

Wycliffe escribió:

No es la confesión al hombre sino a Dios, quien es el verdadero sacerdote de las almas, la gran necesidad del hombre pecador. La confesión privada y todo el sistema de la confesión

medieval no fue ordenado por Cristo ni utilizado por los apóstoles porque de los tres mil que se volvieron a la Ley de Cristo en el Día de Pentecostés ni uno solo se confesó con un sacerdote. [...] Dios es quien perdona.

Confiad totalmente en Cristo. [...] cuidaos de buscar ser justificados de cualquier otra forma que no sea por su justicia. La fe en nuestro Señor Jesucristo es suficiente para la salvación.¹⁷

2. Absolución

Los católicos enseñaban que solo un sacerdote, obispo, etc., podía liberar a una persona de la culpa del pecado, simplemente diciéndoselo. Muchas veces se pagaba por la absolución con dinero o alguna otra clase de posesión.

Wycliffe escribió:

No hay mayor herejía que la de que un hombre crea que es absuelto de pecado si da dinero, o por el hecho de que un sacerdote imponga sus manos sobre su cabeza y le diga: “Os absuelvo”; porque debemos arrepentirnos en nuestro corazón, de otro modo Dios no nos absuelve.¹⁸

3. Atacó las indulgencias

Las indulgencias fueron creadas como un método para recaudar fondos y así mantener al Vaticano libre de deudas, o para pagar las excesivas deudas en que la Iglesia ya había incurrido. La Iglesia enseñaba que por medio de las indulgencias las personas podían comprar su salida del purgatorio –lugar de depósito después de la muerte donde podían satisfacerse las consecuencias de acciones pecaminosas–: Se les decía a las personas que si compraban indulgencias, el Papa ordenaría a los ángeles que llevaran al alma que había partido directamente al cielo, evitando el purgatorio, porque ya habían pagado por sus pecados. Así que las personas hacían lo que querían, pensando que si compraban una indulgencia todas las acciones serían borradas.

Wycliffe escribió:

Es claro para mí que nuestros prelados, al otorgar indulgencias, comúnmente blasfeman la sabiduría de Dios, simulando en su avaricia –codicia de dinero– y locura, comprender

lo que, en realidad, no comprenden. Conversan sobre el tema de la gracia como si fuera una cosa que puede ser comprada y vendida como un asno o un buey; y al hacerlo, aprenden a hacer un mercado de la venta de perdones, y el diablo se ha servido de un error en las escuelas para introducir, de esta manera, herejías en la moral.

Confieso que las indulgencias del Papa [...] son una manifestación blasfemia, en tanto que él se arroga el poder de salvar a los hombres casi sin límite. [...] Pero yo os digo que aunque tengáis frailes y monjes para cantar por vosotros, y aunque cada día escuchéis muchas misas, y fundéis capillas en vuestro honor, y colegios, y vayáis de peregrinaje toda vuestra vida, y entreguéis todos vuestros bienes a los perdonadores, todo esto no llevará vuestras almas al cielo.¹⁹

Wycliffe condenó tales prácticas en su tratado *On Indulgences* (*Sobre indulgencias*) mucho antes de que Lutero clavara sus noventa y cinco tesis. Wycliffe concluyó el tratado con estas afirmaciones:

...Por medio de la cola de este dragón; es decir, de las sectas de los frailes que trabajan en la causa de esta ilusión, y de otros engaños demoníacos de la Iglesia. Pero, ¡levantaos, oh soldados de Cristo! Sed sabios y huid de estas cosas, junto con las otras ficciones del príncipe de las tinieblas, y revestíos del Señor Jesucristo. [...] Apartad de la Iglesia tales fraudes de anticristo, y enseñad al pueblo que en Cristo solamente, y en su ley y en sus miembros, debería confiar [...] ¡Aprended, sobre todas las cosas, honestamente, a detectar las tretas del anticristo!²⁰

La sangre que Jesucristo derramó por nosotros era suficiente, pero los católicos medievales desmerecían ese increíble precio agregándole aquello que las personas debían pagar para ser perdonadas. ¡Quiera Dios tener misericordia de quienes creen esta doctrina y abra sus ojos para que puedan ver la verdad!

4. Exigió el uso de la predicación

Muchos en la Iglesia Católica consideraban el ministerio como una ocupación en la que siempre tendrían alguien que cuidara de ellos. Por consiguiente, muchos sacerdotes nunca comprendieron la posición espiritual que podían y debían haber tenido. Así que, los sacerdotes eran con

frecuencia hallados en situaciones “mundanas”; por ejemplo, en la taberna, jugando y viviendo despreocupadamente. Excepto, tal vez, por algunos monjes aislados, la mayor parte de los sacerdotes nunca se dedicaba a la oración y el aprendizaje de la Palabra de Dios. Muchos nunca habían leído la Biblia, así que solo podían contar historias y fábulas para mantener el interés de la gente. Es de imaginar el error y el grosero engaño que esto causaba.

Wycliffe escribió:

El servicio más elevado que pueda alcanzar el hombre en la Tierra es predicar la ley de Dios. Este deber corresponde particularmente a los sacerdotes, de modo que puedan producir hijos de Dios [...]. Y por esta causa Jesucristo dejó otros trabajos y se ocupó principalmente de la predicación, y también lo hicieron los apóstoles, y por tal causa Dios los amaba [...] Creemos que existe una mejor manera; evitar aquellos que agradan y, en cambio, confiar en Dios y contar fielmente su ley y, especialmente, su Evangelio. Y, dado que estas palabras son palabras de Dios, deben ser tomadas como creídas, y las palabras de Dios darán a los hombres nueva vida más que las otras palabras que son para el placer.

Wycliffe no podía traicionar lo que sentía que era cierto según las Escrituras, aunque significara perder apoyo.

Oh, maravilloso poder de la divina semilla, que vence a fuertes hombres armados, suaviza los duros corazones y los renueva y cambia en hombres divinos [...] Obviamente, tal milagroso poder nunca podría ser producido por la palabra de un sacerdote, si el Espíritu de Vida y de la Eterna Palabra, por encima de todo, no obrara con ella.²¹

Wycliffe ataca la eucaristía

Poco a poco Wycliffe continuó atacando los errores y engaños de la Iglesia Católica. En 1379 adoptó una posición contraria a la Iglesia que hizo temblar aun a sus amigos. John de Gaunt tuvo problemas con ella y le rogó que se retractara de esa monumental posición. Pero Wycliffe no podía

traicionar lo que sentía que era cierto según las Escrituras, aunque significara perder apoyo. Como consecuencia, el gobierno inglés lo mantuvo a distancia, sin saber cómo reaccionar ante su última revelación.

La más famosa controversia de Wycliffe fue sobre la eucaristía o santa comunión. Los católicos creían en la transustanciación, que simplemente significaba que cuando un sacerdote oficiaba una misa, el pan y el vino de la comunión se transformaban en el verdadero cuerpo y la sangre verdadera de Jesucristo, aunque conservaban la apariencia de mero pan y vino. También se llama a esto “el bendito sacramento”.

Wycliffe encontraba que la transustanciación era completamente anti-bíblica. En su tratado titulado *De Eucharistia* presentó sus convicciones a partir de dos puntos fundamentales: primero, la transustanciación no se encuentra en la Biblia y, segundo, la creencia en la transustanciación era totalmente desconocida hasta el siglo XII.²² No se había convertido en dogma –verdad absoluta– para los católicos sino hasta 1215, en el cuarto Concilio de Letrán.

Wycliffe afirmó que la teología doctrinal de la transustanciación era, simplemente, un invento –o una mala interpretación– que tenía el propósito de conservar la mística de la misa y la superioridad de los sacerdotes. Para él, la transustanciación exageraba peligrosamente la importancia del oficio sacerdotal, exponía a Cristo a una indignidad pasiva y motivaba a las personas a la idolatría.

Wycliffe instaba a las personas a regresar a la fe y la práctica de los primeros cristianos.

Por el contrario, Wycliffe creía en la presencia *espiritual* de Cristo y su sangre, y sostenía que Jesucristo debía ser recordado en la comunión por fe personal en el precio que Él había pagado. Wycliffe instaba a las personas a regresar a la fe y a la práctica de los primeros cristianos.

Wycliffe escribió: “La hostia consagrada que los sacerdotes hacemos y bendecimos no es el cuerpo del Señor, sino una señal eficaz de Él. No debe entenderse que el cuerpo de Cristo desciende del cielo a la hostia consagrada en cada iglesia”.²³

Wycliffe continuaba explicando cómo interpretar la Palabra de Dios, usando la comunión como ejemplo: “Algunas expresiones de las Escrituras deben ser comprendidas de forma directa, sin figuraciones, pero hay otras que deben ser comprendidas en sentido figurado. Así como Cristo

llama a Juan el Bautista 'Elías', y san Pablo dice que Cristo era una piedra. [...] Encontramos tales modos de expresión constantemente en las Escrituras, y en esas expresiones, sin duda, la producción es hecha de manera figurativa".²⁴

Wycliffe escribió que el significado del lenguaje figurativo de la Biblia está oculto para quienes no conocen a Jesucristo.

"Por tanto, todo hombre, sabiamente, con mucha oración y gran estudio [...] lea las palabras de Dios en las Sagradas Escrituras [...] Cristo dijo: '*Yo soy la vid verdadera*' [Juan 15:1]. ¿Por qué, pues, no adoráis la vid como Dios, ya que lo hacéis con el pan?"²⁵

Afirmó, además, que Cristo no era una vid terrenal, "por lo cual tampoco el pan material es cambiado de su sustancia a la carne y sangre de Cristo".²⁶

Cuando Wycliffe protestó contra la superstición e idolatría que veía en la misa, en su tratado *De apostasia*, fue tildado de total hereje por la Iglesia Católica. Aunque no se tomaron medidas para excomulgarlo, Wycliffe ahora era un hombre a quien la mayoría trataba de evitar.

Cortar su influencia

Finalmente, en 1380 sonó la alarma en la amada Oxford de Wycliffe. Debido a las presiones del Papa, el rector había comenzado a oponerse a las doctrinas de Wycliffe en las facultades y, en conclusión, decidió que había llegado el momento de actuar en su contra.

Un grupo de doce doctores en Divinidad se reunieron en consejo para considerar la teoría de Wycliffe sobre la eucaristía. Al fin de esta discusión, por mayoría de siete, determinaron que sus doctrinas eran erróneas. El rector estaba algo alarmado de que los cinco restantes no creyeran que Wycliffe había hecho algo malo. En un intento de silenciar todo posterior apoyo a Wycliffe, el rector amenazó a quienes enseñaran o defendieran las doctrinas de aquel con enviarlos a la cárcel, suspenderlos de toda función en la universidad y excomulgarlos.²⁷

Wycliffe fue encontrado disputando sobre teología en la facultad, cuando fueron a leerle públicamente el veredicto y la sentencia. Cuando escuchó la condenación de su obra, se sintió confundido, pero aseguró que las opiniones de estos hombres no debilitarían sus convicciones.²⁸

Wycliffe apeló al rey para revertir la decisión del rector, pero fue ignorado. John de Gaunt se apresuró a ir a Oxford y trató de persuadir a Wycliffe de que obedeciera al rector, pero este decidió hacer oídos sordos a sus ruegos.

Wycliffe permaneció en un segundo plano hasta mayo de 1381, cuando escribió *Confessio*, un tratado que defendía sus opiniones condenadas.

En ese tiempo Wycliffe se apartó de la vida pública y finalmente se distanció también de Oxford. Fue una decisión muy difícil para él, ya que la mayor parte de su vida había estado vinculada con los asuntos de la Universidad. Era difícil que alguien mencionara a Oxford sin que le viniera a la mente el nombre de Wycliffe.

Wycliffe ahora había regresado al aislamiento y la oscuridad de Lutterworth. Pero esta vez, era diferente. No tenía los lujos ni los beneficios de estar asociado a Oxford.

Estoy seguro de que todos podemos sentirnos identificados con lo que sintió Wycliffe esta vez. Había sido cortado del lugar donde había tomado forma su identidad terrenal. Oxford era el lugar donde se había sentido seguro, pero ahora tenía que encontrar el camino sin esa vía.

El cambio demostró ser el punto de inflexión más importante de su destino sobre esta Tierra.

Destino: La puerta que ningún hombre puede cerrar

Wycliffe se sentía aislado de todo. Fue durante ese tiempo que acudió al Señor en busca de orientación. Sabía que tenía un propósito para cumplir sobre esta Tierra, pero necesitaba escuchar al Señor. Creo que fue gracias a esas oraciones que Wycliffe comenzó a comprender la razón de su vida.

*En Lutterworth, Wycliffe comenzó la hazaña
por la que es más conocido en la actualidad: la traducción
de la Biblia del latín al inglés.*

Repentinamente inspirado, Wycliffe comprendió que Lutterworth no podía ser una oscura “prisión” para él, sino que sería un lugar de destino divino: un lugar donde finalmente iban a coincidir los tiempos de Dios y la visión de su corazón.

Ahora lo comprendía. En la oscuridad y la paz de Lutterworth, Wycliffe comenzó la hazaña por la que es más conocido en la actualidad: la traducción de la Biblia del latín al inglés común.

Varios de sus más leales seguidores acompañaban a Wycliffe en Lutterworth, entre ellos John Purvey y Nicholas de Hereford.

Purvey era uno de los más íntimos amigos de Wycliffe. Fue su secretario privado y asistente hasta el final de los días de Wycliffe. Ahora Wycliffe tenía cincuenta y un años, por lo que comenzó a dictar gran parte de su prolífica producción literaria a Purvey, ya que no tenía dudas de que su unción y su visión para escribir serían transmitidas a este.

Hereford era uno de los más cultos colegas de Wycliffe en Oxford. Doctor en Divinidad, Hereford trabajó incansablemente junto con Purvey en la traducción de la Biblia latina al inglés. A diferencia de Wycliffe y Purvey, Hereford era conocido por su ruda personalidad; se lo conocía como el más “violento” de los seguidores de Wycliffe.²⁹

Durante los años siguientes los tres trabajaron día y noche. Wycliffe creía que había caído sobre él la mayor unción que hubiera sentido jamás, dándole las fuerzas y la energía para supervisar el proyecto. La versión generalmente aceptada es que Wycliffe tradujo el Nuevo Testamento mientras que Hereford y Purvey tradujeron el Antiguo Testamento bajo su constante supervisión.

Las cinco reglas para el estudio bíblico

¿Por qué Wycliffe se dedicó a tan colosal tarea? En el ámbito natural, tenía todo en su contra. En toda Europa no había existido una Biblia en lenguaje común. El latín era preservado porque se lo consideraba un idioma santo y místico, reservado solo para los eruditos. Además, la mayor parte de la población de Inglaterra era analfabeta. Más aún, la imprenta no se fabricaría masivamente sino hasta el siglo siguiente, así que la provisión de Biblias en inglés común sería muy limitada. Era una tarea monumental, y solo una persona que realmente hubiera tenido revelación de Dios lo habría intentado siquiera; sin duda, Wycliffe era esa persona.

Como ya he dicho, su inquebrantable convicción era que la Biblia era la única autoridad para la vida. Wycliffe escribió:

Puesto que la Biblia contiene a Cristo, que es todo lo que se necesita para la salvación, es necesaria para todos los hombres, no solo para los sacerdotes. Ella sola es la ley suprema que debe regir a la iglesia, al Estado y a la vida cristiana, sin tradiciones y estatutos humanos.³⁰

Wycliffe sabía que la gente común jamás conocería las verdaderas bases de la fe a menos que conociera lo que decía la Biblia. También se dio

cuenta de que nunca conocerían la Biblia si ella no estaba en su propio idioma. Entonces, afirmó:

Cristo y sus apóstoles enseñaron a las personas en el idioma que ellas mejor conocían. Es seguro que la verdad de la fe cristiana se vuelve más evidente cuanto más se conoce la fe misma. Por tanto, la doctrina no solo debería estar en latín, sino en la lengua vulgar [común] [...] Los creyentes deberían tener las Escrituras en un idioma que puedan comprender claramente.³¹

Wycliffe sentía un enorme peso por la gente común. Se daba cuenta de que si conseguían una Biblia en su idioma y si podían leerla, necesitarían instrucciones para estudiarla. Así que completó su tarea bosquejando cinco reglas básicas para traducir y estudiar la Biblia:

1. Obtener un texto confiable.
2. Comprender la lógica de las Escrituras.
3. Comparar las partes de las Escrituras entre sí.
4. Mantener una actitud de humildad y búsqueda.
5. Recibir la instrucción del Espíritu.

Así que Wycliffe y sus colaboradores tradujeron toda la Biblia de la Vulgata, en latín, al dialecto inglés de las Midlands. Aunque muchas traducciones se han realizado después de esta increíble obra, aun hoy, en las traducciones modernas, perdura parte de la terminología utilizada en ella.³²

Ánimos acalorados en la Edad Media

Quisiera dedicar cierto espacio a presentar algunas de las respuestas que dio la Iglesia Católica a la traducción de Wycliffe. Es sorprendente hasta qué punto el engaño religioso puede cegar a una persona que desea mantener el control.

Traducir la Biblia al idioma de la gente común era considerado una herejía total por la Iglesia Católica de la Edad Media. Uno de los primeros y más famosos padres de la Iglesia, Jerónimo, ya había revisado la edición latina aproximadamente en el año 450. La revisión de Jerónimo fue llamada la “Vulgata”, y era la única versión oficial y “sagrada” reconocida por los católicos. Apartarse de la Vulgata rayaba en la blasfemia.

*La verdadera hazaña de Wycliffe fue poner la Biblia
al alcance de las personas de manera que pudieran
conocer a Dios de una forma más personal.*

Un escritor católico de la época de Wycliffe escribió:

Cristo entregó su Evangelio a los clérigos y doctores cultos de la Iglesia, para que ellos lo administren a los laicos y a las personas débiles, [...]. Pero este maestro, John Wycliffe, lo ha traducido del latín al inglés [el idioma anglo, no el de los ángeles] poniéndolo al alcance de laicos y de mujeres que saben leer, habiendo estado siempre destinado a los clérigos eruditos y a los que tienen gran entendimiento. De esta manera, la perla del Evangelio es echada fuera y pisoteada por los puercos y lo que antes era precioso para clérigos y laicos, ahora es tenido por mofa de todos.³³

No sé usted, pero si yo fuera miembro de una iglesia no me agradaría demasiado eso de que me llamaran “puerco”. Sin embargo, el artículo ilustra perfectamente la mentalidad de la época: si una persona no era parte de la élite del clero católico, su vida no tenía ningún valor. Las mujeres no tenían importancia. Por qué ese hombre escribió que la Biblia era “preciosa” para el clero, jamás lo entenderé. Ellos la leían muy esporádicamente... ¡si es que alguna vez lo hacían! Y la Biblia no dice que los ángeles hablaran entre sí en latín.

Años después, Arundel, arzobispo de Canterbury, fue aún más venenoso en sus inquietantes comentarios. Creo que este arzobispo en particular fue uno de los hombres más malvados de su época.

Arundel escribió:

Ese miserable y pestilente individuo de dañina memoria, John Wycliffe, hijo de la antigua serpiente y verdadero heraldo e hijo del anticristo, quien, mientras vivió, andando en la vanidad de su mente –con algunos otros adjetivos, adverbios y verbos que no escribiré aquí–, coronó sus impiedades traduciendo las Escrituras a la lengua materna.³⁴

Lo único que produjeron estas duras palabras fueron los acalorados ánimos que las hicieron perdurar en la historia. La verdadera sustancia, la verdadera hazaña ya completada era que la Biblia había sido puesta al alcance de las personas de manera que pudieran conocer a Dios de una forma más personal. Las acciones de Wycliffe honraron la sangre que Jesús derramó por todos nosotros y, por eso, podemos estar eternamente agradecidos. La Iglesia Católica intentaba mantener el precio que Jesús había pagado en una caja secreta. Trataron de elevarse a una posición de divinidad inventada por hombres.

Dios no vive en estatuas; vive en el corazón. No es la cabeza de una pandilla, sino la Cabeza de la Iglesia.

Aún lo odian

He notado que en muchas referencias teológicas escritas o editadas por católicos, el nombre de Wycliffe aún aparece en la lista de “herejes”. Algunos, aparentemente, creen que Wycliffe socavó la unidad de la fe católica. Sí, lo hizo, pero fue una acción ordenada por Dios. Dios no se encuentra en la política religiosa; no se lo encuentra en las tácticas controladoras o engañosas. Dios no vive en estatuas; vive en el corazón. No es la cabeza de una pandilla, sino la Cabeza de la Iglesia.

Juan 3:16 dice claramente que todo aquel que cree y confía en Él tiene vida eterna. Eso, simplemente, significa que la oportunidad de la salvación está abierta a cualquiera que quiera escuchar.

Romanos 8:14 dice que “*todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios*”. Conocer a Dios en el Espíritu es posible a través de una relación personal con Él. No se logra por medio de una mera práctica religiosa.

Los lolardos

Los últimos tres años de la vida de Wycliffe estuvieron llenos de acontecimientos. En 1381 se produjo la famosa revuelta de los campesinos, en la cual los trabajadores ingleses se levantaron para luchar por la libertad civil. Estaban cansados de pagar excesivos impuestos y ser oprimidos por leyes injustas. A principios del verano, cien mil airados campesinos ingleses marcharon sobre Londres y exigieron ver al joven rey Ricardo II.³⁵

El nombre de Wycliffe fue relacionado con esa revuelta, aunque todos sabían perfectamente que no tuvo nada que ver con ella. Él estaba muy ocupado traduciendo la Biblia en Lutterworth. Pero la Iglesia sostenía que las doctrinas y enseñanzas de Wycliffe habían provocado esa agitación.

Los historiadores concuerdan en que durante ese año los “lolardos” se convirtieron en un grupo prominente. Muchos, erróneamente, sostienen que todos los seguidores de Wycliffe eran lolardos, aunque no fue así. Esta confusión de identidades proviene porque Courtenay prohibió las enseñanzas de Wycliffe y silenció a los más importantes líderes lolardos de Oxford que se relacionaban con él.

El nombre “lolardos” significa en inglés ‘murmuradores’ y, finalmente, llegó a aplicarse a cualquier grupo que se opusiera a la Iglesia Católica. La Iglesia también los llamaba herejes.³⁶



Wycliffe envía a los lolardos al mundo.

Algunos de los lolardos cultos eran seguidores de Wycliffe; para ser históricamente correctos, entonces eran “wycliffarios”. Pero los lolardos incultos, campesinos, no se aferraban a un conjunto especial de doctrinas; eran, simplemente, activistas políticos que odiaban las injustas cargas que la Iglesia Católica les imponía.

Los centros de actividad de los lolardos eran las ciudades de Oxford y Leicester.³⁷ Los lolardos eran tan conocidos en Leicester que había un dicho que decía: “Uno de cada dos hombres es lolardo”.

Es difícil señalar con exactitud las creencias de estas personas, ya que variaban según sus circunstancias personales. Pero, básicamente eran parroquianos que se negaban a pagar diezmos, negaban la autoridad de la Iglesia Católica, no otorgaban demasiada importancia a la autoridad papal, atacaban la doctrina de la transustanciación y consideraban toda la liturgia y doctrina católica como arrogante necromancia, es decir, la predicción del futuro por medio de la comunicación con los muertos.³⁸ La lista continúa.

Pero en 1382 los lolardos tuvieron su primer problema oficial. El nombre de Wycliffe estaba mezclado en el asunto, aunque no había participado en nada. Hereford, uno de los más leales seguidores de Wycliffe, decidió realizar una reunión de lolardos en el campus de Oxford. Dio un sermón duro y movilizador, los llamó a ser leales y apoyar a Wycliffe en contra de la jerarquía católica. Como resultado de esta reunión, Hereford y todos los seguidores de Wycliffe que habían permanecido en Oxford fueron excomulgados.

La tierra tiembla

El año de 1382 fue aún más cargado de acontecimientos que el anterior.

Sudbury, el anterior arzobispo de Canterbury, había sido asesinado durante la revuelta de los campesinos. Finalmente Courtenay había cumplido su sueño: fue nombrado nuevo arzobispo de Canterbury. Su primera meta, la más importante al llegar al arzobispado, fue ocuparse de las doctrinas y los seguidores de Wycliffe.

Courtenay convocó a un concilio en Blackfriars para condenar oficial y formalmente las opiniones de Wycliffe. Invitó a otros nueve obispos y a treinta y seis graduados en teología para tomar una decisión sobre veinticuatro escritos de Wycliffe. Lo interesante es que el nombre de Wycliffe nunca fue mencionado en la reunión; solo sus escritos.

El proceso concluyó el 21 de mayo de 1382, después de cuatro días de discusiones. Diez de las proposiciones fueron halladas heréticas y el resto, erróneas. Courtenay decretó que los oficiales del rey arrestaran a todos los “pobres predicadores” que fueran atrapados predicando en el campo. También sentenció que todas las enseñanzas y los tratados de Wycliffe, cualquier cosa que hubiera escrito o editado, debían ser confiscados de inmediato. Cualquier estudiante de Oxford que fuera culpable de seguir la doctrina de Wycliffe sería expulsado sin contemplaciones.

Aunque decidido a silenciar a los seguidores de Wycliffe, Courtenay no tocó a este. La historia nunca ha descubierto por qué.³⁹ Quizá John de

Gaunt hizo un trato secreto con Courtenay, probablemente a cambio de dinero, por el cual éste dejó en paz a Wycliffe. Dado su odio por Wycliffe y sus ansias de riquezas e influencia esta es, probablemente, la única razón lógica por la que Courtenay nunca persiguió a Wycliffe. Nunca lo convocó. Wycliffe permaneció aislado y tranquilo en Lutterworth, traduciendo la Biblia.

Sin embargo, en ese día en particular, el concilio de Courtenay fue interrumpido por un inusual e inesperado terremoto. Ambos, Courtenay y Wycliffe atribuyeron el inusual hecho al juicio de Dios sobre el otro. Courtenay creía que Dios estaba de su lado; Wycliffe creía que Dios estaba airado por las conclusiones a las que había llegado el concilio. Esa famosa reunión es conocida hoy como “El concilio del terremoto”.

Corrientes subyacentes de reforma

El año de 1382 también trajo un hecho muy importante: el matrimonio del joven rey Ricardo II de Inglaterra con Ana de Bohemia. El matrimonio unió a dos países separados y, a instancias de la reina Ana, abrió las puertas para que estudiantes de Bohemia pudieran cursar estudios en Oxford.

Una vez en Oxford, los estudiantes de Bohemia comenzaron a estudiar y concordar secretamente con los escritos de Wycliffe. Uno de los



El reformador religioso John Wycliffe predica desde su cama. Getty Images.

estudiantes bohemios más famosos que asistió a Oxford fue Jerónimo de Praga. Jerónimo, finalmente, llevó los escritos de Wycliffe a Bohemia, donde cayeron en manos del famoso reformador John Hus. Aunque Wycliffe había sido silenciado en Inglaterra, en pocos años sus enseñanzas explotaron en Bohemia y el movimiento husita nos llevó a la Reforma.

En 1382 Wycliffe encontró tiempo para escribir su más famoso documento hasta la fecha, titulado *Trialogo*. Este escrito toma la forma de una discusión entre la Verdad, la Falsedad y la Sabiduría, y cubre, brevemente, todos los temas que Wycliffe ya había desarrollado en profundidad. Fue su primer escrito que llegó a ser impreso, aunque Wycliffe nunca llegó a verlo, ya que se imprimió en 1525; pero, históricamente, tiene el crédito de ser el escrito original de Wycliffe que lo vincula con los reformadores del siglo XVI.¹⁰

Entre el torrente que fluía de su pluma, Wycliffe sufrió el primero de los dos ataques de embolia en 1382. Este primer ataque lo dejó parcialmente paralizado. El Papa intentó convocarlo a Roma para que respondiera ciertos cargos, pero debido a su debilidad Wycliffe no pudo responder.

La muerte de “el párroco”

El año de 1383 transcurrió prácticamente sin novedades para Wycliffe. A juzgar por sus profusos escritos, es dudoso que haya pastoreado personalmente la iglesia de Lutterworth. Aunque era la figura principal allí, sin duda otros pastores cuidaban a la gente en su lugar.

Wycliffe sufrió el segundo ataque de embolia a fines de diciembre de 1384, mientras escuchaba la misa. Este ataque le causó una parálisis aguda y perdió la capacidad de hablar. Tres días más tarde, el 31 de diciembre de 1384, Wycliffe murió, dejó la tierra para ir con su Señor.

Aunque la Iglesia Católica lo odiaba, Wycliffe nunca fue excomulgado. Su funeral fue sencillo, y su cuerpo fue enterrado en terreno sagrado de la Iglesia de Lutterworth.

Purvey, su fiel asistente, continuó trabajando en la Biblia inglesa. La primera versión fue terminada antes que Wycliffe muriera, pero Purvey inició una revisión a la que muy adecuadamente llamó “Biblia Wycliffe”.

La influencia de Wycliffe se extendió mucho más allá del clero. No permaneció aislado en una “caja” dentro de su ministerio; obviamente, tenía amigos en todas las esferas de la vida. Sabemos que tenía buenos amigos en el gobierno y fieles amigos entre los trabajadores más humildes. El famoso poeta inglés Geoffrey Chaucer vivió durante la época de Wycliffe, y eran amigos. Ambos escribieron en el dialecto de las Midlands, y eran

amigos de John de Gaunt. Se dice que en los famosos *Cuentos de Canterbury*, de Chaucer, la parte de “el párroco” fue escrita como tributo a John Wycliffe. Esta parte dice:

Nos acompañaba también un hombre religioso y bueno, párroco de una ciudad, pobre en dinero, pero rico en santas obras y pensamientos. Era, además, hombre culto, un erudito que predicaba la verdad del Evangelio de Jesucristo y enseñaba con devoción a sus feligreses. De carácter apacible y bonachón, buen trabajador y paciente en la adversidad —pues había estado sometido con frecuencia a duras pruebas—, se sentía reacio a excomulgar a los que dejaban de pagar el diezmo. A decir verdad, solía repartir entre los pobres de su parroquia lo que le habían dado los ricos, o lo que tenía de su propio peculio,⁴¹ pues se las arreglaba para vivir con muy poco.

Los amigos de Wycliffe son un tributo a la forma en que él vivió su vida. Nunca transigió en sus principios ni en sus valores, pero es obvio que influyó en cada persona con la que entró en contacto.

Es triste ver ministros tan atrapados por el mundo de la Iglesia que no pueden identificarse con el hombre común, o con alguien que no está en su campo o llamado específico. Para ser verdaderamente efectivos como creyentes, debemos aprender que nuestra seguridad no proviene de quienes creen lo mismo que nosotros. Jesús vino a tocar al mundo; no parte de él, sino a todo.

Viva su vida para Dios delante de todo hombre, sea lo que fuere que crea o la forma que actúe. No se aísle; por el contrario, permita que el Espíritu Santo obre a través de usted, y atrevase a ir a todos los ámbitos; convierta a los demás a Dios por medio de su ejemplo, su testimonio y sus buenas obras.

Aun trataron de ganar

Aunque Wycliffe tuvo muchos amigos buenos y fieles que apreciaban su memoria, su muerte no satisfizo el odio y el desprecio que la Iglesia Católica aún tenía por él.

En 1408, veinticuatro años después de la muerte de Wycliffe, Arundel, el arzobispo de Canterbury, reunió a un grupo de clérigos y decretó que no se produjeran más traducciones de la Biblia en forma de libro o tratado, y

que ningún hombre fuera autorizado a leer tal traducción, en público o en privado, que fue “compuesta en la época del mencionado John Wycliffe [...] bajo pena de mayor excomuni3n”.⁴² La persona que fuera atrapada leyendo una de las traducciones de Wycliffe perdería todas sus tierras, y sus posesiones personales pasarían a manos de la Iglesia.

Veintinueve años después de la muerte de Wycliffe, un decreto papal de 1413 ordenó que sus libros fueran quemados.

En 1415, treinta y un años después de la muerte de Wycliffe, el concilio general de la Iglesia occidental se reunió en Constanza y condenó sus enseñanzas con trescientos cargos. Condenaron su memoria como la de “uno que murió en obstinada herejía” y ordenaron que sus huesos fueran exhumados de su lugar de reposo y “arrojados a distancia de los sepulcros de la Iglesia”.⁴³

Para entonces, un obispo llamado Philip Repton dirigía la diócesis de Lutterworth. Para crédito suyo, Repton dejó los huesos de Wycliffe intactos.⁴⁴

No fue sino hasta 1428, aproximadamente cuarenta y cuatro años después de la muerte de Wycliffe, que el Papa ordenó que los huesos de este fueran exhumados y quemados; el nuevo obispo de Lutterworth, Richard Fleming, cumplió la tarea. Después que los huesos de Wycliffe fueron exhumados y quemados, las cenizas fueron arrojadas al río Swift, en un intento por borrar todo rastro de él. Pero no había forma de que eso sucediera. Su memoria ya estaba grabada en los fundamentos de la libertad cristiana.



Quema de los libros de Wycliffe.

Thomas Fuller, al relatar los eventos, grabó sus palabras para siempre en la historia, tan bellas fueron: “Quemaron sus huesos hasta reducirlos a cenizas y las arrojaron al Swift, un río que corría allí cerca. De esta forma, este arroyo llevó las cenizas al Avon, el Avon al Severn, el Severn a los estrechos mares, y ellos al amplio océano. Así, las cenizas de Wycliffe son el emblema de su doctrina, que ahora está dispersa por todo el mundo”.⁴⁵

Su visión explotó por toda la Tierra

Wycliffe no vivió para ver los resultados de su visión. No vivió para ver si su traducción de la Biblia llegaba al pueblo; lo único que tenía era la visión en su corazón y su amor por la gente común. Lo único que supo hacer fue plantar la semilla y confiar en que Dios completaría lo que había comenzado... y Dios, sin duda, lo hizo.

Después que se inventó la imprenta, en 1450, y comenzó a ser utilizada de forma generalizada, grandes volúmenes de la Biblia en inglés fueron impresos a un ritmo veloz. La Iglesia Católica ya no pudo contener las “herejías” de los reformadores. Ahora la gente era libre para examinar la Palabra de Dios y conocerla de manera personal. Era libre para examinar los frutos de sus actos según la Palabra de Dios, no según los hombres.

Los reformadores que vendrían traducirían la Biblia a treinta y cuatro idiomas. Durante un periodo de menos de trescientos años, las tres cuartas partes de esas traducciones fueron para los europeos. Para 1818 la traducción bíblica abarcaba todo el mundo, con misioneros que llevaban la Palabra a otras naciones y traducían la Biblia a sus idiomas. Para 1982, según la Sociedades Bíblicas Unidas, había 574 proyectos de traducción en los que trabajaban miembros de doscientas denominaciones y misiones.

*Wycliffe plantó una semilla y confió en que Dios
completaría lo que había comenzado. Hoy podemos
examinar sus frutos.*

En los últimos años un gran porcentaje de las traducciones bíblicas es realizado por creyentes nativos. Por ejemplo, en los Estados Unidos los indios están traduciendo la Biblia a sus propios idiomas. Han comprendido que pueden establecer sus propias iglesias si la Biblia está en su idioma nativo. El concepto es simple: ¡primero una Biblia; después, un converso, después, una iglesia!

En 1942 la traducción bíblica se convirtió en una carrera, con la formación de Traductores Bíblicos Wycliffe. El único propósito de esta organización, fundada por William Cameron Townsend, es cumplir la Gran Comisión (Mateo 28:19) por medio de la traducción de la Biblia. En esta organización, traductores, especialistas en alfabetización y colaboradores de treinta y cuatro países se han unido para producir más de quinientas traducciones, y hay mil más en proceso. Se ha estimado que hay aún más de tres mil grupos étnicos que esperan que la Biblia sea traducida a su idioma.⁴⁶

Hoy se estudia traducción bíblica en cuatro universidades de Estados Unidos, además de Inglaterra, Alemania, Francia, Brasil, Japón y Australia. Las naciones de Nigeria, Ghana, Brasil, Filipinas, Camerún, Kenia, Corea y Nueva Guinea han iniciado sus propias organizaciones nacionales de traducción de la Biblia.

Agregaré que en la actualidad, desde el Concilio Vaticano II, la Iglesia Católica ha cambiado, en parte, su actitud sobre la traducción bíblica y el acceso del hombre común a las Sagradas Escrituras. De los 574 proyectos que las Sociedades Bíblicas Unidas contabilizaban en 1982, los católicos participaban activamente en 133.⁴⁷ Pero aún tienen su propia traducción de la Biblia, así como varios libros del Antiguo Testamento que los protestantes no aceptan como Palabra de Dios inspirada.

Si Wycliffe hubiera visto en qué iba a convertirse su visión... Podrá usted ver por qué al comienzo de este capítulo le dije que nunca debemos subestimar el poder de plantar una semilla. No se desaliente si Dios le ha indicado que haga algo, y parece que nada sucediera. Continúe obedeciendo; continúe plantando la semilla, por dura y fría que sea la tierra o la obra. Como se suceden las estaciones de la Tierra, así se sucederán los frutos de su labor. Recuerde que debajo de la fría y dura tierra del invierno yace el proyecto de una bella flor o un fruto fragante de primavera. Los tiempos están en manos del Señor, y la obediencia de su corazón para hacer lo que Él le ha pedido que haga.

Así que, quisiera cerrar este capítulo con las palabras de Jesús en Juan 4:34, 36-37, que me parecen muy apropiadas para aplicar a la vida de Wycliffe.

Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. [...] Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra goce juntamente con el que siega. Porque en esto es verdadero el dicho: Uno es el que siembra, y otro es el que siega.

Notas

- 1 "John Wycliffe and the 600 th Anniversary of the Translation of the Bible Into English", *Christian History Magazine* 2, no. 2, ed. 3, Worcester, Christian History Institute, 1983, p. 18.
- 2 "Wyclif, John", *The Encyclopedia of Religion* 15, Nueva York, MacMillan Publishing Co., 1987, p. 488.
- 3 *Christian History Magazine*, p. 11
- 4 "John Wycliffe", EPC of Australia <<http://www.epc.org.au/literature/bb/wycliffe/html>> (5 de junio de 2001).
- 5 *Christian History Magazine*, p. 12.
- 6 K. B. MacFarlane, *John Wycliffe and the Beginnings of English Nonconformity*, Londres, Inglaterra, English Universities Press, Ltd., 1952, p. 76.
- 7 *Christian History Magazine*, p. 18.
- 8 "John Wyclif", *The Catholic Encyclopedia*, <<http://www.newadvent.org/cathen/15722a.htm>> (25 de mayo de 2001).
- 9 *Christian History Magazine*, p. 18.
- 10 *Catholic Encyclopedia*.
- 11 *Christian History Magazine*, p.17
- 12 *Catholic Encyclopedia*.
- 13 "H371: The Reformation Before the Reformation: John Wycliffe" <<http://www.theology.edu/h371.htm>> (15 de mayo de 2001).
- 14 MacFarlane, p. 91.
- 15 *Ibíd.*
- 16 *Ibíd.*
- 17 *Christian History Magazine*, p. 25.
- 18 *Ibíd.*, p. 24.
- 19 PETERS, Edwards, "Heresy and Authority in Medieval Europe" <<http://topaz.kenyon.edu/projects/margin/indulge.htm>> (4 de junio de 2001).
(Esta información se trasladó a www2.kenyon.edu/projects/margin/indulge.htm desde agosto de 2003).
- 20 *Christian History Magazine*, p. 24.
- 21 *Ibíd.*, p. 34
- 22 *Ibíd.*
- 23 *Ibíd.*, p. 24.
- 24 *Ibíd.*
- 25 *Ibíd.*
- 26 *Ibíd.*
- 27 MacFarlane, p. 98.
- 28 *Ibíd.*
- 29 *Ibíd.*, p. 102.
- 30 *Christian History Magazine*, p. 26.
- 31 *Ibíd.*
- 32 "History of the Christian Church" http://www.ccel.org/s/schaff/history/6_ch05.htm (1 de junio de 2001).

- 33 *Christian History Magazine*, p. 26.
- 34 *Ibíd.*
- 35 “Wat Tyler’s Rebellion”, *The World Book Encyclopedia* 21, Chicago, World Book, Inc., 2003, p. 113.
- 36 MacFarlane, pp. 100-104.
- 37 “Lollards”, *The Catholic Encyclopedia*, <http://newadvent.org/cathen/09333a.htm> (16 de mayo de 2001).
- 38 “Lollard Conclusions, 1394” <http://topaz.kenyon.edu/projects/margin/conclu.htm> (1 de junio 2001). [Esta información se ha mudado a: www2.kenyon.edu/projects/margin/conclu.htm desde agosto de 2003].
- 39 MacFarlane, pp. 115-116.
- 40 *Ibíd.*, p. 117.
- 41 “John Wycliffe, The Parson”, *Word Alive*. Reimpreso con permiso de la revista *Word Alive*, Wycliffe Bible Translators of Canada. <http://www.wycliffe.ca/wbthist/john/parson.html> (9 de junio de 2001).
- 42 *Christian History Magazine*, p.26.
- 43 “History of the Christian Church”. Ver también <http://island-of-freedom.com/wycliffe.html>.
- 44 MacFarlane, p. 120.
- 45 “History of the Christian Church” Ver también <http://island-of-freedom.com/wycliffe.html>.
- 46 “History of Wycliffe Bible Translators” <http://www.wycliffe.org/history/wbt.htm> (9 de junio de 2001).
- 47 *Christian History Magazine*, pp. 27-29.

Capítulo 2



John Hus

1372 - 1415



“El padre de la Reforma”

“El padre de la Reforma”

Deseo ser como el asno de Balaam. Ya que los prelados se sientan sobre mí, deseando forzarme a ir contra la orden de Dios y dejar de predicar, clavaré los pies de sus deseos y no los obedeceré, porque el ángel del Señor está frente a mí en medio del camino.¹

Entrecerrando sus ojos hundidos y señalando con sus dedos largos y huesudos al aire, John Hus declaró con voz alta y solemne sus intenciones contra la jerarquía de la Iglesia Católica.

Los que lo escuchaban en la iglesia permanecían en silencio, cada uno lleno de admiración y lealtad a su pastor. Era un héroe para ellos, un verdadero líder que se atrevía a hablar y rebelarse en contra de los males y las hipocresías. La atmósfera era un cartucho de dinamita; un enorme poder explosivo debajo de una cubierta calma y tranquila. Cada persona tenía clara conciencia de que el más mínimo movimiento podría iniciar una revuelta santa, pero el carácter decidido de Hus los mantenía intactos.

Hus no era hombre de luchar con la espada. Guerreaaba con palabras, y solo con ellas podría haber iniciado una violenta revolución. Esta fuerza espiritual interna es la que ha hecho perdurar su nombre a lo largo de la historia.

Aunque su delgada contextura le daba una apariencia frágil, Hus era un guerrero. Había prometido que su vida serviría para una cosa: reformar la Iglesia Católica desde adentro. No tenía deseos de ser el iniciador de una nueva denominación. Por el contrario, creía que, si lograba sacudir y exponer las doctrinas hipócritas desde adentro, la Iglesia Católica tendría oportunidad de regresar al espíritu y las creencias de la iglesia primitiva.

Hus era un revolucionario, pero poco se sabe de él. Escribo este capítulo para que eso cambie. Hay muy pocos libros sobre su vida que

hayán sido traducidos, pero las pocas referencias son muy serias y preciosas.

Hus era un guerrero. Había prometido que su vida serviría para una cosa: reformar la Iglesia Católica desde adentro.

Es sorprendente que sepamos tan poco sobre Hus, a pesar de lo mucho que le debemos. Para lograr cierta perspectiva, permítame mencionar los grandes “generales” sobre los que él influyó. Influyó sobre las creencias de Martín Lutero —que dijo: “Todos somos husitas”²—, Juan Calvino —cuya reforma se concentró en dedicar todos los aspectos de la vida y la cultura al señorío de Jesucristo— y George Fox —quien enseñó que somos guiados por el testimonio interior del Espíritu Santo—. Por medio de los moravos —una rama de los husitas—, la influencia de Hus llegó, a través de la historia, a tocar a John Wesley. A medida que avance este capítulo, usted verá, aún, algunas de las creencias que el actual movimiento de la Palabra de Fe ha incorporado, aunque muchos probablemente no sepan que Hus fue el primero en reconocer la confesión bíblica y el sacerdocio de todos los creyentes.

La de Hus es la historia de una traición que nos rompe el corazón y un doble fraude. Leer acerca de su amor y su defensa de la verdad, ser testigo de su impecable carácter, y luego revivir la traición que lo llevó a la muerte le arrancará lágrimas. Aún creemos y peleamos por las mismas cosas que defendió Hus. En medio de una generación desilusionada, que ha borrado la línea que separa al bien del mal, en medio de un mundo que muere cautivo pensando que es libre, aún enseñamos y predicamos la verdad que Hus enseñó y escribió.

Quiera Dios que el espíritu de la reforma y de poder lo rodee por completo al leer este capítulo. Que la fuerza de Dios consuma su vida y lo aliente a defender la verdad y luchar contra la corrupción y el mal de nuestra época.

Una madre que oraba

Hijo de una pareja de campesinos pobres, Hus comenzó su vida en 1372, en una aldea llamada Husinec, sobre el río Blanice, en el sur de Bohemia. La casa donde nació está aún en pie, pero un incendio destruyó la mayor parte de ella en 1859; solo el cuarto donde él nació se salvó.³

En medio de un mundo que muere cautivo pensando que es libre, aún enseñamos y predicamos la verdad que Hus enseñó y escribió.



Husinec, aldea natal de Hus.



Lugar de nacimiento de John Hus.

Poco sabemos de sus padres. Su padre se llamaba Miguel y, fuera de eso, nada más se sabe de él. Sí sabemos que Hus estaba muy apegado a su madre; ella fue quien le enseñó a orar y a confiar en Dios. Más tarde Hus escribiría, agradecido, que su madre fue quien le enseñó a decir: “Amén, Dios así lo haga”.⁴ Ella fue también la que lo impulsó inicialmente a ser un sacerdote.

La Edad de Oro

Hus nació en una generación llamada “la Edad de Oro” debido, en gran parte, al emperador Carlos IV.⁵ Cuando el emperador llegó al poder dejó de lado a Roma como residencia real y regresó a su tierra nativa de Bohemia, donde reconstruyó a Praga haciendo de ella una de las ciudades más importantes de Europa Central. La meta principal del emperador era establecer un centro educacional dentro de Praga, por lo cual fundó la Universidad de Praga –hoy llamada Universidad Carolina–. Dado que el emperador dotó a la universidad de todos los privilegios de que disfrutaban los famosos centros educativos de París y Oxford, Praga pronto sobrepasó a las otras casas de estudios y se convirtió en la única universidad en Europa Central.

Fue este ambiente el que motivó a la madre de Hus a procurar para su hijo la mejor capacitación posible, para asegurar su futuro. Dada la época

en que vivían y las circunstancias que los limitaban, sabía que el sacerdocio sería la mejor ocupación para su hijo.

Para explicar un poco el trasfondo histórico, diremos que, en 1378, cuando Hus tenía solo cinco o seis años, se produjo el Gran Cisma de Occidente entre los dos Papas –el de Avignon, Francia, y el de Roma–. Hus, naturalmente, a su edad, le prestó poca atención al asunto, sin saber que, en varios años después, las consecuencias de este conflicto papal lo llevarían a la muerte.

Pero por ese entonces, Hus estaba muy tranquilo, jugando y cuidando los gansos que sus padres criaban.

Un hogar fuera del hogar

Hus dio el primer paso hacia su carrera cuando tenía trece años. Decidida a que su hijo fuera educado como sacerdote, la madre de Hus lo llevó a la ciudad comercial de Prachatice, a una hora de su casa, y lo inscribió allí en la escuela primaria. Las escuelas de esa época eran totalmente diferentes de las actuales. Solo podía ingresarse a la escuela a los doce años, y la mayoría de la gente jamás se daba el lujo de asistir a clase.

Según la tradición, la madre de Hus llevó una hogaza de pan como presente para el director y se arrodilló siete veces durante el camino para orar por él.⁶ En este punto, el padre de Hus se pierde en la bruma y su madre se convierte en una figura predominante en la determinación de su futuro.

Personalmente admiro los sacrificios que debe de haber hecho la madre de Hus, ya que yo también tuve una madre y una abuela que me enseñaron a orar y buscar al Señor desde mi juventud. Me siento identificado con el amor y la dedicación que la madre de Hus volcó sobre él. El amor de una madre es siempre igual, sea cual fuere la generación en que viva.

En la escuela primaria de Prachatice Hus aprendió los conocimientos fundamentales de su época, especialmente las bases del latín. Este conocimiento sería un paso muy importante para el sacerdocio ya que, como usted sabe después de leer el capítulo sobre Wycliffe, la única Biblia disponible era la Vulgata, en latín.

De “Husinec” a “Hus”

En 1386 Hus dejó Prachatice y fue a Praga, donde se inscribió en una escuela preparatoria. Dado que Praga ahora era un centro universal de acontecimientos, había estudiantes de muchos países –hasta algunos

provenientes de la lejana Finlandia— que vivían allí. Además de los checos nativos, estaba lleno de alemanes. Aquí Hus aprendió alemán como segundo idioma después de su checo nativo.

A los catorce años Hus era un jovencito amante de la diversión, con las picardías y las travesuras propias de su edad. Hus solía contar que, cierta vez, para Navidad, él y los otros niños del coro representaron una obra sacrilega: uno, vestido como obispo, subía a un burro, entraba con el burro a la iglesia y, junto con los otros, oficiaba una misa cómica.⁷ Por supuesto, estas travesuras habían sido declaradas ilegales por el arzobispo de Praga, pero Hus y sus amigos lo ignoraban.

En 1390, a los dieciocho años, Hus ingresó a la Universidad de Praga, un hecho excepcional, ya que pocos de su región lograban ser admitidos a la universidad. Cuando Hus ingresó, decidió cambiar su nombre. En lugar de ser conocido como John de Husinec, abrevió su nombre a “John Hus”.⁸

Pobreza, desilusión, y una relación verdadera

Como muchos estudiantes que provenían de un hogar pobre, Hus se ganaba la vida cantando en una iglesia local. Aunque era una época de hambre y privaciones, Hus hablaba de ella con humor: “Cuando era un joven estudiante hambriento, solía hacerme una cuchara con pan, para comer las arvejas... hasta que acabé comiéndome la cuchara también”. También dijo: “Cuando era estudiante y cantaba vigiliass con otros, solíamos cantarlas lo más rápido posible para terminar el trabajo pronto”. ¡Y después los sacerdotes cobraban por ello y no les pagaban lo que correspondía!⁹

Mientras luchaba duramente por su propio bienestar, Hus comenzó a observar cuán bien alimentados y felices estaban los sacerdotes. Asociaba el ministerio con vivir bien y ser respetado. Al ver que los sacerdotes siempre tenían mucho dinero, Hus admitió luego que, al principio, quiso entrar al sacerdocio por razones secundarias. Pensaba que el ministerio significaba prosperidad inmediata. Escribió: “Cuando era un joven estudiante, confieso haber abrigado un mal deseo, porque había pensado en convertirme rápidamente en sacerdote para asegurarme un buen pasar y vestir bien, y ser estimado por los hombres”.¹⁰

*Hus siempre proclamaba: “¡Escudriñad las Escrituras!”
La Palabra de Dios transformó su religión en una relación
personal con Jesucristo.*

Si hubiera sido rico, Hus no hubiera tenido problema en lograr su meta. El dinero hablaba. Con los cientos de sacerdotes que había en Praga, la riqueza le hubiera asegurado una posición importante. Pero era pobre, así que tuvo que trabajar extremadamente duro para probar que podía ser un sacerdote y esperar que se le otorgara un puesto.

La historia nunca menciona específicamente cuándo Hus comenzó su relación personal con el Señor. Personalmente, creo que fue en algún momento entre estos años de sus estudios universitarios. Fue el tiempo en que Hus estudió diligentemente las Escrituras y descubrió qué creía y qué no. Hus decía que, cuando era joven, pensaba que el ministerio consistía solamente en subir hasta lo más alto. Pero cuando –recordó luego– “el Señor Dios me dio el conocimiento de las Escrituras”,¹¹ se convirtió en un apasionado seguidor de Cristo. A partir de ese momento, si alguien venía a él con un problema o una pregunta, Hus siempre proclamaba: “¡Escudriñad las Escrituras!”¹² ¡La Palabra de Dios transformó su *religión* en una *relación* personal con Jesucristo!

El carácter de “el ganso”

Al provenir de un hogar tan pobre, Hus se esforzaba extremadamente en sus estudios. Desde su adolescencia adoptó una característica que llegó a ser el fundamento de su ministerio: “Desde el mismo principio de mis estudios, me he fijado la regla de que, cuando discierna una opinión mejor en cualquier asunto, abandonaré alegre y humildemente la anterior. Porque sé que las cosas que he aprendido son las menos en comparación con las que no sé”.¹³ ¿No sería maravilloso si todos fijáramos la misma regla para nuestras vidas y fuéramos tan humildes para recibir enseñanzas como Hus? A medida que avance en la lectura, usted verá que cada posición que tomó Hus estaba basada solamente en la revelación que tenía y el amor que sentía por Dios.

Debido a su celo y diligencia para el aprendizaje, Hus recibió su título universitario en Artes, en 1393. El hombre que presentó a Hus y le entregó su título hizo un comentario interesante. El apellido Hus provenía de Husinec, que significa ‘ciudad de gansos’. Cuando abrevió su apellido a Hus, le pusieron el apodo de “el ganso”. El presentador se tomó esa libertad con su apellido y lo convirtió en una graciosa descripción de Hus, destacando que, durante el examen final para su título, este había brindado una verdadera fiesta para todos; en otras palabras, había “cocinado el ganso” para convidarlos.

Después el presentador hizo una afirmación más seria; señaló que, como un ave, Hus poseía alas con las que “se eleva a más altas esferas”.¹⁴

Estoy seguro de que este hombre no tenía idea de cuán alto llegaría Hus y cuán grande se haría su reputación.

Ahora Hus tomaba más en serio el sacerdocio. Hasta había comprado su primera –y última– indulgencia en 1393.

Patriotas espirituales

Desde 1398 hasta 1402 Hus vivió en el Colegio Rey Wenceslao, una pequeña sección de la universidad. Allí estudió para su maestría y se hizo amigo de un hombre llamado Esteban de Palec. Palec y Hus estudiaban juntos noche y día, y conversaban regularmente con su instructor favorito, Estanislao de Znojmo. Obviamente inspirado por Estanislao, Hus declaró de este instructor que “no tenía igual bajo el Sol”.¹⁵

Hus también era frecuente visitante del hogar de un amigo, el pastor de la Iglesia de San Miguel. Estos hombres estudiaban muchos de los temas candentes relacionados con la vida de Wycliffe. Imagino los acalorados debates que habrán sostenido a la luz de las velas, hablando de las cosas del Señor hasta la madrugada. ¡Desearía poder haber estado entre ellos! Lamentablemente, en el juicio que lo llevó a la muerte, años después, Hus fue traicionado por algunos de los hombres que participaban de estas precisas discusiones.

Hus se sentía atraído por Estanislao, porque este amaba las enseñanzas del reformador inglés John Wycliffe. Estanislao estudiaba cada avance de la teología de Wycliffe. Uno de estos temas teológicos se convertiría en un punto conflictivo en la vida de Hus.

Estanislao seguía todas las creencias de Wycliffe, aun las contrarias a la transustanciación; él creía en la “remanencia”, es decir, que el pan y el vino continuaban siendo tales después de la consagración, y no se convierten en el cuerpo y la sangre verdaderos de Jesús. Estanislao enseñaba fervientemente esta doctrina. Aunque Hus consideraba a Estanislao como su mentor, nunca lo siguió en esta creencia.

Aunque las enseñanzas de Wycliffe habían sido prohibidas en Inglaterra, eran públicamente difundidas en Praga. El matrimonio de Ana de Bohemia con Ricardo II de Inglaterra abrió las puertas para que los bohemios pudieran educarse en Oxford, y las enseñanzas de Wycliffe pasaron a la ciudad –espiritualmente hambrienta– de Praga.

No solo Estanislao, sino la mayoría de los maestros checos con los que estudió Hus eran seguidores de Wycliffe, hasta cierto punto. El espíritu de Wycliffe encendía la reforma que ya ardía en los corazones de los checos.

Hus fue un apasionado defensor del movimiento de reforma checo. Creía que el checo debía ser la lengua principal de Bohemia, y que su pueblo nativo debía hacer oír su voz. Sus amigos Palec y Estanislao estaban aun más apasionadamente involucrados en esta causa. Los tres llegaron a tener una relación tan estrecha que los estudiantes de la universidad hacían bromas y poemas sobre su amistad espiritual y patriótica.

En 1396 Hus aprobó el riguroso examen para la maestría, y Estanislao le entregó el honroso título. En ese mismo año Hus comenzó a enseñar en la Facultad de Artes, donde copió algunas obras de Wycliffe para su propio uso. El ejército sueco se llevó uno de esos manuscritos durante la Guerra de los Treinta Años, que hoy se expone en el museo de Estocolmo. En los márgenes de su manuscrito, Hus escribió muchas frases de aprobación que aún pueden leerse, como “Wycliffe, Wycliffe, inquietaréis la mente de más de un hombre”, y “Quiera Dios dar a Wycliffe el reino de los cielos”.¹⁶

Un amplio círculo de amigos y mentores

Hus ahora disertaba varias veces por día, además de entrenar a los estudiantes sobre cómo utilizar lo que habían aprendido e incorporarlo en sus discursos. Después de enseñar durante dos años, fue elegido para promover a los estudiantes al grado de bachiller. Le encantaba mezclarse con los estudiantes y convertirse en su amigo y mentor. Era conocido como amigo bueno y fiel, ya que realmente se preocupaba por el bienestar de cada estudiante. Las relaciones que inició con los estudiantes durante este período duraron toda su vida. Solo uno de ellos se volvió en su contra, tiempo después.

En 1401 el antiguo amigo de Hus, Jerónimo de Praga, regresó de la Universidad de Oxford, donde había estudiado. Jerónimo trajo con él un cofre de tesoros: ¡los manuscritos de Wycliffe! Había copiado cada una de las obras de Wycliffe antes de salir de Inglaterra, y se apresuró a llegar a su tierra natal para compartirlos con los reformadores checos.

Hus amaba profundamente a Jerónimo, aunque la personalidad de este era totalmente opuesta a la suya. Jerónimo era vehemente, impetuoso y lleno de aventura. Si alguien decía que algo no podía hacerse, Jerónimo era el primero en demostrar lo contrario.

Mientras Hus y los demás devoraban los manuscritos de Wycliffe, Jerónimo partió hacia Jerusalén. Regresó dos años después, pero solo para salir nuevamente en un viaje por Italia, Francia y Alemania, siempre metiéndose en problemas por sus doctrinas y arreglándoselas por poco para

escapar. Este rudo predicador estuvo lejos de Praga hasta 1412, cuando reapareció en la vida de Hus.

Como puede verse, Hus se rodeó de diversos hombres, todos apasionados por el amor a Dios y su nación. Esta variedad de amigos y sus discusiones lo ayudaron a formular las doctrinas por las que sería conocido en los años siguientes.

El “padre” antes que Hus

En 1402 Hus fue nombrado pastor de la capilla de Belén, iglesia que fue el centro del movimiento de reforma checo. Aunque la capilla solo tenía once años de vida cuando Hus se hizo cargo de ella, ya tenía una historia increíble.

El primitivo movimiento de reforma checo tenía un líder llamado Milic. Hus tenía solo tres años cuando Milic murió, pero el patriota checo ya había iniciado oleadas de reformas en toda la nación. Milic criticó a la jerarquía católica por sus abusos, y no se contentó con simplemente condenar los vicios de la época: puso manos a la obra. En base en una visión que había tenido, buscó el distrito rojo de Praga, convirtió a las prostitutas y fundó un albergue para que ellas vivieran, llamado “Nueva Jerusalén”.¹⁷ En este refugio alojó a más de doscientas ex prostitutas que habían decidido vivir para Dios. Fuera del refugio, inició una iglesia, muy apropiadamente llamada Iglesia de María Magdalena.

En sus proximidades Milic también construyó una casa donde tenía intenciones de educar al “sacerdocio apostólico”: jóvenes que continuarían la obra de reforma en el mismo espíritu.¹⁸

Naturalmente, esto encendió la ira de la jerarquía católica, que lo convocó a Avignon para responder por cargos ridículos. Milic murió mientras defendía su causa.¹⁹ Es llamado “el padre de la reforma checa”, aunque no pudo completar las reformas que había iniciado.²⁰

Sus seguidores continuaron su visión y contribuyeron con dinero para iniciar la capilla de Belén, continuación del movimiento de reforma checo de Milic. La predicación en la capilla debía ser totalmente en idioma checo, para que pudiera servir como centro de reforma. Los maestros checos de la universidad tenían la responsabilidad de sostener la capilla. El hecho de que nombraran a Hus como pastor demuestra la extraordinaria reputación que tenía entre ellos como promisorio reformador. Los líderes checos sabían que Hus, como Milic, tenía el carácter y la sabiduría para vivir al límite, y que podría distinguir la verdad del error. Hus, un joven patriota checo, lucharía por la verdad.

Cuando Hus aceptó el pastorado de esta famosa iglesia, ingresó en la etapa más importante de su vida. Ya había predicado con frecuencia, remplazando a sus amigos pastores. Necesitaria la práctica, ya que su nuevo puesto era muy exigente. En un año debería predicar más de doscientos cincuenta sermones solo en la capilla de Belén. Además de eso, enseñaba y orientaba a estudiantes en la Universidad.²¹

La vida al límite: la capilla de Belén

La capilla de Belén era un lugar muy especial. Tenía capacidad para tres mil personas, y el pueblo checo llenaba totalmente el templo en cada culto. En Praga había cuarenta y cuatro iglesias católicas, veintisiete capillas, dieciséis monasterios y siete conventos, pero la capilla de Belén era el único lugar donde se predicaba en el idioma nacional.²²

Hus amaba de todo corazón al pueblo checo, e hizo todo lo posible por pastorearlo adecuadamente. La principal función de la capilla era alimentarlo con la Palabra de Dios. Hus no solo predicaba poderosos sermones en checo, sino que usaba otros medios para transmitir el Evangelio, como las pinturas.

En la capilla de Belén, Hus utilizó todo lo que pudo para extender el Evangelio, desde las pinturas religiosas hasta la predicación en el idioma nacional.

En las paredes de la capilla Hus se aseguró de que las pinturas contarán la verdadera historia, como sus sermones. Se daba cuenta de que la gente común no sabía leer; por lo tanto, no podía estudiar lo que él les predicaba. Así que usó ayudas visuales para que el mensaje del Evangelio quedara firmemente plantado en sus mentes.²³

Lo que quiero decir es esto: en una pared había una pintura de un Papa sentado en un caballo grande, con toda su pompa y extravagante esplendor; junto a él había una pintura de Cristo en toda su pobreza, llevando la cruz. El siguiente par de pinturas mostraba a los gobernantes de las naciones que donaban la ciudad de Roma, junto con un palacio en toda su gloria y poder, al Papa. Este tenía una corona sobre su cabeza y un manto de púrpura sobre sus hombros; la pintura opuesta mostraba a Cristo delante de Pilato como un acusado, con una humilde corona de espinas sobre su cabeza. El tercer par de pinturas mostraba al Papa sentado

majestuosamente en un trono, mientras le besaban los pies; la pintura opuesta mostraba a Jesús inclinado para lavar los pies de sus discípulos.²⁴



Plaza de Belén,
lugar donde se encuentra
la capilla de Belén.

El dramático contraste de las pinturas tuvo un enorme efecto. Hus comprendía que la mente capta mejor las cosas que ve, que las que oye; las ayudas visuales lograron su objetivo. Admiro la creatividad de Hus para captar los corazones de las personas y volverlos hacia el verdadero Jesucristo.²⁵

*Hus enseñaba que el mayor logro de que es capaz
un hombre es el de amar a Dios de manera absoluta.*

El incipiente reformador

Hus puso también en acción su amor por el pueblo: estableció una residencia para pobres estudiantes campesinos detrás de la capilla, llamada "Nazaret". No solo supervisaba Nazaret, sino también pastoreaba la capilla, enseñaba en la universidad y era mentor de los estudiantes. Hus sentía empatía por las necesidades de los pobres, y esto le atrajo la atención de todo el país. El pueblo se identificaba con él porque provenía de un hogar checo pobre, y había demostrado que deseaba responder a sus necesidades. Sabían que se interesaba sinceramente por ellos. Hus no tardó en ganarse los corazones del pueblo incondicionalmente.

La fama de Hus como predicador se extendió rápidamente, y comenzó a ser reconocido como líder indiscutido del movimiento popular checo. Además de las personas comunes, los maestros y estudiantes de la universidad también asistían a sus cultos masivamente. Hus tenía una teología escolástica y un profundo amor por el hombre común, y



John Hus

esta inigualable combinación educaría a toda una generación de futuros reformadores.

Enseñaba que el mayor logro de que es capaz un hombre es el de amar a Dios de manera absoluta. Desde su púlpito y en sus discursos, denunciaba el orgullo, la fornicación y el amor al dinero.

Hus enseñaba que el mayor logro de que es capaz un hombre es el de amar a Dios de manera absoluta.

La vida de Hus estuvo entremezclada con muchas personas diferentes, todas las cuales defendían valientemente una causa. Su vida fue, en gran

medida, como un tablero de ajedrez, con peones, caballeros y varios reyes. Cada movimiento dependía de otro. Vamos a conocer a las figuras principales que le causaron los mayores problemas, y a una que intentó ayudarlo.

Dos reyes y un aspirante a obispo

Como mencioné al principio, debido al Gran Cisma de Occidente había dos Papas que gobernaban en el mundo occidental. Ninguno de ellos reconocía la autoridad del otro, y la controversia enfrentaba a una nación con la otra. Hus nunca se involucró en este conflicto, pero quienes tenían influencia directa sobre él, sí.

Uno de ellos fue el rey Wenceslao, el hijo mayor del emperador Carlos IV. Wenceslao era el rey de Bohemia, conocido por sus borracheras irascibles y su débil voluntad. Cambiaba de humor en un abrir y cerrar de ojos.²⁶ Cometió muchos errores administrativos y se inmiscuyó en temas eclesiásticos. Su primera esposa fue muerta a dentelladas por los perros que él mantenía en su dormitorio.²⁷ Este fue el hombre que iba a influir en la vida de Hus más de una vez.

La segunda esposa de Wenceslao, la reina Sofía, era amiga de Hus. Sofía comprendía a Wenceslao y sabía cómo conservar su favor. Se encariñó mucho con Hus; asistía a los cultos en la capilla de Belén y fue una importante defensora del movimiento de reforma checo. Cuando asistía a Belén, su guardaespaldas, Juan Zizka, la acompañaba. Después de la muerte de Hus, Zizka se convirtió en un temido líder husita.²⁸

La segunda figura influyente en la vida de Hus fue el rey Segismundo de Hungría, el hermanastro menor del rey Wenceslao. Segismundo no tuvo reinado hasta que se casó con una princesa en Hungría. Cuando el padre de ella murió, Segismundo comenzó su gobierno.

Los dos hermanos se odiaban con todas sus fuerzas. En determinado momento Segismundo fue secuestrado y enviado a prisión por Wenceslao, porque Segismundo deseaba poseer Bohemia. Finalmente compró el título de Sacro Emperador Romano, y llegó a ser el enemigo más sangriento de Hus.

La última figura es la del arzobispo de Praga, Zbynek. Cuando quedó vacante el puesto de arzobispo, solo Zbynek tenía tanto dinero como para pagar al Papa lo suficiente para ser nombrado, incluyendo la cancelación de la deuda del arzobispo anterior. Cuando Zbynek llegó con el dinero para pagar ese alto precio, fue inmediatamente nombrado para el puesto. En 1402 Zbynek tenía solo veinticinco años, ninguna capacitación en asuntos religiosos, escasa educación y, desde luego, no tenía la madurez necesaria para manejar tal puesto. Aunque no estaba preparado, era un genio militar millonario y tenía un gran entusiasmo y deseo de hacer la obra de Dios.

Al principio Zbynek y Hus se llevaron extremadamente bien. Zbynek no tenía idea de que la teología de Wycliffe circulaba por la universidad; ni siquiera sabía de qué se trataba. No comprendía los debates y, durante un tiempo, no les prestó demasiada atención. Confiaba en Hus y le pedía que revisara todas sus decisiones y lo corrigiera si encontraba algún error.

La historia de la reina Sofía y de estos hombres son importantes, porque cada uno entró y salió varias veces de la vida de Hus.

En medio de un mundo que muere cautivo pensando que es libre, aún enseñamos y predicamos la verdad que Hus enseñó y escribió.

Una necesidad imperiosa: el Espíritu

El ministerio de Hus florecía en la capilla de Belén. No solo estaba lleno de la Palabra de Dios, sino que tenía una causa: llevar a los checos a una relación más profunda con Dios.

Hus se dio cuenta de que su congregación checa tenía “imperiosa necesidad” de una transformación espiritual genuina.²⁹ Por ello siempre



trataba temas de conducta moral, haciendo énfasis en los motivos, más que en las acciones externas. Enseñaba a la congregación a renovarse en el espíritu de su mente y revestirse de su nueva naturaleza. Les advertía que toda otra palabra sería en vano si la Palabra de Dios no hablaba primero a sus corazones y enseñaba a sus almas. A semejanza de Wycliffe y Milic, Hus enseñaba que, para que la doctrina de una persona fuera pura, primero su vida debía ser reformada.³⁰

Juan Hus en el púlpito de la capilla de Belén en Praga. Ad. Liebscher.

Mientras Hus crecía en importancia, madurez y carácter piadoso, la Iglesia Católica continuaba operando a su alrededor sin cambiar su pútrida y enferma forma de religión. Los sacerdotes inventaban fábulas y mentaban a los analfabetos para recibir dinero, prometiéndoles perdón y vida eterna. Los clérigos se entregaban a la fornicación y el adulterio; algunos tenían varias amantes. Si un sacerdote ganaba buen dinero para la Iglesia Católica, el Papa pasaba por alto sus pecados y, con frecuencia, ascendía al hipócrita. Las doctrinas se inventaban según el dinero que pudieran conseguir, y se alentaba el misticismo porque este exaltaba al clero y mantenía al pueblo sometido y temeroso de tocar a los ungidos de Dios.

El dinero regía la Iglesia Católica. Muchas personas se rendían al afán por las riquezas... menos Hus.

Hus estaba disgustado por lo que sabía y lo que veía. Consideraba su puesto como un santo oficio, y prometió usar su boca para que Dios hablara la verdad por medio de él. Su misión era reformar la Iglesia Católica, y él lo sabía. Así que usó su púlpito y sus disertaciones para hablar en contra de la Iglesia por dos razones: la esperanza de reformarla, y la necesidad de levantar una nueva generación de clérigos que no cayeran en pecado. Hus era amigo del Espíritu de verdad; sabía que la verdad siempre prevalecería. ¡La verdad que él hablaba era tan revolucionaria, que aún escribimos sobre ella ahora, casi seiscientos años después!

En las siguientes páginas he incluido extractos y resúmenes de las verdades que Hus proclamó. Quizá sean de conocimiento generalizado para nosotros hoy, pero en la época en que Europa estaba en tinieblas, a la que una Iglesia Católica confundida ocultaba la luz, estas verdades

eran revolucionarias. También eran una amenaza mortal para el falso gobierno del catolicismo romano medieval.

Su mensaje para los sacerdotes

Aunque Hus continuaba siendo un católico comprometido, predicaba que nada hacía más daño a la vida espiritual que los pecados de los sacerdotes. No quería un cambio radical en las enseñanzas de la Iglesia; quería que la Iglesia fuera digna de su llamado.³¹ Estaba convencido de que, si los ministros prestaban más atención a su propia condición, las doctrinas serían más puras. Hus llamaba constantemente a un regreso al modelo de la iglesia primitiva y una completa reevaluación de lo que significaba ser sacerdote.

Hus enseñaba que el mayor logro de que es capaz un hombre es el de amar a Dios de manera absoluta.

Una de sus enseñanzas fundamentales sobre los sacerdotes era esta: Hus creía que la verdadera autoridad de un sacerdote dependía de su carácter, no de su puesto.³²

Hus llamaba constantemente a un regreso al modelo de la iglesia primitiva y una completa reevaluación de lo que significaba ser sacerdote.

Naturalmente, esto enfurecía al régimen católico, que creía que, mientras el sacerdote estuviera en buena relación política con la jerarquía, su condición moral no importaba. Hus sostenía que el amor al dinero había destruido la moral. He aquí un resumen de los temas que ilustraban su convicción:

1. *Hus odiaba la pompa y el prestigio de los que se rodeaban el Papa y muchos de los sacerdotes.* En una predicación sobre la humilde entrada de Jesús a Jerusalén, dijo: "No sé hasta qué punto podrían leer la historia el Papa o el obispo, aunque quizá pudieran. Porque muchos que no sabían leer libros han sido Papas, arzobispos, cardenales, obispos, canónigos y sacerdotes. ¿Cómo podría leerlo, si todo lo contradice?"³³

2. *Hus denunciaba las actitudes pomposas y elitistas, de los cardenales que acompañaban al Papa.* Lo sorprendía que el pueblo y los clérigos consideraran correctas y apropiadas las actitudes de los cardenales. Y agregaba: "Como también yo las consideraba correctas antes de conocer bien

las Escrituras y la vida de mi Salvador. Pero ahora Él me ha permitido saber que es una verdadera blasfemia de Cristo y repudio de su Palabra y de su seguimiento; como tal, es verdaderamente anticristiana”.³⁴

3. *Hus denunció a la jerarquía católica que promovía la guerra.* Hus creía que había dos espadas: una para la nobleza, para proteger la fe cristiana y la verdad; y la otra, una espada espiritual que debía usar el clero para luchar contra un mal espiritual. Los católicos sabían poco y nada sobre la guerra espiritual. Hus creía que los católicos luchaban solamente por amor al dinero. Dijo: “Cristo, en una alta cruz; ellos, en un gran caballo de guerra; Cristo, con una corona de espinas sobre su cabeza; ellos, con una corona de piedras preciosas y perlas; Cristo permitió que su costado fuera traspasado por una lanza por amor a nosotros; ellos quieren matar a sus hermanos por amor a la basura de este mundo”.³⁵

4. *Hus reprendió seriamente a los sacerdotes que no pastoreaban a sus iglesias, sino solo las usaban para obtener ganancia y prestigio personal.* Dijo: “Nosotros, los pastores de hoy, no conocemos a nuestras ovejas, excepto a las que tienen más lana. A las ovejas que traen más lana y ofrendas, las estimamos más y las conocemos mejor; pero a quienes menos traen, menos conocemos”.³⁶ Creía que era tarea del pastor conocer a su gente; la gente no tenía la responsabilidad de dar el primer paso para presentarse al pastor.

5. *En todos sus sermones nunca dejaba de incluir la condenación de la*



Hus predica el Evangelio a algunos de sus seguidores. Getty Images.

inmoralidad, especialmente del adulterio. Cierta vez escribió que si el apóstol Pablo escribiera una epístola a Praga, sin duda los censuraría por adulterio... ¡especialmente a los clérigos! Al predicar contra los pecados que eran cometidos, Hus dio un resumen de cómo eran realmente las cosas. Dijo: “Quien predique que los sacerdotes no deben cometer adulterio, robar a las personas por avaricia y simonía [vender cosas espirituales] [...], a este lo tildan inmediatamente de calumniador del santo sacerdocio, destructor de la Santa Iglesia y hereje al que no debería permitírsele predicar. Lo llevan al tribunal y lo condenan. Y cuando esa red diabólica no basta, detienen los cultos”.³⁷ En otras palabras, si no lograban terminar con esas predicaciones con la intimidación, ¡entraban y cancelaban los cultos!

6. *Hus reprendió severamente a los sacerdotes por oficiar cultos místicos donde las personas quedaban más fascinadas por los que las rodeaban y sus vestimentas, que por Dios.* Hus atacaba a los clérigos por confiar en sus túnicas y sus elaborados cultos para crear un ambiente místico, en lugar de enseñar las verdades de la Palabra de Dios para que la gente recibiera contenidos espirituales sustanciosos. Dijo: “Se quedan atónitos mirando las pinturas, las vestimentas, los cálices y otros maravillosos adornos de las iglesias. Sus oídos se llenan con el sonido de las campanas, órganos y campanillas. [...]. Ellos –los sacerdotes– están vestidos conuntuosas túnicas, capuchas, sombreros con nudos de perlas, borlas de seda. [...]. Llevan báculos –las varas de los obispos– varas y cruces de plata [...]. Así, el hombre sencillo desperdicia todo el tiempo que pasa en la iglesia, y al volver a su casa habla sobre esto todo el día, sin decir una sola palabra sobre Dios”.³⁸

*La gente debe darse cuenta de que hay algo especial
en nosotros. No necesitamos señales externas que
demuestren la obra interior de Dios.*

Aun en la iglesia actual debemos tener cuidado de no dejarnos llevar por un título, –sea el de obispo u otro–, por una túnica o por un cuello especial. El hecho de que tengamos un título o usemos una vestidura especial no nos hace ungidos. No digo que si llevamos una túnica o tenemos un título no somos ungidos; pero estas señales externas no tienen nada que ver con la unción. Si no nos escuchan cuando estamos vestidos con un traje, o con un vestido, o con un vaquero, ¿qué nos hace pensar

que un cuello o una túnica cambiará algo? Si la gente no nos reconoce porque tenemos algo diferente, por algo que Dios ha hecho en nuestra vida, no necesitamos una túnica; necesitamos permitir que Dios obre en nuestro interior.

¿Qué es la simonía?

Si usted pensaba que las palabras de Hus eran bastante duras hasta ahora, esta sección es aun peor. Quizá usted se pregunte qué es “simonía”. La palabra tiene su origen en las historias bíblicas de Simón, que ofreció dinero a los apóstoles por el poder del Espíritu Santo, y Giezi, que tomó dinero de Naamán por la cura de la lepra. Puede leer los relatos en Hechos 8.17-24 y 2 Reyes 5.20-27.

Cuando Simón quiso comprar el poder de Dios, Pedro le dijo que su dinero perecería con él, porque pensaba que podía comprar los dones de Dios. Después Pedro le dijo a Simón que su corazón no estaba bien; estaba lleno de codicia, envidia y celos, y que debería orar pidiendo perdón.

En la época de Hus la Iglesia estaba infectada con la práctica de la simonía, principalmente en la forma de la venta de indulgencias, absoluciones, etc. Sacudimos la cabeza, disgustados, al pensar en estas prácticas erradas de esa época, pero aun hoy debemos guardar nuestros corazones de este espíritu malo y engañoso. Nada ha cambiado. Recuerde: No hay nada nuevo bajo el Sol; solo la forma externa es diferente.

Creo en la prosperidad a la manera de Dios. El Libro de Proverbios está lleno de advertencias para los justos que dicen que, si nos concentramos en las riquezas, o las deseamos más que a Dios, esto es abominación al Señor. Proverbios 28:20 dice: *“El hombre de verdad tendrá muchas bendiciones; mas el que se apresura a enriquecerse no será sin culpa”*. Si usted tiene alguna pregunta sobre este aspecto, lea el Libro de Proverbios; está todo allí, y verá la forma correcta de vivir en salud y prosperidad.

La razón por la que se predica la prosperidad no es hacer más agradable el mundo. La razón de la prosperidad no es que usted esté más cómodo. La prosperidad se predica porque debemos tener dinero para contar con las herramientas necesarias para hacer la tarea. El dinero paga las herramientas que llevan salvación, liberación, sanidad y discipulado. El dinero es una herramienta para hacer la tarea en las áreas a las que Dios lo ha llamado a usted.

¿Por qué algunos no reciben el dinero que desean? Porque lo desean para algo que no es la voluntad de Dios. Lo desean para satisfacer sus

deseos o construir su propio imperio personal con su propio nombre y su propia herencia. Muchos deberán rendir cuentas a Dios por esto.

Presento lo que Hus creía sobre la simonía, porque creo que es una buena advertencia para todos los de nuestra generación; especialmente cuando parece que el dinero domina toda nuestra sociedad, nuestra cultura, y sí, también a veces, nuestro ministerio y nuestra iglesia.

Firmes declaraciones contra la simonía

Creo que Hus entendía qué fin tenía Dios para el dinero. Si se lo usaba de otra manera, él lo llamaba “tráfico de cosas sagradas” y lo ubicaba en el mismo nivel que la apostasía y la blasfemia.³⁹

1. *Hus sostenía que cualquiera que estuviera en el ministerio por amor al dinero, las posesiones mundanas o el dominio, era culpable de simonía.* De estas personas, dijo: “No hay estado en el cristianismo más propenso a la caída [...]. Por lo tanto, cualquiera que corre tras esta dignidad y lucha por obtenerla por el motivo de la ganancia material o la eminencia en este mundo, es culpable de simonía”.⁴⁰

Si usted está en el ministerio o en la iglesia por cualquier cosa que no sea Dios, tendrá un tiempo para arrepentirse y cambiar. Pero si no cambia, sin duda, sus motivos errados finalmente serán revelados, y su verdadero carácter saldrá a la luz. Pero más temible y solemne aun es pensar que un día tendrá que presentarse delante de Dios y rendir cuentas de sus motivos.

2. *Hus desaprobaba a todo clérigo que aceptaba dinero por servicios ministeriales “extracurriculares”.* Hus creía que los clérigos debían recibir un sostén material para sus necesidades básicas, pero los reprendía por cobrar dinero por tareas extras, como una ordenación. Hus creía que una ordenación era un oficio espiritual que no podía comprarse. Aun los reprendía por cobrar por casamientos y funerales, porque los consideraba un deber espiritual del oficio pastoral. Tachaba de “antibíblicos” a quienes cobraban por confesiones y absoluciones; señalaba que Jesús nunca había recibido dinero ni había revisado el registro de diezmos de quienes se acercaban a pedirle ayuda.

Hus reprendía a los monjes notables que pagaban para entrar a una orden. En cuanto a su voto de pobreza y su negativa a amar el dinero, comentaba que los monjes guardaban ese voto “tan bien como una prostituta guarda el de castidad”.⁴¹

3. *Hus insistía en que nadie debía asistir a una misa oficiada por un sacerdote que estuviera involucrado en simonía o inmoralidad, y que la congregación*

no debía entregarle sus diezmos. Muchos sacerdotes pagaban un impuesto al obispo para tener amantes. Algunos tenían hijos de esas amantes, por los cuales debían pagar un impuesto “de cuna” extra. Hus dijo: “No sé cómo la santa Iglesia puede liberarse de ellos, a menos que la comunidad siga el orden que Cristo y san Pablo han establecido”.⁴²

4. *Hus creía que la mejor forma de evitar la simonía era elegir buenos hombres como obispos y sacerdotes, hombres cuyos corazones amaran a Dios y no al dinero.* Esto, naturalmente, causaría una reforma radical en el sistema del papado.

Al darse cuenta de que no podía hacer mucho más que predicar contra este mal, Hus concluía sus sermones con la frase que siempre repetía y por la que se hizo famoso aun hasta hoy: “La verdad vence a todo”.⁴³

*Hus concluía sus sermones con la frase que siempre
repetía y por la que se hizo famoso aun hasta hoy:
“La verdad vence a todo”.*

Hus creía firmemente que negar la verdad era traicionarla. Sabía que la verdad siempre prevalecería, sin importar quién se le opusiera ni cuántos estuvieran en su contra, ni cuánto tiempo fuera necesario. Y yo digo: “¡Amén!”

Su mensaje para los laicos

Hus amaba profundamente a las personas comunes, y las cuidaba como un pastor amoroso a su rebaño. Sus reprensiones al clero eran consecuencia de que la gente estaba desilusionada, engañada o herida por las acciones de los sacerdotes. Creía que Dios no tomaba a la ligera que los clérigos engañaran a su rebaño.

Al mismo tiempo, deseaba que las personas maduraran y comprendieran lo que la Palabra de Dios decía, para que pudieran actuar adecuadamente.

Además de sus exhortaciones a ser transformados desde adentro, Hus aconsejaba a todos que fueran sabios y no perdieran el sentido común simplemente porque eran cristianos.

1. *Les enseñaba que, simplemente, si no había un sacerdote cerca, se arrepintieran de corazón.* Hus reprendía a los creyentes que se habían vuelto tan supersticiosos que creían que su perdón solo podía provenir de un sacerdote, y explicaba que el perdón procede solo de Dios, y que el sacerdote solo

puede verificar si existe un arrepentimiento genuino. Hus enseñaba: "...los sacerdotes que piensan o dicen que pueden, por su propia voluntad, atar o desatar sin que primero ate o desate Jesucristo, están terriblemente insanos".⁴⁴

El arrepentimiento proviene del corazón. El perdón solo puede darlo Dios. Un sacerdote solo puede verificar si existe un genuino arrepentimiento.

2. Hus enseñaba que las personas debían obedecer a los clérigos según su ética, no según su posición. Esto, aun hoy, es una afirmación controvertida. Hus creía que toda persona debe discernir la vida de quienes están por encima de ella; de lo contrario se convierte en un esclavo que cree que un sacerdote nunca puede estar equivocado y que sus órdenes deben ser cumplidas como si fueran mandatos de Dios. Hus enseñaba a su gente que, si un sacerdote o un superior les ordenaba hacer algo que no estuviera en la Biblia, ningún cristiano fiel estaba obligado a hacerlo.

Hus pensaba que la gente tenía derecho a saber lo que el ministro enseñaba y cómo vivía según la Biblia.

Les decía que nunca debían permitir que un ministro los reprendiera, preguntándole: "¿Qué le interesa a usted de nuestra vida o nuestros actos?" Creía que la vida de los ministros siempre debía estar a la vista de todo el pueblo. La gente tenía derecho a saber lo que el ministro enseñaba y cómo vivía según la Biblia. Y agregó: "Porque ningún superior está exento de corrección".⁴⁵

3. Hus enseñaba a la gente que circuncidaran su corazón para que la verdadera vida de Dios pudiera fluir de ellos. No era hombre que gustara de los espectáculos. La fe en Dios venía del corazón; no era solamente una apariencia externa. Quería que la gente comprendiera que la Iglesia no estaba limitada a los Papas, cardenales, obispos y clérigos, y que la congregación también tenía un rol importante en el reino de Dios.

Solo un hombre que no tenía nada que esconder, alguien muy seguro de su propio rol y su posición, podría enseñar estas cosas en un tiempo en que el hombre común estaba reducido prácticamente a nada.

Al regresar a la historia de la vida de Hus, no solo lo encontraremos predicando a un pueblo hambriento de estas verdades reformadoras, sino también vemos una puerta que se abre al mismo corazón de la Iglesia Católica Romana por medio de un arzobispo que le muestra su favor.

Codiciadas reliquias

Zbynek era el joven dinámico y rico, arzobispo de Praga. Le agradaba la personalidad osada de Hus y lo tomó como amigo y confidente. En 1403 y nuevamente en 1404, Zbynek fue anfitrión de dos sínodos en los cuales pidió a Hus que fuera el orador invitado. A estas conferencias asistieron numerosos prelados ricamente vestidos y almidonados y, al subir a la plataforma, el delgado y desgarrado Hus aprovechó la oportunidad para denunciar sus vicios a través de los sermones. El salón, atestado de gente, quedaba en un silencio helado mientras Hus comenzaba a profundizar en las Escrituras. Algunas veces los sacerdotes estaban tan atónitos frente a su revolucionaria osadía, que solo podían quedarse sentados mirando sin ver. Pero Zbynek estaba encantado con lo que escuchaba, y se prendó tanto de Hus que hasta incluyó varias de las convicciones de los reformadores checos en las iglesias católicas de toda Praga.

Durante los cinco años siguientes, Zbynek fue un firme apoyo para el movimiento de reforma checa. Lamentablemente, su amor por el dinero y el poder lo hicieron cambiar de posición en el último tiempo. Pero durante un tiempo, Hus fue uno de los sacerdotes favoritos de Zbynek.

Por ejemplo, en 1405 Zbynek recibió informes de Italia y partes de Bohemia sobre la supuesta aparición de sangre verdadera de Cristo en los elementos consagrados.⁴⁶ Zbynek sospechaba de tales informes, así que eligió a Hus, Estanislao y otra persona más cuyo nombre no se conoce, para ir a esas regiones e investigar los sucesos.

Estos tres hombres interrogaron, intimidatoriamente, a los checos que habían regresado de la región. Incapaces de mantener la mentira, los checos confesaron la mentira a Hus: el milagro había sido inventado por un sacerdote que trataba de ganar dinero para compensar la pérdida de una iglesia que se había quemado. Hus escuchó atentamente mientras los checos le explicaban que el sacerdote había mojado la hostia en sangre y exclamado con gritos histéricos que se había transformado milagrosamente. Durante un tiempo el truco había funcionado: llegaba gente de todas partes, trayendo valiosos regalos para el sacerdote y la iglesia. Hus persiguió y aprehendió al clérigo inmediatamente. Bajo un riguroso examen y punzantes preguntas, el sacerdote confesó que todo era un engaño.

También había habido una corriente de personas que adoraban diferentes objetos en toda Europa central, y Hus quería ponerle fin. Sé que esto puede sonar grosero, pero quisiera que usted lo comprenda a la luz de la época: ¡La Iglesia Católica decía que tenía en su posesión el prepucio de Jesús! En Praga decían que tenían sangre y pelos de la barba de Jesús y leche de la virgen María en exposición.⁴⁷

Hus había emprendido una cruzada en contra de tan groseros errores. Trataba apasionadamente de proteger los corazones de las personas y enseñaba que no debían creer en reliquias falsas como estas, ni adorarlas. Hizo pedazos el engaño y la hipocresía de la Iglesia Católica y de los sacerdotes que alentaban esta adoración idolátrica. Hus rugió: “Estos sacerdotes merecen ser colgados en el infierno, porque son fornicarios, parásitos, avaros, gordos cerdos”.⁴⁸ Aunque decían ser los herederos de la sucesión apostólica, estos sacerdotes no se parecían en nada a los apóstoles. Hus declaró solemnemente que todas esas reliquias eran falsas.

Una vez más, Hus privaba a la Iglesia del dinero que hubiera recibido si esas personas ingenuas hubieran continuado adorando las falsas reliquias.

La voz viva del Evangelio

Para este entonces, hacía cuatro años que Hus pastoreaba; buscaba toda forma posible de cuidar, bendecir y prosperar a las personas. Una de esas formas era ensalzar el idioma nativo checo. Por ello Hus se tomó este tiempo para perfeccionar el alfabeto checo traduciendo el alfabeto latino al idioma checo. Toda sílaba debía expresarse con una letra, en lugar de una combinación de letras. Su conversión del idioma checo a una forma modernizada aún se utiliza en la actualidad.⁴⁹

En 1406 Hus revisó y mejoró el Nuevo Testamento en checo. También revisó porciones del Antiguo Testamento. Hacia el final de su vida emprendió el proyecto de revisar toda la Biblia en checo para hacerla de más fácil lectura.

Luchó valientemente por el derecho del pueblo checo a leer la Biblia en su propio idioma. Cuando se enteró de que algunos sacerdotes prohibían a los checos leer en su idioma, los reprendió señalando que Juan escribió su Evangelio en griego, Simón predicó el Evangelio en persa, y Bartolomé hablaba en el idioma de Judea. “¿Por qué, entonces, permitís vosotros que los sacerdotes prohíban a la gente leer la ley de Dios [...] en checo?”⁵⁰

A medida que los checos comenzaban a comprender mejor la Palabra al leerla en su idioma natal, Hus ilustraba la importancia de predicar lo

que habían aprendido. Dado que vivían en una época en que los libros impresos aún no estaban al alcance de la gente, hizo énfasis en que ellos debían ser “la voz viva del Evangelio”.⁵¹

Para Hus, la predicación pública era una señal segura de la verdadera Iglesia. Creía que la Biblia debía ser proclamada libremente, sin limitaciones ni censuras. La predicación era un don inspirado por Dios, y detenerlo sería poner obstáculos a la Palabra de Dios.

Juan escribió su Evangelio en griego, Simón predicó el Evangelio en persa, y Bartolomé hablaba en el idioma de Judea. Hus pensaba que su pueblo debería escuchar el Evangelio en su propia lengua, el checo.

Hus decía que, dado que la predicación es divinamente inspirada por Dios, nadie tiene autoridad para detenerla. Predicar es algo obligatorio, no optativo. Naturalmente, la Iglesia Católica se enfureció ante tal comentario, ya que ellos creían que tenían el poder de determinar quién podía ministrar y quién no. Hus creía que, si alguna autoridad intentaba impedir que un sacerdote predicara, este debía ignorarla y continuar. Hus declaró: “Los predicadores son más importantes en la Iglesia que los prelados”.⁵² Creía que todos los ministros tenían el derecho de proclamar la verdad que creían. Wycliffe había creído lo mismo.

Hus constantemente exhortaba a los clérigos y a los jóvenes estudiantes que lo escuchaban predicar a “predicar el Evangelio, no entretenimiento, ni fábulas, ni violentas mentiras, para que las personas con mente atenta acepten el Evangelio y tanto el predicador como el que lo escucha se afirmen en su fe en el Evangelio”.⁵³

Pero Hus no viviría para ver tal libertad. De hecho, muchas generaciones después de él tampoco llegaron a verla. Solo a fines del siglo XVI, cuando se dictó la Ley de Tolerancia –ver capítulo 6 sobre George Fox– la predicación individual de conciencia fue permitida en Europa sin castigo.

Si encuentras un error, dímelo

Para este entonces, en 1408, Estanislao había sufrido grandes persecuciones por ser seguidor de las enseñanzas de Wycliffe, y se había distanciado de los reformadores checos. Cada vez más distanciado, finalmente

llegó a separarse por completo de la causa y a unirse al bando totalmente opuesto: el de los extremos papistas. Estanislao pronto convenció a Palec de que se le uniera. Ahora, en un extraño vuelco del destino, tanto Estanislao como Palec eran enemigos declarados de Hus y del resto de los reformadores checos.

Al sentir la disensión en el seno de los reformadores checos, la jerarquía católica hizo un movimiento en contra de la condena inflexible de su estilo de vida inmoral y sus prácticas heréticas. Convocaron a un sínodo en el que denunciaron formalmente la predicación contra su estilo de vida en cualquier sermón predicado en checo. También acusaron a todo el partido reformista checo de la herejía de Wycliffe.

Zbynek quería congraciarse con la jerarquía de la Iglesia, por lo que ordenó que le llevaran todos los libros de Wycliffe para examinarlos. Hus llevó personalmente los libros a la corte y los colocó delante de Zbynek. Después, sonrió y le dijo a Zbynek que, si encontraba algún error en ellos, se lo hiciera saber.

El cambio de lealtades no les sirvió de mucho a Estanislao y Palec. La persecución de la que Estanislao había hecho objeto a otros los había metido en problemas a ambos, y las autoridades de la Iglesia querían verlos. Se les había ordenado que se presentaran delante de un tribunal del sínodo en Italia. Al llegar fueron arrestados y enviados a prisión.

Hus aún no había sido acusado de herejía, sino de causar divisiones en la Iglesia, porque había denunciado los pecados de varios clérigos. Zbynek apoyaba los cargos, y él y Hus escribieron varias veces al tribunal. Hus defendía sus convicciones y exponía su teología.

Todos estos argumentos en un sentido y otro preocuparon al rey Wenceslao, quien temía que la reputación de Bohemia sufriera como consecuencia, por lo que ordenó a Zbynek que escribiera una confesión declarando que, después de un cuidadoso examen, no había encontrado herejía ni herejes en Bohemia. Zbynek dudó, porque había estado involucrado en el hecho de que Estanislao y Palec fueran a la cárcel, así que comenzó a oponerse al rey Wenceslao y los reformadores. ¿Cómo quedaría él a los ojos del Papa? ¿Cómo lograría un puesto superior si parecía tan inconstante?

Para 1409 el rey Wenceslao, para favorecer a los reformadores checos, y cansado de tanta controversia, derogó una ley, con lo que puso furiosos a los alemanes, que se retiraron de Praga por cientos. El puesto de rector ahora estaba vacante y los reformadores checos votaron en abrumadora mayoría para que Hus lo ocupara.

Una Iglesia con tres cabezas

En 1409 se preparaba otra gran controversia. Aún había dos Papas que gobernaban —uno en Avignon y otro en Roma— y ninguno cedía ante el otro. Cuando un Papa moría, otro era inmediatamente puesto en su lugar. Benedicto XIII era el Papa de Avignon, y Gregorio XII el de Roma.

Sin posibilidad de arreglo del cisma a la vista, algunos cardenales fueron a Pisa, Italia, y convocaron un concilio general para elegir un Papa que fuera aceptado por todo el mundo occidental y terminar así con los otros dos.

El Concilio de Pisa fue impresionante. Multitud de cardenales y obispos llegaron a la ciudad, todos con sus mejores vestimentas y cubiertos de pies a cabeza de finas joyas. Debido al gran número de clérigos de alto rango presentes, se declararon a sí mismos como la autoridad final, y eligieron un tercer Papa, Alejandro V, a quien ordenaron que convocara a un segundo concilio antes de 1412. El Concilio de Pisa pidió la renuncia de los otros dos Papas.

Los otros dos Papas se negaron a renunciar. ¡Ahora la Iglesia tenía tres Papas, y ninguno de ellos reconocía a los otros dos!

Hus había estado de acuerdo con el Concilio de Pisa; esperaba que la controversia papal llegara a su fin. Cuando ninguno de los Papas renunció y los tres decidieron permanecer en el gobierno, Hus se sintió muy disgustado y los reprendió duramente, dijo: “¡Bien, ustedes, vicarios apostólicos! Ved si tenéis el Espíritu Santo, que es el espíritu de unidad, paz y gracia. Porque si lo tuvierais, viviríais como vivieron los apóstoles. Pero, dado que peleáis por la dignidad en cuanto a posesiones, asesináis a personas y causáis contención en el cristianismo, demostráis con vuestras obras que poseéis un mal espíritu, el espíritu de discordia y avaricia que ha sido asesino o matador desde el principio”.⁵⁴

Es interesante que Hus los haya llamado asesinos. De los ocho Papas que reinaron desde 1378 hasta 1417, cinco murieron repentinamente. La sospechosa naturaleza de sus muertes hacía conjeturar asesinatos.⁵⁵

“Un Papa aquí, un Papa allá”⁵⁶

El rey Wenceslao vio la elección de otro Papa más como su oportunidad perfecta. Tenía un plan. Esperaba que, si lograba posicionarse adecuadamente con el nuevo Papa, Alejandro V, y ganar su favor tomando una posición de liderazgo en el cisma, podría recobrar su derecho a competir por el título de Sacro Emperador Romano.

Así que, en 1409, Wenceslao dejó de ser aliado de Gregorio XII para serlo de Alejandro V, y ordenó a Zbynek que hiciera lo mismo. Entonces Zbynek recibió la orden de quitar todo rastro de herejía de Bohemia, allanando así el camino para que Wenceslao fuera elegido como emperador.

Zbynek se resintió aun más con Wenceslao por hacerse aliado de Alejandro V. Al principio se negó a obedecer. El rey se enfureció al ver que el obispo trataba de desobedecerlo. Cuando Zbynek recordó la personalidad asesina del rey, reconsideró su posición, se hizo partidario de Alejandro V y lanzó una venganza total contra toda herejía que pudiera hallarse en Bohemia. Esto convirtió a Hus en uno de sus principales blancos.

Alejandro V lanzó una orden en la que condenaba los libros de Wycliffe y prohibía que se predicara en cualquier lugar que no fuera una catedral católica o un monasterio. Esto estaba dirigido a Hus, ya que su capilla era el único lugar no considerado catedral.

Parecía que el rey y Zbynek iban a hacer ciertos progresos con el Papa. Pero antes de que Wenceslao pudiera ganar el favor del nuevo Papa y Zbynek pudiera lanzar un ataque total contra Hus, Alejandro V fue hallado muerto. ¡Había sido envenenado!

Las mentes pequeñas inician incendios

Juan XXIII fue instalado como nuevo Papa en lugar de Alejandro V. Originalmente, Alejandro V le había ganado el puesto. La historia sostiene que Juan XXIII, más tarde, lo envenenó.⁵⁷

Como usted imaginará, Juan XXIII era un mal hombre. Cuando era obispo en Nápoles, su secretario confirmó que había seducido a doscientas vírgenes, matronas, viudas y monjas. Aplicaba impuestos a todo, por ejemplo, la prostitución.⁵⁸ ¡Y ahora era el nuevo Papa!

Zbynek aún hacía cumplir la orden de Alejandro V, pero Hus la ignoró desde el principio. Usted recordará lo que él creía sobre la predicación; estaba convencido de que el Papa no tenía autoridad para decirle a nadie dónde podía predicar. Hus sostenía que la orden no era válida, ya que el Papa que la había dictado estaba muerto.

Dado que Hus se negó a dejar de predicar, Zbynek organizó un ataque físico contra la capilla de Belén; trató de destruirla. El ataque fue planeado para ser realizado mientras la capilla estuviera llena de gente y Hus estuviera predicando. El ejército de Zbynek tomó por asalto las puertas de la capilla, pero no estaba preparado para los rudos reformadores checos. El pequeño ejército fue expulsado a las calles, sangrando y herido por la batalla contra los checos. Hus denunció los esfuerzos de Zbynek desde el

púlpito mientras la lucha se desarrollaba. Fue una derrota terrible para Zbynek.

Después del ataque los checos estaban enfurecidos. El pueblo estaba airado contra Zbynek y se unió de una manera increíble. En un culto sensacional en la capilla, lleno de cantos patrióticos y camaradería, Hus leyó públicamente su respuesta a Juan XXIII sobre la orden de Alejandro V. También agregó que, en 1409, había habido una profecía que decía que se levantaría un hombre que perseguiría al Evangelio y la fe en Cristo.⁵⁹ Cuando Hus, dramáticamente, preguntó a la multitud si lo apoyaría para derrotar las acciones de este hombre, los gritos de asentimiento fueron atronadores.

Hus no solo apeló la orden de Alejandro V y Zbynek, sino también escribió un panfleto para defender su posición.

Zbynek estaba tan avergonzado y furioso que ordenó que todos los libros de Wycliffe fueran quemados en una ceremonia pública. El 16 de julio de 1410, con campanas sonando y sombríos sacerdotes cantando, unos doscientos ejemplares de los manuscritos de Wycliffe fueron reducidos a cenizas.

Hus respondió con una declaración pública: "Lo considero un acto inútil. Tales incendios jamás han logrado quitar un solo pecado de los corazones de los hombres. El fuego no puede consumir la verdad. Siempre es la señal de una mente pequeña que ventila su ira contra objetos inanidados".⁶⁰

El comentario directo de Hus hizo que los ciudadanos checos se lanzaran a una revuelta abierta. Comenzaron a burlarse de Zbynek e hicieron comentarios irónicos sobre él. Por ejemplo:

Obispo Zbynek,
el que quemó libros
sin saber lo que tenían escrito.⁶¹

Furioso y avergonzado, Zbynek se vengó excomulgando a Hus. Luego, huyó de Praga, pues temía por su vida.

Espías en capilla

En la Iglesia Católica hay varias etapas de la excomunión, un castigo que impide a un miembro participar de los ritos y cultos de la Iglesia. En su forma primitiva, generalmente permite que el excomulgado participe de ciertas partes del culto, pero solo como lo haría una persona no bautizada.

Algunas veces la excomunión era por un período de tiempo determinado. En este caso, al excomulgado no se le permitía ni siquiera entrar al edificio de la iglesia.

La forma más grave de excomunión implicaba que el excomulgado fuera completamente separado del amparo de la Iglesia, y hasta afectaba su posición en la sociedad.⁶² En esos casos los superiores de más elevado rango decidían qué determinación se adoptaría con respecto a la persona. Muchas veces, si el excomulgado se acercaba siquiera al edificio de la iglesia, no podían llevarse a cabo cultos allí durante los tres días siguientes.

Hus experimentaría los cuatro niveles de excomunión.

Hus ignoró la primera excomunión y continuó predicando y trabajando en su ministerio como si nada hubiera sucedido. Recibió un extraordinario apoyo, hasta de lugares tan lejanos como Inglaterra. Los nobles ingleses escribieron al rey Wenceslao alentándolo a continuar apoyando a los reformadores checos. Hus recibió una carta de un seguidor de Wycliffe en Inglaterra que decía:

“Por tanto, vos, Hus, amado hermano en Cristo, aunque desconocido para mí en persona, mas no en la fe y el amor; [...] esforzaos como buen soldado de Jesucristo; predicad, permaneced firme en palabra y ejemplo, y llamad al camino de la verdad a toda persona que podáis”.⁶³

Hus leyó la carta a su congregación, ¡que ahora llegaba a más de diez mil personas!

Zbynek no pudo soportar que Hus recibiera tal apoyo, así que comenzó a enviar espías a la capilla, a la espera de que Hus dijera algo que lo condenara.

Pero era difícil aventajar a Hus. Este identificaba a cada uno de los espías, señalando a varios de ellos y humillándolos. Cierta vez, en medio de un sermón, Hus se detuvo y gritó a un espía que había reconocido: “¡Hey, tú, que te cubres la cabeza con una capucha, toma nota de esto, espía, y llévaselo allá!”, señalando donde creía que Zbynek estaba.⁶⁴

¡Nunca subestime a un reformador lleno del Espíritu Santo!

Ausente

En el otoño de 1410 Hus recibió la orden de comparecer en Italia para explicar por qué había desobedecido las órdenes del Papa. Zbynek aprovechó la situación y le asestó otra excomunión. Era la segunda, llamada “excomunión agravada”. Hus ignoró también esta segunda excomunión, y continuó predicando y cumpliendo con sus deberes. Tenía mucho más apoyo en Praga que Zbynek.⁶⁵

Pero luego Hus escribió una humilde carta al Papa, pidiéndole que le permitiera predicar en la capilla de Belén y que no se quemaran más libros de Wycliffe. El rey Wenceslao, algo irritado por toda la atención negativa que estaba recibiendo Bohemia, también escribió al Papa; le dijo: "Si alguien desea acusarlo [a Hus] de algo, hágalo en nuestro reino, ante la Universidad de Praga u otro juez competente. Porque nuestro reino no considera adecuado exponer a tal útil predicador a la discriminación de sus enemigos y a la perturbación de toda la población".⁶⁶ La reina Sofía también escribió al Papa y a los cardenales, instándolos a no presentar cargos contra "nuestro fiel y devoto capellán".⁶⁷

Al no recibir respuesta, el rey y la reina escribieron una vez más, informando al Papa que enviarían a dos emisarios en lugar de Hus.

Cuando Zbynek se enteró de la intervención de los reyes, envió costosos y lujosos regalos al Papa y los cardenales, como caballos, copas valiosas y anillos. También envió dinero a los siervos del Papa. Zbynek rogó que le mostraran su aprecio por estos regalos ordenando a Hus que se presentara.

Los costosos regalos dieron resultado. En febrero de 1411 Hus fue excomulgado por tercera vez por un cardenal superior en Italia, por no presentarse ante el Papa.

Mejor sería morir

Encantado por el poder de que ahora disfrutaba con relación al Papa, Zbynek no supo detenerse a tiempo: intentó actuar en contra del rey Wenceslao excomulgándolo a él y a toda la corte. Wenceslao se enfureció y amenazó a Zbynek.

Zbynek respondió con una movida sumamente osada: colocó a toda la ciudad de Praga bajo interdicto. Esto significaba que se suspendían todas las actividades eclesiásticas: funerales, matrimonios y predicaciones.

Todos los magistrados de Bohemia se pusieron de parte del rey y se opusieron valientemente a Zbynek. Después de una breve lucha de poder, Zbynek comprendió que estaba completamente vencido. Una vez más, temiendo por su vida, se sometió al rey y fue obligado a prometerle obediencia incondicional.

Como deseaba salvar la reputación de su nación, lo primero que hizo el rey Wenceslao fue ordenar a Zbynek que declarara que todas sus acciones en contra de Hus fueran anuladas; específicamente, las excomuniones. Zbynek debía enviar al Papa Juan XXIII una carta explicando sus acciones irracionales en contra de Hus, declarando que este era inocente

de todos los cargos de herejía. ¡Hasta le ordenaron que declarara que Hus y él estaban totalmente de acuerdo en asuntos de doctrina! Después de esto, Zbynek debía hacer una declaración pública de igual contenido.⁶⁸

Wenceslao ordenó a Hus que escribiera una carta de sumisión al Papa y a los cardenales, profesando humildemente su fe y pidiendo una suspensión de todos los cargos en su contra. Hus obedeció de buena gana y, dos días después, ya tenía las cartas escritas.

Dos semanas después Hus estaba nuevamente haciendo lo que había sido llamado a hacer: defender públicamente a Wycliffe y la mayoría de sus doctrinas, y tratando de reformar la Iglesia Católica. Con respecto de las doctrinas con las que no estaba de acuerdo, permaneció en silencio. Hus sostenía que cuando la verdad no es defendida, es negada. Por tal razón no podía permanecer en silencio con respecto a lo que creía.⁶⁹

Mientras tanto, Zbynek hervía de furia, y su ego estaba malherido. La orden de Wenceslao había sido demasiado para él. Dejó una carta para el rey, donde escribió los motivos por los cuales se consideraba ofendido, y luego declaró que no cambiaría su posición en contra de Hus y no escribiría una carta al Papa. Zbynek escribió al rey que iría a Hungría, para refugiarse en el reino del rey Segismundo –hermanastro y enemigo de Wenceslao–.

Segismundo debía encontrarse con Zbynek al día siguiente, camino a Hungría, para acompañarlo a la ciudad. Pero sucedió algo muy extraño antes de que pudieran encontrarse. Zbynek fue hallado muerto... envenenado por su propio cocinero.⁷⁰

El reformador apostólico

No faltaban candidatos a llenar el puesto dejado por Zbynek. Se postularon veinticuatro hombres, pero Wenceslao eligió a su propio médico y profesor universitario, el Dr. Albik de Unicov.

Albik fue quien más ofreció por el puesto de arzobispo, y no estaba mejor preparado para ocuparlo que Zbynek. Al principio de su arzobispado, Albik, como Zbynek, se contentó con no causar alboroto; no tenía interés en convertirse en enemigo de Hus.

Pero había quienes deseaban continuar el ataque contra Hus. Dos de ellos eran Estanislao y Palec, que habían salido de la cárcel y regresado a Praga. Palec se puso en contacto con Albik y lo obligó a llamar a Hus para interrogarlo sobre sus doctrinas erróneas. Albik ordenó a Hus que se presentara en el palacio del arzobispado.

Hus y el concilio intercambiaron cartas contenciosas durante un tiempo, hasta que, finalmente, Hus aceptó presentarse ante el arzobispo.

Al entrar Hus se encontró cara a cara con la hipocresía que había denunciado durante la mayor parte de su vida. Vestidos en todo su esplendor, con joyas, perlas y lujosas túnicas, los miembros del concilio del arzobispo preguntaron a Hus si estaba dispuesto a obedecer el mandato apostólico.

Hus contestó enfáticamente que deseaba de todo corazón cumplir los mandatos apostólicos.

Los miembros del concilio se miraron, obviamente complacidos, sonriendo y asintiendo con la cabeza; creían que habían ganado la discusión.

Fue entonces que Hus sacó provecho de la terminología que ellos habían utilizado. Para ellos, “apostólico” significaba “papal”. Pero Hus les dijo: “Señores, comprendedme. Dije que aspiro de todo corazón a cumplir los mandatos apostólicos y obedecerlos en todo; pero yo llamo mandatos apostólicos a las enseñanzas de los apóstoles de Cristo. En la medida que los mandatos del pontífice romano estén en armonía con los mandatos y las enseñanzas de los apóstoles [...], hasta tal punto estoy verdaderamente dispuesto a obedecerlos. Pero si encontrase alguno que se opusiera a ellos, no lo obedeceré, aunque delante de mis ojos se encendiera un fuego para consumir mi cuerpo”.⁷¹

El concilio quedó atónito. Hus dejó que el silencio los inundara. Sin saber qué más hacer, rápidamente le ordenaron que se retirara, y luego escribieron a Wenceslao explicándole cuántos problemas le traía Hus al rey, a la Iglesia y a toda la nación de Bohemia.

Pulgas, moscas y ruidosos hombres rudos

Mientras tanto el rey Wenceslao aún buscaba formas de lograr sus propios fines. En 1412 el Papa declaró la guerra contra el rey de Nápoles, que había tomado el control de Roma. Con el fin de recaudar fondos para esta guerra, el Papa instituyó una venta de indulgencias a gran escala. A Wenceslao le prometieron un porcentaje de dinero por todas las indulgencias que vendiera en Bohemia. Al darse cuenta del dinero que podría ganar, Wenceslao hizo campaña para que estas indulgencias fueran ampliamente distribuidas y vendidas. Tres de las principales iglesias de Praga se convirtieron en grandes centros de venta.

Hus estaba enfurecido con el rey, la guerra y la venta de indulgencias, que constituía una flagrante simonía. Reprendiendo al rey y los sacerdotes

que vendían tales indulgencias, escribió: “¡Qué cosa tan extraña! No pueden librarse de las pulgas y las moscas, pero quieren librar a los demás de los tormentos del infierno”.⁷²

La reprensión de Hus a causa de las indulgencias fue demasiado para el rey. Después de todo, podía afectar sus ganancias. A partir del momento en que comenzaron a venderse estas indulgencias, el rey Wenceslao nunca volvió a apoyar a Hus. Finalmente el rey se alió con la codicia y el amor al dinero.

Mientras tanto el viejo amigo de Hus, Jerónimo de Praga, había regresado de sus viajes a la ciudad. Al enterarse de todos los problemas que había sufrido Hus, de la traición de Estanislao y Palec, y ahora las indulgencias, el rudo Jerónimo se aprestó para pelear.

En protesta por la venta de indulgencias, se produjeron disturbios por toda la ciudad. Jerónimo fue el principal organizador de estas manifestaciones. Muchas veces los agitadores interrumpían los sermones, llamaban a las personas a despertar y salir del engaño. Ensuciaban las cajas de dinero para las indulgencias, e interrumpían y maltrataban a los que las vendían.

En estas manifestaciones Jerónimo solía declarar a viva voz que las indulgencias no tenían ningún valor. Cierta vez un fraile minorita insultó a gritos a Jerónimo... ¡y este lo golpeó en las orejas!⁷³ Se dice que amenazó con un cuchillo a un sacerdote y hubiera matado a otro, si no lo hubieran detenido. En otro incidente Jerónimo arrojó en un bote pequeño a un monje que vendía indulgencias, y lo llevó hasta el medio de un río de veloz corriente. Allí lanzó al aterrado monje al agua... y luego le lanzó una cuerda como salvavidas.⁷⁴

¡Hus! ¡Os quemaré yo mismo!

Hus estaba abiertamente disgustado con el Papa Juan XXIII por la venta de indulgencias y los rumores de su estilo de vida inmoral. Decía de él: “En una palabra, la institución papal está llena de veneno, el Anticristo mismo, el hombre de pecado, el líder del ejército del demonio, miembro de Lucifer, vicario superior del diablo, un simple idiota que podría ser un demonio condenado en el infierno y un ídolo más horrible que un leño pintado”.⁷⁵

Varios de los manifestantes se sumaron a Hus y declararon que el Papa era el anticristo. La protesta se volvió sangrienta.

Tres hombres se ubicaron a la entrada de las tres iglesias principales donde se vendían indulgencias, protestando por tal venta. Inmediatamente esos hombres fueron arrestados y enviados a la cárcel.

Al enterarse de la conmoción, Hus fue a la prisión e intercedió por ellos. Hasta pidió poder tomar su lugar, sintiendo que los hombres habían actuado por impulso al escuchar sus declaraciones contra el Papa Juan XXIII.

Los concejales prometieron que no se castigaría severamente a los hombres. Pero cuando Hus se fue, cumplieron la orden que había dado el rey: decapitar a los jóvenes.

La ejecución causó una colosal conmoción. El pueblo checo estaba totalmente pasmado y desanimado. Los cuerpos de los hombres fueron llevados con gran reverencia a la capilla de Belén, donde Hus celebró la Misa de los Mártires, por ellos.

Después la multitud atacó la Municipalidad, con intenciones de matar a los concejales. Estos, aterrados, corrieron a pedir ayuda al rey. Enfurecido, Wenceslao gritó que, aunque hubiera mil manifestantes, todos sufrirían la misma suerte; si no había suficientes concejales en Praga, él los haría traer de otras regiones.

Con sus ingresos reales seriamente afectados, Wenceslao descargó su ira contra Hus. En su violento ataque de rabia lo consideraba el único obstáculo que lo separaba de la riqueza. Finalmente, gritó: “¡Hus, siempre me estáis causando problemas! Si no se ocupan de vos aquellos a quienes corresponde, ¡yo mismo os quemaré!”⁷⁶

Ni siquiera la reina Sofía pudo ayudar a Hus en esta ocasión.

¡Apelaré a Dios!

Dado que Hus, ahora abandonado por sus antiguos amigos y sin el favor del rey, continuaba defendiendo a Wycliffe y oponiéndose a la venta de indulgencias, las autoridades católicas reiniciaron su juicio ante el Papa. Sabían que, debido a los duros comentarios de Hus contra el Papa y a su postura contraria a las indulgencias, las cosas no irían bien para él.

Durante el Concilio de Roma, en 1412 y 1413, los documentos fueron presentados ante el cardenal, quien inmediatamente excomulgó a Hus. Esta era la cuarta excomunión para él. El cardenal declaró, además, que si Hus no se presentaba delante del tribunal dentro de los siguientes veinte días, toda la ciudad de Praga –o cualquier otra donde Hus decidiera residir– estaría bajo interdicto.

El interdicto significaba que se prohibía a los fieles comunicarse con Hus o brindarle comida, bebida, saludo, conversación, comprar o vender, refugio o cualquier otra cosa. En cualquier lugar donde buscara refugio, debían detener todos los cultos de la iglesia hasta tres días después de que

él se retirara. En caso de que muriera, no debía ser enterrado; si era enterrado, su cuerpo debía ser exhumado.⁷⁷

Hus no se presentó delante del concilio.

Por lo tanto la sentencia fue pronunciada sobre Praga, con tañido de campanas, velas apagadas y piedras arrojadas en dirección al lugar donde Hus vivía. Estas ceremonias casi causaron nuevos disturbios, ya que la multitud protestó airadamente contra las acciones de los sacerdotes, que debieron huir rápidamente en busca de refugio.

Hus, entonces, dio un paso totalmente inédito para las leyes católicas hasta ese momento. Ya que una apelación al Papa era, obviamente, inútil, Hus apeló a Cristo y Dios, “el más justo juez, que conoce, protege, juzga, declara y recompensa sin falla la justa causa de todo hombre”.⁷⁸ Fue su ruptura final con el Papa. Algo que le harían recordar sin duda alguna en los siguientes días.

Pastor y padre

A pesar de la compleja excomunión, Hus continuó predicando. Cuando el Papa se enteró, emitió una orden para que se derribara la capilla de Belén.

La orden llegó a Praga a fines del otoño. Los parroquianos alemanes que quedaban, vieron la oportunidad de atacar la odiada capilla. Se dispusieron a atacar mientras se realizaba un culto, pero había tanta gente en la iglesia que los alemanes fueron expulsados y amenazados.

Sin poder encontrar la manera de destruir la capilla, los sacerdotes recurrieron a otros medios. Si pensaban que alguien era simpatizante de Hus, lo arrastraban a un santuario católico y lo golpeaban.⁷⁹ Después lo arrastraban a su lugar de residencia y lo azotaban.

Cuando se interpuso el interdicto en Praga, Hus enfrentó una dolorosa decisión. Como pastor devoto que era, sintió que sería un mercenario si abandonaba a su gente en ese tiempo difícil. Un buen pastor siempre permanece con sus ovejas.

*Hus era un pastor. Nunca se dejó llevar tanto por la causa
por la reforma hasta el punto de olvidar a las “ovejas”
que estaban a su cuidado.*

Pero por otra parte, comprendió que, si se quedaba, sus miembros serían duramente perseguidos, quizá hasta la muerte. Es de imaginar la agonía que

habrá sentido Hus, preguntándose qué hacer. Finalmente tomó la dolorosísima decisión de irse, por el bien de sus miembros, de la capilla de Belén y de la ciudad de Praga. Cuando los nobles del sur de Bohemia le ofrecieron refugio, Hus confirmó que Dios apoyaba su exilio.

Sin embargo, tenía intenciones de visitar secretamente la capilla para “fortalecer a las ovejas” toda vez que tuviera oportunidad.⁸⁰

Una de las características principales de Hus era que nunca se dejó llevar tanto por la causa de la reforma que descuidara sus deberes de cuidado pastoral. Era un verdadero padre.

El pastor del campo

El 15 de octubre de 1412 Hus salió de Praga. Permaneció en un lugar vecino, aunque nadie sabía dónde. Sí sabemos que, desde enero de 1413 hasta la Pascua, Hus visitó en secreto la ciudad algunas veces. Cuando estaba de visita, las autoridades se enteraban inmediatamente de que había regresado, pero no imponían el interdicto mientras él no predicara. Hus escribió: “Pero cuando prediqué una vez, inmediatamente detuvieron los cultos, porque era duro para ellos escuchar la Palabra de Dios”.⁸¹

También sabemos que continuó predicando en diversos lugares fuera de Praga, y estoy seguro de que muchos viajaban para escucharlo. Hus escribió: “He predicado en aldeas y mercados; ahora predico detrás de los setos, en aldeas, castillos, campos, bosques... Si fuera posible, predicaría en la costa, o desde un barco, como hacía mi Salvador”.⁸²

Durante este tiempo de exilio también escribió muchas cartas a los miembros de la capilla, a los profesores de la universidad y a sus amigos. En lugar de sentirse deprimido y aplastado por la autocompasión, Hus utilizó estas cartas para alentar en la fe a los que habían quedado atrás. No había perdido las esperanzas; aún creía que la verdad vencería a todo.

Utilizó su tiempo en el exilio para escribir varios manuscritos, por medio de los cuales continuaba haciendo sonar la alarma sobre los abusos de la Iglesia, como las indulgencias y la simonía. No escribía a la ligera; tenía una meta. Hus dijo alguna vez que predicaba contra los pecados del clero para “obtener su reforma, no para difamar su reputación”.⁸³ ¡Grandes palabras! Palabras que reflejan realmente lo que tenía en el corazón, por duro que pareciera lo que decía.

Su obra más importante, titulada *De Ecclesia (Sobre la Iglesia)* fue escrita en 1413. En ella Hus repetía sus convicciones sobre lo que es realmente la verdadera Iglesia, y sobre la jefatura espiritual de Jesucristo. Escribía sobre la posición de los laicos en la Iglesia y el importante rol de

los ministros. Una vez más maldecía los abusos que cometían los ministros llenos de codicia y amor al dinero, que usaban sus puestos para lograr lo que deseaban. Escribió: "Sonrójense los discípulos del anticristo que, viviendo de forma contraria a Cristo, hablan de sí mismos como los más grandes y orgullosos de la santa Iglesia de Dios. Ellos, contaminados por la avaricia y la arrogancia del mundo, son llamados públicamente las cabezas y el cuerpo de la santa Iglesia. Pero, según el Evangelio de Cristo, son los más pequeños".⁸⁴

Esta afirmación, y muchas más como ella, lo condenaron. La obra por la que Hus es más celebrado, es el mismísimo manuscrito que el Concilio de Constanza utilizó para condenarlo.

La invitación de la muerte

Segismundo no solo era rey de Hungría, y ahora de Alemania, sino también fue nombrado Sacro Emperador Romano. Wenceslao permitió que su hermanastro Segismundo fuera coronado emperador, con la condición de que terminara con el asunto de Hus en Bohemia.⁸⁵ Los dos hermanos urdieron un cuidadoso plan para acabar con la vida de uno de los más grandes reformadores de Dios.

Segismundo había insistido ante el Papa Juan XXIII para que convocara a otro Concilio con el fin de terminar con el cisma entre los tres Papas. El Papa Juan XXII había pospuesto el asunto tanto como había podido pero, dado que necesitaba el apoyo de Segismundo, decidió actuar y convocó al concilio para noviembre de 1414. Segismundo decidió que el concilio se reuniera dentro de su jurisdicción en Alemania, con la ciudad de Constanza como sede.

Dos nobles checos habían servido en el ejército de Segismundo y ahora regresaban a sus hogares en Bohemia, en la primavera de 1414. Como parte del plan, Segismundo aprovechó la oportunidad para que estos caballeros enviaran un mensaje a Hus. Los nobles debían invitar a Hus a asistir al Concilio de Constanza ese otoño, en nombre del rey y bajo una orden de salvoconducto. El concilio le daría a Hus la oportunidad de limpiar su nombre, y a la nación de Bohemia de las persistentes acusaciones de herejía que se cernían sobre ella. A pesar de la malvada naturaleza de Segismundo, los dos nobles realmente creyeron que Hus estaría a salvo.

Cuando le presentaron la invitación, Hus lo comentó con sus amigos y, al principio, decidió no ir. Pero cuando el Papa comenzó a presionar excesivamente al rey Wenceslao para que purgara a Bohemia de toda tendencia favorable a Wycliffe, Hus cambió de idea.

Antes de aceptar, Hus pidió mayores precisiones sobre las condiciones del salvoconducto. Segismundo envió a su propio mensajero para responder, y sus respuestas seguramente lo dejaron satisfecho. Se le prometía que podría retornar a Bohemia.

Totalmente preparado

El amigo de Hus, Jerónimo, se oponía a que este fuera a Constanza. “Maestro –le advirti–, podéis estar seguro de que seréis condenado”.⁸⁶ Hus, probablemente, se daba cuenta de que su caso legal estaba definitivamente perdido, pero aún así, decidió ir a Constanza para que todo el mundo cristiano conociera su defensa y su causa.

Confiando en la promesa de Segismundo, seguro de su causa y ansioso por dar razón de la fe que profesaba, Hus planeó el viaje a Constanza. Estaba dispuesto a someterse al Concilio y abandonar cualquier error que hubiera adoptado... siempre que le demostraran con la Biblia que se trataba de un error.

Antes de salir de Bohemia se preparó cuidadosamente para todo lo que podrían llegar a exigirle. Se aseguró de escribir y poner a resguardo todas las presentaciones apropiadas de sus ideas. Se anticipó a sus enemigos, con todas sus acusaciones y testigos, y tuvo el cuidado de reunir todas las pruebas posibles para demostrar que estaban equivocados. Hasta procuró un certificado de ortodoxia del inquisidor de Praga, obispo Nicolás de Nezero.⁸⁷

Hus también se tomó tiempo para escribir un sermón, que planeaba presentar ante el concilio. Pensaba pedirles que lo escucharan primero y luego lo juzgaran según su declaración de fe.

El 11 de octubre de 1414, en compañía de dos nobles asignados a él para su protección, Hus salió del castillo donde había estado exiliado y se dirigió a Constanza.

Era la última vez que vería Bohemia.

Paz antes de la tormenta

El viaje de Hus por Alemania fue casi una celebración. Viajaba con el rostro descubierto; en ningún lugar se le pusieron obstáculos. No fue tratado como un hereje excomulgado y condenado, ni tampoco se detuvieron los cultos en las iglesias a causa de él. Tuvo conversaciones amistosas con sacerdotes y autoridades por el camino. Para la gente común que

encontraba, sin excepciones, sus convicciones eran aceptadas como totalmente ortodoxas.⁸⁸

Hus llegó a Constanza el 3 de noviembre. Al llegar, él y los nobles se alojaron en casa de una viuda, una casa que se mantiene en pie hasta el día de hoy. El Papa Juan había llegado a Constanza una semana antes y había suspendido el interdicto para permitir que la ciudad continuara con los cultos religiosos, a pesar de la presencia de Hus. Por ello este tenía libertad de trasladarse como deseara. Pero nunca puso un pie fuera de la casa de la casa de la viuda, hasta que fue llamado a comparecer.

Mientras Hus se refugiaba en la casa de la viuda, el Concilio de Constanza comenzó oficialmente a sesionar. Las metas del concilio eran poner fin al Gran Cisma de Occidente; para ello debía confirmar a un Papa y terminar con los actos heréticos que dividían a la Iglesia.

Segismundo y su entorno no debían llegar hasta diciembre. Junto con los representantes de la Iglesia Católica, los enemigos de Hus también habían descendido sobre la ciudad. Estanislo había muerto, pero Palec estaba allí para presentarle al Papa la primera lista de acusaciones contra Hus. Las acusaciones señalaban que Hus creía que todos los artículos de Wycliffe eran ortodoxos, lo cual no era totalmente cierto.



Casa donde se alojó Hus en Constanza –calle Hus– antes de ser enviado a prisión.

Más inteligente que los inteligentes

Menos de un mes después de su llegada, Hus fue visitado en la casa donde se hospedaba por dos obispos, el alcalde de Constanza y un noble, quienes declararon que venían por orden del Papa y el cardenal, y que el cardenal deseaba hablar con él.

Aunque uno de los nobles presintió inmediatamente el peligro, Hus lo calmó y accedió a ir.

Cuando llegaron a la residencia del Papa, los cardenales hablaron unas pocas palabras con Hus y salieron del cuarto. Inmediatamente, un teólogo franciscano entró en el cuarto y, simulando ser un simple monje, le

preguntó a Hus si creía en la remanencia. Hus contestó que no. El teólogo disfrazado comenzó a hablar sobre otra cosa, hasta que se detuvo bruscamente y volvió a preguntarle a Hus si creía en la remanencia. Esto sucedió varias veces y, cada vez, Hus respondió negativamente.

El teólogo le hizo varias otras preguntas sobre doctrina. Hus se dio cuenta de que el hombre no era un simple fraile, pero no lo manifestó. Simplemente se limitó a contestar sus preguntas. El hombre, por fin, salió del cuarto, evidentemente decepcionado. Después de salir, el guardia armado le reveló a Hus que ese "fraile" era, en realidad, uno de los más destacados teólogos de toda Italia.⁸⁹

En lo profundo del calabozo

Cuando llegó la noche los nobles recibieron instrucciones de ir a su casa, pero Hus tuvo que quedarse. Furioso por el engaño, uno de los nobles irrumpió en presencia del Papa y los cardenales, confrontándolos y denunciando su traición.

El Papa respondió calmadamente que no había ordenado el arresto. Hablaron con el joven noble, le dijeron que se tranquilizara y tratara de considerar la situación de forma más madura. Le aseguraron que cuidarían bien de Hus. Después de todo, le habían permitido que fuera a Constanza para presentar su caso. Sin poder hacer nada, el noble debió retirarse. Más tarde, en una carta a la Universidad de París, el Papa reconoció que él había ordenado el arresto.



*Hus predica
a sus carceleros
en el calabozo.
Getty Images.*

Rápidamente corrió la noticia de que Hus había sido arrestado. Cuando Palec se enteró, él y otro hombre comenzaron a danzar de alegría por todo el cuarto, declarando que esta vez Hus no se les escaparía. Es difícil creer que, alguna vez, Hus y Palec habían sido amigos inseparables.

Ocho días después Hus fue llevado a un calabozo en el monasterio dominico ubicado en una isla en el lago Constanza. Allí fue mantenido en la oscuridad, en una celda húmeda junto a los desagües. Dadas las condiciones extremadamente insalubres de la celda, Hus cayó gravemente enfermo y estuvo a punto de morir. Solo una visita del médico del Papa y el cambio a una celda mejor le salvaron la vida.⁹⁰ Pero debió permanecer en esa cárcel tres meses y medio.

Siglos después los restauradores convirtieron ese monasterio en un lujoso hotel, el Hotel Steigenberger Insel. La guía de viajes de Frommel lo llama "el único lugar mejor para alojarse del lado alemán del lago".⁹¹

¡Amordazado!

Un día, mientras Hus estaba preso, los representantes del concilio, enfurecidos, le llevaron los cuarenta y cinco artículos de Wycliffe a su celda, y se los arrojaron a la cara. Los representantes exigían saber si Hus apoyaba los cuarenta y cinco artículos. Al observar sus rostros desencajados, Hus oró silenciosamente pidiendo sabiduría a Dios. Al principio se negó a responder categóricamente, y dio una respuesta general de que no deseaba apoyar ningún error. Insatisfechos, los jueces comenzaron a gritar comentarios sarcásticos y amenazaron con condenarlo directamente. Hus los calmó, les dijo que escribiría lo que creía sobre los artículos y lo haría llegar al concilio.

Al darse cuenta de que necesitaba ayuda, solicitó un abogado, pero su pedido fue rechazado sin contemplaciones. Así que escribió su respuesta, declaró que no apoyaba treinta y dos de los artículos de Wycliffe, pero sí trece de ellos, con algunas modificaciones menores.

Comprensiblemente, Hus estaba descorazonado, porque había llegado a Constanza a defender sus propias convicciones, no las de Wycliffe. ¿Qué sucedía? ¿Por qué las cosas habían dado tan extraño giro? Había tenido esperanzas de tener la oportunidad de defenderse ante todo el concilio, no desde una celda oscura y húmeda. Entonces decidió atacar. Sus respuestas debían tomar forma de protesta, no solo por su arresto ilegal, sino por no habersele permitido un juicio.

Cuando sus amigos de Praga se enteraron de su arresto, se afligieron mucho. Todos temían que fuera condenado sin juicio previo.

El 14 de enero de 1415 Hus fue interrogado nuevamente sobre cada uno de los cuarenta y cinco artículos. Contestó con las mismas respuestas que ya había dado por escrito.

Días después, ese mismo mes, recibió una carta de un noble de Bohemia que le anunciaba que había hablado con Segismundo, y que se le otorgaría una audiencia pública.

Hus esperó y esperó. El Sol salió, y se puso. Ni una palabra llegó a su celda. Su salud estaba muy quebrantada y tenía que esforzarse por mantener el buen ánimo. Bromeaba sobre su sobrenombre de “el ganso”, diciendo que “aún no lo habían cocinado”.⁹² Sin planes evidentes para una audiencia pública, estaba totalmente a merced de quienes le llevaban noticias de lo que sucedía.

A principios de la primavera Segismundo revocó y anuló todos los pasajes de salvoconducto para cualquier persona que estuviera en Constanza. Su acto de traición era ahora muy claro.

El vigilante, Palec

Decepcionado por su primer intento el 6 de diciembre, el concilio asignó a Palec la tarea de preparar una lista de errores de los propios escritos de Hus. Cuando este se enteró, escribió a unos amigos: “Palec trabaja directamente para que yo sea condenado. ¡Quiera Dios perdonarlo a él y fortalecerme a mí!”⁹³ Día tras día, Hus esperaba, solo, sentado en su celda; trataba de mantener su mente libre de temores por lo que Palec podría inventar en su contra.

Palec escribió una tesis de veinte páginas para exponer los “errores” de Hus que había encontrado. Cuando Hus recibió la copia, contestó todas las acusaciones en una sola noche. Respondió una y otra vez a la pregunta: “¿Ha dicho usted que el Papa es el anticristo?” Hus escribió que, si el estilo de vida del Papa no era agradable a Dios, pues sí, era el anticristo.⁹⁴

Al darse cuenta de que las tesis de Palec estaban llenas de mentiras, Hus solicitó humildemente que si se hallaba algún error en alguna de sus respuestas, alguien se lo mostrara en la Biblia, para que pudiera arrepentirse. ¡Era lo único que deseaba! Si alguien le mostraba a Hus, en la Palabra de Dios, en qué estaba equivocado, él se arrepentiría. Nadie se tomó el tiempo de hacerlo; nadie en el concilio se preocupó. Aunque lo hubieran intentado, nadie podría haber atacado las respuestas de Hus con el uso de la Biblia.

Para cuando se leyeron las respuestas de Hus, el concilio se había dado cuenta de que la mayoría de las acusaciones de Palec eran falsas. Sin

embargo, este no cejó. Deseando otra oportunidad para demostrar el error de Hus, escribió trece errores más que recordaba de las charlas a la luz de las velas en los debates entre amigos... ¡las conversaciones de las que él mismo había participado con Hus y Estanislao hacía varios años!

Si alguien le mostraba a Hus, en la Palabra de Dios, dónde estaba equivocado, él se arrepentiría. Nadie pudo hacerlo.

El sacerdocio de los creyentes: ¡denles la copa!

Para atizar aun más el fuego, los reformadores checos permitían algo inaudito en la capilla de Belén: permitían a los miembros participar realmente de la copa y la hostia. Los clérigos checos habían bajado a la comunión de su místico trono y ahora daban lugar a que los creyentes participaran de ella junto con ellos. Esta práctica llegaría a ser el punto central de una sangrienta guerra entre los husitas y los católicos.

A principios del verano la práctica había causado tal alboroto que el concilio aprobó una orden que prohibía que los laicos participaran de la copa, bajo severas penas. Si algún sacerdote desobedecía, sería declarado hereje. Si persistía, sería castigado, de ser necesario, por el brazo secular del gobierno.

Aun en su vulnerable estado, Hus denunció la orden del concilio como una locura. Creía que significaba condenar una práctica que Cristo mismo había ordenado. Estaba particularmente disgustado por el hecho de que las costumbres y prácticas de la Iglesia Católica fueran consideradas por encima de la Palabra de Dios, como permitir que solo el sacerdote bebiere de la copa de la comunión.⁹⁵

Desde su celda en la prisión Hus escribió a los reformadores checos que ignoraran la orden del Papa y continuaran compartiendo la copa de la comunión con los creyentes. En su condenación de esta orden papal, Hus apoyaba abiertamente la práctica de la eucaristía; una creencia que todos los protestantes comparten aún hoy. Hoy, cuando usted toma la comunión en una iglesia, puede darle gracias a Hus y a los reformadores por exigir ese derecho.

Los amigos de Hus aún estaban enfurecidos de que fuera mantenido en una celda, preso sin juicio previo. Dado que Wenceslao no deseaba tener nada que ver con esta situación, algunos nobles checos que eran amigos de Hus firmaron y colocaron su sello en numerosas protestas formales por el tratamiento que este recibía. Cuando el Concilio de

Constanza recibió las protestas, ordenó que los cuatrocientos cincuenta y dos nobles se presentaran delante del concilio. Ninguno obedeció.⁹⁶

Los buitres comen a otros buitres

Mientras Hus se consumía en la cárcel y luchaba por conservar su agudeza mental, los hombres del concilio la pasaban en grande. Constanza era una ciudad pequeña, pero debido al concilio se había convertido en un campamento armado, dado que casi cinco mil personas asistían a las reuniones. Después de la reunión diaria del concilio, mil quinientas prostitutas ofrecían sus servicios después de hora.⁹⁷

En esta atmósfera de fraude e hipocresía, el Papa Juan XXIII descubrió que lo habían traicionado: se enteró de que algunos de sus enemigos se preparaban para presentar al concilio un registro de sus crímenes inmorales, entre ellos, asesinatos y sodomía.⁹⁸

Un comité de cardenales le aconsejó que evitara el conflicto, que renunciara. Juan aceptó el consejo, leyó una renuncia formal, y huyó, disfrazado de obrero. Pero el concilio se volvió en su contra y envió a un comité para que lo atrapara y lo trajera prisionero.

Se presentaron cincuenta y cuatro cargos contra él, el menor de los cuales lo tildaba de mentiroso y ladrón. Otras dieciséis acusaciones fueron suprimidas por ser demasiado graves. El 29 de mayo de 1415 el concilio lo depuso y Juan XXIII fue a prisión por tres años.⁹⁹

El concilio celebró su triunfo sobre Juan XXIII con un gran desfile por la ciudad de Constanza. El Papa Gregorio de Roma y el Papa Benedicto de Avignon recibieron órdenes de renunciar. Gregorio estuvo de acuerdo, con la condición de no ser exiliado. El concilio aceptó la condición, lo declaró Papa válido solo en espíritu, y lo nombró gobernador de Ancona en Italia. Benedicto se negó a renunciar.¹⁰⁰

Encadenado en un castillo

Cuando Juan XXIII huyó, los carceleros le dejaron las llaves de la celda de Hus a Segismundo. En ese momento Segismundo podría haberlo liberado. Pero, en cambio, lo hizo llevar, de noche, a un castillo en Gottlieben. Allí mantuvieron a Hus en estricto aislamiento, con los pies atados durante el día y una mano encadenada al muro del castillo por la noche.¹⁰¹

Dado que habían huido todos los hombres del ex Papa Juan, un nuevo concilio de jueces fue asignado al caso de Hus. Naturalmente, este

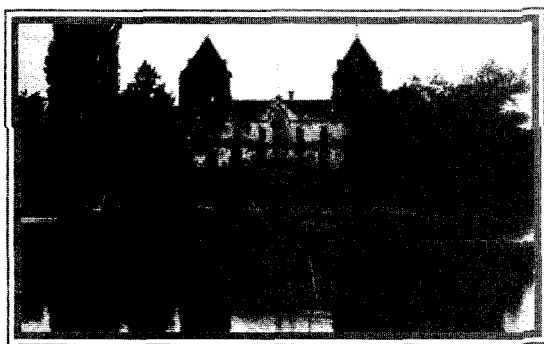
concilio era injusto. Cada nuevo miembro odiaba a Hus tanto como el primero; Hus se dio cuenta de que no recibiría justicia de ellos. Tuvo que someterse a las mismas preguntas una y otra vez, de la misma manera que lo había interrogado el primer concilio.

Finalmente, los nobles polacos y checos intervinieron en favor de Hus. Las apelaciones de los nobles, en el sentido de que solo un juicio público probaría si Hus era culpable o no, finalmente convencieron al concilio, que prometió escuchar a Hus en una reunión pública el 5 de junio de 1415. Después de cinco meses en la cárcel, Hus podría, finalmente, declarar públicamente su caso.

Pero cuando la largamente esperada y tan ansiosamente buscada mañana del 5 de junio llegó, el concilio se reunió, como de costumbre, sin Hus. Procedieron a discutir los temas de herejías por las que Hus había sido acusado... ¡sin que él estuviera presente!

Un siervo de uno de los nobles checos se enteró y corrió a contarles a los otros nobles, quienes inmediatamente informaron a Segismundo. Este envió una orden de detener la reunión y prohibió que se decidiera nada si Hus estaba ausente.

Castillo de Gottlieben,
sobre el río Rin, donde Hus
fue encadenado al muro,
totalmente aislado.



Solo entonces, Hus —débil, sucio, maloliente por la humedad del calabozo— fue llevado al comedor del monasterio para la audiencia. Pero ninguno de sus amigos pudo entrar; tuvieron que permanecer afuera, donde escuchaban que Hus trataba de defenderse de los gritos del concilio.

Cuando le permitían a Hus explicarse, el concilio le ordenaba que solo respondiera sí o no. Cuando Hus permanecía en silencio, consideraban esto como admisión de culpa. Finalmente determinaron que en el ambiente había demasiada ira y conmoción como para continuar, así que pasaron a cuarto intermedio hasta el viernes.

Cuestión de conciencia

Antes de la siguiente reunión los nobles checos instaron a Hus a retractarse para salvar su vida. Hus no quiso saber nada de esto. Finalmente le dijeron que siguiera su conciencia y que bajo ninguna circunstancia violara sus convicciones. Hus siguió ese consejo.¹⁰²

El siguiente viernes, Hus, agotado, fue llevado nuevamente al comedor del monasterio. Esta vez Segismundo estaba presente. Una y otra vez inquirieron a Hus sobre los sermones que había predicado y le preguntaron si creía en doctrinas contrarias a la Iglesia Católica. Vez tras vez Hus trató de responder, pero nunca lo dejaban terminar.

Cuando le preguntaban sobre sus creencias y Hus contestaba que una acusación no era cierta, uno del consejo sonreía con una mueca y señalaba que había veinte testigos en su contra. Cualquier palabra que dijera un testigo era LA verdad, mientras que cualquier cosa que dijera Hus era una mentira.

Después le preguntaron a Hus si había dicho que deseaba estar donde estaba Wycliffe. Hus respondió: “¡Tengo la esperanza y el deseo, de que mi alma estuviera donde está la de Wyclif!”¹⁰³ El concilio rió a carcajadas ante tal respuesta; todos creían que Wycliffe estaba en el infierno.

No puedo menos que admirarme ante la necedad de estos hombres. Si la historia no lo hubiera registrado adecuadamente, sería difícil convencer al mundo de que estaban tan endemoniados. Solo puedo imaginar la desesperanza que amenazaba a Hus.

Aun en su debilitado estado, Hus se negó a retractarse. Varias veces los miembros del concilio se pusieron de pie, blandían sus puños, le gritaban. Aun Segismundo tomó parte en la disputa y le dijo a Hus que debía estar dispuesto a retractarse de todos los errores, fuera o no culpable de ellos. Pero por cuestión de conciencia y por fidelidad a la verdad, Hus no podía retractarse de algo de lo que no era culpable. Para él, la verdad era más importante que todo eso. Entonces fue llevado a su celda nuevamente.

El rey Segismundo y el barro

Después que todos se fueron, solo quedaban los cardenales y Segismundo. Los nobles checos se dieron cuenta de que pasaba algo, así que se quedaron afuera, escuchaban por la ventana. El silencioso horror de sus rostros crecía desproporcionadamente mientras escuchaban a Segismundo instar al grupo de dignatarios del concilio a quemar a Hus si no se retractaba. Uno de los cardenales alzó la voz y dijo: “¿Y si Hus se retracta?”

Segismundo dijo que si Hus se retractaba, él no le creería, ni ellos deberían creerle.¹⁰⁴ Les advirtió que no permitieran que Hus regresara a Bohemia, porque entonces continuaría alentando herejías, y el concilio no habría servido a su propósito. Les recordó a los cardenales que su meta era exterminar todas las herejías y los herejes conocidos, lo cual incluía específicamente a Hus. Segismundo llegó a sugerir al concilio que también hiciera quemar a Jerónimo de Praga.

Los nobles quedaron inmóviles, sin poder creer lo que oían. Finalmente habían conocido el verdadero carácter de Segismundo. Rápidamente corrieron a contarles a los otros. La historia señala que las palabras que escucharon a través de esa ventana recorrieron rápidamente toda Bohemia. Segismundo se había convertido en su más odiado enemigo y, hasta diecisiete años después de la muerte de Wenceslao, no pudo hacerse con la corona de Bohemia debido al intenso odio que el pueblo sentía por él.¹⁰⁵

Cuando Hus se enteró de la noticia, se sintió profundamente herido, emocionalmente devastado. Se dio cuenta de que Segismundo lo había condenado aun antes que sus propios enemigos. Lentamente comenzó a darse cuenta de que no regresaría jamás a Bohemia. Sabía que había llegado al fin de su vida; en este punto, todos sus esfuerzos por conservar el ministerio eran infructuosos. Extrañamente, de todas las cosas en las que tenía que pensar, la que más preocupaba a Hus era cómo reintegrar el dinero que había pedido prestado a un amigo para hacer el viaje a Constanza. Estaba preocupado por no poder devolverlo.

¡No puedo retractarme de lo que no he hecho!

Al día siguiente Hus fue llevado delante del concilio nuevamente y sometido a nuevos interrogatorios. Pacientemente soportó los testimonios de testigos falsos, a las acusaciones de quienes solo respondía: “No es cierto”.¹⁰⁶

El concilio ordenó que los escritos de Hus fueran condenados. A partir de ese momento Hus supo que su suerte estaba echada; lo menciona en sus cartas, en una de las cuales escribió: “Esta es mi intención final, en el nombre de Jesucristo: que me niego a confesar como erróneos los artículos que han sido fielmente extractados y a abjurar [renunciar de] los artículos que me adscriben falsos testigos. [...] Porque Dios sabe que nunca he predicado esos errores que ellos han inventado”.¹⁰⁷

Pero el concilio continuaba sin emitir un veredicto, y volvió a enviar a Hus a su celda. Muchas personas fueron a visitarlo allí y le rogaron que se retractara; algunos, diciendo que era honorable someterse a la Iglesia, aunque uno no fuera culpable del delito de que se lo acusaba. Un inglés

fue y le leyó algunas retractaciones de seguidores de Wycliffe. Un cierto doctor discutió con Hus que, si el concilio decía que él tenía un ojo, aunque tenía dos, debía consentir con la opinión de ellos.¹⁰⁸

Todo el proceso fue un sufrimiento prolongado con muchos altibajos; desde las falsas palabras, el encarcelamiento, las demoras, hasta las muchas preguntas que se le formularon.

Un carácter sorprendente

Hus podía discernir que su sentencia estaba cercana. Con toda la inestabilidad emocional que el concilio creaba, probablemente esperaba que llegara lo antes posible.

Aun con todo lo que Palec le había hecho, Hus quería darle una oportunidad más de reconciliación a su viejo amigo, así que pidió que él fuera el sacerdote que lo confesara.

Debe de haber sido una escena sumamente conmovedora. Palec fue a la celda de Hus y trató, con arrogancia, de convencerlo de que se retractara. Hus lo miró a los ojos y le preguntó qué haría si le pidieran que se retractara de algo que no había hecho. Palec dudó un instante y murmuró, mirando hacia otro lado: "Eso es difícil".¹⁰⁹ Después, se puso a llorar.

Hus, entonces, lo tocó en el hombro y le pidió que lo perdonara por haberlo llamado embustero. Cuando eso estuvo arreglado, Hus mencionó las muchas mentiras que Palec había lanzado contra él, la mayoría de las cuales Palec negó. Ambos lloraban mientras hablaban.¹¹⁰

¿Cuántos de nosotros hubiéramos pedido a nuestros enemigos que nos perdonaran por llamarlos como lo que eran? La situación, una vez más, demostró el impecable carácter de John Hus.

La sentencia: "Dios, perdónalos"

La mañana del 6 de julio de 1415 Hus compareció delante del concilio por última vez. Su apariencia era ahora muy diferente de la de aquel que había pastoreado y predicado en la capilla de Belén. Su frágil cuerpo estaba tan debilitado que apenas podía tenerse en pie; sus manos largas parecían diminutas debajo de los pesados grillos de hierro.

Treinta artículos fueron leídos en su contra. Cuando intentó protestar algunos de ellos, se le dijo que debía guardar silencio y que podría hablar al final. Pero cuando llegó el final, no pudo hablar. El cardenal le dijo que ya lo habían oído lo suficiente.

Un obispo se puso de pie para leer la sentencia. Hus fue declarado un obstinado discípulo de Wycliffe, repetidamente desobediente a las autoridades de la Iglesia, que ilegalmente apelaba su caso a Jesucristo. Como incorregible hereje, debía ser despojado de su oficio sacerdotal y entregado a las autoridades seculares para ser quemado. Sus escritos también serían quemados públicamente al mismo tiempo que él. Cuando Hus, humildemente, preguntó si sus escritos habían sido leídos, recibió solo una catarrata de airadas voces para silenciarlo.



Condena de Hus.

Mientras los gritos resonaban en los salones, Hus se volvió para mirar a Segismundo por última vez. Ruborizado, este volvió la cabeza y miró a otro lado. Quizá la inocencia y la pureza de Hus eran demasiado para él.

Al darse cuenta de que su hora había llegado, Hus cayó de rodillas y oró en voz alta: "Señor Jesucristo, te imploro, perdona a mis enemigos por tu gran misericordia".¹¹¹

Toda la vida de Hus había sido una preparación para este único momento final.

En la hora de su muerte, Hus cayó de rodillas y oró en voz alta: "Señor Jesucristo, te imploro, perdona a mis enemigos por tu gran misericordia".

Verdaderas confesiones

Los siete arrogantes obispos despojaron a Hus de su oficio sacerdotal. Se le ordenó que subiera a una plataforma y se vistiera con las vestiduras sacerdotales, como si estuviera dando una misa.

Entonces un obispo altanero tomó la copa de las manos de Hus y pronunció una maldición contra él. Hus respondió en voz alta: “Mas yo confío en el Señor, el Dios todopoderoso [...], que no quitará de mí la copa de su salvación. Tengo la firme esperanza de que hoy beberé de ella en su reino”.¹¹² Le quitaron sus vestimentas y pronunciaron otra maldición sobre cada una de ellas. A cada maldición, Hus respondió que sufriría solo por amor a Cristo. Cortaron su cabello en cuatro secciones diferentes, privándolo de todo derecho ministerial. Finalmente colocaron una corona de papel sobre su cabeza, en la que había pintados tres diablos rojos peleando por su alma y que decía: “Esto es un hereje”.¹¹³ Retrocedieron, extendieron sus manos hacia él, y entregaron el alma de Hus al diablo. Hus respondió que él se entregaba a Jesucristo.

Entonces fue entregado a los soldados.

“Estoy gozosamente dispuesto a morir”

Una triste procesión acompañó a Hus hasta la pradera donde sería quemado; casi toda la ciudad lo seguía. Al pasar por el cementerio de la iglesia donde sus libros eran quemados, sonrió.

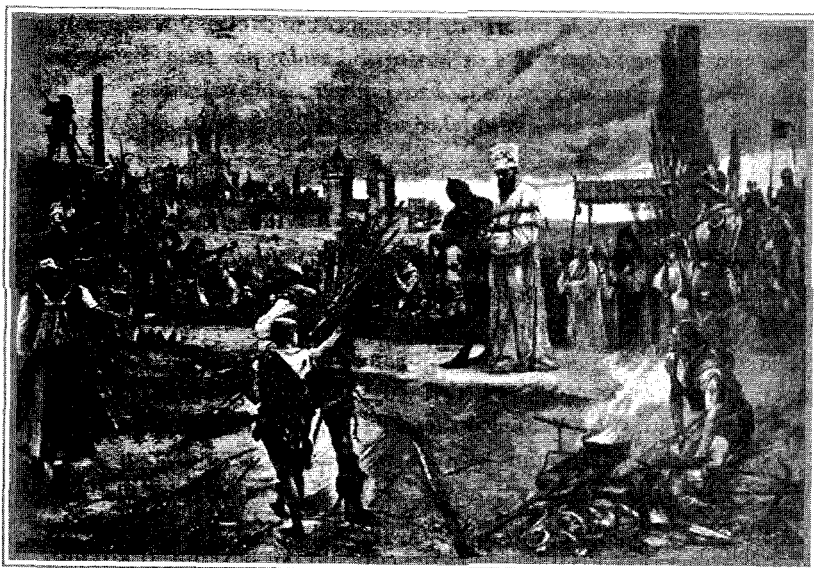
Al llegar a la pradera cayó nuevamente de rodillas, para orar. Le quitaron todas sus ropas, excepto una fina camisa, y luego lo ataron a un poste con una sogas y una vieja cadena oxidada. Colocaron atados de leña mezclada con paja hasta la altura de su barbilla.

Antes que se encendiera el fuego, una vez más se acercaron a Hus y le pidieron que se retractara. Mientras la multitud quedaba en el más absoluto silencio, Hus levantó su voz y, en alemán, dijo:¹¹⁴ “Dios es mi testigo de que [...] la principal intención de mi predicación y todos mis demás actos o escritos fue solamente para apartar a los hombres del pecado. Y por esa verdad del Evangelio que escribí, enseñé y prediqué según los dichos y exposiciones de los santos doctores, estoy gozosamente dispuesto a morir hoy”.¹¹⁵

Murmillos y sordas exclamaciones se escucharon entre la multitud. Entonces, todo quedó en silencio. Los verdugos recibieron la orden de encender el fuego.

Mientras las llamas comenzaban a crecer, se escuchó la voz de Hus cantando a gran voz: “¡Cristo, tú, Hijo del Dios viviente, ten misericordia

de mí!"¹¹⁶ Solo pudo cantarlo tres veces antes que el viento hiciera que las llamas alcanzaran su rostro. Hus bajó la voz y oró en silencio hasta que las llamas lo consumieron. Mientras las llamas aún destruían su cuerpo aquí en la Tierra, su espíritu ya estaba en el cielo con el Señor.



Ejecución de Hus. Fue quemado vivo como hereje el 6 de julio de 1415.

Los verdugos encontraron el corazón de Hus y lo atravesaron con un palo, para luego observar cómo se incineraba. El cuerpo continuó ardiendo hasta que nada quedó de él, sino cenizas. Entonces, cuando todo el cuerpo se hubo consumido, cargaron las cenizas en un carro y arrojaron toda la carga al río Rin.¹¹⁷

La muerte de Hus desató la acción de los guerreros de Dios

La ejecución de Hus conmocionó a toda Bohemia. Casi quinientos nobles checos se reunieron en Praga para protestar por el juicio y la ejecución, e hicieron un pacto solemne de defender las enseñanzas de Hus y la reforma checa contra cualquier amenaza.

Y mantuvieron su palabra.

Para 1419, cuatro años después de su muerte, este grupo ya tenía su importancia. Se los conocía como "husitas", uno de los grupos más

temidos en Europa central. Y Juan Zizka, que asistía a los cultos de Hus como guardaespaldas de la reina Sofía, se convirtió en su renombrado y temido líder.

*Después de la muerte de Hus, su causa continuó viva,
por medio de un grupo de husitas liderados por Juan Zizka,
el guardaespaldas de la reina que había asistido
a la iglesia de Hus.*

A diferencia de Hus, los husitas se negaban a arreglar sus disputas con la Iglesia Católica diplomáticamente. La muerte de Hus solo había servido para demostrarles que no se podía razonar con el sistema del papado, por lo que ni siquiera intentaron un acuerdo. Valientemente exponían sus reclamos; si estos eran rechazados, respondían a la Iglesia Católica con una fuerza sangrienta.

Por ejemplo, si los católicos tomaban una de sus iglesias reformadas, los husitas rompían las puertas para reclamarla y compartían la comunión, donde todos participaban de la copa. Si los integrantes del concilio católico encarcelaban a los reformadores y no accedían a liberarlos, los husitas arrojaban a los integrantes del concilio por la venta. ¿Extremo? Sí. ¡Pero era una revolución!

Bajo el intrépido liderazgo de Zizka, los husitas fortificaron sus sedes y formaron una milicia cuidadosamente entrenada. Dado que carecían de armas formales, adaptaron sus herramientas de labranza para convertirlas en armas de guerra. Zizka los llamaba “guerreros de Dios”.¹¹⁸

Segismundo, a quien ellos llamaban “el Dragón del Apocalipsis”, era su mayor enemigo. Cuando Wenceslao murió Segismundo obtuvo el derecho al trono de Bohemia; ¡pero los husitas no le permitieron entrar en su territorio! Cuando Segismundo declaró la guerra a Bohemia, los husitas aceptaron rápidamente.

Los husitas crearon un estandarte con la figura del cáliz –la copa de la comunión– que pronto se convirtió en símbolo de todo el movimiento. En el estandarte podía leerse: “La verdad vence” –una de las más famosas citas de Hus–.¹¹⁹ Se dice que los husitas inspiraban tal temor en la lucha que, cierta vez, un ejército huyó solo al ver su estandarte.

Los husitas también inventaron el primer carro de guerra blindado, cargado con arqueros y hombres con armas de fuego. Los carros blindados protegían a los que disparaban mientras estos recargaban sus armas.

Antes de los husitas, nunca se habían usado armas de fuego en una batalla a campo abierto. Se les atribuye el primer uso documentado de armas de fuego móviles en Europa. Una vez los husitas llenaron los carros de guerra con piedras y los lanzaron colina abajo. La fuerza atacante reaccionó con tal pánico que mil cuatrocientos soldados fueron aplastados o muertos mientras trataban de retroceder.¹²⁰

Aunque el enemigo era muy superior a ellos en número, su pura tenacidad para luchar por la verdad sin importar las circunstancias les permitió repeler exitosamente seis ataques de ejércitos comandados por Segismundo.

Durante veintiún años los husitas fueron una fuerza temible, especialmente para Segismundo. Solo cuando este llegó a un acuerdo con ellos, pudo tomar el trono de Bohemia. Había esperado diecisiete años el momento de ser coronado... y solo vivió un año después de lograrlo.¹²¹

La verdad vence todo: la admisión del Papa Juan Pablo II

Al principio de este capítulo señalé que la vida de Hus influyó sobre la mayoría de los reformadores que vendrían. Sus doctrinas son muchas, pero el aspecto que más me llama la atención es su defensa de la verdad.

El 17 de diciembre de 1999 el Papa Juan Pablo II manifestó ante un simposio internacional: “Hoy, en la víspera del gran Jubileo, siento la necesidad de expresar pesar por la cruel muerte infligida a John Hus”.¹²² Elogió la valentía moral que Hus demostró frente a la muerte y la adversidad, y aun llegó a anunciar que los eruditos católicos ahora iban a considerar a Hus como tema de diálogo.

El pronunciamiento del Papa llegó 584 años demasiado tarde como para salvar a Hus, pero las verdades que este creía llegaron a lo más alto. En la declaración del Papa en 1999, vemos que la verdad venció y prevaleció.

La verdad, realmente, vence todo. La verdad absoluta –la verdad para todas las personas, para todos los tiempos y para todos los lugares– siempre ganará. Siempre se levantará hasta lo más alto, sin importar cuán cubierta por mentiras o disfrazada con engaños pueda estar. No importa cuánto tiempo tarde; la verdad siempre prevalecerá. Las mentiras y los engaños se desmoronan, y la verdad permanece.

Los tiempos y las costumbres cambian. Las pautas cambian según las diferentes circunstancias. Pero sepa usted esto: la verdad no es asunto de preferencias personales; no es asunto de lo que nos agrada o no nos agrada. La verdad no es relativa; es absoluta.

Hoy nuestra generación cree que todo es negociable, que no hay nada correcto o incorrecto. Creen que si alguien piensa que algo está bien, o si lo hace sentir bien, entonces eso debe de ser cierto. O dicen: “El hecho de que eso sea incorrecto para ti no significa que lo sea para mí también”. No es así. Hay un solo Dios verdadero, y debemos seguir sus reglas.

Jesús dijo en Juan 8:32 que la verdad que conozcamos nos hará libres. La verdad conocida proviene solo de la Palabra de Dios. Lo desafío a conocer la verdad, porque nuestra generación clama por ella. No se detenga en la letra de la ley. No asuma una postura farisaica o enjuiciadora acerca de ella. Ahonde más y más para averiguar por qué Dios instituyó esa verdad absoluta; examine sus leyes y principios espirituales. Hay mucho más escrito en la Palabra de Dios de lo que jamás descubriremos durante nuestra vida en esta Tierra.

Así que, deseo cerrar este capítulo con las increíbles palabras de un hombre increíble. Estas palabras lo llevaron a luchar hasta el final... y aun viven, casi seiscientos años después de su muerte.

*Por tanto, fiel cristiano, busca la verdad, escucha la verdad, aprende la verdad, ama la verdad, habla la verdad, adhiere a la verdad, defiende la verdad hasta la muerte; porque la verdad te hará libre de pecado, del diablo, de la muerte del alma y, finalmente, de la muerte eterna.*¹²³

Notas

La ilustración de John Hus que aparece en la página del título es gentileza del Billy Graham Center Museum, Wheaton.

- 1 Matthew Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, Princeton, Princeton University Press, 1966, p. 102.
- 2 Timothy George, "The Reformation Connection", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 36.
- 3 Matthew Spinka, *John Hus: A Biography*, Princeton, Princeton University Press, 1968, p. 22.
- 4 *Ibid.*
- 5 *Ibid.*, p. 4.
- 6 *Ibid.*, pp. 23-24.
- 7 *Ibid.*, pp. 24-25.
- 8 *Ibid.*, pp. 28-29.
- 9 *Ibid.*
- 10 *Ibid.*
- 11 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 41.
- 12 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 46.
- 13 *Ibid.*, p. 29.
- 14 *Ibid.*, p. 32.
- 15 *Ibid.*, p. 34.
- 16 *Ibid.*, p. 38.
- 17 George, p. 36.
- 18 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 14.
- 19 *Ibid.*, p. 15.
- 20 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 14.
- 21 *Ibid.*, p. 43.
- 22 *Ibid.*, pg. 56.
- 23 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 49.
- 24 *Ibid.*, p. 48.
- 25 *Ibid.*, p. 49.
- 26 Maartje M. Abbenhuis, "Foes in High Places", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 20.
- 27 Thomas A. Fudge, "To Build A Fire", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 12.
- 28 Abbenhuis, p. 21.
- 29 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 45.
- 30 *Ibid.*
- 31 Bruce L. Shelley, "A Pastor's Heart", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 30.
- 32 *Ibid.*
- 33 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, pp. 296-297.
- 34 *Ibid.*, p. 297.
- 35 *Ibid.*, pp. 298-299.
- 36 *Ibid.*, p. 303.
- 37 *Ibid.*, pp. 304-305.
- 38 *Ibid.*, p. 306.
- 39 *Ibid.*, p. 308.
- 40 *Ibid.*, p. 309.
- 41 *Ibid.*, p. 312.
- 42 *Ibid.*, p. 313.
- 43 *Ibid.*, p. 393.

- 44 Ibid., p. 269.
- 45 Ibid., p. 283.
- 46 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 67.
- 47 Ibid., p. 68.
- 48 Fudge, p. 12.
- 49 Spinka, *John Hus: A Biography*, pp. 75-76.
- 50 Ibid, pp. 77- 78.
- 51 George, p. 37.
- 52 Shelley, p. 31.
- 53 Ibid.
- 54 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 296.
- 55 Peter E. Prosser, "A Plethora of Pontiffs", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 23.
- 56 Fudge, p. 12.
- 57 Prosser, p. 24.
- 58 Ibid., pp. 24-25.
- 59 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 96.
- 60 Fudge, pp. 13-14.
- 61 Ibid., p. 13.
- 62 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 137.
- 63 Ibid., p. 99.
- 64 Fudge, p. 13.
- 65 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 116.
- 66 Ibid.
- 67 Ibid.
- 68 Ibid., pp. 126-127.
- 69 Ibid., pp. 127-128.
- 70 Abbenhuis, p. 19.
- 71 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 140.
- 72 Ibid., p. 138.
- 73 Ibid., p. 151.
- 74 Frieda Looser, "The Wanderer", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 29.
- 75 Fudge, p. 15.
- 76 Ibid.
- 77 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 161.
- 78 Ibid., p. 162.
- 79 Ibid., p. 163.
- 80 Ibid., p. 164.
- 81 Ibid., p. 165.
- 82 Shelley, p. 32.
- 83 Spinka, *John Hus: A Biography*, p. 101.
- 84 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 261.
- 85 Abbenhuis, p. 21.
- 86 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 331.
- 87 Ibid., p. 353.
- 88 Ibid., p. 337.
- 89 Ibid., p. 340.
- 90 Fudge, "To Build A Fire", pp. 15-16.
- 91 Elesha Coffman, "Did You Know?", *Christian History Magazine* 19, No. 4, ed. 68, p. 2.
- 92 Fudge, p. 15.
- 93 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 346.
- 94 Ibid., p. 234.
- 95 Ibid., p. 354.
- 96 Fudge, p. 16.
- 97 Ibid., p. 25.
- 98 Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, pp. 377-378.

- 99 Prosser, p. 25.
100 *Ibíd.*
101 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 356.
102 Fudge, p. 16.
103 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 363.
104 *Ibíd.*, p. 369.
105 Abbenhuis, p. 21.
106 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 374.
107 *Ibíd.*, pp. 374-375.
108 *Ibíd.*, p. 376.
109 *Ibíd.*, p. 377.
110 *Ibíd.*
111 *Ibíd.*, p. 381.
112 Paul Roubiczek y
Joseph Kalmer,
Warrior of God,
Londres, Nicholson y Watson,
1947, p. 241.
113 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 381.
114 Spinka, *John Hus:*
A Biography,
p. 25.
115 Fudge, p. 18.
116 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 382.
117 *Ibíd.*
118 Elesha Coffman,
"Rebels to be Reckoned With",
Christian History Magazine 19,
No. 4, ed. 68, pp. 40- 41.
119 *Ibíd.*, p. 41.
120 Coffman,
"Did you know?", p. 2.
121 Abbenhuis, p. 21.
122 Elesha Coffman,
"Accidental Radical",
Christian History Magazine 19,
No. 4, ed. 68, p. 8.
123 Spinka, *John Hus'*
Concept of the Church, p. 320.

Capítulo 3



Martín Lutero

1483 - 1546



“Abrió paso a la Reforma”

“La espada de la Reforma”

He nacido para la guerra y estoy luchando con facciones y diablos; mis libros, pues, son tempestuosos y belicosos. He de arrancar raíces y tocones, cortar espinas, derribar setos y llenar zanjas, soy el rudo montañero que ha de marcar la senda y prepararlo todo.¹

Estas son las palabras de un hombre que, accidentalmente, llegaría a reformar el mundo conocido en el siglo XIV. Digo accidentalmente, porque la vida de Martín Lutero, como un joven monje sometido a sus autoridades, no mostraba ninguna señal de que en su interior tuviera el potencial de liderar una revolución espiritual que haría temblar las antiquísimas doctrinas de la Iglesia Católica Romana. Era un hombre con una misión, pero esa misión no era exponer los errores de la religión. Su misión era, simplemente, hacer las paces con Dios. No le habían enseñado lo que la mayoría de nosotros sabemos: que Jesús vino a reconciliarnos con Dios y que creer en Él es lo que apacigua a Dios.

Él solo sabía lo que durante generaciones habían transmitido las tradiciones del catolicismo romano y los mitos del paganismo alemán: Dios estaba enojado y Jesús era un Juez duro e imposible de complacer que se deleitaba en enviar a hombres, mujeres y niños al infierno. Cuando niño, Lutero pasó más de una noche temblando de terror por los duendes y los demonios que, según enseñaba la religión, vivían en los bosques.

La Edad Media fue una época oscura porque no había luz de la verdad del Evangelio que penetrara los corazones de las personas. Era ilegal que una persona común poseyera una Biblia. Las únicas Biblias disponibles estaban en latín, para uso exclusivo de los sacerdotes, muchos de los cuales nunca las habían leído. Las tinieblas espirituales siempre acaban por cubrir territorios, naciones y, en este caso, continentes enteros. Y para el sensible Lutero, estas enseñanzas erradas acerca de Dios eran un tormento

eterno. Convencido de que la única forma de complacer a Dios era hacerse monje, tomó los hábitos. Para gran desazón del diablo, Lutero entró en contacto con la Biblia. Educado en latín desde su infancia, se sumergió en las Escrituras con facilidad y hasta aprendió griego para examinar mejor los textos.

Era un hombre con una misión, pero esa misión no era exponer los errores de la religión. Su misión era, simplemente, hacer las paces con Dios.

La historia de Lutero nos muestra el poder de lo que puede pasarle a alguien que entra en la Palabra de Dios y ya no sale de ella. La luz de la revelación comenzó a alumbrar las tinieblas de la mente de Lutero y a disipar toda sombra que el diablo pudiera utilizar para atormentarlo.

Lutero no se metió en problemas hasta que anunció la Buena Noticia a su mentor y a otros líderes. También se metió en problemas por tener algunas preguntas que, de no haber sido por la divina providencia, lo habrían llevado a morir quemado en la hoguera. El texto completo de estas noventa y cinco preguntas, conocidas como las “Noventa y Cinco Tesis”, está impreso al final de este capítulo. Las revelaciones de la mayoría de las verdades bíblicas que hoy consideramos comunes provienen de ellas.

El acto de clavar las noventa y cinco tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg es uno de los hechos más famosos de la historia de la iglesia, y tuvo tal divino impacto sobre esta Tierra que aún hoy sentimos sus repercusiones. Aunque muchos grandes hombres y mujeres fueron parte activa de lo que se conoció como la Reforma, en toda ocasión en que se habla o se escribe sobre ella, el nombre de Lutero está a la cabeza de la lista de quienes la impulsaron. Por la forma en que Dios lo usó, Lutero sufrió la soledad, perdió amistades y familiares, provocó conflictos internacionales, enfureció a líderes de naciones y creó el caos para la Iglesia Católica Romana.

Mi oración para usted es que, al leer la historia de Lutero, se dé cuenta de que su pasado o sus circunstancias no importan cuando usted recibe un contacto celestial, una revelación de la Palabra de Dios y un sentido de misión y llamado. Lutero jamás habría podido imaginar a dónde lo llevaría su camino de obediencia. Dios lo usó para influenciar al mundo entero, pero estoy seguro de que, cuando era un jovencito, esto era lo último que podría haber imaginado.

¡Basta de castigo!

Martín Lutero nació el 10 de noviembre de 1483 en Eisleben, Alemania, hijo de Hans y Margaretha Luder (Martín cambió su apellido por Lucero, en la universidad). Seis meses después de su nacimiento la familia se mudó a Mansfeld, y su padre fue a trabajar en las minas de cobre.

Martín aprendió las recompensas del trabajo duro gracias a la diligencia de sus padres. Vio cómo su padre trabajaba duramente para que su familia pudiera acceder a una situación económica mejor. Lutero padre comenzó como obrero en las minas, pero con el tiempo llegó a armar dos hornos de fundición propios, y se convirtió en un hombre respetado en la sociedad. Esto permitió que la familia se codeara con gente de otra clase. Pronto Martín se encontró cenando con personas respetadas en la comunidad, autoridades de territorios circundantes, directores de escuelas y clérigos.

No solo la madre del joven Lutero era una mujer de oración, sino que Martín recordaba cuando su padre lo llevaba a la cama y lo arropaba, y luego se arrodillaba para orar con él al costado de su lecho.

Aunque los Lutero habían logrado salir de la clase obrera, hubo una característica de esa clase que no dejaron atrás. La mayoría de los trabajadores temían sinceramente a Dios. No solo la madre del joven Lutero era una mujer de oración, sino que Martín recordaba cuando su padre lo llevaba a la cama y lo arropaba, y luego se arrodillaba para orar con él al costado de su lecho.

Para los Lutero la oración y la disciplina iban de la mano. El joven no recordaba que su padre le hubiera ahorrado jamás un castigo, aunque más tarde escribió que algunas veces lo hubiera deseado. Lutero, aun sin cuestionar jamás las buenas intenciones de sus padres, sí criticó los castigos que le aplicaban. Su madre, cierta vez, le hizo salir sangre al golpearlo con una vara por robar una nuez. En otra ocasión la disciplina de su padre fue tan intensa que el niño necesitó bastante tiempo, insistencia y numerosas disculpas para volver a mostrarse amistoso con él.

Según las pautas actuales, estos castigos serían considerados abusivos pero, en esa época eran comunes, y la escuela los continuaba donde el hogar terminaba. Un alumno podía recibir hasta quince azotes por semana. La principal meta de la escuela era enseñar latín. El latín era el idioma de

la iglesia, la ley, la diplomacia, las relaciones internacionales, la erudición y los viajes. Para enseñar el latín, los instructores daban ejercicios. Si los ejercicios le salían mal, el alumno era castigado con la vara.²

Durante las horas de la mañana un alumno, designado como espía, prestaba atención para descubrir si, accidentalmente, a alguno de los otros alumnos se le escapaba una palabra en alemán. Si alguien hablaba en alemán en lugar de latín, debía usar una máscara de burro hasta que otro alumno cometiera el mismo error, en cuyo caso le transfería la máscara. Los deméritos por errores se acumulaban durante la semana y, al final de esta, se administraba el castigo. A la mayoría de los niños no les molestaba esta técnica. De hecho, se ponían a la altura del desafío, y Lutero llegó a ser tan excelente gracias a esta técnica de aprendizaje, que le pusieron como apodo “el filósofo”.

La infancia de Lutero ya estaba preparándolo para ser un hombre de influencia. Dios había determinado su destino.

El intenso entrenamiento y la disciplina fueron parte del condicionamiento de Lutero, que lo preparó para ser un hombre de influencia y elevada posición. Sabía que estaba destinado al poder, pero no tenía idea de cómo se desarrollaría ese destino. Había visto a su padre vencer todas las adversidades y elevarse hasta salir de la clase obrera. En la joven mente de Martín, su padre era un héroe, por lo que él pensaba que debía ser como su progenitor. Lo único que debía hacer era seguir los planes que este tenía para él: ser exitoso, rico y casarse lo suficientemente bien como para poder cuidar dignamente de sus padres cuando fueran ancianos.

Después de terminar su maestría en la Universidad de Erfurt en tiempo récord, Martín permaneció allí para estudiar Leyes, como su padre deseaba.

Martín parecía feliz con lo que le había tocado en la vida, y con las expectativas de su padre. El 2 de julio de 1501, cuando tenía veinte años, iba camino a lograr sus metas, cuando una tormenta interrumpió bruscamente todos sus planes.

“¡Santa Ana, si me ayudas, me haré monje!”

¡Me encantan las tormentas eléctricas! Recuerdo los terribles truenos que rugían en los llanos de Oklahoma donde me crié. Me resultaban

muy refrescantes. Desde que vivo en el sur de California, realmente echo de menos los rayos, el ruido de los truenos y las lluvias torrenciales.

Pero en la Edad Media la gente no compartía mi pasión por las tormentas. Una tormenta no es nada en sí misma; pero para la gente de la época de Lutero, era una señal del juicio divino.

Hasta este momento la vida de Lutero estaba encaminada a terminar su carrera de Leyes. Tenía una buena vida por delante. Su familia era feliz. Pero todo esto estaba a punto de terminar. Lutero había estado en casa de sus padres de visita y regresaba a la universidad cuando se desató esa terrible tormenta.

Martín atravesaba el bosque, esperaba llegar a un claro cercano. Sin duda, su mente lo engañó y el temor hizo presa de él. Había sido bien enseñado, así que sabía que, a su derecha y a su izquierda, delante y detrás de él, lo espiaban duendes, gnomos, hadas, espíritus y brujas. Los había visto dibujados en los cuadros que colgaban en las paredes de las casas de la época. Lutero creía que regiones geográficas enteras eran habitadas por demonios, y sabía de un lago que guardaba demonios capturados entre sus aguas. Las leyendas decían que, al arrojar una piedra a ese lago, los demonios se despertaban y provocaban tormentas.³

Los demonios eran culpados de muchas cosas en esa época; aun la madre de Lutero atribuía el hecho a los demonios cuando encontraba que le habían robado huevos, leche o manteca. Pero peor que la idea de que los demonios hubieran causado la tormenta era pensar que Dios podría haberla causado. Era una idea común de la gente en esa época que Dios usaba las tormentas para juzgar a las personas. La más famosa talla de madera del mundo cristiano conocido representaba a Jesús y los demonios trabajando juntos para enviar a los hombres malos a su condenación. En esa talla, Jesús estaba sentado, muy disgustado, en el trono del juicio. Debajo de Él los demonios arrastraban a hombres y mujeres a las llamas del infierno. Lutero había visto imágenes como esta cuando era solo un niño, y ellas habían levantado fortalezas impenetrables en su mente.

Podemos imaginar que atravesar el bosque esa noche fue la experiencia más espantosa de su vida. Estaba aterrado, con el corazón que se le salía del pecho. Al acercarse al claro recordó la muerte de un amigo que había caído bajo un juicio similar cuando un rayo lo mató. La escena era bien conocida para él. No tuvo dudas de que su hora había llegado. Apenas comenzaba a atravesar el claro, cuando un rayo cayó tan cerca de donde él andaba, que Martín cayó al suelo. En una súplica desesperada por su vida, clamó a la única ayuda que conocía: “¡Santa Ana, si me ayudas, me haré monje!”⁴

Con esta única frase elevada en un grito desesperado, Lutero estaba seguro de estar convocando todo el poder al cual podía tener acceso. Clamó a Ana porque ella era la misericordiosa abuela de Jesús, o por lo menos, así lo afirmaba la leyenda.

¿Por qué cambiaría alguien la meta de su vida, de ser abogado a ser monje, solo por un rayo? En este caso, no fue un “llamado” como han afirmado algunos historiadores. Todos, en la época de Lutero, sabían que, para tener la seguridad de la salvación, debían hacerse monjes. Por puro terror, para salvar su vida, Lutero decepcionó a su familia y se internó en un monasterio.

El poder de santa Ana

Dado que pocos en la Iglesia Católica Romana tenían una relación personal con Jesús, era difícil para la cultura alemana pagana comprender por qué las personas adoraban a un Dios invisible. El problema databa del año 300. La respuesta a ese problema en ese momento fue la creación de estatuas: estatuas de Pablo, estatuas de Jesús y, en última instancia, pero no menos importante para los católicos romanos, estatuas de María. A partir de entonces, honrar y orar a los santos muertos se convirtió en una práctica común tanto para la Iglesia Romana como para la Iglesia Ortodoxa Griega. Esto, naturalmente, está prohibido en la Biblia.

Para la familia Lutero, la favorita era santa Ana, la santa patrona de las minas. Hans Lutero, que había sido minero, había pedido ayuda a santa Ana cuando su hijo era pequeño, y su familia le daba crédito por los éxitos que habían logrado. Además de estas experiencias, estaba la idea de que ella era la madre de María.

El espíritu de religión en la iglesia había desvirtuado totalmente la imagen de la Trinidad en las mentes de la gente. Dado que Dios y Jesús les causaban terror, oraban a María, la madre de Jesús. Para el pueblo, María era la única de ellos a la que podían acercarse. Solo ella podía ejercer influencia sobre Jesús, el Juez imposible de complacer. Hasta se creía que ella, por ser mujer, podía llegar a engañar tanto a Dios como al demonio para favorecer a la persona que le oraba. Una vez que su madre se lo pidiera, Jesús intervendría en la ira de Dios y lo convencería de actuar con misericordia.⁵

Pero esta historia tiene otro giro. La gente sabía que María, quizá, estuviera demasiado ocupada con todos los pedidos del mundo como para ayudarlos. Así que les enseñaron a rogar a santa Ana, la madre de María, que se acercaría a su hija, que a su vez iría a Jesús, quien iría a Dios, quien finalmente podría revertir el juicio.⁶

No tenemos necesidad de seguir un camino largo e indirecto para acercarnos a Dios. Tenemos un Abogado ante el Padre y podemos entrar osadamente en su presencia.

Esta era una forma muy indirecta de acercarse a Dios. Aunque podría parecer trabajosa y quizá hasta risible, esta era, y aún hoy es, la práctica diaria, común, de muchas personas que son sinceras en su deseo de acercarse a Dios. ¿No lo alegra saber que tenemos un Abogado ante el Padre y que podemos entrar ante el trono de Dios osadamente, sin avergonzarnos, para recibir el socorro necesario en tiempo de necesidad? Probablemente las únicas personas que sabían esto en la época de Lutero fueron decapitadas o quemadas en la hoguera, por tratar de contárselo a alguien más.

Las personas que desafiaban los principios de la Iglesia Católica Romana en la Edad Media con verdades bíblicas, reales, con frecuencia eran ejecutadas. Quizá usted nunca se ha dado cuenta del precio que se pagó para que usted pueda tener una Biblia que tal vez esté juntando polvo en la biblioteca. Recordemos esto y volvámonos a la Palabra de Dios con renovado respeto y ansias.

El poder de convertirse en monje

El otro componente del clamor nocturno de Lutero después de caer al suelo por el rayo, fue su voto de convertirse en monje. Repitémoslo: no se debió a un “llamado”, aunque creo que su obsesión por Dios y lo sobrenatural eran evidencias de que había un llamado. ¿Por qué convertirse en monje, entonces? La respuesta se encuentra en lo que Lutero conseguiría al convertirse en monje. Era lo único que no había hecho para obtener la seguridad de la salvación. Uno de sus biógrafos dijo: “Al monasterio, Lutero fue, como otros, y quizá más que otros, para hacer las paces con Dios”.⁷

Convertirse en monje era la forma más segura de recibir trato preferencial de parte de Dios. La gente creía que el voto de un monje era el segundo bautismo, que restauraba a un hombre al estado de inocencia. La leyenda decía que un monje había muerto sin su hábito y, al llegar a las puertas del cielo, le fue negada la entrada. Solo después de regresar a la Tierra por su hábito y retornar a las puertas del cielo “vestido adecuadamente”, pudo entrar.

Estoy seguro de que usted podrá ver por qué la Edad Media fue una época tan oscura. Nadie reconocía públicamente la verdad y la luz de

Jesucristo. Aun quienes sabían leer latín no podían o no deseaban discernir la verdad de la mentira.

No había predicadores protestantes aún; Lutero mismo fue quien preparó el camino para ellos. Una persona solo podía ser católica o hereje, sin estados intermedios. Lo único que Lutero supo hacer fue rendirse y convertirse en monje. Y Dios utilizó ese clamor y lo que, yo creo, era un corazón sincero que buscaba a Dios. En el oscuro rincón del monasterio Dios guió a Lutero hacia la verdad. No pasaría mucho tiempo antes que Lutero saliera con una verdad que liberaría a todo el cristianismo de su esclavitud.

El juramento

A pesar de la furia de su padre por su decisión de hacerse monje, Lutero eligió el monasterio más estricto, la orden de los eremitas agustinos en Erfurt. Sabía en qué se metía cuando se tendió delante del prior, líder del monasterio, postrado en los escalones. Se comprometía a pasar, al menos, un año de comida escasa, ropas ásperas, vigiliass nocturnas, arduos trabajos durante el día, la mortificación de la carne, el rechazo por su pobreza y la vergüenza de mendigar. Y aceptó todo. Le dieron la bienvenida a aquel año de iniciación con un beso en la mejilla dado por el prior y su amonestación de que un hombre solo podía ser salvo si perseveraba hasta el final.

Martín solo recordaba un monje que hubiera soportado hasta el final: Guillermo de Ahnalt, que había renunciado a la nobleza para convertirse en un fraile mendicante. Todos en la ciudad lo conocían. Lutero escribió cierta vez:

Con mis propios ojos lo vi. [...]. Yo tenía catorce años, en Magdeburg. Lo vi llevando la bolsa como un asno. Se había consumido tanto por el ayuno y la vigilia que parecía la cabeza de la muerte, solo piel y huesos. Nadie podía mirarlo sin avergonzarse de su propia vida.

Al observar a ese monje a la distancia, tantos años antes, Lutero había llegado a la conclusión de que ese era el camino para llegar a la salvación. Y durante ese año de prueba estuvo convencido de que finalmente había llegado a un lugar de paz. Vivió un año entero sin los tormentos y las pesadillas que caían sobre él como un escalofrío cuando pensaba en Dios y en su propia alma.

Pero, fiel a sí mismo, el espíritu de religión siempre vuelve para decir: “Ni siquiera esto es suficiente. Debes hacer más. Debes hacerlo mejor”. Después del año de prueba Martín dio el paso siguiente y se comprometió para toda la vida con Dios. Con ese voto de compromiso, la tormenta retornó. Torturantes espíritus religiosos venían sobre él con ataques de depresión, opresión y desesperanza. Lutero se sentía bien un minuto, y al siguiente caía en la desesperación. Para tratar de detener esa agonía, comenzó a buscar nuevas formas de apaciguar a Dios.

Si unirse al monasterio no era suficiente, entonces, pensó, la respuesta debía estar en adherir a cada regla y seguir cada norma. Lutero bombardeó los cielos con obras, con el fin de lograr la santidad. Tomó la decisión de ser el más consagrado de todos los monjes. Dormía pocas horas, comía menos aún, y pasaba más tiempo en confesión que cualquier otro. De hecho, cansó a los sacerdotes con sus confesiones. Una vez pasó once horas confesándose con un sacerdote. Todo esto le traía solo breves momentos de alivio. El tormento no tardaba en regresar, y tenía que soñar nuevas formas de castigar la carne y hacerse aceptable a los ojos de Dios.

La Biblia del monasterio estaba atada a la pared con una cadena, y Lutero acudía con frecuencia a consultarla, esperando encontrar la paz que necesitaba desesperadamente. Pero, por el contrario, a él solo le hablaba de una santidad que no podía lograr. Al no encontrar alivio, se encerró en su cuarto, repitiendo una y otra vez frases en latín. Durante siete semanas casi no durmió, y durante cuatro días no comió ni bebió. Se negaba a responder cuando llamaban a su puerta. Cuando unos monjes compañeros suyos derribaron la puerta, lo encontraron tendido en el suelo, aparentemente muerto. Consumido por el ayuno, la falta de sueño y la desesperación, Lutero, finalmente, recobró la conciencia. Entonces escuchó los ecos del coro de varones que cantaban himnos en el pasillo.

– Realmente yo era un monje piadoso –recordó años más tarde–. Si algún monje hubiera podido alcanzar el cielo por sus obras de piedad, sin duda yo habría tenido derecho a ello. Si hubiera continuado mucho más, habría llevado mi mortificación al punto de la muerte, por medio de las vigili¹⁰as, las oraciones, las lecturas y otras labores.

En su búsqueda de la santidad, las obras de Lutero eran más intensas que las de otros monjes. Constantemente se volvía a la Biblia en busca de paz.

La celebración de la primera misa: un final con derrota y dudas

Llegó el día, en 1507, en que Lutero fue ordenado, a la edad de veinticinco años. Ahora estaba en condiciones de officiar su primera misa. El día de la misa se había pospuesto un mes porque su padre no podía llegar hasta esa fecha. Cuando llegó, hizo su entrada en la ciudad con gran fanfarria, con una comitiva de veinte hombres de a caballo y una generosa donación para el monasterio.

Martín estaba muy feliz de ver a su padre y de que este lo viera en esta nueva vida. Pero, aunque debía ser un día maravilloso para él, terminó en tormento. Estaba tan aterrado durante la ceremonia de la transustanciación —la parte de la misa católica en al que se cree que el pan y el vino se convierten verdaderamente en el cuerpo y la sangre de Jesús— que se puso a temblar y estuvo a punto de huir del altar. Pero el mismo terror del todopoderoso Dios y la idea de que la presencia tangible de Dios estaban delante de él en la copa, lo mantuvieron atado al altar. La misa era una experiencia abrumadora. Era la ceremonia más elevada de la que podía participar el hombre, y se la exaltaba en toda la sociedad. Con sus acciones, el sacerdote representaba simbólicamente el Calvario.

Inseguro en cuanto a su actuación, Lutero buscó la aprobación de su padre después de la misa. Le preguntó por qué no había aprobado que se convirtiera en sacerdote, y él le respondió que no había cumplido el mandato de honrar a su padre y a su madre, ahora ellos tendrían que arreglárselas solos al llegar a la vejez.

Pero Martín sabía cuál era la verdadera respuesta. Sabía que cada uno debe seguir lo que Dios le dice, a pesar de lo que digan los demás. Sentía que, si él seguía a Dios, sus padres estarían bien cuidados. Si él no obedecía al Señor, todos sufrirían.

Con el tiempo su padre superó el enojo, pero solo después de perder dos hijos muertos por una plaga y de escuchar rumores de que Martín también estaba muerto. Cuando descubrió que estaba vivo, su padre lo perdonó y olvidó todas sus disputas.

Pero antes de reconciliarse, su padre plantó fuertes dudas y confusiones en la mente de Martín. El día en que este ofició su primera misa, Hans Lutero dijo algo que hizo que su hijo se sumergiera en un torbellino interno.

Martín sentía que debía justificar su llamado, y le recordó a su padre lo que le había sucedido durante la tormenta. Sin prestar atención a ninguno de los sacerdotes que los escuchaban, Lutero padre exclamó: “Pero, ¿y si la tormenta hubiera sido solo un fantasma?”¹¹

En otras palabras, su padre le preguntó cómo podía probar que la tormenta no había sido provocada por el diablo para desbaratar el curso de la vida de toda la familia Lutero. La pregunta de su padre resonó en los oídos de Martín. ¿Cómo podía saberlo con seguridad? Después de todo, cualquiera sabe que el diablo puede disfrazarse como ángel de luz.

Esas palabras fueron un misil directo al corazón de las inseguridades de Lutero. Ahora, más que nunca, se dedicaría a la búsqueda de la santidad. Finalmente, solo se consolaba con algún medio de autocastigo o flagelación de la carne. Por las noches Martín desechaba las mantas que se daban a los monjes y tiritaba de frío, tratando de castigar su carne. Y aun después de haber ayunado tanto, se preguntaba: “¿He ayunado lo suficiente?” Prefería la Cuaresma a la Pascua, porque aquella implicaba sacrificio.

Lutero vacilaba entre el orgullo por sus obras y la cantidad de ellas, y la carga insoportable de las dudas y la desesperación.

Los espíritus religiosos matan

Nunca puede satisfacerse a un espíritu religioso. He dicho esto cientos de veces, y lo repetiré: en todos mis viajes por el mundo he encontrado toda clase de espíritus malignos y engañadores. Pero nunca he visto un espíritu más mezquino y maligno que el espíritu de religión. Se disfraza de tal modo que pensamos que estamos sirviendo a Dios. Su naturaleza es maliciosa, odiosa, celosa y maligna. Es un espíritu asesino bajo un agradable camuflaje. Exige obras terribles que finalmente llevan a las personas al pecado, al error o la tumba. Fue uno de los espíritus detrás de la traición de Jesús. Nunca se lo puede satisfacer, ni jamás se agradará a Dios por medio de él.

Hoy, en nuestra sociedad, los espíritus religiosos no queman a las personas en la hoguera ni las martirizan públicamente, como la Iglesia Católica hacía en una época. Pero algunos actos de terrorismo están relacionados con un espíritu religioso. Una forma común en que un espíritu religioso trata de asesinar a una persona es asesinando su reputación por medio de los chismes. Debemos reconocer las estrategias del espíritu religioso. Con frecuencia huimos de un ministro sobre el que hemos escuchado un chisme. Cuando escuchamos palabras de calumnia, debemos reconocer la posibilidad de que esté siendo perseguido y preguntarnos qué hizo de bueno esa persona para ser atacada. Nuestro esquema mental ha sido tan adormecido por el espíritu religioso, que nos impulsa a huir de la persona que es calumniada, en lugar de buscar la verdad y unirnos para traer un cambio divino a esta Tierra. ¡Nuestra mente debe despertar y ser cambiada!

Lutero se esforzaba por apaciguar a Dios, pero Dios ya había sido aplacado por la sangre de su Hijo. En realidad, era el espíritu religioso el que no podía ser aplacado.

Lutero estaba en el proceso de cambiar su esquema mental. Se esforzaba por apaciguar a Dios, pero Dios ya había sido apaciguado por la sangre de su Hijo. En realidad, era el espíritu religioso el que no podía ser aplacado, y el que trabajaba para enviar a Lutero a la tumba. Lo que Lutero deseaba, en realidad, era ser aceptado por Dios. Su única meta era saber cómo ser amigo de Dios. Martín pensaba que recibir el perdón de Dios era la única forma en que esto podía suceder, así que se arrepentía y volvía a arrepentirse, una confesión tras otra. Pero no hallaba reposo.

¡Obras, obras...! ¿Obras?

En Oseas 4:6 la Biblia dice que el pueblo de Dios padece por falta de conocimiento. A través de sacerdotes ignorantes y, en su mayor parte, corruptos, los líderes de la Iglesia Católica estaban inventando y estableciendo su propia religión. Cuando las tradiciones ya no lograban los fines deseados, la Iglesia cambiaba las reglas o agregaba otras nuevas.

La culpa y el temor eran dos de las principales emociones que la Iglesia infundía para que la gente continuara yendo a las misas. Para tratar los temas de la muerte, el infierno, el paraíso y el purgatorio —un punto intermedio por personas que no eran suficientemente buenas como para ir al cielo ni suficientemente malas como para ir al infierno— el Papa y sus dignatarios crearon un sistema que funcionaba para estabilizar la economía de la Iglesia y aliviar la culpa de las personas.

Los sacerdotes enseñaban que, en el cielo, había un sistema bancario que guardaba en sus bóvedas la bondad que les faltaba a las personas en sus vidas personales. Les enseñaban a las personas cómo transferir esa bondad a sus cuentas para no quedar en falta delante de Dios.

La Iglesia enseñaba que Jesús, María y los santos se habían comportado, en la Tierra, mucho mejor de lo que necesitaban para entrar al cielo. Los “créditos extra” de su bondad se habían guardado en el sistema bancario del cielo, del cual el Papa llevaba un registro. Las personas comunes podían acceder a este crédito —al que se llamaba “tesoro de bondad”— a cambio de la realización de tareas encomendadas por los sacerdotes, según los pecados que la persona confesara. Estas actividades eran llamadas

“obras”. Como prueba de la efectiva realización de estas obras se emitía un comprobante o prueba de compra, conocido, en esa época, como “indulgencia”. Solo el Papa podía determinar en cuántos años se reducía la estadía de una persona en el purgatorio, y la indulgencia era la prueba escrita de ese “ajuste de cuentas”. Después de todo, el Papa era el sucesor de san Pedro y único poseedor de las llaves del reino... o por lo menos, era eso lo que los católicos enseñaban.¹²

En la actualidad, si miramos con atención, aún puede encontrarse esa mentalidad de “obras” en algunos creyentes. Las personas que están apresadas por un espíritu religioso se esfuerzan por recibir el perdón de Dios, como si trataran de pagar con buenas obras por sus pecados. En los círculos carismáticos, suele verse en las personas que se ofrecen para todas las actividades, porque necesitan ser aceptados por los líderes. Estas personas buscan una señal de aprobación de los hombres. Si pueden lograrlo, sienten que Dios también las aprueba. En la Iglesia Católica, obtienen esta sensación de apaciguamiento asistiendo a misa pase lo que pasare. Un católico romano tradicional no permite que nada se interponga en su asistencia a misa. Pero el motivo no es tener comunión con otros creyentes y adorar a Dios, como debería serlo, sino ganar la aceptación de Dios.

Aun hoy algunos católicos confiesan sus pecados a un sacerdote y luego dicen una cierta cantidad de “Ave María” o encienden velas en un altar. Esto parece inofensivo pero, en realidad, está arraigado en el mismo espíritu que llevaba a las personas de la Edad Media a hacer buenas obras a cambio de la salvación.

La mentalidad de las obras hace que las personas traten de pagar por sus pecados con buenas obras. En lugar de ser libres, están prisioneras.

Pero en la época de Lutero las obras requerían un poco más de energía. Dado que la Iglesia trataba de crear interés en las cosas de Dios y mantener elevada la cantidad de fieles, comenzó a ofrecer perdón de pecados a cambio de visitas a ciertos lugares santos, por ejemplo, Roma, y la contemplación de ciertos objetos antiguos. Entre estos elementos, llamados reliquias, se encontraban las supuestas monedas de plata que Judas había recibido por traicionar a Jesús y una muestra de la leche de los senos de la virgen María.

Cuando se visitaba un lugar santo o se contemplaba una reliquia, el Papa emitía una indulgencia, que era la evidencia del crédito de bondad que había ingresado en la cuenta de una persona según la reliquia que hubiera contemplado. Por ejemplo, contemplar las monedas de Judas le restaba cuatrocientos años de purgatorio a la persona. Si alguien quería sumar bondad en su cuenta, el lugar para ir, sin dudas, era Roma.

Algunos sitios valían más que otros, y Roma estaba llena de todo tipo de reliquias que se habían llevado de Jerusalén en el año 70, cuando el Imperio Romano arrasó la ciudad y la incendió. Roma se convirtió en el nuevo hogar de la escalera de Poncio Pilato —la “*Scala Sancta*”— donde Jesús estuvo parado para ser juzgado por la multitud antes de su crucifixión. Dado que Jesús había estado parado sobre ella, esta escalera era la que más “créditos de bondad” otorgaba. Pero no se podía solo mirarla; la persona tenía que subirla diciendo una oración específica en cada uno de los veintiocho escalones. Subir toda esa escalera bastaba para liberar del purgatorio a un familiar muerto.

Roma era, además, el lugar donde se suponía que estaban enterrados los cuerpos de Pablo y Pedro. Las autoridades de la Iglesia los cortaron en mitades y los dividieron en cuatro iglesias para que más templos se beneficiaran con las visitas de la gente. Cuarenta Papas y setenta y seis mil mártires estaban enterrados en Roma, y visitar cada uno de estos sitios agregaba méritos. Una iglesia afirmaba tener el poste de casi cuatro metros de altura en el que se había ahorcado Judas.

Roma era el lugar para aplacar a Dios. Así que, en 1510, cuando Lutero fue elegido para ir con otro representante de su claustro de Erfurt para arreglar una disputa local con el Papa, no veía la hora de aprovechar estar tan cerca de tantas reliquias. Cuando llegó a Roma, se alojó con los monjes agustinos locales y participó de su rutina diaria de oración, adoración y confesiones. Pero cada momento libre que tenía durante el día lo ocupaba en visitar los diversos sitios sagrados, no solo por interés en reducir la sentencia al purgatorio, sino porque sentía un verdadero interés en las cosas de Dios.

Para darnos una idea de la importancia que esto tenía para él, en esos momentos Miguel Ángel estaba en Roma, trabajaba en la Capilla Sixtina. Pero esto no le interesaba a Lutero. Por el contrario, él anhelaba ver la pintura de la virgen María que, según se afirmaba, había sido pintada por el mismísimo apóstol Lucas.

Pero Roma desilusionó a Lutero. Descubrió que los monjes, allí, eran licenciosos y frívolos. Oficiaban misa a la carrera: siete misas en el tiempo que a él le llevaba oficiar una sola. Un día Martín quedó atónito al

escuchar accidentalmente una conversación entre los sacerdotes que estaban preparando la comunión. Uno de ellos murmuró: “Pan eres, y pan seguirás siendo; vino eres, y vino seguirás siendo”. Fue muy decepcionante para él presenciar tal irreverencia. Pero nunca perdió la fe en los sacramentos, en las ceremonias ni en los fieles sacerdotes de su tierra natal. Podía separar esta frivolidad de sus propias creencias y convicciones, así que continuó con sus buenas obras en Roma.¹³

Pero, aun en medio de esta monumental ocasión, las dudas se infiltraron nuevamente en su corazón, y Lutero se cuestionó la validez de toda la experiencia. De hecho, estaba en la *Scala Sancta*, la escalera de Pilato, cuando comenzaron sus cuestionamientos. Estaba arrodillado, besando cada escalón mientras decía las oraciones, pero se encontró deseando que sus padres estuvieran ya muertos. No deseaba que murieran para no volver a verlos, sino para poder librarlos del purgatorio mientras él estaba en Roma. Y se dio cuenta de que todo se había convertido en un juego: ¿dónde estaba la verdadera autoridad, y quién la tenía, realmente? Lutero ahora se cuestionaba la validez de la experiencia toda. ¿Cómo podía saber, incluso, si este viaje a Roma agradaba a Dios? ¿Cómo podía ser amigo de Dios?¹⁴

*¿Dónde estaba la verdadera autoridad, y quién la tenía?
¿Cómo podía un viaje a Roma agradar a Dios?
¿Cómo podía Lutero ser amigo de Dios?*

Encuentro con un místico

Lutero regresó a Erfurt y fue transferido al claustro agustino en Wittenberg. Iba allí para enseñar en la universidad. Wittenberg era una pequeña aldea comparada con la ciudad de Erfurt. Pero el elector de esa región, Federico el Sabio, quería engrandecer la Universidad de Wittenberg para que pudiera rivalizar con la más importante de la nación.

En Wittenberg Lutero encontró un mentor que permaneció fiel a él hasta el fin: un sacerdote llamado Juan von Staupitz.

Lutero pronto cansó a los sacerdotes de Wittenberg como lo había hecho en Erfurt. Sabía que no podía haber remisión de pecados sin confesión y arrepentimiento ante un sacerdote, sin el perdón del sacerdote y un acto de contrición para pagar por los pecados. Pero, para confesar todos sus pecados, primero tenía que recordarlos. Sabía que “debe examinarse el alma [...],

escudriñar la memoria, [...], evaluar las motivaciones”¹⁵ para poder sacar a la luz todo pecado. Pero aun entonces, Lutero conocía la naturaleza auto-protectora de su propio ego, y el hecho de que jamás podría recordar algunos pecados. Por ello, aun el sistema de las penitencias le fallaba.

Cuando comprobó que ningún acto de bondad, ni visita a reliquias ni confesión lograba ayudarlo, y ya había agotado todos los caminos para la salvación que proponía la Iglesia, Lutero cayó en la más profunda desesperación. Entró en pánico, y su conciencia lo abrumaba de tal manera que temblaba por las cosas más absurdas. También tenía pesadillas, y tiempo más tarde afirmó que su estado mental en ese tiempo era peor que cualquier dolencia física imaginable.¹⁶

Staupitz trató de aliviar la conciencia de Lutero por medio de un método que él jamás había siquiera imaginado que existiera. Staupitz era un místico. No debe confundírsele con brujos ni con el misticismo de la Nueva Era. Los místicos eran un grupo de monjes que habían encontrado la presencia tangible de Dios. En el año 300, cuando la iglesia se volvió secularizada y pagana, ellos eran un grupo de personas que iba al desierto y allí buscaba a Dios en la soledad. Se los llamaba eremitas, y quienes experimentaban a Dios hacían grandes señales y prodigios. La palabra “místico” se convirtió en un nombre propio para los eremitas, que luego serían llamados monjes, que tenían esta experiencia extraordinaria en presencia de Dios. En su presencia ellos encontraban la forma de ser cambiados. También descubrían cuán malvada era la naturaleza humana y caían en la presencia de Dios para ser absorbidos por su bondad.

Los eremitas descubrían que, en presencia de Dios, eran cambiados. Su naturaleza maligna caía mientras eran absorbidos por la bondad del Señor.

Staupitz conocía directamente esta experiencia, que era muy inusual para la gente de su época. Trató de presentarle a Dios, a Lutero, de esta forma, le explicaba que solucionar el problema de la naturaleza humana por medio de las obras era como curar la viruela de a una mancha por vez. Los místicos hacían todas las obras que hacían los otros monjes, pero las hacían no para ser perdonados, sino para recibir una visitación de Dios. Ayunaban, adoraban, oraban, confesaban y hacían penitencia, también. Pero para ellos, era todo con el fin de atraer la presencia y la naturaleza de Dios a sus vidas. Buscaban verdaderamente a Dios.

“¿Amar a Dios? ¡Yo lo odio!”

Staupitz trataba de aliviar a Lutero, lo alentaba a amar a Dios, simplemente. Lutero se burlaba de la idea de simplemente amar a Dios. La imagen que tenía de Dios y de Jesús estaba distorsionada. Para Lutero ellos eran justos y airados y, debido a que eran justos, iban a juzgar al hombre. Tiempo después habló de la desesperación que sentía en ese tiempo:

¿No es contra toda razón natural que Dios, por su propio capricho, abandone al hombre, lo endurezca, lo condene, como si se deleitara en los pecados y en tales tormentos de los condenados por la eternidad? ¿Aquel de quien se dice que es toda misericordia y bondad? Esto parece inicuo, cruel e intolerable en Dios, por lo cual muchos se han sentido ofendidos en todas las épocas. ¿Y quién no lo estaría? Yo mismo, más de una vez, me sentí llevado al abismo de la desesperación, de tal manera que deseaba no haber sido creado jamás. ¿Amar a Dios? ¡Yo lo odiaba!”¹⁷

Finalmente Lutero se había dado cuenta de su mayor pecado. Odiaba a Dios. Odiaba que Dios juzgara al hombre. Odiaba que nunca pudiera llegar a la medida que Él exigía. Odiaba que Dios entregara a los hombres en manos de los demonios para que los arrastraran al infierno, después que se habían esforzado tanto por complacerlo. A Lutero le parecía imposible amar a Dios.

El camino a la revelación

Aparentemente, ya no quedaban esperanzas. ¿Qué hacer con este atormentado fraile? Staupitz tuvo una idea. Dejó su puesto en la Universidad de Wittenberg y se lo ofreció a Lutero. Obviamente, al considerar el estado mental en que se encontraba, a este la idea le pareció absurda. En lo que a él concernía, era inepto, no estaba preparado y, más aun, era indigno. Pero en 1512 obtuvo el doctorado en Teología. Tenía veintinueve años.

Para enseñar la Biblia Lutero tuvo que estudiarla. Staupitz pensaba que, quizá, Lutero pudiera obtener respuestas a sus preguntas en sus estudios. La Biblia era algo casi nuevo para él. No era inaccesible para él ni para los demás clérigos, pero no se hacía demasiado énfasis en su lectura. De hecho, otros materiales de la época eran más comúnmente utilizados en la formación básica de cualquier monje, fraile o sacerdote.

Dar a Lutero carta blanca con la Biblia fue el gran error de la Iglesia Católica. Entérese: los que leen la Biblia son los que causan problemas a la religión muerta. ¿Por qué? La religión funciona en el ámbito de la ignorancia y en el ámbito del alma. Basa sus hechos en pensamientos, leyendas y sueños denominacionales, en lugar de lo que dicen realmente las Escrituras.

En 1513 Lutero comenzó a estudiar el Libro de los Salmos, y aquí inició el camino de la revelación que lo llevaría a la libertad. El Salmo 22 rompió el cerrojo de la puerta que lo encerraba, y comenzó a entrar un rayo de luz. Este Salmo dice:

*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de
mi clamor?
Dios mío, clamo de día, y no respondes;
Y de noche, y no hay para mí reposo (vv. 1-2).*

Lutero quedó pasmado ante lo que había leído. Jesús se había sentido abandonado y apartado por Dios, también. La imagen que Lutero tenía de un Jesús inmisericorde, sentado sobre la humanidad, a la que condenaba al infierno, comenzó a cambiar. En lugar de verlo en el trono de juicio, pudo ver a Jesús en la cruz. Ahora casi podía ver el corazón de Dios. Podía ver un atisbo de compasión detrás del hecho de que Dios pusiera a Jesús en la cruz.

Pero no podía quitarse de encima la imagen de un Dios justo que juzgaba a hombres injustos cuando era imposible para ellos ser otra cosa. Sabía que Dios deseaba justicia, pero aun con su creciente entendimiento del amor de Dios, la idea de la justicia lo hacía temblar.

Solo la fe

Solo cuando estudió las epístolas paulinas, Lutero comenzó a comprender el verdadero significado de la justicia y de la justicia de Dios. Estudiar las cartas de Pablo y tratar de captar el concepto, fue una lucha para él. Algo notable de Martín Lutero es que usaba la Biblia para investigar los aspectos de su vida que lo atormentaban. Llevó sus preguntas a las cartas de Pablo a los romanos y los gálatas. Entre 1515 y 1517, cuando enseñaba estos dos libros de la Biblia, Lutero comenzó a comprender lo que realmente significa la justicia de Dios.

Cuando leyó en Romanos 5:1 que los justos eran justificados por la fe, se puso furioso. No podía entenderlo. Ferozmente convencido de que debía comprender, investigó el texto griego para encontrar el significado de

“justicia”. La justicia era definida como estricto cumplimiento de la ley y una sentencia pronunciada, como él siempre había pensado. Hasta ese punto, parecía que el hombre estaba condenado.

Pero fue la definición griega de “justificación” la que lo hizo libre. Justificación era algo diferente de justicia. Justificación hablaba de un proceso que se produce mientras la sentencia queda suspendida. La justificación era un proceso por medio del cual el hombre puede ser reclamado por Dios y regenerado.

¡Ahora podía verlo! Dios no estaba tratando de condenar, sino de regenerar a la humanidad y de darle al hombre una nueva oportunidad en la vida.

Pero, más que nada, Lutero vio que ni siquiera este proceso de regeneración, o expectativa de regeneración, era lo que hacía al hombre aceptable delante de Dios. Era la fe. La fe era un don, y por la fe, el hombre era justificado. El simple hecho de creer en la obra redentora de Jesús ponía la justicia de Él al alcance de la persona. A través de Jesús el hombre estaba en buena relación con Dios. La fe en la obra de Jesús en la cruz era suficiente. ¡Dios era amigo de toda la humanidad!

*La fe es un don, y el hombre es justificado por su fe.
La obra de Jesús en la cruz es suficiente.
¡Dios es amigo de toda la humanidad!*

La conexión de estas ideas sobre la justicia de Dios y el pasaje “el justo por la fe vivirá” (Romanos 1:17) creó una nueva teología, pero no sucedió de la noche a la mañana. Esta revelación fue cobrando fuerza a lo largo de cuatro años de estudio y meditación.

Lutero dijo:

Finalmente, meditando día y noche, y por la misericordia de Dios, yo [...] comencé a comprender que los justos viven por don de Dios, es decir, por fe [...]. Entonces sentí como si hubiera nacido enteramente de nuevo y hubiera entrado al paraíso por puertas que habían sido abiertas de par en par.¹⁸

¿En una cloaca?

En algún momento, entre 1518 y 1521, le llegó a Lutero la revelación final; la que provocaría una revolución.

Al estudiar los fieles líderes cristianos y las verdades que ellos descubrieron o el poder milagroso con que comenzaron a obrar, creo que le sería alentador a usted saber que la llegada de la revelación o el poder suele venir después de una gran desesperación. Por ejemplo, tomemos a Lutero, o la vida de alguno de los evangelistas sanadores. Muchos de ellos estaban en su lecho de muerte antes de comenzar su extraordinario ministerio de sanidad. No digo que siempre deba ser así, pero es alentador, si estamos pasando por un tiempo malo, saber que el diablo siempre ataca dramáticamente antes que se produzca un nuevo comienzo.

Lutero escribió que los días inmediatamente previos a su revelación fueron momentos de gran depresión. Para citar sus palabras exactas, dijo que estaba “en una cloaca”. Aunque algunos historiadores lo toman literalmente, él trataba de expresar el estado de sus emociones.¹⁹

Los historiadores se refieren a esta transformación de la depresión a la libertad como su “despertar evangélico” o su “experiencia en la torre”.²⁰ Ahora, la frase “justicia de Dios” le traía a la mente una imagen placentera en lugar de odiosa.

Casi puede sentirse la paz de Dios en el corazón de Lutero cuando escribe sobre su revelación, diciendo:

Si tenemos una verdadera fe en que Cristo es su Salvador, entonces, inmediatamente, tenemos un Dios de gracia, porque la fe nos hace entrar y abre el corazón y la voluntad de Dios, para que podamos ver pura gracia y amor abundante. Esto es contemplar a Dios en fe para que podamos ver su corazón de padre, de amigo, en el cual no hay ira ni falta de gracia. Quien ve a Dios airado no lo ve correctamente, sino solo ve una cortina, como si una nube oscura se hubiera interpuesto delante de su rostro.²¹

La nueva revelación de Lutero resolvió todas las preocupaciones sobre los demonios que le habían inculcado desde la niñez. Todas sus batallas se detuvieron en la cruz. En la cruz él veía la misericordia de Dios. Y en la cruz veía la victoria de Cristo sobre Satanás y sus demonios.

Un himno que escribió habla de sus convicciones:²²

Así habló el Hijo: “Aférrate a mí,
a partir de ahora, con eso bastará.
Por ti yo di mi vida,
por ti yo la entregué.

Pues tuyo soy, mío eres tú;
y donde nuestras vidas se entrelazan,
el viejo enemigo no las conmoverá”.

Lutero clava su revelación sobre la puerta de la iglesia

Cuando Lutero comenzó a ver la revelación y la verdad de la redención de Dios, inmediatamente descubrió el error de la Iglesia Católica. Abrumado por la hipocresía, intentó llevar luz a la Iglesia, se comprometió a hablar abiertamente y a sacar a las personas del camino que seguían.

Ya he comparado las indulgencias con un comprobante de compra o un recibo por una venta. Tener una indulgencia era tener un documento escrito que demostraba poseer cierto grado de perdón, según lo que se había hecho para obtenerlo. Pero, históricamente, era necesario hacer cierta tarea para conseguir una indulgencia. Sin embargo, en tiempos de necesidad, como cuando se requería reunir dinero para las Cruzadas, las indulgencias se vendían sin requisitos adicionales, como el de visitar Roma. Finalmente el Papa León X llevaría este abuso a un nuevo nivel, cuando trataba de completar la catedral más imponente de todos los tiempos, la Basílica de San Pedro. León se regodeaba ante la idea de que se le acreditara el hecho de haberla terminado.

Los gastos de la construcción eran enormes, y sin duda iban a causar la deuda más grande que hubiera contraído el Vaticano hasta entonces. Para ayudar en el pago de esas nuevas cuentas, el Papa otorgó al arzobispo de Brandenburgo el derecho de vender indulgencias.



Tetzel vende indulgencias.

Para acelerar el proceso y asegurar ventas óptimas, el arzobispo contrató un sacerdote experto en la venta de indulgencias, llamado Juan Tetzel. Este entraba en su cabalgadura, con gran pompa, hasta el límite de la ciudad, se reunía allí con las autoridades y luego todos se dirigían hacia la plaza de la ciudad; atraían así una multitud a su paso. En ese lugar plantaba una gran cruz con las armas papales y comenzaba a predicar que, con un pago, las personas podían liberar a un pariente del purgatorio. Tetzel no dudaba en manipular a la gente:

“Dios y san Pedro os llaman. Considerad la salvación de vuestras almas y las de vuestros seres queridos que han muerto. ¿Estáis preocupados por si lograréis entrar al cielo, considerando las tentaciones, y todo lo demás? Considerad vuestra confesión y contribución aquí como una remisión total. Escuchad a vuestros parientes: ‘Tened misericordia de nosotros, tened misericordia de nosotros... Nosotros os dimos a luz, os alimentamos, os criamos, os dejamos las fortunas que hoy son vuestras, y sois tan crueles y duros que no estáis dispuestos a liberarnos’”.²³

Por toda Alemania se repetía el sonsonete de Tetzel: “Apenas la moneda en el cofre entra, el alma del purgatorio sale”. Tantas eran las monedas que entraban en el cofre, que debían acuñar nuevas monedas en el acto.²⁴

Cuando Lutero se enteró de esto, se preocupó extremadamente. La falsedad de las indulgencias le molestaba. Aún no había llegado a suficiente verdad como para descartar por completo la venta de indulgencias, pero no estaba de acuerdo con esa clase de abuso.

Así que, fiel a la orden de San Agustín y a sus creencias y convicciones originales, Lutero tenía grabado en el corazón que el fundamento de cualquier penitencia, indulgencia o confesión, debía ser la contrición. La persona debía arrepentirse sinceramente por lo que había hecho. Con la nueva bula papal que permitía a Tetzel vender indulgencias sin penitencia, la gente saltaba un componente muy importante del proceso de reconciliación: el arrepentimiento.

A partir de este estado mental, provocado por la manipulación de Tetzel y el abuso de poder del Papa, Lutero comenzó a trabajar en una lista de



Lutero clava sus Noventa y Cinco Tesis en la puerta de la iglesia de Wittenberg.
Art Resource.

preocupaciones, preguntas y cuestionamientos sobre el uso de las indulgencias. Al terminarlas, eran noventa y cinco. Ni siquiera estaba seguro de que algunos de sus comentarios fueran bíblicamente exactos, pero los clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg.

Este acto, en sí mismo, no tenía nada de extraordinario. Era lo que cualquiera haría si deseaba reunir a un grupo de personas para una discusión, para un debate. Lutero no tenía problema con no estar del todo seguro de algunas tesis, ya que su motivación para publicarlas era, precisamente, debatirlas. Sabía que todas quedarían resueltas en una mesa redonda.

Mientras esperaba una respuesta Lutero continuó con sus tareas, sin saber que lo que había clavado sin mayores pretensiones en la puerta de la iglesia pasaría a la historia como el asunto más importante y la mayor confrontación que el mundo cristiano había conocido desde el tiempo de Jesús y sus apóstoles.

¿Cuál era la controversia?

Los puntos más destacados de las tesis de Lutero eran:

1. Su objeción a que el dinero de las indulgencias fuera a pagar los gastos de la construcción de la Basílica de San Pedro
2. Su negación del poder del Papa sobre el purgatorio.
3. Su consideración del bienestar del pecador.

Lutero se oponía a la idea de que el Papa pudiera reducir las penas del purgatorio. También cuestionaba si los santos tenían un tesoro de méritos. Sin duda, solo Jesús lo tenía. Y lo que Jesús tenía, lo daba gratuitamente, sin utilizar las llaves del Papa para atar y desatar. Lutero se quejaba por la venta de indulgencias. Creía que remplazaban al verdadero arrepentimiento y los actos de caridad hechos con corazón sincero. Además, sentía que la venta de indulgencias les daba a las personas una falsa sensación de seguridad y las llevaba a la complacencia.

Lutero ahondó más en los fundamentos de la iglesia cuando cuestionó la existencia del purgatorio. ¿Qué, si el purgatorio era solo la mera miseria del planeta Tierra? Escribió:

Las indulgencias son especialmente perniciosas, dado que inducen a la complacencia y, por tanto, ponen en peligro la salvación. Las personas que creen que las cartas de indulgencias les aseguran la salvación, están condenadas. Dios trabaja por oposición, por lo que un hombre se siente perdido en

el mismo momento en que es salvo. Cuando Dios se dispone a justificar a un hombre, lo condena. A quien quiere dar vida, debe matar primero. El favor de Dios tanto se comunica en forma de ira, que parece más lejano cuanto más cercano. El hombre debe primero clamar que no hay salud en él. Ese es el dolor del purgatorio. No sé dónde está ubicado, pero sé que puede experimentarse en esta vida. Conozco un hombre que ha atravesado tales dolores que si hubieran durado una décima de una hora, habría sido consumido como ceniza. En esta turbación comienza la salvación. Cuando un hombre cree estar totalmente perdido [...] aun cuando sea absuelto un millón de veces por el Papa, y quien lo tenga puede no desear ser liberado del purgatorio, ya que la contrición busca un castigo. Los cristianos deberían ser alentados a cargar la cruz. Quien es bautizado en Cristo debe ser como una oveja para el matadero. Los méritos de Cristo son vastamente más ²⁵ potentes cuando traen cruces que cuando traen remisiones.

Mientras Lutero continuaba con sus estudios, sin que él lo supiera, las noventa y cinco tesis que había clavado en la puerta habían sido traducidas del latín al alemán, y circulaban entre la gente común, además de las autoridades de la iglesia. Comenzaban a hacer una obra en el ámbito espiritual. Al mismo tiempo que enfurecían a los líderes de la Iglesia, abrían los ojos a la gente. Esta era la mayor amenaza para el enemigo, que gobernaba al pueblo por medio de la ignorancia de este.

Lutero estaba en su estudio, sin saber que, más allá de su puerta, se preparaba una tormenta. En realidad, se preparaba desde hacía cientos de años. Había comenzado con John Wycliffe y sus traducciones de la Biblia para el hombre común. Continuó con John Hus, que comenzó a abrir la puerta para que entrara la luz en las tinieblas de la Edad Media con algunas de las mismas revelaciones que produciría Lutero. Ambos murieron sin ver el fruto de su labor, pero Lutero sí llegaría a verlo. Más que eso: haría entrar al mundo entero en ella. La leyenda dice que Hus, mientras ardía en la hoguera por lo que la Iglesia llamaba herejía, profetizó la llegada de Lutero. Se dice que convocó a los líderes de la iglesia, desde las llamas, y les dijo que dentro de cien años llegaría un hombre a quien ellos no podrían matar.

No llamó a Lutero por su nombre, pero él era del único al que podría haberse referido. Lutero entró en escena casi cien años después de la

muerte de Hus y, aunque intentó de todas formas acabar con su vida, el enemigo nunca logró matarlo.

Algunos historiadores gustan de discutir si Lutero clavó las tesis en la puerta de la iglesia o simplemente distribuyó copias de ellas. Dicen que, si las copias fueron distribuidas, el comienzo de la Reforma no fue tan fuerte.²⁶ Ese argumento es ridículo y pierde de vista lo que contenían las tesis. Un intento de disminuir el impacto que tuvieron las Noventa y Cinco Tesis, ya sea que las haya clavado a la puerta de la iglesia o distribuido en mano, revela ignorancia. Obviamente, la obra que hizo Lutero hace quinientos años ha influido sobre todos nosotros. Sea cual fuere la forma exacta en que haya hecho conocer su declaración, el impacto de la Reforma continúa intacto.

Sí, Lutero clavó lo que creía y lo que le preocupaba sobre la puerta de la iglesia, invitó a quien estuviera interesado a tomar parte de la discusión. También envió copias a quienes no las habían leído en la puerta de la iglesia. Quisiera enfatizar que el hecho de enviar estas tesis por correo fue otra firme declaración de la verdad. De hecho, el arzobispo que ayudó a León X a instigar la venta de indulgencias por ganancia, fue una de las personas que recibió una copia. ¡No hay nada de debilidad en esto!

Las Noventa y Cinco Tesis de Lutero se esparcieron por toda Alemania en cuestión de semanas, lo cual, en sí, ya es notable. Casi todos los que las leyeron elogiaron la osadía de Lutero, quien se sintió algo inquieto por ello. Pero la gente estaba tan feliz de recibir el primer rayo de luz, que se puso en marcha un importante movimiento. Roma se alarmó y se abrió una causa para investigar con mayor profundidad a Lutero.

La causa pasaría los siguientes cuatro años en el limbo, tiempo suficiente para que Lutero convirtiera las preguntas que tenía en su corazón, en una revelación confirmada en su espíritu. Ahora no necesitaba una discusión. Como diría luego en el juicio por sus tesis, “mi conciencia está cautiva de la Palabra de Dios”.²⁷

Como ya he señalado, dejar a Lutero a solas con la Biblia fue el mayor error que pudo haber cometido la Iglesia Católica. Lutero cobraba cada vez más fuerza, y cada vez cuestionaba más de aquellas cosas que la iglesia papal practicaba comúnmente.

No pasó mucho tiempo antes que Lutero declarara que la Biblia era la única autoridad final, no el Papa, dado que el Papa y los concilios podían equivocarse. Lutero negó el poder del Papa sobre el purgatorio... y finalmente desechó por completo la idea del purgatorio.

Lutero fue amenazado con la excomunión, pero eso no lo detuvo. Finalmente, seguro en la Biblia y en su propia relación personal con Dios,

sabía que, aunque se rompiera su comunión con la Iglesia, nada podría separarlo del amor de Dios. Ni siquiera la idea de ser ejecutado lo asustaba. Estaba dispuesto a morir por lo que creía. Por consiguiente, declaró osadamente que no debía obedecerse a los obispos que excomulgaban a los parroquianos por motivos relacionados con el dinero.²⁸ Lutero comenzaba a darse cuenta de que el vino nuevo que había dentro de él no podía ser colocado en odres viejos. Sus días como católico romano estaban contados.

La Biblia era la autoridad final, no el Papa. Amenazado con la excomunión, Lutero sabía que nada podía separarlo del amor de Dios.

Camino a la excomunión

Inicialmente Lutero no quería dejar la iglesia; solo quería corregir errores. Su intención de hacerlo le provocó múltiples ataques de los líderes eclesiásticos. La excomunión estaba reservada a los herejes, y Lutero aún no era considerado un hereje porque no había atacado ninguna orden del Papa. Una orden del Papa, o bula, era un documento del Papa a la Iglesia, en la que definía una posición sobre un tema dado. El Papa no había dictado ninguna instrucción ni opinión escrita sobre las indulgencias, por lo cual, en realidad, Lutero no había hecho nada malo en cuestionar su venta.

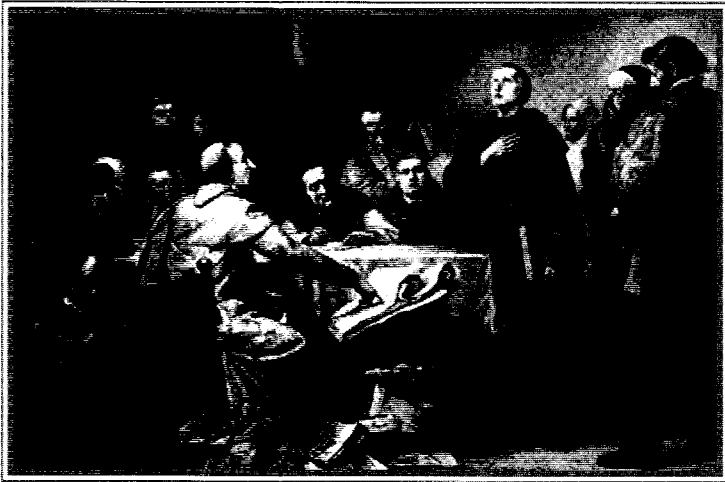
Dado que Lutero no podía ser excomulgado, en 1517, el Papa le tendió una trampa. Atrajo a Lutero a Augsburgo en el otoño de ese año, para un debate. Este foro de discusión era lo que Lutero siempre había querido, así que fue. Pensó que este debate sería el primer paso hacia la meta de librar a la Iglesia del error. Pero lo que vivió allí fue su primer choque con los líderes religiosos de su época. El primer ataque del enemigo le llegó a Lutero a través del cardenal Cayetano.

Lutero se inclinó ante el cardenal y luego se postró ante él. El cardenal le ordenó que se pusiera de pie. Lutero se puso de rodillas, y el cardenal, nuevamente, le ordenó que se levantara. Con una sola palabra de boca del cardenal, Lutero supo cuál era el plan. "Retractaos", ordenó Cayetano. Era obvio que no habría discusión. El cardenal lo explicó. Lutero debía arrepentirse, retractarse, prometer no enseñar sus noventa y cinco tesis y abstenerse de toda actividad que turbara la paz de la Iglesia.

Lutero había agitado a tal punto las aguas del cristianismo, que hasta el Papa se refería a él como un jabalí que había invadido la viña del Señor. El cardenal Cayetano recibió instrucciones de no permitir ningún debate en

la reunión de Augsburgo. Los planes de la Iglesia para esta reunión eran que Lutero se retractara o fuera llevado a Roma prisionero. Lutero no pudo iniciar la discusión. Pero logró decir lo impensable: es la fe la que justifica, no el sacramento. Cayetano no estaba a la altura de Lutero, y lo sabía. Sin base bíblica sobre la cual trabajar, Cayetano expuso su inseguridad exclamando: “De esto debéis retractaros hoy, lo deseáis o no. ¡De lo contrario, y por este solo pasaje, condenaré toda otra palabra que digáis!”²⁹

Lutero declaró osadamente que no lo haría, señaló que un hombre común armado con las Escrituras tenía más autoridad que el Papa y todos sus concilios. Cayetano respondió que el Papa tenía más autoridad que las mismísimas Escrituras.



Lutero ante el obispo Cayetano. North Wind Picture Archives.

Luego Lutero fue acusado de presunción, ya que pensaba que podía interpretar la Biblia, algo que solo el Papa podía hacer. En este punto Lutero cuestionaba el fundamento mismo de la autoridad del Papa. Lutero les preguntó por qué la iglesia creía que el Papa era el sucesor de Pedro y, además, por qué la iglesia pensaba que el fundamento del catolicismo era Pedro, dado que Pablo había dicho: “*Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo*” (1 Corintios 3:11). La discusión terminó con Cayetano ordenando a Lutero que abandonara el edificio.

Lutero dejó el tribunal y escribió a un amigo diciendo: “El cardenal será buen tomista, pero no piensa claramente como cristiano, por lo que es tan apto para tratar este tema como un asno para tocar el arpa”.³⁰

El insulto corrió de boca en boca y pronto hubo carteles por toda la comunidad que mostraban tocando el arpa a un asno, ¡con la cabeza, no de Cayetano, sino del mismísimo Papa!

Irritado por no haber logrado ventaja sobre Lutero, Cayetano apeló a Staupitz, padre espiritual y mentor de Lutero. Le pidió que ayudara a razonar a Lutero, para que finalmente se retractara. Pero ni siquiera Staupitz llegaba a la altura del entendimiento que Lutero tenía de la Biblia, y se negó. Staupitz sabía que el camino que le restaba a Lutero estaría lleno de dificultades y decisiones que lo separarían de sus compromisos en la orden de San Agustín. Previendo esto, liberó a Lutero de sus votos como agustino. Lutero, más tarde, diría que esta fue una de sus tres excomuniones.

Lutero esperó en Augsburgo ser convocado a la corte nuevamente para una discusión, pero nada sucedió. Al darse cuenta de que permanecer allí lo hacía vulnerable, huyó por la noche a caballo, vestido solo con sus pantalones y unas medias. \

Una vez de regreso en Wittenberg, estaría a salvo, ya que contaba con el favor del pueblo allí. Por cada persona de ese territorio que favorecía al Papa, había tres que favorecían a Lutero.³¹ Otra ventaja era que el elector de ese territorio, Federico, amaba a Lutero y trabajó para ponerlo a salvo. Federico le había conseguido un salvoconducto que le permitió escapar de Augsburgo y llegar a su ciudad sin problemas.

Federico estaba en una posición algo incómoda. Después del incidente de Augsburgo, el Papa le pidió que apresara a Lutero y lo llevara a Roma, o que lo expulsara de su territorio. Luego de la expulsión, si Federico permanecía fiel a Lutero, podía ser acusado de ayudar a un hereje. Aunque Federico restó algo de importancia a su relación con Lutero ante los enviados del Papa, no cumplió con la orden de apresarlo y enviarlo a Roma, sino apeló a las autoridades seculares y solicitó que el caso de Lutero pasara a una audiencia secular de jueces recusables en Alemania. Federico le recordó a Cayetano que Lutero jamás había sido acusado formalmente de herejía, y que no había motivos para que se lo aprehendiera.

Un decreto del anticristo

Con tales nuevas de Federico, Cayetano puso manos a la obra. Él y otros oponentes de Lutero comenzaron a trabajar en una bula que definiría la posición oficial del Papa sobre las indulgencias. Una vez que la orden fuera firmada por el Papa, Lutero estaría un paso más cerca de ser acusado de herejía, porque sus tesis cuestionaban la validez de las indulgencias. La bula era, básicamente, una acusación formal contra las Noventa y Cinco Tesis de Lutero.

La bula papal fue llamada oficialmente *Exsurge Domine*. Lutero la recibió en octubre de 1520 y la llamó “la execrable bula del anticristo”.³² Debido a esta bula, los libros de Lutero eran quemados en Roma, Colonia y otras ciudades. Le dieron sesenta días para retractarse.

Lutero condenó a quienes emitieron la bula diciendo:

A vos, León X, y vosotros, cardenales, y todos los demás de cierta importancia en la curia: os desafío, y lo digo en vuestros rostros, que si esta bula verdaderamente ha sido lanzada con vuestro nombre y vuestro conocimiento, os advierto que, en virtud del poder que yo, como todos los cristianos, hemos recibido por el bautismo, que os arrepintáis y abandonéis tales blasfemias satánicas, y que lo hagáis pronto. A menos que lo hagáis, sabed que yo, con todos los que adoramos a Cristo, consideramos que el trono de Roma está ocupado por Satanás y es el trono del anticristo, y que no obedeceré ni permaneceré unido a él, jefe y mortal enemigo de Cristo. Si persistís en vuestra furia, os entrego a Satanás, junto con esta bula y vuestros decretos, para la destrucción de vuestra carne, a fin de que vuestro espíritu sea salvado con nosotros en el Día del Señor. En el nombre de Aquel a quien perseguís, Jesucristo, nuestro Señor.³³

Lutero se aseguró de que la comunidad de Wittenberg supiera que las acusaciones no lo habían afectado. A pesar de enfrentar las críticas y el desprecio religioso, se sentía lleno de una osadía que le permitía decir:

Sea conocido por todos que nadie me hace servicio por despreciar esa escandalosa, herética, mentirosa bula, ni nadie puede despreciarme al estimarla. Por gracia de Dios, soy libre, y esta cosa no me consolará ni me atemorizará. Sé bien dónde están fundados mi consuelo y mi valor, y quién me libra de hombres tanto como de demonios. Haré lo que creo que es correcto. Cada uno deberá comparecer y responder por sí al morir y en el Último Día; entonces, quizá, mi fiel advertencia será recordada.³⁴

Santa fogata

Los sesenta días pasaron y Lutero no se retractó. Por el contrario, quemó la bula, junto con todo el derecho canónico, que era la ley que

gobernaba a toda la Iglesia desde el principio de la historia de la Iglesia Católica Romana. Algunos historiadores dicen que esta fogata, más que cualquiera de las Noventa y Cinco Tesis, fue la que inició la Reforma.³⁵

La quema estaba programada para la mañana del 10 de diciembre. Lutero hasta publicó una invitación que decía: “Todos los adherentes a la verdad del Evangelio, haceos presentes a las nueve en punto en la Capilla de la Santa Cruz, fuera de los muros, donde los impiadosos libros de la ley papal y teología escolástica serán quemados a la antigua usanza apostólica”.³⁶

Llegó gente de toda la universidad, profesores y estudiantes. Primero, fueron arrojados a las llamas los volúmenes del derecho canónico. No era un asunto de menor importancia, ya que el derecho canónico era para el mundo occidental lo que el Talmud es para el judaísmo o el Corán para el Islam. Era el libro de la ley del cristianismo latino, investido de autoridad religiosa. Según la creencia de la época, el derecho canónico era lo mismo que los mandamientos de Dios.³⁷

Después que se consumió el derecho canónico, Lutero se acercó a las llamas y arrojó la bula con estas palabras: “¡Por haber hecho caer la verdad de Dios, quiera hoy el Señor hacerte caer en este fuego!”³⁸ Y comentó luego: “Ya que ellos han quemado mis libros, yo quemo los suyos”.³⁹ Con esto, regresó a la ciudad con los demás profesores. Pero los estudiantes, llenos de vida y energizados por los sucesos de esa noche, se quedaron. Aunque en ese momento les faltaba la revelación que les permitiera comprender lo que realmente había sucedido allí, Lutero los llevaría a una osada definición de lo que significaba esta ceremonia, que solo había durado diez minutos, y de la posición que deberían asumir ahora que conocían la verdad.

Fuerza espiritual

Los estudiantes, jóvenes e inocentes, podrían haber sido como cualquier otro grupo de estudiantes universitarios entusiasmados por una nueva protesta, con estandartes y proclamas.

Aunque la atmósfera estaba llena de energía desenfrenada y, en tal ambiente, las personas pueden llegar a entregarse a la rebelión, la quema de estos documentos no fue un acto de rebelión; fue un acto de revolución. Lutero había mirado a los ojos al espíritu de religión y se había negado a retroceder o sentirse atemorizado. Esa es la fuerza espiritual de un reformador. Es la fuerza de alguien que conoce su lugar en Cristo, que sabe lo que la Palabra dice sobre la Verdad, y que traza la línea para separar la verdad del engaño. Esa clase de fuerza debe retornar a la Iglesia.



Lutero quema la bula papal y todo el derecho canónico.

Esta clase de fuerza no es solo un regalo de Dios. Debe desarrollarse y ejercitarse de la misma manera que debe desarrollarse y ejercitar la fe. ¿Cómo se desarrolla esta fuerza espiritual? Devorando la Palabra. Y no me refiero solamente a unos pocos pasajes favoritos. Debemos devorar tanto los pasajes que prometen bendiciones como los que prometen castigos... ¡y afirmarnos sobre ellos! Una vez que conocemos la Palabra, debemos despejar nuestra mente de toda idea contraria a las Escrituras.

Cuando un pensamiento adverso le venga a la mente, no le preste atención, no lo acepte y no lo tome livianamente. Grite: “¡No! ¡Eso no es verdad según Dios!” Transforme su pensamiento con la Palabra y el plan de Dios. Ore en lenguas fuertes y desarrolle su hombre interior espiritual.

Lutero se decidió. Sabía lo que la Palabra decía, y luchó por esa verdad. Esta fuerza espiritual proviene de un verdadero conocimiento de la Biblia.

Al hacerlo, poco a poco usted hará crecer la fuerza espiritual en su interior. Es como el ejercicio físico. El ejercicio físico impide que los músculos se aflojen y ayuda a proteger al cuerpo de las enfermedades. Lo mismo sucede en el ámbito espiritual. El ejercicio espiritual mantiene fortalecido al

hombre interior; mantiene el equipamiento espiritual en funcionamiento, nos permite discernir entre lo verdadero y lo falso. Los cristianos suelen ser débiles y quebradizos porque han descuidado el desarrollo de su fuerza espiritual. Las iglesias son débiles porque los líderes son débiles. Se dejan llevar por todo viento de doctrina, buscan algo nuevo porque no se han preocupado por desarrollar la verdadera fuerza espiritual interior que los sostiene, los llena y los impulsa hacia adelante.

Si usted hace de ejercitar su fuerza interior un estilo de vida, llegará un día en que podrá permanecer firme, sin vacilar ni retroceder ante las persecuciones, los desastres, las calamidades, los engaños y cualquier espíritu engañador o hipócrita. Permanecerá firme, como permaneció Lutero. Los principios para desarrollar la fuerza espiritual funcionan para todos los que los aplican, y *“Dios no hace acepción de personas”* (Hechos 10:34).

Infierno o martirio

Al día siguiente, frente a su clase de aproximadamente cuatrocientos alumnos, Lutero explicó lo sucedido el día anterior. Los estudiantes se agolparon para escuchar lo que el reformador quería decir. La diversión y las bromas de la noche anterior se acallaron ante esta solemne disertación.

Lutero explicó a los estudiantes que tenían que elegir entre el infierno o el martirio. Les advirtió que corrían peligro de ir al infierno si no tomaban la decisión, en lo más profundo de su corazón, de llegar hasta el fin con la lucha contra “el anticristianismo de la iglesia papal”.⁴⁰ Con este comentario señaló que tal lucha contra la Iglesia podía llevar al martirio.

La idea del martirio seguramente conmocionó a algunos estudiantes, pero no asustaba a Lutero. Ahora él sabía para qué estaba en esta Tierra. No tenía alternativa. Debía romper con el catolicismo romano y continuar la lucha eterna contra el anticristo. Lo motivaba su deber para con Dios, un llamado divino a producir una reforma. La pura motivación de su corazón era librar a la mayor cantidad posible de personas del engaño de la Iglesia Católica.

Con resonante solemnidad, Lutero dijo a los estudiantes:

La Iglesia necesita una reforma. Sin embargo, esta reforma no es asunto del Papa solamente, o de los cardenales; [...]. Es, en cambio, asunto de todo el mundo cristiano o, mejor dicho, de Dios. Cuándo llegará, solo Él lo sabe. Mientras tanto, nuestra tarea es exponer las condiciones notablemente malignas [...].

No deseo combatir por el Evangelio con fuerza y matanza. El

mundo es vencido por la Palabra; la iglesia ha sido preservada hasta ahora, y será reformada también, por la Palabra. [...]. No es nuestra obra la que se desarrolla ahora en el mundo, porque el hombre por sí solo no podría siquiera comenzar a hacerlo. Es otro quien hace girar la rueda, uno a quien los papistas no ven; por lo tanto, nos culpan a nosotros.⁴¹

Al hablar del “otro que hace girar la rueda”, Lutero se refería a Dios. Y, aunque la culpa había recaído en Lutero, él estaba dispuesto a comenzar la Reforma para Dios.

Escritos de la liberación

Por temible y solemne que hubiera sido el acto de quemar la bula, para Lutero significó entrar en una libertad que nunca antes había conocido. Tiempo después diría que “estaba más complacido por esta obra que por cualquier otra obra de mi vida”.⁴²

Esta libertad lo lanzó a un año de gran productividad.

Lutero maduraba, su popularidad crecía y cada vez se afirmaba más en su doctrina. Más que nunca, se dedicó a sus deberes pastorales, predicando, enseñando, escribiendo obras que comenzaron a definir el estado de la Iglesia y de la humanidad.

Escribió toda una serie de pequeños libritos devocionales, otra sobre las siete peticiones del Padrenuestro y varios sermones sobre la preparación para la muerte, el arrepentimiento, el bautismo y la Cena del Señor. También produjo estudios sobre el Libro de los Salmos y un comentario sobre Gálatas.⁴³

Le resultaba fácil escribir. “Tengo mano rápida y memoria veloz. Cuando escribo, es algo que fluye; no tengo que presionar y esforzarme”. Lo que lo inspiraba especialmente para escribir era tener un oponente. Lutero solía decir que su escritura fluía mejor cuando “en mi sangre bulle una buena, fuerte ira”.⁴⁴

Muchos de los escritos producidos a lo largo de la historia de la iglesia fueron realizados en respuesta a errores o críticas directas. Aun los escritos de Pablo en la Biblia son, en su mayor parte, cartas a una determinada iglesia en la que el apóstol trata un problema. Lo mismo sucedía con Lutero. Sus escritos trataban errores o respondían a desafíos directos de algún oponente, principalmente la autoridad papal. De un lado y otro se producían réplicas mordaces. Estos escritos eran publicados y distribuidos por todo el país.

Quisiera comentar más en detalle la disposición que iba creciendo en Lutero en este tiempo. Estaba cada vez más osado, más duro, más fuerte, más seguro y firme. Después de haber comenzado en el monasterio tímido y vencido, ahora atacaba fortalezas con una energía que le daba la verdad. Lo que lo transformaba de esta manera era la revelación cada vez mayor de la verdad. Al progresar en el descubrimiento de la verdad, comenzó a provocar a quien tenía en cautividad al pueblo: la Iglesia.

Lutero buscaba la Palabra de Dios por sobre todo. Y cuanto más lo hacía, más veía las cosas en blanco y negro. Con celestial indignación desgarró el espíritu religioso que había cautivado a toda Europa.

Junto con sus predicaciones y sus disertaciones, Lutero atacaba a los demonios religiosos con sus escritos. Alentado por sus oponentes, desafiaba doctrinas básicas que habían quedado establecidas desde hacía siglos.

Un mensaje para la nobleza alemana

Cuatro mil ejemplares de la obra de Lutero *A la nobleza alemana acerca del mejoramiento del estado cristiano*, se vendieron en dieciocho días



Lutero predica.
Roger Viollet /Getty Images.

después de su aparición, y se realizaron varias reimpressiones más. Casi toda la clase alta de Alemania lo leyó. Lutero declaraba allí que:

1. Cualquiera que haya sido bautizado es un sacerdote delante de Dios.

2. No hay plan espiritual especial que implique una preferencia de una persona sobre otra.

3. No hay mediador humano, es decir, sacerdote, en la relación de una persona con Dios.

4. Cada cristiano, todo cristiano, puede proclamar la Palabra de Dios.⁴⁵

Los líderes trataron de impedir que este

documento se propagara. Uno de ellos señaló que algo que, en un principio, le había resultado ofensivo, comenzó a resultarle cierto a medida que meditaba en ello. Finalmente él también se convenció de la verdad y escribió a Roma: “Lo que está escrito aquí no es totalmente falso, ni es innecesario que salga a la luz. Si nadie se atreve a hablar de los males de la iglesia, y si todos debemos guardar silencio, finalmente, clamarán las piedras”⁴⁶ (ver Lucas 19:40).

Lutero escribió:

El Papa u obispo unge, afeita cabezas, ordena, consagra y prescribe vestiduras diferentes de las de los laicos, pero no puede convertir a un hombre en cristiano ni en hombre espiritual al hacerlo. Podría convertir a un hombre en un hipócrita, farsante o mentecato, pero nunca en cristiano u hombre espiritual. En lo que a esto concierne, todos somos sacerdotes consagrados por medio del bautismo, como dice san Pedro en 1 Pedro 2:9.⁴⁷

Lutero atacó la regla de la Iglesia Católica que solo permitía al Papa interpretar las Escrituras. No hallaba pruebas bíblicas para sostenerlo ni apoyo para la idea de que Jesús hubiera entregado solo a Pedro las llaves del reino.⁴⁸

En su segunda obra, titulada *La cautividad babilónica de la Iglesia*, Lutero atacaba la idolatría católica de los sacramentos. “La fe en el sacramento es lo que lo hace efectivo” —escribió— y agregó que no había poder en el sacramento en sí; solo la fe le daba poder. Lutero declaró osadamente que nadie podía ser salvo sin fe, pero que era posible ser salvo sin el sacramento.

Esta fue una afirmación extremadamente ofensiva para Roma. Los sacramentos y el deber sacerdotal de convertir a la comunión en el verdadero cuerpo de Jesús era un dogma fundamental de la fe. Y Lutero lo había derribado al decirle a la gente que los sacramentos pertenecían a todos los hombres, no solo a los sacerdotes.

Atacó también la misa, en general, y los motivos de las personas para asistir a ella. En el espíritu de las indulgencias y de acumular buenas obras, la gente había reducido lo que debía ser una experiencia de adoración, a un sacrificio que agregaba méritos a sus vidas.

En el tercer libro, *La libertad cristiana*, discutía lo que parecería una paradoja al mundo católico. Las personas estaban tan acostumbradas a realizar buenas obras con fines ulteriores, que poco se hacía de corazón.

Lutero acometió contra esto: declaró que, a menos que las buenas obras provinieran de una disposición basada en la fe, esas aparentes buenas obras eran malas a los ojos de Dios.⁴⁹

Las obras que parecen maravillosas externamente pueden ser el mayor pecado a los ojos de Dios. Dios no juzga el acto, sino el corazón de la persona.

Lutero escribió:

La fe no es obra del hombre. Es una disposición producida por Dios o, más correctamente, la conciencia de la nueva vida que echa raíces en el alma cuando ha logrado la seguridad del favor de Dios por medio de la buena noticia del amor de Dios en Cristo. Lo que el hombre hace en respuesta a esta disposición o conciencia es bueno, aunque parezca exteriormente insignificante; aun caminar, estar de pie, comer, beber, dormir y levantar una pajilla. Por otra parte, lo que no hace, o no puede hacer en respuesta a esta disposición, no es bueno, sin importar cuán magnífico y santo pueda parecer exteriormente.⁵⁰

Lutero utilizó este escrito para atacar la idea de las obras. Las obras que parecen maravillosas externamente pueden, por sí mismas, debido a la condición del corazón de la persona, ser el mayor pecado delante de Dios.

Y escribió: "Cualquier persona que no esté en unidad con Dios comienza a buscar y preocuparse por cómo arreglarlo y conmovier a Dios con muchas obras". Pero quien está establecido en la fe, agregó: "sirve a Dios sin buscar recompensa, satisfecho con solo complacerlo".⁵¹

Enfrentamiento con el enemigo en Worms

Estos escritos eran como toques de trompeta en los oídos de Roma y, con esta clase de estruendosas declaraciones, Lutero había comenzado a arrancar siglos de fortalezas demoníacas, costumbres y mentalidades.

Mientras el libro escrito para los nobles alemanes permaneció dentro de la nación, la obra sobre la cautividad babilónica llegó a toda Europa. Con ella se atrajo la hostilidad del rey Enrique VIII de Inglaterra, quien

escribió una mordaz réplica y se convirtió en un oponente de Lutero por el resto de su vida.⁵²

Mientras los líderes de las naciones tenían que decidir qué hacer con la influencia de Lutero, sus amigos personales también eligieron de qué lado estar en la guerra que comenzaba. Algunos permanecieron leales, mientras que otros se apartaron. Otros fluctuaban en la indecisión mientras trataban de definir sus propias creencias. Un devoto seguidor de Lutero se enfureció al leer los escritos y arrojó uno de ellos al suelo, airado; pero luego lo tomó nuevamente y continuó con la lectura. Finalmente se convenció y permaneció leal a Lutero, como tantos otros. Se dice que este hombre afirmó: "El mundo ha estado ciego hasta ahora".⁵³

En respuesta a estos escritos se hizo un segundo intento por silenciar a Lutero en la reunión anual de una corte secular de jueces, llamada "dieta", en la ciudad de Worms. Era el año 1521, y Lutero fue convocado para responder por sus escritos. El emperador presidía la reunión. Federico esperaba que este tribunal le otorgara su favor a Lutero, ya que era este emperador el que consideraba ilegal acusar a un hombre de hereje sin escucharlo primero. Lutero estaba feliz por la oportunidad de explicar su posición, pero pronto descubrió que sucedía lo mismo que con Cayetano.

El emperador, Carlos V de España, no estaba, realmente, interesado en gastar energía en Lutero, así que la reunión fue breve y precisa. Señalando una pila de libros que había sobre una mesa, le preguntaron a Lutero



Martín Lutero frente al Emperador Carlos V en la Dieta de Worms, 1521. Hulton Archive.

si era autor de esos libros y si deseaba retractarse de algo de lo contenido en ellos.⁵⁴

El tribunal esperó la respuesta de Lutero como si este debiera responder rápidamente para poder pasar a otro tema. Lutero, intentando que no terminara todo allí, rogó más tiempo: “Esto se trata de Dios y su Palabra. Esto afecta la salvación de las almas. [...]. Os ruego, dadme más tiempo”.⁵⁵

Se le dio un día más. Pasó toda la noche meditando sobre la pregunta, pero en realidad se decidió mucho tiempo antes. Al día siguiente compareció ante el tribunal. Un miembro de este le preguntó: “Debéis dar una respuesta simple, clara y apropiada. [...]. ¿Os retractáis, o no?”.⁵⁶

A esto, Lutero respondió:

Si no se me convence mediante el testimonio de la Sagrada Escritura o de la razón evidente [...]. No puedo ni quiero retractarme de nada, pues obrar contra mi conciencia no es justo ni seguro. Dios me ampare. Amén.⁵⁷



Lutero ante el Concilio.

El edicto de Worms

Lutero fue condenado, pero le otorgaron veintiún días de salvoconducto para que regresara a Wittenberg. Al terminar la Dieta de Worms, se emitió el “Edicto de Worms”, en mayo de 1521. Era la decisión que el Papa y todos sus colaboradores esperaban. Finalmente Lutero había sido condenado oficialmente como hereje, lo cual lo convertía en presa para cualquiera pudiera asesinarlo sin consecuencias. Si Roma hubiera podido encontrar la manera de hacerlo, lo hubiera quemado en la hoguera como a John Hus.

Con el edicto se le informó a Lutero que su doctrina era una sentina de herejías viejas y nuevas, y se lo expulsó del imperio. El edicto prohibía a cualquier persona imprimir, vender o leer sus libros. También hacía ilegal que alguien ayudara a Lutero de cualquier manera. Pero, a pesar del edicto, Federico el Sabio, elector y amigo de Lutero, intervino.

Federico arregló un falso arresto de Lutero mientras regresaba a Wittenberg. Hizo capturar a Lutero y lo hizo llevar a uno de sus castillos, Wartburg. Lutero estuvo escondido allí, en un cuarto detrás de una escalera rebatible, durante diez meses. Se dejó crecer el cabello y la barba, y lo llamaban “el caballero Jorge”. Su disfraz era tan bueno que, luego, al dejar el castillo, no pudo ser reconocido por un amigo suyo ni por un pintor para quien había posado anteriormente.

Martín detestó el tiempo que pasó en Wartburg. Tiempo después, escribió:

Estaba prisionero en mi Patmos, arriba, en el castillo del reino de las aves, pero atacado con frecuencia por el diablo. Lo resistí en la fe, y le respondí con las siguientes palabras: Mi Dios es el que hizo los seres humanos, y ha puesto todas las cosas bajo sus pies (Salmos 8:6). ¡Prueba a ver si tienes algún poder contra Él!⁵⁸

Aunque pasó esos días en tormento, Lutero utilizó muy bien su tiempo. Pudo continuar algunos de sus escritos y probablemente la obra más importante fue su traducción completa del Nuevo Testamento del latín al alemán. El hombre común nunca había tenido la Biblia. Los pocos pasajes bíblicos que les leían en la misa eran leídos en latín. Ahora todo el rostro del cristianismo iba a cambiar. ¡El hombre común tenía la luz!

Captura de Lutero.
North Wind Picture Archives.



Destrucción, caos y revuelta en Wittenberg

Pero antes que el hombre común tuviera acceso a la Biblia, las Noventa y Cinco Tesis, solas, habían dado origen a un movimiento. Lo que había sido la lucha de un solo hombre, Martín Lutero, se estaba convirtiendo en algo llamado "luteranismo". Uno de sus colaboradores, Carlstadt, tomó el liderazgo mientras Lutero estaba en Wartburg. Pero llevó al movimiento en una dirección que enfureció a Lutero y lo hizo salir de su

escondite para dirigirse directamente al caos de Wittenberg.

Bajo la dirección de Carlstadt, las monjas dejaban los conventos y los monjes los monasterios. No fue esto lo que molestó a Lutero, que había predicado contra los votos monásticos. Lo que no aceptaba era que se destruyeran pinturas y altares. Los sacerdotes eran apedreados; el altar del monasterio franciscano fue destruido. Los sacerdotes que leían la misa eran expulsados a la fuerza de la iglesia de la ciudad. Cuando los seguidores del movimiento eran arrestados, se produ-



Lutero traduce el Nuevo Testamento del latín al alemán. Roger Viollet/Getty Images.

cían disturbios. Se detuvieron las misas, fue saqueada una rectoría en Eilenberg, y los monjes agustinos quemaron solemnemente todos los cuadros de las paredes del monasterio.

Lutero entró como una tromba en la ciudad y reprendió a Carlstadt. Le recordó que las personas se ganan con amor, y preguntó a quienes habían quedado atrapados en el torbellino del movimiento por qué habían destruido las estatuas o los cuadros que podían significar tanto para la devoción al Señor de otras personas. Los animó a tener en cuenta a los más débiles, que necesitaban sus votos monásticos, sus cuadros y sus estatuas.

Lo que Lutero sentía sobre la dirección que debía tomar la reforma queda bien reflejado en sus palabras:

Dadme tiempo. A mí me llevó tres años de constante estudio, reflexión y discusión llegar adonde estoy ahora; ¿y es de esperarse que pueda el hombre común, sin conocimiento en tales asuntos, recorrer esta misma distancia en tres meses? No supongáis que los abusos pueden eliminarse si se destruye el objeto del que se abusa. Los hombres cometen a veces excesos con el vino y las mujeres. ¿Debemos, pues, prohibir el vino y abolir las mujeres? El Sol, la Luna y las estrellas han sido objeto de adoración; ¿debemos, pues, arrancarlos del cielo? Tal prisa y violencia demuestran falta de confianza en Dios. Ved cuánto ha podido Él lograr a través de mí, aunque no hice más que orar y predicar. La Palabra hizo todo. Si yo lo hubiera deseado, habría comenzado una conflagración en Worms. Pero mientras me quedé tranquilo, bebiendo cerveza con Philip y Amsdorf, Dios le asestó un golpe brutal al papado.⁵⁹

Lutero era un reformador y se dedicó a reformar. Aunque corrigió un espíritu equivocado, adhirió a muchas de las reformas de Carlstadt y comenzó a adoptarlas como propias. Retomó el púlpito y predicó todos los días. Reestructuró la adoración, escribió él mismo muchos himnos, y publicó su primera misa en alemán.

Lutero comenzó sus reformas en Wittenberg. Estaba a salvo allí; el pueblo lo amaba, lo estimaba y lo protegía. Pero no se atrevió a salir del territorio de Sajonia. Federico, el elector de ese lugar, no necesitaba levantar un solo dedo para protegerlo, porque el favor del pueblo era suficiente. Ir contra Lutero era ir contra el pueblo. Y ninguna autoridad secular o eclesiástica del país estaba dispuesta a atraer ese tipo de castigo contra sí misma.

Las reformas de Lutero incluían la atención pública de los pobres. En ese tiempo estaba prohibido mendigar. El dinero que antes usaban los monasterios, ahora era utilizado para huérfanos, estudiantes universitarios y la dote de jovencitas pobres.

La misa fue reestructurada. La predicación evangélica reemplazó la vieja y pesada doctrina. Carlstadt comenzó a atacar el celibato, con lo cual Lutero, finalmente, también estuvo de acuerdo. Lutero se hizo personalmente responsable por el escape de las monjas de los conventos. Una vez que las monjas estaban bajo su custodia, trataba de casarlas con sacerdotes que habían abandonado los monasterios.

Una esposa pelirroja y decidida

Lutero llegó a casarse con una de esas monjas, aunque había tratado seriamente de casarla con otro hombre. Todo comenzó después que arregló para que fuera rescatada de un convento, algo que él sentía que era su deber delante de Dios, aunque era un crimen que se castigaba con la ejecución. Ella se llamaba Catalina von Bora, y era una de las muchas que habían tenido acceso a los escritos de Lutero en el convento. Catalina estaba descontenta desde antes de leer sus obras, por lo que escribió a Lutero por ella misma y otras once monjas que deseaban abandonar el convento.⁶⁰

Lutero armó un plan por medio del padre de una de las monjas, que todas las semanas llevaba arenques ahumados al convento. Las autoridades de la Iglesia en ese lugar confiaban en él, así que no detuvieron su carro para examinarlo el día que bajó doce barriles de pescado y volvió a llevárselos cargados... con doce monjas. Catalina era una de ellas.⁶¹

Catalina había entrado en el convento contra su voluntad, como muchas otras monjas. Por eso Lutero escribía a los padres de las monjas para que ellos las liberaran. Pero, en el caso de Catalina, había sido puesta allí por su madrastra. Catalina tenía una fuerte y aguda personalidad desde niña. Esto le resultaba incómodo a la nueva esposa de su padre, por lo que la envió al convento cuando tenía nueve o diez años.⁶²

Cuando las doce monjas estuvieron a salvo fuera del convento, tres regresaron a sus hogares con sus familias, y otras nueve fueron entregadas en la puerta de la casa de Lutero. Este encontró esposos para ocho de ellas, así que todas se casaron, menos Catalina, que comenzó a realizar tareas domésticas en la casa de un vecino.

Catalina tenía veintiséis años, era pelirroja, de frente ancha, nariz larga y mentón prominente. Un biógrafo dijo que era “una sajona de agudo ingenio y lengua veloz”.⁶³ Aunque la sociedad decía que había pasado su mejor edad para casarse, ella se enamoró de un hombre que también la amaba. Pero los padres de él se negaron al casamiento, porque ella era una monja fugitiva. La relación terminó, y Catalina quedó destrozada.

Lutero, que para este entonces era muy amigo de Catalina, le había recomendado algunos hombres como posibles esposos. Aún afectada por la ruptura, ella se negó. Lutero no creía que, a esta altura de su vida, debiera ser tan quisquillosa. Pero Catalina continuó con su negativa, hasta que sugirió a otros dos hombres que ella misma había elegido... ¡uno de los cuales era Lutero mismo!⁶⁴

Lutero quedó pasmado ante la sugerencia. ¡Absolutamente no! Él no podía casarse... al menos, eso pensaba. Podía ser colgado en la horca en cualquier momento, por hereje. Era una idea ridícula.

Esta era la idea que tenía en mente cuando fue a visitar a su familia, pero su padre lo alentó a casarse, y Martín cambió de idea. Hans, ya feliz de que su hijo hubiera dejado el monasterio, quería que se casara, tuviera hijos y continuara con el apellido de la familia.

Martín estaba comenzando a ver los beneficios del matrimonio. Podía agradar a su padre, enfurecer aun más al Papa y quizá tener un hijo que continuara su nombre, para el caso de que fuera martirizado, algo que esperaba cada día. No había romanticismo para Lutero ni para Catalina. Él se casó por deber; ella, por despecho. Pero ambos se admiraban y respetaban mucho mutuamente.⁶⁵

“No estoy locamente enamorado, pero la aprecio”, dijo Lutero. El 10 de junio, escribió: “Los regalos de Dios deben ser tomados al vuelo”. El 13 de junio de 1525, se casó con Catalina.⁶⁶

Colas de caballo en mi almohada

Lo repentino del matrimonio produjo una infinidad de rumores. Ya circulaba el rumor de que Lutero vivía con Catalina, aunque, en realidad, solo la visitaba todos los días. Para Martín este era el único modo de concretar el matrimonio. Tiempo después, escribió al respecto: “Si no me hubiera casado rápidamente y en secreto, y hubiera revelado el secreto a muy pocos, todos hubieran hecho lo posible para impedirlo; ya que todos mis amigos decían: “No con esta, sino con otra”. Los amigos de Lutero deseaban que se casara con una mujer más distinguida.⁶⁷

Casarse a los cuarenta y un años fue un gran cambio para Lutero. Acostumbrado a hacer las cosas a su manera, dijo: “Hay muchas cosas a las que acostumbrarse en el primer año de matrimonio. [...] Uno se levanta en la mañana y encuentra sobre la almohada un par de colas de caballo que antes no estaban allí”.⁶⁸

“Cati” entró en el matrimonio sin límites. Su fuerte personalidad y firme resolución pusieron orden en la vida de Lutero. Por ejemplo, cambió la paja del colchón, que después de un año estaba enmohecándose, por un relleno nuevo. En su infatigable lucha por la reforma, Lutero solía caer exhausto en la cama, por las noches, sin prestar atención al olor.

Ella también llevó orden a la economía de Lutero. Su cuenta bancaria estaba en rojo con frecuencia, porque era demasiado generoso. Decía que Dios le había dado dedos al hombre para que el dinero pudiera escurrirse entre ellos fácilmente. Cati tomó el control de la bolsa de la casa y logró ahorrar lo suficiente como para comprar más propiedades.⁶⁹



Casamiento de Martín Lutero.

En el matrimonio Cati descubrió una nueva habilidad que no había aprendido en el convento. Aprendió que tenía la capacidad de poseer, administrar, disponer. Hizo crecer todo, con el propósito de que su hogar se autoabasteciera. Los Lutero vivían en el monasterio agustino que el gobierno les había cedido. Era un edificio de cuarenta habitaciones, y algunas veces todas estaban ocupadas. Finalmente los Lutero tuvieron seis hijos propios, media docena de sobrinos y sobrinas, y algunos niños que Lutero recogió después que su madre murió. Los parientes de Cati se mudaron con ellos para ayudar, entre ellos su tía Magdalena, que fue como una abuelita para los niños. También vivían con ellos tutores y estudiantes. Martín y Cati hacían muy buen equipo: él *invitaba* a los estudiantes a vivir con ellos... ¡y ella les cobraba el alquiler!⁷⁰

A Martín le llevó un tiempo acostumbrarse a vivir rodeado de tanta gente, pero llegó a disfrutarlo enormemente. Hablando de su hijo Hans, cierta vez escribió: “Mientras yo estoy sentado escribiendo, él me canta una canción y, si lo hace demasiado fuerte, yo lo reprendo... pero él sigue cantando igual”.⁷¹

Charlas de mesa

En esta casa llena de actividad, Lutero desarrolló una relación de mentor con varios estudiantes. El tiempo que pasaban juntos tomó el nombre de las famosas “charlas de mesa”. Los estudiantes lo rodeaban a la hora de la cena para hacerle preguntas y anotar sus respuestas. Cati quería cobrarles por las revelaciones que anotaban, pero Lutero no se lo permitía. Finalmente, muchos de estos estudiantes publicaron la información que habían obtenido durante esas charlas.⁷²

Lutero se sentaba a un extremo de la mesa, con los estudiantes, y Cati al otro extremo, con los niños. Cati se cansaba de tantas preguntas y de que no dejaran a Lutero comer en paz. Cierta vez, durante una “charla de mesa” Cati preguntó desde su extremo de la mesa: “Doctor, ¿por qué no dejáis de hablar y coméis?” Lutero respondió: “Las mujeres deberían decir el Padrenuestro antes de abrir la boca”.⁷³

Aunque resultaba algo complicado acostumbrarse a ella, Lutero rindió sus debilidades a los puntos fuertes de ella, y le entregó el control de todos los asuntos de la casa. La llamaba “mi costilla”, “mi cadena”, y “mi señor”, en referencia a la manera en que ella administraba la casa.

Pero ella hacía más que administrar la casa. La hacía prosperar. Se convirtió en administradora de dos hogares: el monasterio agustino y otro que heredó en Zulsdorf, a dos días de viaje de Wittenberg. Tenía granjas, jardines, ganado, cerdos, palomas, gansos, un perro —a quien Lutero amaba tanto que esperaba verlo en el cielo— huertas y una destilería.⁷⁵

Dicho sea de paso, el hecho de que ella tuviera una destilería no es para alarmarse. En aquella época tener una destilería era un lujo, y la cerveza era considerada como una bebida nutritiva. La cerveza era, en ese tiempo, lo que las bebidas energizantes y los complementos dietarios son para nosotros ahora. La moderación era la clave. Además, para Lutero la cerveza era particularmente beneficiosa, ya que enfermaba con frecuencia.

Cati prefería sus tierras en Zulsdorf a Wittenberg pero, debido a sus frecuentes enfermedades, Lutero no quería que su esposa estuviera ausente mucho tiempo. Ella estuvo a punto de incrementar sus propiedades, pretendía comprar otra granja, pero Lutero la detuvo hasta que otra persona la compró. “Oh, Cati —le dijo— tú tienes un esposo que te ama. Deja que otras se conviertan en empresarias”.⁷⁶

En su afán de agradar a Lutero Catalina lo atendía con total dedicación. Se convirtió prácticamente en una médica, ya que Lutero sufría de diversas enfermedades: gota, insomnio, catarro, hemorroides, constipación, cálculos, mareos y zumbido en los oídos. Llegó a combinar hábilmente las hierbas medicinales, cataplasmas y masajes. Y la cerveza que

destilaba, de la que Lutero solía enorgullecerse, era una gran medicina para el insomnio y los cálculos de él.

En una carta que Lutero le escribió sobre su dedicación y su atención a los más mínimos detalles, decía:

A la santa, preocupada señora Catalina Lutero, doctora en Zulsdorf y Wittenberg, mi graciosa y amada esposa: Muchas gracias por preocuparte tanto que no duermes, porque desde que tú comenzaste a preocuparte por nosotros, se produjo un incendio cerca de mi puerta, y ayer, sin duda debido a tu preocupación, si no hubiera sido por los queridos ángeles, una gran piedra hubiera caído sobre nosotros y nos habría aplastado como a un ratón en la trampa. Si no dejas de preocuparte, me temo que nos tragará la tierra. Por favor, permite que Dios sea quien se preocupe. Echa tu carga sobre el Señor.⁷⁷

Para este tiempo Lutero se estaba acostumbrando al matrimonio, y su amor por Catalina crecía cada vez más. Antes de casarse Lutero enseñaba que el matrimonio era necesario a causa de la carne. Pero después dijo que era una oportunidad para el espíritu. “El primer amor es ebriedad –dijo Lutero sobre el matrimonio–. Cuando la ebriedad se va, entonces queda el verdadero amor matrimonial”.⁷⁸ Y eso era lo que él y Catalina tenían.

Lutero llegó a amarla tanto que le cambió el nombre a su más amada epístola paulina por el de “Mi Catalina von Bora”. Cierta vez dijo de ella: “En los temas domésticos, dejo que Catalina decida. En los demás, mi guía es el Espíritu Santo”.⁷⁹

Lutero habló y escribió mucho sobre el matrimonio. Las que siguen son algunas de sus citas más famosas:

Por supuesto, el cristiano debe amar a su esposa. Se supone que debe amar a su prójimo, y su prójima más cercana es su esposa; por lo tanto, ella debe ser su amor más profundo. Y también debe ser su amiga más querida.

El matrimonio no es broma, debe trabajarse mucho en él y orar mucho por él. [...]. Conseguir una esposa es bastante fácil, pero amarla con constancia es difícil. [...], porque la mera unión de la carne no es suficiente; debe haber congenialidad de gustos y carácter. Y esa congenialidad no se produce de la noche a la mañana.

Tener paz y amor en un matrimonio es un regalo casi tan grande como el conocimiento del Evangelio.

Algunos matrimonios fueron motivados por pura lujuria, pero las moscas y los piojos también sienten pura lujuria. El amor comienza cuando deseamos servir al otro.

No le quitaría la irritación al matrimonio. Hasta podría aumentarla, pero todo saldrá maravillosamente, como solo lo saben los que lo han experimentado.

Nada es más dulce que la armonía en el matrimonio, y nada más perturbador que la disensión. [...]. Lo único similar a esto es la pérdida de un hijo. Yo sé cuánto duele eso.⁸⁰

Amar y perder hijos

Los Lutero conocieron el dolor que produce perder un hijo. Tuvieron seis hijos, de los cuales perdieron dos. La pérdida de esos niños fue, probablemente, la experiencia más dolorosa de su vida para Lutero. Él encontraba tal satisfacción en sus hijos que perderlos fue tortuoso para su alma. Algunas veces creía que jamás podría recuperarse. Lutero era tan apasionado y humorista con relación a su paternidad como lo era con relación a su esposa. Cierta vez dijo: "El padre siempre aprende de sus experiencias de colgar los pañales, para gran disfrute de sus vecinos. Que se rían... Dios y los ángeles sonríen en los cielos".⁸¹ Lutero consideraba su rol como padre como una de sus mayores responsabilidades, y decía que Dios no había otorgado a nadie poder mayor que el que había confiado a los padres.

La guerra de los campesinos

Así como Lutero buscaba apasionadamente la reforma, la reforma lo buscaba a él. Tan rápidamente como llevó el cambio a la iglesia, estaba cambiando en su propio corazón y su vida diaria, primero con su esposa, y luego con su increíble amor por sus hijos. Estas emociones brotaban con una abundancia que nunca había imaginado que Dios tenía para él.

La búsqueda de esa misma abundancia por parte de la clase campesina creó una conmoción que finalmente metería a Lutero en grandes problemas. Los campesinos, aprovechando la obra de Lutero, usaron la

Reforma como plataforma para levantarse contra los nobles. La clase noble era dueña de las tierras, controlaba los empleos públicos y se aprovechaba de los campesinos. Sin convicción sobre el Evangelio, los campesinos tomaron el poder de la Reforma para dar peso a sus exigencias. Querían elegir a sus propios ministros y poner fin a la servidumbre, un sistema por el cual el campesino estaba atado a la tierra y sometido, hasta cierto punto, al dueño de esta. También querían una porción justa de los beneficios por el trabajo que realizaban en los campos.

Lutero simpatizaba con los campesinos, pero tiempo después dio ciertos consejos a los nobles que harían que se lo culpara por la violencia que se ejerció contra los trabajadores.

Lutero comprendía las razones por las que se levantaban los campesinos, pero les advirtió que no produjeran hechos violentos ni disturbios. Ellos no siguieron su consejo y continuaron con su rebelión a todo vapor. Se negaron a pagar impuestos, y saquearon castillos y monasterios. Los nobles usaron toda su fuerza para aplastarlos: seis mil campesinos perdieron la vida. Lutero trató de calmarlos a todos y llevarlos a la cruz pero, dado que la motivación principal de ellos no era la cruz, no tenían ningún interés en cambiar de perspectiva a esa altura del conflicto. Lutero respondió a la situación escribiendo un mensaje a los nobles.

Escribió *Contra las hordas ladronas y asesinas de los campesinos*. En esta obra instaba a los nobles a confesar su propia culpa, pedir ayuda a Dios y ofrecer condiciones de paz a los campesinos. Solo si esas condiciones eran rechazadas, Lutero apoyaba un duro castigo para ellos:

El que tenga ocasión, que degüelle y extermine, en público o en secreto, al insurrecto que halle, persuadido de que nada hay más fatal que un rebelde. Es como un perro rabioso; si tú no lo matas, ⁸² él te matará, y a todos los de tu pueblo contigo.

Los nobles aplastaron la rebelión y le pusieron fin de una vez por todas.

Lutero sintió que los nobles habían malentendido sus intenciones y les escribió un segundo mensaje titulado *Carta misiva acerca del riguroso opúsculo contra los campesinos*. Quería asegurarse de que los nobles comprendieran su responsabilidad como cristianos, que era no solo terminar con la rebelión, sino volverse con misericordia hacia los campesinos, con ánimo de restauración después de la victoria.

Los campesinos culparon a Lutero por la dura victoria de los nobles, y los nobles culparon a Lutero y a la Reforma por el levantamiento de los campesinos. Como muchos apóstoles, Lutero se acostumbró a que siempre lo culparan por algo. Algunos dirían que tenía la piel gruesa, pero yo he descubierto que la constitución de un reformador le da fortaleza para esta clase de presiones. Los reformadores habían sido reconstruidos desde su interior por su llamado y por la causa que defendían. Esto les permitía avanzar a pesar de ser malentendidos o, como en el caso de Lutero, odiados y culpados; en este caso, por los campesinos y los nobles; en otros, por su propia familia y otros reformadores protestantes.

El odio del Papa hacia Lutero continuaba en aumento, y el emperador Carlos V sentía por él un profundo disgusto desde la Dieta de Worms, aunque por ninguna razón en particular. Simplemente le molestaba que un hombre solo causara tantos problemas a tantos. Carlos trató de hacer cumplir el Edicto de Worms, pero el luteranismo era demasiado popular y escapó a sus esfuerzos por acallarlo. Los ministros luteranos eran removidos de sus púlpitos, pero iban a las calles y predicaban ante multitudes desde las barandillas de las posadas locales. Ciudades enteras, en Alemania, como Estrasburgo, Augsburgo, Ulm y Nuremberg se estaban convirtiendo en bastiones del luteranismo.

Congreso tras congreso fueron convocados para tratar esta herejía que desafiaba la unidad del catolicismo romano. Todo culminó en 1530, con la Dieta de Augsburgo. A Lutero no se le permitió asistir y fue recluido nuevamente en otro castillo durante la deliberación, que duró tres meses. Los príncipes de todos los territorios de Alemania estaban presentes. Estos hombres eran la autoridad secular de la nación, después del emperador. Tenían el mismo rango que Federico el Sabio, que gobernaba sobre el territorio de Lutero y también lo había escondido en el castillo de Wartburg después de la Dieta de Worms. Estos príncipes presentaron la Confesión de Augsburgo, que era una declaración de fe luterana. El emperador no la recibió, exigió que se expulsara al luteranismo, y ordenó a los príncipes alemanes que llevaran al país nuevamente a la unión con la Iglesia Católica. Ellos se negaron. Un príncipe se arrodilló delante del emperador y declaró que prefería ser decapitado a quitarle la Palabra de Dios a su pueblo. La valentía de los príncipes igualaba a la de Lutero, y la convicción del movimiento no disminuía en ausencia de este. El emperador no les daba la aceptación que ellos buscaban, pero no podía hacer mucho para detener lo que ya estaba ganando a toda Alemania: el luteranismo.

Reordenar la Iglesia

Afortunadamente, el emperador debió partir por causa de la guerra, y Lutero nunca volvió a sentir el peso de su oposición. Lutero continuó progresando y pronto comenzó sus reformas de la Iglesia. Comenzó con la inspección de los cultos, como se realizaban entonces. No le tomó demasiado tiempo darse cuenta de que era necesario oficiar la misa en alemán.

Lutero avanzó lentamente con estas reformas, preocupado porque un cambio brusco del latín al alemán espantara a los más débiles en la fe. Se daba cuenta de que las personas sabían muy poco sobre los principios fundamentales del reino de Dios y escribió, con la ayuda de sus asistentes, dos catecismos en alemán para que pudieran estudiarlos: uno para los adultos y otro para los niños. Después de su traducción de la Biblia, consideraba que el catecismo para los niños era su obra más importante.⁸³

Lutero se aseguró de que los seguidores del movimiento tuvieran conocimiento del Evangelio y del reino, para ello hacía énfasis en el estudio de los catecismos. Tanto a los adultos como a los niños se les asignaba la memorización de los catecismos. A quienes no completaban determinada tarea del catecismo,⁸⁴ sus padres o empleadores los castigaban dejándolos sin comer o beber.

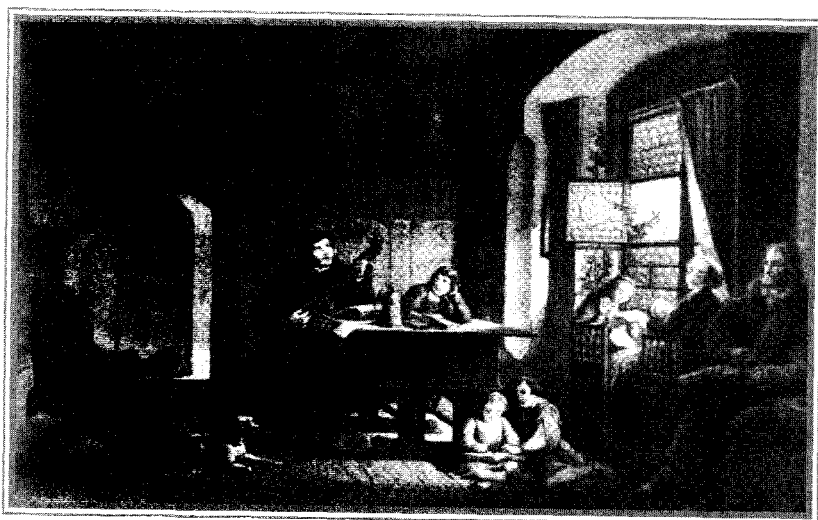
La reforma de la música

En sus reformas Lutero llevó a la música a un lugar de prominencia dentro de la misa, dijo que “Después de la Palabra de Dios, la música merece las más elevadas alabanzas”.⁸⁵ Esta es otra instancia en que se diferenció de otros reformadores de su época.

Ulrico Zwinglio, reformador de la Iglesia en Suiza, era un músico capacitado; sin embargo, prohibía que se tocara el órgano. Algunos de sus seguidores llevaron esto un poco más lejos y destrozaron órganos para demostrar claramente su posición. Otro reformador, Juan Calvino, permitía el canto, pero solo al unísono. Todas las armonías estaban prohibidas. Creía que, aunque la música era un regalo de Dios, era solo para ser usada en el mundo, no en la misa.

Pero Lutero pensaba que la música era divina. Era un músico increíble, tenía buena voz para el canto y sabía tocar muy bien el laúd, que había abandonado al entrar en el monasterio, cuando era joven.

Lutero era parte de un grupo de reformadores que pensaban que la música extendía el Evangelio. Creía que Dios había creado todas las cosas para ser usadas en servicio y adoración de Él, y que la tarea de las personas era



Lutero en su hogar, toca la guitarra rodeado de su familia.

descubrir la creatividad en su interior y permitir que fluyera en todas las áreas de sus vidas, que debían usarla para Dios. Dijo:

No soy de la opinión de que todas las artes deban ser desechadas y destruidas por causa del Evangelio, como algunos fanáticos protestan; por otra parte, vería con agrado que todas las artes, especialmente la música, estuvieran al servicio de Aquel que las ha dado y creado.⁸⁶

Lutero ensayaba música durante la semana. Se esperaba que la congregación fuera a aprender las canciones nuevas para poder cantarlas sin inconvenientes los domingos. Hoy, en general, el equipo de alabanza de una iglesia ensaya durante la semana para prepararse para el domingo. Pero esta no era la tradición que Lutero practicaba. Él esperaba que toda la congregación asistiera al ensayo. Era, sin duda, un director y un líder: marcaba el rumbo y esperaba que todos los cristianos lo siguieran.

Para apoyar sus argumentos en cuanto a la música, Lutero señalaba a Moisés y David. Les mostraba a los fieles cómo Moisés alabó a Dios después de cruzar el Mar Rojo, y que David había escrito muchos salmos.

Tenía convicciones tan firmes con respecto del lugar de la música en el ministerio, que no ordenaba a un nuevo ministro que no conociera la importancia espiritual de la música. Un hombre que deseaba ser ordenado debía tener talento musical, o ser sensible para la adoración y la

alabanza. Además, Lutero pensaba que un director de escuela que no pudiera enseñar música, no debía ser contratado.

Lutero quería que la gente experimentara el poder de la música. Por esta razón quería remplazar los himnos en latín por otros en alemán, para que la gente entendiera lo que escuchaba y fuera edificada por la Palabra de Dios al cantarla. Así que puso un cartel: convocaba a poetas y músicos para que escribieran himnos en alemán. Les dijo que se mantuvieran fieles a la Biblia para preservar la pura enseñanza de la Palabra. No quería ideas seculares ni mezclas. Quería que toda idea producto del hombre fuera quitada de la misa, y no temía en insistir sobre ese punto. Se refería al derecho canónico, el código escrito del Papa para todos los católicos, como “esa abominable mezcla tomada de los sumideros y las sentinas de todos”.⁸⁷

Lutero quería que la gente experimentara el poder de la música en alemán, para que la gente entendiera lo que escuchaba y fuera edificada por la Palabra de Dios.

Lutero pronto comenzó a escribir himnos. Al principio, su habilidad era dudosa, pero después de muchos intentos, desarrolló el don. Escribió más de veinte himnos en un año. Para 1526 tenía suficiente material litúrgico e himnos como para producir su primera misa en alemán.

El himno más famoso de Lutero es “Castillo fuerte”. Lo escribió en 1527, su peor año, de grandes pruebas y dificultades. Dos situaciones dolorosas lo llevaron a escribir este himno.

Primero, sus disputas con otros reformadores de la época. Las discusiones lo habían dejado enfurecido, perturbado y deprimido. Habían comenzado a zumbarle los oídos a causa de las presiones. Lutero yacía en cama, pensaba que era su última noche de vida. Pero, en medio de todo, volvió a entregarse a Dios. Al hablar de la situación que vivía al escribir este himno, señaló:

Pasé más de una semana en muerte e infierno. Todo mi cuerpo estaba dolorido, y aún tiemblo. Completamente abandonado por Cristo, sufría bajo las vacilaciones y las tormentas de la desesperación y la blasfemia contra Dios. Pero gracias a las oraciones de los santos [sus amigos], Dios comenzó a tener misericordia de mí, y levantó mi alma del infierno en que estaba sumergido.⁸⁸

Sobrevivió. Pero ese mismo año llegó la segunda inspiración para su himno: la plaga. Mientras todos los que estaban sanos abandonaban Wittenberg, los Lutero se quedaron para atender a los enfermos. Martín vio morir a sus amigos mientras convertía el convento en un hospital. El monasterio estaba tan lleno de enfermos que debió ser puesto en cuarentena. A partir de esta situación de dolor y angustia, Lutero escribió la grandiosa letra de “Castillo fuerte”. He aquí unas líneas de una de las versiones de este himno que se canta en todo el mundo cada domingo por la mañana:

Y si demonios mil están
prontos a devorarnos,
no temeremos, porque Dios sabrá cómo ampararnos.
¡Que muestre su vigor Satán, y su furor!
Dañarnos no podrá, pues condenado es ya
por la Palabra Santa.



Lutero en el
estudio de su casa.
North Wind
Picture Archives.

Su mayor obra: la Biblia en alemán

Junto con sus himnos, la obra de Lutero que más ha perdurado hasta hoy es su traducción de la Biblia al alemán. Ya había traducido el Nuevo Testamento durante su estadía de diez meses en el castillo Wartburg, cuando se ocultó después de la Dieta y el Edicto de Worms.

En 1534 llegó la culminación de la obra de la Reforma, la publicación del Antiguo Testamento, traducido del hebreo al alemán. Lutero era la persona indicada para esta tarea. Reunió a los mejores eruditos, un equipo de hombres como nunca antes se había reunido.

La meta de Lutero era producir una Biblia que pudiera ser comprendida por todos los alemanes, así que pasó tiempo en diferentes regiones hablando con las generaciones mayores, escuchándolas hablar y volcando esos datos en la mesa de traducción. Quería que la Biblia sonara bien al oído. Hablando de los profetas del Antiguo Testamento, Lutero dijo:

Oh, Dios, qué tarea tan difícil y ardua es forzar a estos escritores, totalmente contra su voluntad, a hablar en alemán. Ellos no tienen deseos de renunciar a su hebreo nativo para imitar nuestro bárbaro alemán.
Al traducir a Moisés, lo hice tan alemán que nadie sospecharía que era judío.⁸⁹

Lutero era un perfeccionista y, de no ser por la ayuda de sus eruditos, probablemente jamás hubiera terminado el trabajo. Era sabido que podía pasar un mes entero dándole vueltas a una sola palabra en su cabeza, hasta encontrar la traducción justa.

La Biblia alemana fue un éxito total. En algunos círculos se la consideraba superior a la versión inglesa King James, que le sucedió. Poseer esta Biblia llegó a ser marca de prestigio, lo cual hacía que aun quienes no tenían originalmente hambre de la Palabra, compraran la Biblia y la leyeran. Era “el” libro que todo alemán debía tener en su casa. La traducción de Lutero fue, más tarde, utilizada en lingüística, para la formación del alemán moderno, y aún hoy continúa siendo una traducción popular utilizada por los cristianos en Alemania.

Antisemita y anticatólico

Lutero estaba convencido de que vivía en los últimos días, y estaba violentamente en contra de todo lo que no fuera cristiano... lo cual incluía la religión judía.

En años anteriores había simpatizado con la condición judía y había culpado al Papa por la falta de judíos conversos.

Si yo fuera judío, preferiría diez veces sufrir el tormento del potro antes que acercarme al Papa. Los papistas se han desmerecido tanto que un buen cristiano preferiría hacerse judío antes que ser uno de ellos, y un judío preferiría ser un cerdo a hacerse cristiano.⁹⁰

La posición católica enseñaba a odiar a los judíos. Los llamaban perros y les negaban el trabajo. Lutero creía que, en general, los judíos eran personas muy orgullosas, pero tenía esperanzas de que se convirtieran si se les demostraba el amor de Cristo.

Martín esperaba que una reforma en el papado asegurara más conversiones de judíos. Primero trató de convertir a los rabinos. Al hacerlo, descubrió que los rabinos trataban de convertirlo a él. También escuchó rumores de que, en algunos países, los judíos estaban ganando conversos para su religión. Esto hizo que se terminara su simpatía por ellos. Ahora solo deseaba que todos los judíos fueran enviados a Palestina. En su poco refinada y directa forma de expresarse, Lutero desestimó sus interpretaciones de la Biblia llamándolas “basura judía”.⁹¹

Lutero acusó a los judíos de matar a los bebés cristianos, envenenar pozos de agua y asesinar nuevamente a Cristo al acuchillar las hostias de la comunión. Finalmente, adoptó la postura católica de que los judíos eran “perros” y, al morir, dijo: “¡Estamos en falta por no asesinarlos!”⁹²

¿Lutero nazi?

Aunque Lutero decía que su visión de los judíos era puramente teológica, trascendió como racista y padre de la iglesia antisemita. Aun Adolfo Hitler citaba a Lutero, y los socialistas de su país lo llamaron “un genuino alemán que odiaba a las razas no nórdicas”.⁹³

Creo que Lutero estaba equivocado en su punto de vista sobre los judíos. A los creyentes gentiles, Pablo nos advierte en su carta a los Romanos que nos consideremos como una rama silvestre que fue injertada en una raíz judía. El extremismo de Lutero era equivocado, pero no estaba fundamentado en la raza. Él despreciaba a los judíos por no aceptar la revelación de Dios en Jesús. Su odio es inexcusable, pero quisiera marcar esta diferencia. La teoría que argumentaba que los judíos eran inferiores biológicamente, un argumento que sostenía Hitler, no surgió hasta el siglo XIX. La calificación distorsionada que involucra a Lutero y sus creencias tuvo más que ver con promover el holocausto que con lo que Lutero realmente creía.

Un estudioso de Lutero puede darse cuenta, al leer sus muchas afirmaciones sobre los judíos, de que a él le preocupaban sus creencias religiosas y no su raza. Por ejemplo, cuando lo confrontaron quienes creían que maltrataba a los judíos, Lutero no respondió con preguntas sobre la raza. Lo que respondió fue: “¿Qué pensáis vosotros de Cristo? ¿Fue abusivo cuando llamó a los judíos generación adúltera y perversa, hijos de víboras, hipócritas e hijos del diablo?”⁹⁴

¡Lutero antipapista!

Lutero se dio cuenta de que la condenación de Cristo no estaba dirigida solamente a la religión judía. Así como lo enfurecían los judíos, le disgustaba igualmente el papado.

Lutero era prisionero en su propio territorio. Hereje condenado, no se atrevía a salir de la seguridad de su terreno. Esto le impedía luchar con algo que no fuera la pluma. Así que escribió mordaces y, con frecuencia, insultantes comentarios al Papa. Estos comentarios eran rápidamente publicados por todo el mundo.⁹⁵ Los escritos de Lutero conmocionaban a sus enemigos y eran enormemente celebrados por sus seguidores, cuando decía cosas como: “Deberíamos tomarlo a él –el Papa, los cardenales y toda la chusma que pertenece a su idólatra santidad papal– y, por blasfemos, arrancarles la lengua desde atrás, y clavarla en los calabozos”.⁹⁶ Con frecuencia, sus escritos iban acompañados de historietas. Algunas veces, una historieta decía más –y mejor– que las palabras. Lutero abandonaba todo límite en esas historietas. Dado que creía que el Papa era el anticristo, consideraba que el insulto era un arma adecuada.

Lutero atacaba violentamente a cualquiera que se opusiera a sus reformas. Como un profeta del Antiguo Testamento, transitaba por la fina línea que divide una lengua filosa de la profecía. Constantemente reprendía a sus enemigos católicos, les decía: “¿Cuántas veces debo recordaros, burdos y estúpidos papistas, que citéis las Escrituras alguna vez? ¡Biblia! ¡Biblia! ¡Biblia!”⁹⁷

Antes de juzgar a Lutero como demasiado burdo, demasiado tosco o demasiado insultante, deténgase un segundo y recuerde que era un solo hombre que atacaba la cabeza de una religión oscura, engañosa e hipócrita. Esta mentalidad había estado en la Iglesia durante siglos, y se necesitaba una explosión para sacudirla. Lutero dio toda su vida para la reforma del mundo de la Iglesia.

¿A qué entrega usted su vida?

Sus últimos días

Lutero fue, quizá, el alemán más influyente que haya vivido jamás. Aunque estuvo enfermo gran parte de sus últimos años, nunca cejó en sus esfuerzos por la reforma. Inició una revolución, pero con la revolución, el trabajo solo había comenzado. ¡Y sí que trabajó! Su vida estuvo llena de logros, fuera que estuviera sano o enfermo. Sin importar cómo se sentía, Lutero predicaba. Cierta vez predicó 195 sermones en solo 145 días.⁹⁸ Si

no podía predicar, escribía cartas y panfletos. Parecía que la cantidad de trabajo que podía producir era interminable.

Aunque fue muy perseguido, tenía un enorme sentido del humor, una de las señales de un apóstol verdaderamente maduro. Tenía sus luchas íntimas pero, finalmente, siempre podía reírse de sí mismo. Generalmente estaba relajado, alegre y extremadamente agudo, cuando todos a su alrededor estaban sumidos en la desesperación.

Su vida conmovió a toda la Tierra, y lo que en Inglaterra debió ser hecho por varios hombres, él lo hizo todo solo; para toda Europa y, en última instancia, para todo el mundo. Hizo un impacto perdurable en la nación alemana. Se llamaba a sí mismo un profeta alemán, más que nada para enfurecer al Papa. Su traducción de la Biblia se utilizó para formar el idioma alemán actual, y su vida de hogar conmovió la vida de todos los hogares de su país.

Lutero influyó en la iglesia de todo el mundo. El luteranismo se extendió por toda Escandinavia, y se ha extendido mucho en los Estados Unidos en la actualidad. Aun los católicos deben muchas de sus reformas a Lutero.

*El Dios de Lutero era hebreo. Era el Dios que servía
Moisés. Moraba en las nubes de tormenta, y cabalgaba
sobre los vientos. El Dios de Lutero lo hizo osado.*

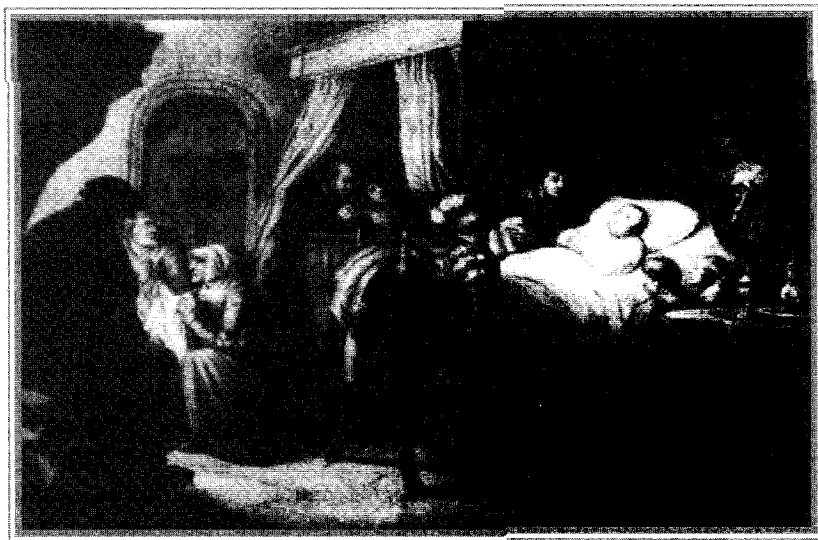
También cambió el rostro de la religión. Lutero despreciaba la idea de un Dios griego. Su Dios era hebreo. Su Dios era el Dios que servía Moisés. Su Dios moraba en las nubes de tormenta, cabalgaba sobre las alas del viento y hacía que la Tierra temblara con solo un gesto. Su Dios era majestuoso, aterrador, devastador y consumidor. Su Dios lo hacía osado. Aunque una vez había temblado en un campo, temeroso de los truenos y los rayos, aterrado ante al Dios a quien había comprendido tan equivocadamente, ahora estaba lleno de reverencia, admiración y amor por Él.⁹⁹ Con fuerza espiritual y una lealtad inquebrantable, Lutero asumió la tarea de sacudir a todo el cristianismo.

Enfrentó los últimos días de su existencia con la misma fuerza que había demostrado anteriormente en su vida.

El 23 de enero de 1546 partió en un viaje para solucionar una disputa entre varios duques y sus súbditos. Estaba tan enfermo y tan débil que tuvo que detenerse para descansar durante el viaje. Para cuando llegó a

destino, su estado había empeorado, pero predicó cuatro veces, administró la Cena del Señor dos veces y ordenó a dos ministros. Sobre este viaje, comentó: “Si logro restablecer la armonía entre mis amados príncipes y sus súbditos, con gozo regresaré a casa para yacer en mi tumba”.¹⁰⁰

El 17 de febrero su enfermedad se agravó tanto que quedó confinado a la cama. Un médico fue a asistirlo y le ofreció la esperanza de una cura. Pero Lutero no quiso hacer caso. Hacía años que sentía que estaba cerca de la tumba, principalmente debido a sus dolencias físicas. Cierta vez, con gran sentido del humor, le escribió a Catalina: “Estoy harto de este mundo, y este mundo está harto de mí”.¹⁰¹



Lutero en su lecho de muerte.

Durante la noche del 17 de febrero Lutero oró continuamente y habló de la eternidad a quienes lo rodeaban. Por la noche, muy tarde, sintiendo una gran opresión en el pecho, oró con estas palabras: “Te ruego, mi Señor Jesucristo, recibe mi alma. Oh, Padre celestial, aunque sea arrancado de esta vida, sé de seguro que habitaré contigo para siempre”.¹⁰²

Entre las dos y las tres de la madrugada del 18 de febrero de 1546, Lutero cerró los ojos y abandonó esta Tierra para ir con el Señor. Su cuerpo fue colocado en un ataúd de plomo, y fue sepultado en Wittenberg con los mayores honores. Aún descansa al pie del púlpito de la iglesia en cuya puerta clavó las Noventa y Cinco Tesis.

Esta iglesia se convirtió en la Abadía de Westminster de la Iglesia Luterana. En 1760 las puertas de madera originales se quemaron en la Guerra de los Siete Años. En 1812 se colocaron en su lugar puertas de bronce, y las Noventa y Cinco Tesis de Lutero fueron grabadas en ellas.¹⁰³

Una “Iglesia creciente”

Hoy honramos a Martín Lutero como uno de los más grandes reformadores que haya vivido jamás. Sin embargo, todas sus dramáticas hazañas, sus confrontaciones, su fuerza espiritual pueden atribuirse a la sencillez de la Palabra de Dios. La revelación de la Palabra de Dios escrita dio a luz el ministerio de Lutero como un fuego reformador, quemando las hipocresías de la Iglesia y encendiendo su verdadero espíritu.

A partir de la Palabra, Lutero comprendió que tenía perdón por medio de Jesucristo, y que era amigo de Dios. Se concentró totalmente en el perdón y, a partir de esa premisa, continuó hasta levantar un arsenal de revelación. Con estas armas comenzó a atravesar las tinieblas que cubrían los cielos. Esos cielos oscuros finalmente se abrieron para usted y para mí. Gracias a esto, podemos aprender, en un solo culto, lo que a los creyentes de la Edad Media les hubiera llevado setenta y cinco años.

Lutero creía que el poder sustentador de la Palabra mantendría a la Iglesia viva y en buen estado, que podría destruir los engaños y las doctrinas hipócritas para encontrar la verdad. Su visión para la Iglesia no culminó con su muerte.

Así que cierro este capítulo con la visión perdurable de Lutero para la Iglesia. Él sabía que los cielos entenebrecidos habían comenzado a abrirse, y que continuarían abriéndose a medida que las personas buscaran la verdad de Dios. Tome aliento en estas palabras, porque hoy usted es el fruto de Lutero en esta Tierra. Él dijo: “No abrigo una visión lastimosa de nuestra Iglesia, sino una de una Iglesia floreciente gracias a la enseñanza pura e incorruptible, una Iglesia que crece con excelentes ministros día tras día”.¹⁰⁴

Incrementemente su fuerza espiritual. ¡Conozca la Palabra y mantenga la verdad firmemente plantada en su corazón, para poder llevar fruto en su nación, mantener los cielos abiertos y traer la reforma en este siglo XXI!

Las Noventa y Cinco Tesis de Lutero

Por amor a la verdad y con el deseo de sacarla a luz, se discutirán en Wittenberg las siguientes proposiciones, bajo la presidencia del Reverendo Padre Martín Lutero, Maestro en Artes y Sagrada Teología, y profesor ordinario de las mismas en este lugar. Por consiguiente ruega a todos aquellos que no puedan estar presentes y discutir oralmente con nosotros, quieran hacerlo por carta.

1. Nuestro Señor y Maestro Jesucristo, cuando dijo: *Poenitentiam agite*, quiso que toda la vida de los creyentes fuera arrepentimiento.
2. Esta palabra no puede ser interpretada como penitencia sacramental, es decir, la confesión y satisfacción que administran los sacerdotes.
3. Sin embargo, no solo significa arrepentimiento interior; no, pues no hay arrepentimiento interior que no obre al exterior en diversas mortificaciones de la carne.
4. La penalidad –del pecado– por consiguiente, continúa mientras dura el aborrecimiento del yo; porque este es el verdadero arrepentimiento interior, y continúa hasta nuestra entrada en el reino de los cielos.
5. El Papa no entiende remitir, ni puede remitir otras penas que las que él mismo ha impuesto, ya sea por su propia autoridad o por la de los cánones.
6. El Papa no puede remitir ninguna culpa, sino solo declarar que ha sido remitida por Dios y afirmado la remisión de Dios: si bien es cierto que puede conceder remisión en casos reservados a su juicio. Si fuera menospreciado su derecho a conceder remisión en tales casos, la culpa permanecería enteramente sin perdón.
7. Dios no remite la culpa a aquellos que no se someten humildemente al sacerdote.
8. Los cánones penitenciales solo pueden aplicarse a los vivos, no a los muertos.

9. El Papa, por el Espíritu Santo, es benévolo, pues siempre hace excepción en sus decretos, del artículo de muerte y de necesidad.
10. Los sacerdotes que, en el caso de los moribundos, reservan las penitencias canónicas para el purgatorio, son ignorantes y malvados.
11. Este cambio de la penitencia canónica a la del purgatorio es una cizaña sembrada cuando los obispos dormían.
12. Antiguamente las penas canónicas se imponían antes de la absolución, como prueba de verdadera contrición.
13. La muerte libera al moribundo de toda penalidad canónica.
14. La imperfecta salud del alma provoca necesariamente gran miedo al moribundo.
15. Ese miedo es en sí suficiente para constituir las penas del purgatorio.
16. Cielo, purgatorio e infierno difieren entre sí, al parecer, como la desesperación, la casi desesperación y la seguridad perfecta.
17. Es necesario que se aumente el amor y disminuya el horror hacia las almas del purgatorio.
18. Ni la razón ni las Escrituras aseguran que ellas estén fuera del alcance del amor.
19. Tampoco está probado que ellas conozcan su bienaventuranza, aunque nosotros estamos seguros de ello.
20. Por consiguiente, cuando el Papa habla de “completa remisión de las penas” no se refiere a “todas”, sino a las impuestas por él.
21. Por consiguiente, se equivocan los predicadores de indulgencias que afirman que por las indulgencias del Papa uno puede ser librado de toda pena, y salvado.

22. Porque por ello no remite a las almas del purgatorio ninguna pena que hubieran debido pagar en esta vida.
23. Si fuera posible conceder la remisión de todas las penas, solo podría hacerse con los más perfectos, es decir los menos.
24. Por consiguiente, la mayor parte del pueblo está engañada por esta indiscriminada y altisonante promesa de liberación de penas.
25. El poder que el Papa tiene sobre el purgatorio, en general, es igual al que cualquier cura u obispo tiene en sus respectivas parroquias y diócesis.
26. El Papa hace bien cuando concede remisión a las almas –del purgatorio– no por el poder de las llaves, sino por la intercesión.
27. Ellos predicán que tan pronto como la moneda suena en el fondo de la alcancía, el alma sale del purgatorio.
28. Lo que sucede cuando suena la moneda es que aumentan la ganancia y la avaricia, pero el resultado de la intercesión de la Iglesia está solamente en el poder de Dios.
29. ¿Quién sabe si todas las almas del purgatorio quieren salir de allí, como en las leyendas de san Severino y san Pascual?
30. Nadie está seguro de que su propia contrición sea sincera; mucho menos de que ha obtenido plena remisión.
31. Tan raro como el hombre que es verdaderamente penitente, es el que verdaderamente compra indulgencias.
32. Se condenarán eternamente, junto con sus maestros, los que se crean salvos por tener letras de perdón.
33. Los hombres deben guardarse de aquellos que dicen que el perdón del Papa es un don inapreciable de Dios.
34. Porque esas “gracias de perdón” solo conciernen a las penas sacramentales impuestas por el hombre.

35. No predicán doctrina cristiana los que enseñan que no es necesaria la contrición cuando se compra la salida de las almas del purgatorio o se compra *confesonalia* –derecho de elegir su propio confesor–.
36. Todo cristiano verdaderamente arrepentido tiene derecho a la plena remisión de la pena y la culpa, aun sin cartas de perdón.
37. Todo verdadero cristiano, vivo o muerto, tiene parte en todas las bendiciones de Cristo y de la Iglesia; lo cual le es concedido por Dios, aun sin cartas de perdón.
38. La remisión papal no ha de ser menospreciada; sin embargo, porque –como he dicho– es la declaración de la remisión divina.
39. Es difícilísimo, aun para los más hábiles teólogos, recomendar al pueblo al mismo tiempo la abundancia de indulgencias y la necesidad de verdadera contrición.
40. La verdadera contrición busca y ama la pena, pero el perdón liberal solo relaja la pena y hace que se la odie.
41. Los perdones apostólicos –papales– deben ser predicados con cautela, no sea que se los tome como preferibles a las buenas obras de amor.
42. Debe enseñarse que el Papa no desea que se compare la compra de perdones con las obras de misericordia.
43. Debe enseñarse a los cristianos que el que da al pobre o presta al necesitado hace una obra mejor que si comprara perdones.
44. Porque el amor aumenta con las obras de amor, y el hombre se mejora: lo cual no sucede con los perdones que solo libran de la penalidad.
45. Debe enseñarse a los cristianos que quien, en vez de ayudar al que está en necesidad compra perdones, no compra indulgencias sino la indignación de Dios.
46. Debe enseñarse a los cristianos que, salvo que tengan más de lo que necesitan para ellos y sus familias, no deben derrochar en perdones.

47. Debe enseñarse a los cristianos que la compra de perdones es cuestión de libre albedrío, y no una obligación.

48. Debe enseñarse a los cristianos que el Papa, al conceder perdones, necesita y desea más nuestras oraciones que el dinero que ellos le producen.

49. Debe enseñarse a los cristianos que los perdones del Papa son útiles, mientras no pongan en ellos su confianza: pero enteramente perjudiciales si pierden el temor de Dios.

50. Debe enseñarse a los cristianos que si el Papa conociera las exacciones de los predicadores de indulgencias, quisiera más bien que la iglesia de san Pedro se redujera a cenizas que no que fuera construida con la piel, la carne y los huesos de sus ovejas.

51. Debe enseñarse a los cristianos que sería el deseo del Papa, y es su deber, dar de su propio dinero a muchos de aquellos a quienes ciertos pregoneros de perdones estafan, aunque para ello tuviera que vender la iglesia de San Pedro.

52. La seguridad de la salvación por cartas de perdón es vana, aunque el comisario, o aun el mismo Papa, lo asegurasen por su vida.

53. Son enemigos de Cristo y del Papa los que suspenden la predicación de la Palabra en algunas iglesias, para que en otras puedan predicarse las indulgencias.

54. Se ofende a la Palabra de Dios cuando en el mismo sermón se da igual o más tiempo a las indulgencias que a ella.

55. Debe ser intención del Papa que si las indulgencias se celebran con una campana y una procesión, el evangelio, que es lo más grande, sea predicado con cien campanas, un centenar de procesiones, cien ceremonias.

56. Los “tesoros de la Iglesia” de los cuales el Papa concede indulgencias, no son suficientemente mencionados entre el pueblo.

57. Que no son tesoros temporales, es evidente.

58. Tampoco son los méritos de Cristo y los santos, porque estos obran sin necesidad del Papa.
59. San Lorenzo dijo que los tesoros de la Iglesia eran los pobres de la iglesia, pero hablaba con palabras de su época.
60. Sin audacia decimos que las llaves de la Iglesia, dadas por los méritos de Cristo, son ese tesoro.
61. Porque está claro que para la remisión de las penalidades y de los casos reservados, basta con el poder del Papa.
62. El verdadero tesoro de la Iglesia es el Santísimo Evangelio de la gloria y la gracia de Dios.
63. Pero este tesoro es naturalmente aborrecido, porque hace que los primeros sean postreros.
64. El tesoro de las indulgencias es más aceptable, naturalmente, porque hace que los últimos sean primeros.
65. Por tanto, los tesoros del evangelio son redes destinadas primitivamente a pescar hombres ricos.
66. Ahora los tesoros de las indulgencias son redes para pescar las riquezas de los hombres.
67. Las indulgencias que los predicadores anuncian como “las mayores gracias” lo son en la medida en que aumentan las ganancias.
68. Sin embargo, son en verdad las gracias más pequeñas, comparadas con la gracia de Dios y la piedad de la cruz.
69. Los obispos y curas deben admitir a los comisarios de los perdones apostólicos con toda reverencia.
70. Pero aún más obligados están a abrir ojos y oídos, no sea que esos hombres prediquen sus propias fantasías en lugar de la comisión del Papa.

71. El que habla contra la verdad de los perdones apostólicos sea anatema.
72. Pero el que alerta contra la ambición y licencia de los vendedores de perdones, sea bienaventurado.
73. El Papa condena justamente a los que, por cualquier arte, perjudican al tráfico de indulgencias.
74. Pero mucho más entiende condenar a aquellos que usan el pretexto de las indulgencias para perjudicar el amor y la verdad.
75. Pensar que los perdones papales son tan grandes que pueden absolver a un hombre que haya cometido un pecado imposible y violado a la madre de Dios, es una locura.
76. Decimos, por el contrario, que los perdones papales no pueden quitar el más pequeño pecado venial, en cuanto concierne a la culpa.
77. Se dice que el mismo san Pedro, si fuera Papa ahora, no podría conceder mayores gracias; esto es blasfemia contra san Pedro y contra el Papa.
78. Decimos, por el contrario, que cualquier Papa tiene mayores gracias a su disposición; el evangelio, dones de sanidad, etc.
79. Decir que la cruz blasonada con las armas del Papa, que levantan –los vendedores de indulgencias– tiene el mismo poder que la cruz de Cristo, es blasfemia.
80. Los obispos, curas y teólogos que permitan difundir tales cuentos entre la gente, tendrán que rendir cuenta.
81. Esta desenfrenada predicación de indulgencias hace que sea difícil, aun para los hombres preparados, rescatar la reverencia debida al Papa, de las calumnias o aun de las atrevidas preguntas de los laicos.
82. Por ejemplo: “¿Por qué el Papa no vacía el purgatorio, por puro amor santo y por la espantosa necesidad de las almas que allí están, si

redime a un número infinito de almas por el miserable dinero que necesita para construir una iglesia?”

83. “¿Por qué continúan las misas por los muertos, y por qué no devuelve o permite que sean retiradas las dotaciones fundadas en beneficio de ellas, desde que es un error rogar por los redimidos?”

84. “¿Qué es esta nueva piedad de Dios y el Papa, que por dinero permiten que un impío, que es enemigo de ellos, saque del purgatorio el alma de un piadoso amigo de Dios, y no ponen más bien en libertad a esa alma piadosa y amada, por puro amor?”

85. “¿Por qué los cánones penitenciales, que hace tiempo están de hecho abrogados y muertos por el desuso, han de satisfacerse ahora por la concesión de indulgencias, como si aún estuvieran en vigor?”

86. “¿Por qué el Papa, cuya riqueza es hoy mayor que las de los más ricos, no construye la iglesia de san Pedro con su propio dinero, en lugar de hacerlo con el de los pobres creyentes?”

87. “¿Qué es lo que el Papa remite, y qué participación concede a aquellos que, por su perfecta contrición, tienen derecho a una perfecta remisión y participación?”

88. “¿Qué mayor bendición podría recibir la iglesia que la de que el Papa hiciera cien veces por día lo que ahora hace una vez, y concediera a todos los creyentes esas remisiones y participaciones?”

89. “Puesto que el Papa, con sus perdones, busca la salvación de las almas más bien que el dinero, ¿por qué suspende las indulgencias y perdones concedidos hasta el presente, si tienen la misma eficacia?”

90. Reprimir estos argumentos y escrúpulos de los laicos solo por la fuerza, y no darles razones, es exponer a la Iglesia y al Papa a la irritación de sus enemigos, y hacer desdichados a los cristianos.

91. Por consiguiente, si las indulgencias se predicaran de acuerdo con la intención del Papa, todas estas dudas se resolverían fácilmente; en realidad, no existirían.

92. ¡Afuera, pues, con todos esos profetas que dicen al pueblo de Cristo: “Paz, paz”, y no hay paz!

93. ¡Bienaventurados aquellos profetas que dicen al pueblo de Cristo: “Cruz, cruz” y no hay cruz!

94. Debe exhortarse a los cristianos a que sigan diligentemente a Cristo, su Cabeza, aún a través de penalidades, muertes e infierno.

95. Y tener así confianza en que han de entrar en el cielo, más bien a través de muchas dificultades que a través de la seguridad de paz.

Notas

- 1 "Martin Luther, *The Later Years and Legacy*", *Christian History Magazine* 12, no. 3, ed. 39, Carol Stream, Christianity Today, Inc., p. 10.
- 2 Roland H. Bainton, *Here I Stand – A Life of Martin Luther*, Nashville, Abingdon Press, 1978, p. 18.
- 3 *Ibid.*, p. 19.
- 4 *Ibid.*, p. 25.
- 5 *Ibid.*, p. 21.
- 6 *Ibid.*
- 7 *Ibid.*, p. 27.
- 8 *Ibid.*, p. 24.
- 9 *Ibid.*, p. 25.
- 10 J. H. Merle D'aubigne, *The Life and The Times of Martin Luther*, Chicago, Moody Press, p. 31.
- 11 Heinrich Boehmer, *Martin Luther: Road to Reformation*, Londres, Meridian Books, Muhlenberg Press, 1957, p. 43.
- 12 Bainton, p. 35.
- 13 *Ibid.*, p. 37.
- 14 *Ibid.*, pp. 36, 38.
- 15 *Ibid.*, p. 41.
- 16 *Ibid.*, pp. 41-42.
- 17 *Ibid.*, p. 44.
- 18 "Martin Luther, *The Early Years*", *Christian History Magazine* 12, no. 3, ed. 39, Carol Stream, Christianity Today, Inc., p. 15.
- 19 *Ibid.*
- 20 *Ibid.*
- 21 Bainton, p. 50.
- 22 *Ibid.*, p. 51.
- 23 *Ibid.*, p. 59.
- 24 *Ibid.*, pp. 58, 60.
- 25 *Ibid.*, p. 63.
- 26 "The Early Years", p. 49.
- 27 Mike Fearon, *Martin Luther*, Minneapolis, Bethany House Publishers, 1986, p.128.
- 28 Bainton, p. 67.
- 29 Boehmer, p. 236.
- 30 *Ibid.*, pp. 235-240.
- 31 Bainton, p. 80.
- 32 "The Early Years", p. 14.
- 33 Boehmer, pp. 361-362.
- 34 *Ibid.*, pp. 362-363.
- 35 "The Early Years", p. 14.
- 36 Boehmer, p. 369.
- 37 *Ibid.*, p. 373.
- 38 *Ibid.*, p. 370.
- 39 "The Early Years", p. 14.
- 40 Boehmer, p. 371.
- 41 *Ibid.*, pp. 196, 378-379.
- 42 *Ibid.*, p. 372.
- 43 *Ibid.*, p. 299.
- 44 *Ibid.*, pp. 299-300.
- 45 *Ibid.*, pp. 332-333.
- 46 *Ibid.*, p. 321.
- 47 "The Early Years", p. 24.
- 48 *Ibid.*, pp. 23-25.
- 49 *Ibid.*, p. 25.
- 50 Boehmer, p. 307.
- 51 *Ibid.*, p. 308.
- 52 *Ibid.*, pp. 323-325.
- 53 *Ibid.*, p. 324.
- 54 "The Early Years", p. 16.
- 55 *Ibid.*

- 56 Ibíd.
57 Ibíd.
58 Sociedad Alemana
Lutero, p. 18.
59 Bainton, pp. 165-166.
60 William J. Peterson,
Martin Luther Had a Wife,
Chepstow, Gwent, Inglaterra,
Bridge Publishing, 1984,
p. 20.
61 Ibíd., pp. 20-21.
62 Ibíd., p. 20.
63 Ibíd., p. 14.
64 Ibíd., p. 22.
65 Ibíd., pp. 22-24.
66 Ibíd., p. 24.
67 Ibíd.
68 Ibíd., p. 14.
69 Ibíd., p. 26.
70 Ibíd., pp. 26, 29.
71 Ibíd., p. 31.
72 Ibíd., p. 30.
73 Ibíd., pp. 30-31.
74 Ibíd., p. 31.
75 Ibíd., pp. 31, 32.
76 Ibíd., p. 32.
77 Ibíd., p. 33.
78 Ibíd., p. 34.
79 Ibíd., pp. 14, 35.
80 Ibíd., pp. 34-35.
81 Ibíd., pp. 34, 36.
82 "The Later Years", p. 11.
83 Henry Eyster Jacobs,
*Martin Luther – Heroes of the
Reformation*, Stationers Hall,
Londres, Inglaterra,
G. P. Putnam's Sons, 1899,
p. 274.
84 Ibíd.
85 "The Later Years", p. 16.
86 Ibíd.
87 Ibíd., p. 17.
88 Ibíd., p. 19.
89 "The Early Years", p. 36.
90 Bainton, p. 297.
91 "The Later Years", p. 35.
92 Ibíd., p. 39.
93 Ibíd.
94 Ibíd., p. 36.
95 Bainton, p. 298.
96 "The Later Years", p. 35.
97 Ibíd., p. 37.
98 Ibíd., p. 28.
99 Ibíd., p. 302.
100 Back to the Bible
Publishers, *Martin Luther,
The Reformer*, Lincoln,
Moody Press, p. 125.
101 "The Later Years", p. 35.
102 *Martin Luther, The Reformer*,
p. 125.
103 Jacobs, pp. 408-409.
104 Bainton, p. 286.

Capítulo 4



Juan Calvino

1509 - 1564



“El apóstol maestro”

“El apóstol maestro”

Cuando considero que no estoy en mi propio poder, ofrezco mi corazón como víctima muerta en sacrificio al Señor. [...]. Entrego mi alma, atada y encadenada, en obediencia a Dios.¹

Esta cita fue pronunciada por Juan Calvino ya avanzado en años y ministerio, y creo que es la que mejor refleja la explosiva, pero profundamente comprometida personalidad de este gran reformador. Esta cita ilustra el corazón que hay detrás del gran drama que se desarrollará en las siguientes páginas.

Un apóstol reformador

Aunque cometió errores, y varias de sus posturas doctrinales aún son objeto de disputa, Juan Calvino verdaderamente demostró el espíritu de un reformador. Es llamado uno de los más grandes protestantes que haya vivido jamás; algunos creen que es superior a Lutero. Calvino tomó las verdades que Lutero descubrió y, llevado por la mano divina, utilizó esas verdades para encender nuevas revelaciones de la Palabra.

Aunque cada “general” de este libro tuvo su puesto específico ordenado por Dios, ninguno más que Calvino tuvo un rol tan fundamental y monumental en la reforma de la Iglesia. No era un predicador tronante ni un evangelista apasionado. Algunos han dicho que, en nuestra generación, hubiera sido un profeta mundialmente famoso. No estoy de acuerdo.

Puedo decir que era un maestro apostólico, un pensador y escritor reformado que desenterraba las verdades ocultas que habían sido cubiertas por la ignorancia, la superstición, la persecución y la religión. Si algo hizo Calvino, fue enseñarnos cómo defender la Palabra sin hacer concesiones, desenterrar tesoros ocultos dentro de nosotros, y defender la verdad

de Dios en todo tiempo y en toda situación. Él llevó una antorcha divina que debemos descubrir, sacar de nosotros mismos, y llevar después a nuestra generación.

Un prisionero de la verdad

Mil plumas han escrito sobre Calvino. La suya es una figura altamente controvertida, y Calvino era apasionadamente amado o vehementemente odiado por quienes lo conocieron y, luego, por quienes estudiaron su vida. La segunda actitud aún prevalece entre quienes no comprenden esta personalidad apostólica. Antes de explorar la vida de Calvino, es importante que lleguemos a comprender básicamente por qué obró como obró.

Calvino fue llamado uno de los más grandes protestantes que haya vivido jamás. Nadie más que él tuvo un rol tan fundamental para la reforma de la Iglesia.

Calvino era una persona intrincada, compleja. La mayoría de las personas con un don apostólico son consideradas “complicadas” porque no entran en el *statu quo*. No “siguen a la manada”, si la manada va en la dirección equivocada. No se conforman ni se quedan calladas por mantener la paz. Las personas con un don apostólico no se esfuerzan por mantener la paz, como quienes acomodan principios y verdades para mantener a todos contentos. Pero son pacificadores, ya que están dispuestos y listos para actuar como sea necesario para que la verdad prevalezca y, para ellos, no hay paz posible si existe error. Calvino creía que ignorar el error era algo groseramente carnal. Para él, quienes escapaban a la controversia o la confusión, eran brutos.

Un apóstol piensa de esta manera: si no tenemos entendimiento, debemos buscarlo, y buscarlo con la verdad. Una vez que lo obtenemos, debemos vivirlo y proclamarlo. Si hay error, debemos corregirlo, hacer todo lo que sea necesario para cambiarlo, y vivir como debamos vivir para que ese cambio sea completo.

Quienes tienen un don apostólico son apasionados de la verdad; son incuestionablemente leales a Dios. Debido a estas pasiones tan profundas, son considerados por las personas no instruidas como “raros” o “mezquinos” cuando se plantan en oposición a quienes violan las verdades de Dios. Para los apóstoles como Calvino, la mayor tragedia en

este mundo es una vida que no sigue el plan de Dios. Debido a su inquebrantable lealtad a Dios y su reino, los apóstoles suelen ser considerados personas de poco entendimiento, poca amabilidad y escaso humor.

En realidad, es todo lo opuesto. A pesar de lo que parece, los apóstoles genuinos son nuestros más firmes defensores. Debemos dar gracias a Dios por los apóstoles que tienen escasa simpatía por el error que engaña y que son poco amables con el pecado que destruye la posibilidad de que nuestras vidas fructifiquen. Debemos comprender que los apóstoles no consideran gracioso que el reino de Dios se vea obstaculizado por las debilidades y los males de la humanidad.

Calvino pensaba de esta forma:
*Si no tienes entendimiento,
búscalo, y búscalo con la verdad.
Una vez que lo consigas, vívelo y proclámalo.*

Permítame preguntarle: ¿dónde estaríamos hoy si los líderes apostólicos hubieran simpatizado con el error, el mal y las debilidades? ¿Habrían logrado la monumental Reforma si se hubieran quedado del lado de la conformidad y la ignorancia?

Un capítulo no basta

Ha habido cientos de libros escritos para reflejar cada aspecto de la vida de Calvino; esto es solo un capítulo. En un capítulo solo puedo poner de relieve algunos puntos específicos. Mi meta es presentar a los grandes hombres como seres humanos que entregaron su vida en obediencia al llamado de Dios. Al estudiar las pasiones del corazón de Calvino, se ve claramente la sencillez de su llamado.

Más adelante en este capítulo destacaré algunas de las posturas doctrinales de Calvino. Mi meta no es presentar una exposición teológica ni debatir sus creencias, sino mostrar el espíritu con el que él reformó el cuerpo de Cristo. Si usted desea estudiar a Calvino en un sentido teológico, hay cientos de libros escritos en diferentes siglos que pueden brindarle amplia información al respecto.

Nacido en la clase alta

Noyon era una pequeña pero influyente ciudad ubicada a poco más de 100 km de París. Allí, en la mañana del 10 de julio de 1509 nació el cuarto hijo del distinguido notario Gerardo Calvino y su esposa Juana: un varón a quien llamaron Juan.

El año que nació Calvino ya circulaban rumores y oleadas de rumores de una nueva Reforma por toda Francia. El líder de esta Reforma, un alemán llamado Martín Lutero, había recibido su título en Biblia y daba disertaciones sobre cómo obtener la salvación por medio de una relación con Dios.

Juan Calvino disfrutó de una niñez de solvencia y buena posición social. Aunque no había nacido rico, su madre era hija de un posadero de mucho dinero, y su padre tenía una posición muy importante como notario de clérigos y magistrados. Dado que tenía un conocimiento práctico de los asuntos legales, su padre también actuaba como abogado del cabildo de la catedral y era secretario del obispo; supervisaba sus libros contables.

Hay muy poca información sobre la madre de Calvino. Era conocida por su belleza y su compromiso para con la Iglesia, y llevó al joven Juan a visitar los santuarios cuando era un bebé. En una de esas visitas, el pequeño Juan besó la cabeza de una de las estatuas.

Después de dar a luz cinco hijos, dos de los cuales murieron en la infancia, la madre de Juan murió cuando él solo tenía tres años. Gerardo volvió a casarse, pero nada se sabe de la madrastra de Juan, excepto que dio a luz dos niñas, una de las cuales se fue a vivir con su famoso medio hermano tiempo después.

Debido a la influyente posición de su padre, el joven Juan se hizo amigo de gente de la clase alta. Sus compañeros de andanzas infantiles eran ricos, y disfrutó de una educación con tutores privados. Tuvo, además, el privilegio de asistir a una escuela privada para varones en Noyon.

Juan desarrolló un cálido afecto por la aristocracia. Se refería a sí mismo como una persona común que tenía el lujo de tener buenos amigos y una excelente educación.

Debido a la influencia de su padre, Juan solo tenía doce años cuando fue nombrado capellán de la catedral. Durante ese tiempo se le dio un modesto salario sin necesidad de que cumpliera ninguna tarea. Su padre lo preparaba para un lugar de prominencia.

No era sorprendente que hubieran planeado para él una educación en la Universidad de París. Gerardo arregló todo para que la Iglesia le proveyera los fondos para que su hijo asistiera a la universidad: prometió que Juan estudiaría para ser sacerdote.

Cuando Juan tenía solo catorce años salió de Noyon para vivir con su tío en París, y se inscribió en el *College de la Marche*, una facultad de artes y teología de la Universidad de París. En los registros de la universidad figura el apellido “Cauvin”, que fue latinizado como “Calvinus” y, “deslatinizado” nuevamente, quedó como lo conocemos hoy, “Jean (Juan) Calvino”.²

Calvino se inscribió en 1523, tres años después que Martín Lutero quemó el derecho canónico y la bula que amenazaba con excomulgarlo. Para esta época la Reforma en Alemania había llegado al cenit, saturada por las acciones y las ideas de Martín Lutero. La Reforma explotaba en toda Europa.

Un universitario de catorce años

Siendo un jovencito de solo catorce años, Calvino se encontró en una de las universidades más importantes, ubicada en el corazón de una de las más grandes naciones de su época. Las superficiales ideologías de Noyon habían quedado muy atrás, y ahora Calvino se encontraba en medio de la excitación intelectual, política y religiosa de ese tiempo.

El gobierno y la religión estaban estrechamente entrelazados. De hecho, era raro que existiera algún concepto o algún evento en que ambos no estuvieran profundamente involucrados. Pero Francia era una monarquía, lo cual significaba que, oficialmente, gobernaba el rey, aunque esto no le agradara demasiado a la Iglesia.

La Iglesia Católica Romana estaba en muy malas condiciones. La inmoralidad estaba terriblemente extendida, y la educación teológica estaba en su punto más bajo. La Iglesia no tenía deseos de buscar la verdad. Debido a la creciente importancia de la Reforma, toda clase de puntos de vista y teorías inusuales circulaban en la universidad. La Iglesia no estaba interesada en examinar estas teorías para encontrar la verdad, y prefería defender sus tradiciones y doctrinas establecidas.

Calvino era inusualmente brillante y estaba ansioso por aprender. Debido a esto, llamó la atención de un muy distinguido sacerdote y maestro de latín, Mathurin Cordier. Cordier pasó muchas horas con Calvino, le enseñaba latín y los sistemas del gobierno de la Iglesia. Aunque había treinta y dos años de diferencia entre ambos, se convirtieron en amigos para toda la vida. Cordier siguió a Calvino en la Reforma, tiempo después, y vivió con él hasta su muerte. La influencia de Cordier sobre Calvino ayudó a definir el estilo y la brillantez en sus futuros escritos.

Moldeado para el destino

Calvino pronto dejó el *College de la Marche* y se inscribió en el *College de Montaigu*.

Creo que hizo este cambio movido por un hambre de santidad. Esta universidad era conocida por su estricto apego a la moral, y solo asistían a ella quienes deseaban una vida de disciplina. Creo que Calvino se desilusionaba por la lasitud moral que veía en los clérigos, y buscaba lo mejor que pudiera encontrar dentro de sus propias creencias. En este momento de su formación Calvino “comía poco y dormía poco, pero devoraba los libros”.³

Aunque era joven, Calvino tenía la mente de un anciano. Era muy maduro para su edad, y tenía aspecto de estudioso. Amaba los libros; disfrutaba de examinar profundamente cada tema hasta llegar a comprenderlo en detalle.

Aunque pasaba muchas horas estudiando, no era un eremita crítico y condenador, como muchos de sus contemporáneos sostuvieron. Muchos de ellos no comprendían su personalidad, y los rumores comenzaron porque estaban celosos de que atrajera a tantos amigos distinguidos, siendo él tan joven.

Calvino permaneció en contacto con sus amigos de la infancia en Noyon, y esos mismos amigos luego se unieron a él en la Reforma. También hizo muchos nuevos amigos, varios de ellos mucho mayores que él. El hecho de que estos amigos le fueran leales a través de los años, demuestra su carácter y su personalidad.

Calvino era un invitado frecuente en los hogares de dos de los más grandes eruditos de la universidad, uno de los cuales era el médico del rey. Se hizo muy amigo de los hijos de estos hombres, y ambas familias fueron recibidas por él como refugiados en la época de la Reforma.

Las relaciones eran muy importantes para Calvino. No importaba dónde lo llevara su destino, nunca olvidaba a sus amigos ni a las personas que lo habían tratado bondadosamente. Dentro de su mentalidad superior, cabía un corazón de oro. Calvino era tierno, siempre dispuesto a ayudar a los necesitados, y solía permitirles vivir en su casa si surgía la necesidad.

Mientras estudiaba en el *College de Montaigu* profundizó su estudio del latín y aprendió el arte del debate o argumentación vocal, como entonces lo llamaban. Es fácil imaginar al frágil joven de diecisiete años, brillante en sus frases, interrumpiendo un debate y silenciando a los participantes con su conocimiento y superior habilidad mental. El debate era un arte preciado para Calvino, y estoy seguro de que atizó el fogoso temperamento por el que se hizo famoso.

En esa época también entró en contacto con un famosísimo escocés llamado John Major. Calvino estaba fascinado por la filosofía escolástica

de este escocés y pasaba todo el tiempo libre de que disponía con este instructor. Calvino debatía con Major en los temas que aprendía en clase, pero el complejo conocimiento de Major lo dejaba ansiando conocer más. Major ya había escrito un comentario sobre los Evangelios, en el que había influencias de Wycliffe, Hus y Lutero. Calvino recibió información fidedigna sobre la vida y la teología de Lutero en las disertaciones de Major. Aceptó esa información y la escondió muy en lo profundo de su corazón.

Un abrupto giro en el camino del destino

En 1528, cuando Calvino tenía solo dieciocho años, recibió su título de máster en artes. Ahora dominaba el latín y tenía sólidos conocimientos de filosofía y humanismo. Justo cuando parecía que el camino al sacerdocio estaba listo para que Calvino lo recorriera, se produjo un giro inesperado en los hechos.

El trabajo de Gerardo estaba amenazado. El padre de Calvino era cada vez menos apreciado por los clérigos de la catedral de Noyon, que lo interrogaron sobre su capacitación contable y solicitaron revisar sus libros. Gerardo se sintió terriblemente ofendido por este cuestionamiento a su integridad, y se negó a entregar los libros. Su resistencia provocó que fuera excomulgado.

Temiendo, quizás, que se cortaran los fondos para la educación de su hijo, o quizá simplemente enfurecido por el sistema eclesiástico, Gerardo decidió hacer un cambio brusco en la educación de Juan. Ahora quería que fuera abogado. Él era abogado y había disfrutado la riqueza y los beneficios de clase relacionados con esta profesión. Como estaba excomulgado, sabía que el hecho de que su hijo fuera sacerdote no beneficiaría económicamente a la familia. Entonces decidió que su hijo estudiara Leyes, y le comunicó su decisión; le ordenó que pasara a la Universidad de Orleáns.

La noticia fue terrible para Calvino. No tenía una relación demasiado estrecha con su padre, pero se sentía obligado a obedecer. A los diecinueve años Juan se mudó a Orleáns y se inscribió en la Facultad de Leyes.

Calvino adopta el Renacimiento

Aunque Calvino no estaba verdaderamente interesado en el Derecho, siendo el estudiante apasionado que era, pronto encontró fascinantes sus nuevos estudios.

Durante su estadía de un año y medio en Orleáns, se convirtió en pupilo de Pierre de l'Étoile, uno de los más importantes instructores en jurisprudencia de toda Francia. Calvino tenía gran respeto por l'Étoile, especialmente porque era un devoto conservador que se había convertido en sacerdote al morir su esposa.

Calvino pasó al frente de la clase. Su progreso no se debía a su amor por la ley, sino a la pasión por el estudio de los idiomas, la literatura y las culturas. Calvino mantenía una disciplina de estudio tan rígida que era considerado como un “prometedor erudito en Leyes”.⁴ Calvino desarrolló los ideales del Renacimiento aquí, y también comenzó a adentrarse en los aspectos más generales de la fe evangélica.

Durante esta época, las consecuencias de estudiar griego tanto como latín saturaron a Europa. El idioma griego era un campo de estudio no demasiado conocido, y aún se lo relacionaba mucho con la herejía. Los tímidos lo evitaban y se sometían al juicio de la Iglesia. En relación con el griego, se publicaba esta advertencia: “Hallamos ahora este nuevo idioma llamado griego. Debemos evitarlo a toda costa, ya que este idioma da lugar a herejías. Cuidaos especialmente del Nuevo Testamento en griego; es un libro lleno de espinas y púas”.⁵ Pero Calvino era un librepensador. Si algo hacía crecer o daba fundamento a su razonamiento y sus pensamientos, lo adoptaba. Poco le importaban las opiniones de los demás, a menos que validaran un pensamiento que él estaba procesando. Durante sus estudios en Orleáns abiertamente agradeció a aquellos instructores que se atrevían a mezclar el idioma griego con el Derecho.

El intelectualismo estaba en su cima. Esta era produjo una revolución de las artes. Por ejemplo, la imprenta había sido inventada en el siglo XV, y su uso se extendía por todo el mundo conocido. Las personas la consideraban como una forma vital de publicar sus mensajes. El fenómeno de tal invento podría ser comparado con la computadora en nuestra época. La palabra impresa pronto tuvo gran valor, ya que los autores se dieron cuenta de que un libro podía llegar mucho más lejos, geográficamente, que lo que ellos podían cubrir con un viaje. Se imprimían ediciones baratas de los clásicos griegos y latinos, y todos se apresuraban a comprarlos. Martín Lutero ya había aprovechado esto para hacer conocer sus libros, años antes. Calvino también aprovecharía esta gran expansión.

Calvino compró los clásicos, y leía las obras de Platón y Aristóteles en cada segundo libre que tenía. Su hambre de filosofía era tan grande que nunca estaba satisfecho con lo que aprendía en escritos políticos y humanistas.

Siempre estaba buscando algo que satisficiera su hambre y su descontento con el *statu quo*. Muchos de los estudiantes de Leyes decidieron pasar a

la Universidad de Bourges. La hermana del rey había nombrado a un instructor italiano radical para que enseñara Derecho Romano en la facultad, y los compañeros de clase de Calvino estaban locos de entusiasmo ante la idea de aprender de él. Después de escuchar sus motivos y ver cómo los mejores de su clase se pasaban a la otra universidad, Calvino se sumó a ellos. A fines de 1529 se convirtió pues en estudiante de Bourges.

Juan Calvino, reformador protestante francés. Hulton Archive/Getty.



La amenaza del luteranismo

Aunque Calvino estaba absorbido por sus propios estudios, el luteranismo resonaba a su alrededor. Si se atrapaba a un seguidor de esta teología, era juzgado por la Iglesia y, si se lo hallaba culpable, con la aquiescencia del gobierno, podía ser quemado en la hoguera, linchado o decapitado. Esto sucedía con frecuencia en París, y aunque parecía que la vida de Calvino estaba llena de otras cosas que ocupaban su atención, él se enteraba de cada veredicto apenas se producía. También sabía cuán rápidamente crecía el movimiento protestante, tanto de los reformadores como de los luteranos.

Antes de continuar quisiera explicar las diferencias entre los luteranos y los reformadores, dos ramas del protestantismo.

La teología reformada —es decir, Nuevo Testamento, gracia, fe, etc.— había circulado desde años antes que Martín Lutero entrara en escena, pero la obra de su vida la puso de relieve. Con sus Noventa y Cinco Tesis Lutero separó la teología reformada de la teología católica romana, y la Iglesia Católica Romana comenzó a tachar de protestante a todo aquel que estuviera relacionado con estas verdades.

Dado que Lutero tenía algunas convicciones diferentes de las de los reformadores, principalmente en lo relativo a la comunión, el luteranismo se convirtió en un segmento de la teología protestante reformada. Había muchos protestantes que no se llamaban luteranos, porque no creían lo

mismo que Lutero. De hecho, Ulrico Zwinglio, el gran reformador suizo, sostenía que había predicado el verdadero Evangelio reformador mucho tiempo antes que Lutero entrara en escena, y le disgustaba que lo llamaran luterano, como si fuera la única rama del protestantismo. En esa época había muchos grupos religiosos diferentes que reclamaban para sí el nombre de protestantes, como en la actualidad. En este capítulo llamaré “protestantes” a protestantes y luteranos, a menos que sea necesario hacer alguna aclaración especial.

Dado que Calvino tenía una mente razonadora, solía discutir con otros estudiantes la pasión y las ideas que tenían estos luteranos y reformadores. Una de las más famosas quemas en la hoguera por herejía se produjo en Bourges justo cuando Calvino llegó. Uno de los seguidores de Lutero, que había trabajado para que las ideas y las opiniones de este penetraran en Francia, fue finalmente atrapado por la Iglesia al mismo tiempo que Calvino llegaba a la ciudad. Lo quemaron en la hoguera, pero no lograron hacer nada para detener el avance del luteranismo en Francia.

La Universidad de Bourges fue una experiencia decepcionante para Calvino. Él era un admirador del conservador l'Étoile, y el nuevo instructor que había sido traído por la hermana del rey lo condenaba abiertamente. Calvino ya había llegado a la conclusión de que el instructor italiano era pomposo, vanidoso e irreverente. De hecho, Calvino despreciaba tanto la soberbia de este hombre que odiaba la idea de estudiar bajo su tutela.

El primer prefacio que Calvino escribió para un libro nació de su disgusto por este hombre. Uno de sus compañeros de clase había escrito un libro en defensa de l'Étoile, y Calvino tuvo el honor de escribir su prefacio. Como un cachetazo para el famoso instructor italiano, Calvino escribió en el prefacio de esta obra publicada que l'Étoile, “por su profundidad, competencia y pericia en Leyes, es el príncipe incomparable de nuestro tiempo”.⁶

A su joven edad, Calvino demostraba que jamás temería a entrar en una controversia si esto significaba defender lo que él creía que era la verdad.

Una marca que no puede ser borrada

Poco después de que se publicara este primer prefacio suyo, en 1531, Calvino fue convocado a Noyon por la noticia de que su padre moría, y estuvo junto a su lecho cuando este murió. Calvino hablaba de la muerte de su padre con una extraña indiferencia. Posiblemente estaba resentido por el cambio de profesión a que este lo había obligado.

Con su padre muerto y los detalles del patrimonio en las manos de su hermano Carlos, Juan tomó un descanso en sus estudios y permaneció el

resto del verano y el otoño en París, asistiendo a disertaciones sobre el griego y el hebreo. Ahora podía elegir la profesión que deseara. Aunque no tenía intenciones de convertirse en abogado, aún no había terminado sus estudios en la Escuela de Leyes. París era un lugar peligroso para vivir, dado que estaba bajo una plaga, pero Calvino no solía dejar asuntos sin terminar. Así que, a regañadientes, regresó a Orleáns y, en 1532, obtuvo su doctorado en Derecho.

Una imborrable impresión luterana

Colmado de conocimientos, Calvino se sintió inspirado a aprovechar la imprenta y escribir un libro propio. La plaga había cedido en París y, ansioso de ver a su vasto círculo de amigos, Calvino regresó a la bulliciosa ciudad a fines de 1532. Esta vez prestó poca atención a las disertaciones que se daban a su alrededor, y se entregó a la tarea de escribir su primer libro.

Dado que amaba la política, lo obsesionaban las ideas de un filósofo de la antigüedad llamado Séneca. Calvino tomó las ideas de Séneca y las formuló en un libro lleno de razonamientos académicos; intentó brindar alguna idea de por qué Nerón había gobernado como lo había hecho. El libro era un comentario sobre el libro *De Clementia*, de Séneca. En él Calvino concordaba en que los reyes tienen una autoridad superior por derecho divino, pero condenaba el orgullo, los pecados y los razonamientos que los llevaban a actuar de maneras inhumanas.

Calvino publicó él mismo el libro, que fue un terrible fracaso. Pero dos cosas buenas surgieron de lo que aparentemente había sido una pérdida de tiempo y dinero. Primero, hay elementos en el libro que se convirtieron en un fundamento permanente de su doctrina política durante su liderazgo en la Reforma. Segundo, para escribir el libro Calvino se internó en el hogar de un devoto luterano. Como consecuencia de esto, quedó bajo influencia directa y constante del protestantismo.

¿Por qué buscó refugio en el hogar de este hombre en particular? Quizá creía que, estando allí, ninguno de sus amigos católicos lo molestaría para cuestionar o influenciar su escritura. Podría ser que se sintiera cómodo con la personalidad de este hombre y seguro de que sería un refugio para que sus pensamientos pudieran correr libremente. O quizá el Espíritu Santo lo llevó allí.

Mientras Calvino trabajaba arduamente en sus escritos seculares, este hombre se sentaba en el cuarto contiguo a devorar los escritos y los libros de Lutero, para luego comentar cuán inspiradores le resultaban. Los pensamientos de Calvino eran interrumpidos por protestantes, franceses

y extranjeros, que constantemente golpeaban a la puerta de este hombre en busca de refugio en su hogar. Calvino, probablemente, escuchaba con gran interés las conversaciones de estos hombres sobre sus firmes creencias y peligrosas hazañas. Calvino solía encontrarse solo, mientras su hospedador visitaba a pobres y enfermos para darles comida, tratados sobre el luteranismo y pasajes bíblicos. Este bondadoso y osado hombre fue luego quemado en la hoguera por su pasión y su participación en el luteranismo.

Calvino, que tenía también un corazón genuino y bondadoso, no podría menos que haber sentido la influencia de la bondad, la pasión y el verdadero servicio cristiano que este hombre brindaba a los demás. Calvino fue testigo de cómo este hombre murió gustoso por lo que creía. Los hechos que sucedieron en esa casa dejaron en Juan una marca que jamás sería borrada.

La conversión interior

Faltan datos precisos sobre algunas partes de la vida de Calvino, debido a que él mismo no dio demasiados detalles respecto de ellas. En algún momento entre 1529 y 1533 se convirtió a las convicciones del protestantismo por fe, pero continuó siendo católico. Nadie puede señalar con exactitud la fecha de su conversión. Algunos registros sostienen que Calvino ya predicaba en 1529, en púlpitos de piedra, en aldeas y en “un granero cerca del río”.⁷ No está claro si Calvino era el que predicaba, aunque un oyente comentó: “De cualquier modo, nos dice algo nuevo”.⁸ Es posible que haya continuado como católico y predicado, aunque la práctica de predicar al aire libre no era común entre los católicos. Podría haber predicado sus filosofías. También es posible que haya hablado abiertamente de su fe evangélica solo un tiempo después de haber creído. Su simpatía por la causa comenzó durante su estadía en la casa del mercader de telas protestante, mientras escribía su primer libro.

Calvino relata una experiencia propia en uno de sus libros publicados, titulado *Comentario sobre los Salmos* (1557):

Dios me tomó de mis oscuros y humildes comienzos y me confirió el honorabilísimo oficio de heraldo y ministro del Evangelio. [...]. Lo que sucedió primero fue que, por medio de una inesperada conversión, Él domó hasta hacer enseñable a una mente demasiado obcecada para sus años; porque yo era tan firmemente devoto de las supersticiones del papado que nada menos podría sacarme de tan profundo fango.

Así que esta mera muestra de verdadera piedad que recibí, encendió en mí tal deseo de progresar que continué el resto de mis estudios con mayor frialdad, aunque sin abandonarlos del todo. Antes de que pasara un año, cualquiera que anhelara una doctrina más pura venía a aprenderla de mí, aún un mero principiante y novato.⁹

Como Lutero, Calvino nunca dio la fecha exacta de su conversión. Estos reformadores estaban más interesados en la expansión de la Reforma que de los detalles privados de sus vidas.

Los primeros reformadores eran personas desinteresadas. Realmente se distinguieron por entregar su vida por lo que creían. Soportaron la persecución y nunca retrocedieron ante ella. Los reformadores eran personas absolutamente intrépidas que publicaban sus convicciones sin temor ni remordimiento. Vivían lo que creían, y trazaban una línea muy clara entre el bien y el mal según su forma de entenderlo.

Algunos creen que la conversión de Calvino se produjo en 1533, debido a los hechos que tuvieron lugar en su vida ese año. Hasta este momento, a su alrededor había personas que eran linchadas o quemadas en la hoguera, pero Calvino mismo no había sido tocado, quizá porque mantenía una alianza, aunque ya no demasiado estrecha, con la Iglesia Católica. Esa alianza lo protegía de ser contado entre los protestantes.

Pero esa alianza, segura y silenciosa, cambió drásticamente después de un discurso de Nicolás Cop.

El discurso que destruyó todo

El año era 1533. Calvino había regresado a París y había hallado la atmósfera de la ciudad cargada de tensión. Europa luchaba con la nueva fe cristiana que habían despertado los escritos de Martín Lutero.

Calvino regresó a la ciudad, principalmente, debido a que su amigo íntimo, Nicolás Cop había sido nombrado decano de la Universidad de París. Se aseguró de estar presente cuando Cop diera su discurso inaugural a la comunidad académica. Calvino fue ubicado con el grupo selecto de amigos y también honrado por sus propios logros académicos.

El 1 de noviembre el auditorio estaba colmado de religiosos católicos y estudiantes sobresalientes. Cuando Cop subió la escalerilla y se colocó tras el púlpito, el ambiente estaba tenso.

El discurso inaugural, supuestamente, debía repasar las metas y los asuntos institucionales, y cada instructor y estudiante honrado con la invitación

a estar presente allí debía utilizar ese discurso para planificar su visión de la educación para el año académico que estaba por comenzar.

Cop comenzó su discurso anunciando el tema: la filosofía cristiana. La mente de Calvino debe de haber volado a las largas noches que él y Cop habían discutido sus posiciones sobre la fe cristiana. Probablemente contuvo el aliento, se preguntaría si Cop usaría el púlpito para propagar sus opiniones.

Calvino no tuvo que esperar mucho tiempo. Cop habló como si todo el auditorio estuviera compuesto por reformadores.

Comenzó su discurso con una presentación de la filosofía cristiana. Muchas de sus ideas provenían del griego, lengua que la Iglesia Católica tachaba de herética. Algunos de los puntos que Cop incluyó en su disertación habían sido tomados directamente de una obra publicada por Lutero. Aun más, Cop demostró que había tomado conceptos de aquel diciendo: “La ley mueve por órdenes, amenaza, insta, no promete buena voluntad. El Evangelio no mueve por amenazas, no fuerza con órdenes, enseña la mayor buena voluntad de Dios para con nosotros”.¹⁰

Como si esa afirmación no fuera suficiente para desafiar a la Iglesia, Cop avanzó aun más: “Un hijo fiel puede servir a su padre mientras este vive, y luego recibe una herencia al morir su padre. La herencia puede ser considerada como una recompensa por haber sido un hijo fiel, pero no es, de ninguna manera, una deuda que el padre tiene con el hijo. Así es que, podemos ser fieles a Dios, sirviéndolo y obedeciendo la ley como hijos suyos. Las bendiciones de Dios no son una recompensa por ese servicio. Son, por el contrario, el beneficio de nuestra salvación, recibida por fe”.¹¹

Cop continuó alabando a quienes habían sido perseguidos por causa de Dios y pidió el fin de las diferencias teológicas que son “practicadas por el temor de aquellos que matan al cuerpo, pero no pueden hacer daño al alma”.¹² Estas mismas palabras serían usadas en contra de Calvino años después, cuando se lo culpó por la ejecución de un hombre.

Cop tenía la intención de que su discurso abriera la mente de los estudiantes y los profesores, para que consideraran las ideas protestantes como parte de las nuevas enseñanzas que estaban a las puertas de la universidad. Pero ellos no lo vieron así. En cambio, vieron a Cop como un luterano encubierto, y consideraron que sus ideas eran una amenaza. Interpretaron su discurso como un ataque contra quienes perseguían a los protestantes. Naturalmente, poco después de este discurso inaugural, Cop debió huir de París.

Dado que era amigo cercano de Cop, Calvino también fue tildado de luterano. De hecho, años después de la muerte de Calvino, muchos aún

creían que él había escrito ese famoso discurso, ya que entre sus papeles personales se encontró una copia exacta de él, escrita de su puño y letra.¹³ Si esto es cierto, Calvino había abrazado la creencia protestante sobre la salvación años antes, aunque continuaba siendo católico. Durante los muchos años que pasó en reclusión y estudio, se cree que fue el verdadero autor de muchos sermones protestantes que otros predicaban, así como de discursos como el de Cop.

Poco después que Cop huyó de París, Calvino siguió sus pasos.

Adicto a la religión

Calvino se ocultó en la pequeña ciudad de Nerac desde fines de 1533 hasta comienzos de 1534. Tuvo una gran lucha interior durante ese tiempo de reclusión. Docenas de jóvenes protestantes lo buscaban, desesperados por recibir su conocimiento y su sabiduría. Pero Calvino se consideraba un mero novicio; además, aún estaba conectado con la Iglesia Católica.

Las luchas internas de Calvino lo llevaron a salir de su encierro en la primavera de 1534. Regresó a París por una razón: para buscar la sabiduría del famoso erudito bíblico Lefevre D'Etaples.

Calvino había oído hablar de Lefevre desde sus años de estudiante, y había sido amigo de varios de sus alumnos. Había escuchado cómo este respetado hombre, que alguna vez había sido ordenado sacerdote católico, se había convertido en líder del movimiento francés de la Reforma. Lefevre escudriñó las Escrituras por sí mismo y llegó a la conclusión de que la Biblia era la única fuente de autoridad. Él acuñó la frase “literal-espiritual”, en referencia a que solo el Espíritu Santo podía interpretar el significado de la Biblia.¹⁴

*Lefevre y Calvino hacían énfasis en
que el hombre era salvo por gracia y no por obras.
La gracia nos habla del amor y la bondad de Dios
para con la humanidad.*

Lefevre también llegó a comprender que el hombre era salvo por gracia –fe– y no por obras, ni por méritos humanos establecidos por la Iglesia. Hablaba más de gracia que de fe, como hizo Calvino en sus últimos años. Esto era consecuencia de la época y el error religioso en que vivían:

la gracia hablaba más del amor y la bondad de Dios hacia la humanidad, algo que la Iglesia Católica había borrado por completo.

Firme defensor de la estricta doctrina de la predestinación, la interpretación de Lefevre influyó de gran manera en Lutero, y ambos se elogiaban mutuamente en sus obras.

En 1534 Lefevre tenía casi cien años, y Calvino sabía que debía actuar rápidamente si quería tener una audiencia con él. Vivir hasta esa edad en esta época es una hazaña, pero esa época era algo especialmente sorprendente; la mayoría de la gente que vivía hasta pasar los cincuenta años se consideraba afortunada. Calvino hizo el viaje desde Nerac y, dado que era francés como él, obtuvo una audiencia con Lefevre.

No hay registros de su conversación, pero me hubiera encantado oír-la. Lefevre le profetizó a Calvino que sería “el instrumento para establecer el reino de Dios en Francia”.¹⁵ Creo que el Espíritu Santo estuvo presente en ese encuentro, y que Calvino encontró allí entendimiento y revelación. Lefevre lo animó a adoptar una postura aún más osada que la que él había tomado. Calvino, que había llegado a Lefevre como un joven confundido y cuestionador, partió con un claro entendimiento de la tarea que le quedaba por delante y de lo que debía hacer. Nunca comentó lo que ambos hablaron, pero su vida demostró claramente la transformación.

La reunión con Lefevre tuvo lugar el 6 de abril de 1534. A pesar de la excomunión de su padre, Calvino aún estaba en buenos términos con la iglesia católica de Noyon. De hecho, planeaba que fuera ordenado sacerdote católico dos meses después de su reunión con Lefevre.

Lo que alguna vez había sido doloroso para Calvino era ahora su único camino hacia la paz. Calvino salió de la reunión con Lefevre convencido de que la reforma jamás se produciría mientras él permaneciera dentro de la Iglesia Católica. Fuera cual fuere el precio, las hipocresías de la Iglesia Católica debían ser rechazadas y destruidas por una denuncia personal.

*La reunión con Lefevre le demostró
a Calvino que Dios tenía su mano sobre su vida.
Calvino sabía que ya no podía transigir.*

Calvino había luchado contra esto durante años. Después confesó que había sido “obcecadamente adicto” al papado y al sistema religioso en el que había sido criado, y esperaba obtener un puesto de liderazgo.¹⁶

Describió su amor por la Iglesia como una “barrera de resistencia” que había protegido sus planes ministeriales y su seguridad económica. Pero esta barrera ahora le parecía una herejía hipócrita contraria a la voluntad de Dios. La luz había atravesado su pasiva protección, y los obstáculos habían sido removidos. Calvino ya no consideraba su vida como una más dentro de una multitud complaciente. Ahora que sabía cuál era su camino, “no podía haber posposición, ninguna evasión racionalizada. La mano de Dios estaba sobre él”.¹⁷ El 4 de mayo de 1534, menos de un mes después de su histórica y relevante reunión con Lefevre, Calvino viajó a Noyon y entregó sus papeles ministeriales a la Iglesia Católica. Las preguntas habían terminado y la verdad estaba a la vista. Decisivamente y para siempre, Calvino había adoptado una posición en contra de la Iglesia Católica y a favor de Dios.

La guerra de los carteles

Calvino decidió permanecer en Noyon un tiempo y visitar a su familia. Seguramente subestimó el alboroto que se produjo cuando rompió lazos con la Iglesia Católica.

En pocos días el hermano de Calvino, Carlos, fue arrestado por herejía. El 26 de mayo Juan mismo fue arrestado por no haber entregado a Carlos por hereje. Después de dos breves períodos en la cárcel, Juan recibió instrucciones de salir de Noyon, pero no fue acusado de herejía.

Durante 1534 Calvino fue de un lugar a otro, con un recorrido impredecible. Nunca habló en público durante este tiempo, pero constantemente daba estudios bíblicos para quienes comenzaban como protestantes. Personas de todos los círculos sociales buscaban a Calvino, desde un zapatero paralizado hasta nobles y profesores. Estos fueron los primeros “calvinistas”.¹⁸

En este ínterin Calvino arriesgó su vida para entrar en París y reunirse con Miguel Servet. Este era un radical español que había publicado un libro en el que abogaba por la reforma de la Iglesia. El libro había sido escrito de forma confusa y herética, y Servet había acordado reunirse con Calvino para considerar y corregir sus errores. Calvino esperaba que un resultado de esta reunión fuera que Servet se convirtiera en una potente voz en la Reforma protestante.

Servet no se presentó a la reunión, y Calvino tuvo que huir de París a un lugar más seguro. Pero ya había marcado a Servet como una persona de carácter poco confiable. No tenía idea de cuán problemático llegaría a ser para él más adelante.

Aunque permanecer en Francia parecía una opción segura para Calvino, esto pronto cambiaría. Los radicales protestantes de París comenzaron

a lanzar una campaña masiva contra la Iglesia Católica, que culminó el 18 de octubre de 1534, y se conoció como “la guerra de los carteles”.

Antes de comentar esta guerra, quisiera primero explicar quién fue el personaje principal: el rey Francisco I.

Francisco I fue rey de Francia durante los primeros años de la Reforma de Calvino. Había sido tolerante con la causa protestante, en gran parte porque su hermana simpatizaba con ella y era amiga de varios protestantes. Pero todo eso cambió con los carteles.

Los protestantes publicaron carteles en contra de la misa católica y la adoración de los santos, declararon que eran blasfemas, y que el Papa, sus cardenales, obispos, sacerdotes y monjes eran hipócritas y siervos del anticristo.¹⁹ Estos famosos carteles habían sido colocados prácticamente en todas las calles, edificios e iglesias de París; ¡hasta en la puerta del dormitorio del rey!

Nadie sabe cómo llegó hasta allí un cartel, pero el rey se enfureció ante tal audacia. Como se sintió empujado y burlado por tal acción, ahora a Francisco I le importó muy poco lo que pensara su hermana, y lanzó una respuesta sin precedentes a los carteles. Estaba convencido de que el texto de esos carteles era una amenaza contra Francia como país cristiano, y preparó una procesión que marchó por las calles de París con el propósito de limpiar a la ciudad de esta mancha.

La procesión culminó en la Catedral de Notre Dame, donde se realizó una misa para expiar la contaminación protestante. En una comida de celebración pública, el rey se puso de pie y declaró que no dudaría en decapitar a alguno de sus propios hijos si lo encontrara culpable de estas nuevas, malditas herejías, que lo ofrecería como sacrificio para la justicia divina.²⁰

Para reafirmar sus intenciones Francisco I convocó a los ciudadanos de París para que presenciaran la muerte en la hoguera de seis protestantes. Veinticuatro protestantes fueron quemados en la hoguera durante los siguientes seis meses.

Con tan intensa persecución, Calvino se vio obligado a dejar el país donde había nacido y buscar refugio en Suiza. No sabía entonces que, a partir de esta pequeña nación, surgiría una Reforma mundial, que daría forma a la civilización occidental hasta la actualidad.

Un clamor por los mártires

Después de detenerse en diversas ciudades a lo largo del camino, Calvino buscó refugio en Basilea, Suiza, en los Alpes. Su amigo Nicolás Cop ya se había establecido allí. Era enero de 1535. En esa época Calvino no

tenía deseos de hacer obra pública ni ministerio; solo quería dedicarse al estudio y a escribir. Basilea era una ciudad oscura y pacífica, habitada principalmente por alemanes y lejos de las peligrosas tensiones de París.

Calvino acababa de recibir la noticia de que su amigo, el mercader de telas —que lo había hospedado mientras escribía su primer libro— recientemente había sido quemado en la hoguera. Su corazón se partió ante la pérdida. Entonces comenzó a escribir la primera edición de su famosa “Institución”: *Christianae Religionis Institutio*.

La primera edición de este clásico no fue escrita principalmente para proveer o explicar la doctrina protestante, aunque incluía cierta instrucción. Por el contrario, la razón principal por la que Calvino escribió fue para reivindicar a los mártires cuyas muertes eran “estimadas a los ojos del Señor” (ver Salmos 116:15) y pedir ayuda a otras naciones para poner fin al asesinato de los que la Iglesia consideraba herejes.²¹

En agosto de 1535 la primera edición de quinientos veinte páginas, estuvo completa. Contenía solo seis capítulos, cuatro de los cuales incluían instrucción protestante sobre la ley, el credo, el Padrenuestro, y un capítulo dividido entre la Cena del Señor y el bautismo. Los restantes capítulos eran argumentos que establecían por qué debía reformarse la Iglesia.

Calvino se veía llevando a la Iglesia nuevamente a su perspectiva y misión divinas originales.

Dicho sea de paso, al pasar los años Calvino fue agregando capítulos llenos de ideas a la base original de esta primera edición. La Iglesia Católica se sintió tan amenazada por una de las versiones, que quemó el libro en una ceremonia en Notre Dame. Hoy los teólogos disfrutan la edición final de la *Institución*, que llegó a ser cinco veces más extensas que la primera, con ochenta capítulos de letra muy pequeña.

También quisiera señalar un elemento clave de la motivación y la lógica de Calvino. Él siempre hizo énfasis en la reforma en lugar de la rebelión. Nunca permitió que lo llamaran revolucionario, aunque muchos trataron de hacerlo. Calvino creía que una revolución siempre llevaba implícita la creación de algo nuevo, y declaraba enfáticamente que no era su intención crear una nueva iglesia. Se llamaba “reformador”, porque estaba decidido a reformar lo que se había perdido o cambiado. Se veía llevando el propósito original de la Iglesia a su perspectiva y misión divinas. Esa fue la razón principal por la que continuó agregando páginas a la *Institución*.

En 1536 la primera edición de la *Institución* fue publicada en Basilea. Fue enviada directamente al rey Francisco I con una carta en la que se exponía su espíritu asesino y se exoneraba a los mártires.

Nadie en Basilea sabía que Calvino era su autor, porque pocos sabían que él estaba allí. Había vivido bajo el nombre falso de Martinus Lucanius, porque quería estar tranquilo para poder escribir sin interrupciones. Un ferviente grupo de jóvenes protestantes lo buscaba para tener oportunidad de sentarse a sus pies y aprender de sus conocimientos.

Pronto esta primera edición estuvo en todas las bibliotecas, se hizo famosa por ser su autor Calvino y por la osadía de este, al haberla dirigido al rey Francisco I. El libro fue un éxito inmediato y puso a Calvino a la cabeza de los reformadores más influyentes.

El plan de Dios para Calvino

Poco después de publicarse el libro, Calvino y su amigo Louis du Tillet salieron de Basilea hacia la ciudad de Ferrara, en los Alpes italianos. La razón por la que Calvino decidió abandonar Basilea no queda en claro, pero muchos creen que había encontrado empleo como secretario de la duquesa René. En este puesto tendría seguridad económica, usaría sus conocimientos legales y tendría libertad para continuar sus estudios y su tarea como escritor. Calvino prefería la vida de un erudito y escritor a la de un orador público.

Pero poco después de que llegara a Ferrara, comenzaron los problemas. Primero, aunque la Duquesa René daba amparo a refugiados protestantes, no dejaba de ser la cuñada de Francisco I. Esa relación directa hacía que Francisco prestara especial atención a Ferrara. Pocas semanas después de llegar Calvino, un clérigo francés fue arrestado, y comenzó la cacería de franceses en Ferrara. Calvino y Du Tillet debieron partir inmediatamente. Calvino escribió, tiempo después, que solo entró en Italia para partir.

Después de su breve estada en Ferrara, los amigos se separaron. Francisco I había otorgado seis meses de libre tránsito a cualquier persona acusada de herejía, así que Calvino regresó a París. Mientras estaba allí obtuvo un poder de su hermano menor, Antonio, para vender las tierras de la familia en Noyon. Dado que no confiaban en la situación de París, una vez que vendieron la tierra, los hermanos, junto con su otra hermana, María, se encontraron nuevamente en la ruta. Calvino deseaba que viajaran a Estrasburgo, Suiza, donde podrían establecerse y vivir en paz. Allí Calvino pensó que podría continuar con sus escritos para influir sobre la Reforma.

Pero los planes cambiaron. Francisco I y el emperador Carlos V estaban en los principios de una gran guerra, y el camino a Estrasburgo se encontraba bloqueado. Calvino y sus hermanos debieron dirigirse a Ginebra, pero planeaban permanecer allí solo una noche.

Los hechos sucedidos en esa noche cambiaron el curso de la vida de Calvino.

Un pelirrojo radical

El año era 1536, fines de agosto. Calvino pasaba la noche en una pequeña posada ubicada en el corazón de Ginebra. Había viajado bajo un nombre falso, pero su amigo Du Tillet había estado antes en Ginebra, y había descubierto que Calvino estaba allí. Du Tillet le hizo conocer el paradero de Calvino a un alocado evangelista pelirrojo llamado Guillermo Farel.

Farel había nacido en una familia de la élite y tuvo el privilegio de estudiar con Lefevre. De hecho, era su alumno más agresivo. Lefevre profetizó a Farel en 1512: “Dios renovará este mundo, y tú vivirás para verlo”.²²

Farel no era maestro; su capacidad de erudición era mínima. Pero era un explosivo evangelista que extendía el Evangelio de la Reforma por donde podía. Farel había sido tan radical que se había visto obligado a huir de Francia ya en 1523. Había escrito tres libritos y había convertido a un erudito educado en París, llamado Pierre Viret, que luego sería vital en la Reforma y gran amigo de Calvino. Bajo su influencia, la próspera ciudad de Berna se había convertido en protestante, y Farel tenía otras ciudades en la mira.

Dado que era evangelista, era un predicador persuasivo y dramático. Debido a su naturaleza ferviente y radical, Farel solía encender la ira de las multitudes en su contra. A pesar de muchas amenazas de muerte, se las había arreglado para escapar con solo unos pocos rasguños.

Farel entró en Ginebra en 1531 y se dedicó a lograr que la ciudad se volviera protestante. Ginebra vivía una revolución tanto política como religiosa. Expulsado de esta ciudad varias veces a causa de sus dramáticas predicaciones, Farel se aseguraba de que otros la invadieran en su ausencia. Viret era uno de ellos. Finalmente, en 1533, después que Viret lograra nuevos progresos hacia la Reforma, Farel entró nuevamente en Ginebra e intentó organizar a los creyentes protestantes para formar una escuela y una iglesia. Hizo significativos avances en discipulado, adoración y educación; pero no era maestro ni administrador. A Farel le faltaba capacidad organizativa y administrativa, por lo que comenzó a cundir la confusión. La gente estaba dispuesta, pero Farel era un visionario con poca habilidad para dedicarse por entero a un liderazgo a largo plazo. Además, no tenía

empacho en reconocer abiertamente su incapacidad y falta de habilidad en estas áreas.

Debido a la influencia de Farel, Ginebra se convirtió en una ciudad reformada, dos años después. El gobierno y la iglesia trabajaron juntos para que las creencias protestantes prevalecieran. Si alguien se negaba a recibir instrucción protestante o causaba problemas a sus líderes, podían llegar a expulsarlo de la ciudad.

La situación era perfecta, pero Farel estaba exasperado. ¿Quién lideraría el movimiento? ¿Quién tenía la capacidad para instruir a los nuevos conversos y organizar la incipiente iglesia?

Mientras estas preguntas ardían en su interior, Farel escuchó que Juan Calvino pasaba esa noche en la ciudad, y su corazón dio un salto ante tal oportunidad.

*La soberana mano de Dios obra en las vidas de aquellos
cuyos corazones están entregados a Él. Podemos tener
nuestros propios planes, pero Dios marca el curso.*

La noche famosa

Al hablar de esa noche decisiva en Ginebra, Calvino dijo: “Dios me lanzó al juego”.²³ Me encanta esa frase, porque revela que la soberana mano de Dios obra en las vidas de aquellos cuyos corazones están totalmente entregados a Él. Podemos tener nuestros propios planes, pero en última instancia, es Dios quien marca el curso.

Calvino disfrutaba de una pacífica noche de verano en el corazón de Ginebra. Repentinamente, alguien golpeó a la puerta con vehemencia. Abrió, y encontró al apasionado veterano de la Reforma, Farel, rogándole que se quedara y lo ayudara a establecer la obra en Ginebra.

Calvino pudo ver el celo ardiente de este hombre. Pero, ansioso por una vida de estudio y la paz de una biblioteca, rechazó su pedido de permanecer en Ginebra. Le dijo a Farel que quería permanecer en libertad, solo, para estudiar y escribir a sus anchas. Y continuó diciendo que no tenía intenciones de establecer una iglesia ni una escuela, porque no tenía deseos de vivir una vida pública. Deseaba permanecer en reclusión. Después de todo, solo había ido a Ginebra por una noche.

Calvino ya había planeado su vida, y la oferta de Farel no estaba en sus planes.

El asunto es obedecer

Hace poco tiempo vi un programa de televisión con un artista muy popular en el ministerio cristiano para niños. El hombre había sido un actor famoso de Hollywood, y ahora hace videos en los que interpreta a un héroe de acción, cristiano, que desenmascara a los villanos demoníacos que tratan de engañarnos, y los vence.

El entrevistador le preguntó a este hombre, dado que era tan requerido en este campo, si tenía inclinación por los niños. Su respuesta me llamó mucho la atención. Sin dudar contestó: “No”.

Atónito, el entrevistador quedó sin palabras. El actor, rápidamente, agregó algo así como: “No me malinterprete. Amo a los niños. Pero no creo que a Dios le interese por qué cosas tenemos inclinación o no, es decir, nuestros propios deseos. La Biblia dice claramente que no hay nada bueno en el corazón del hombre. Yo creo que a Dios le interesa más nuestra obediencia que lo que nos gusta de corazón hacer. La pregunta siempre es si haremos lo que Él desea, si reflejaremos lo que Él tiene en su corazón”.

*Lo que Dios siempre busca en nuestra vida es obediencia.
La pregunta siempre es si haremos lo que Él desea,
lo que Él tiene en su corazón.*

Y miró directamente a las cámaras y continuó: “Si hubiera sido mi deseo hacer un determinado ministerio u otra cosa, y le hubiera dicho que no a Dios cuando Él me pidiera que hiciera algo diferente, entonces, quizás hubiera ocupado un lugar secundario durante toda mi vida”.

Me agradó la sinceridad de este hombre y la manera directa en que desarmó una doctrina tan popular como pervertida, que exalta el deseo personal. Lo que Dios busca en nuestra vida, y lo que espera de nosotros, es obediencia. Cuando somos obedientes y hacemos lo que Él nos pide, entonces su deseo se funde con el nuestro. La obediencia produce una vida de sumisión, una vida que dice: “Dios, el que importa aquí eres tú, no yo”. La obediencia es la única fuerza que puede domar un corazón y producir esa actitud. Juan Calvino descubrió esa verdad vital y, por su obediencia, entró en un nuevo nivel de liderazgo.

¿Reclamado o condenado?

Farel sentía que la reunión entre ambos era una cita divina, y creía que Calvino abandonaba la causa del Señor, así que lo señaló con el dedo y lo reprendió severamente, tronando: “Si os negáis a dedicaros con nosotros al trabajo [...], Dios os condenará”.²⁴

El amigo de Calvino, du Tillet, también estaba en el cuarto... ¡probablemente escondido en un rincón! En ese momento, sin duda se arrepentía de haber revelado dónde estaba Calvino.

Calvino miró a Farel a la cara. El pelirrojo hablaba con la seguridad de un profeta del Antiguo Testamento. Las palabras del evangelista sacudieron a Calvino hasta la médula. Luego admitió que Farel lo había aterrado de tal forma que sintió como si Dios lo hubiera mirado desde lo alto y hubiera puesto su mano sobre él.



Farel reprende a Calvino.

Farel se mantuvo en su posición y se negó a retractarse. No podía entender por qué alguien querría retirarse y encerrarse cuando el mundo necesitaba tanto sus servicios. Ginebra estaba lista para la reforma, y Farel creía que Calvino era el hombre que debía dirigirla.

Calvino sintió la mano de Dios sobre él, haciendo desvanecer sus propios deseos y convirtiéndolos en la fuerza para obedecer. Renunció a los cómodos planes que había hecho para sí y se convirtió en un hombre “al que Dios reclamaba”.²⁵ Después de permanecer solo una noche en la ciudad, partió hacia Basilea para recoger sus pertenencias y dejar a su familia. El 1 de septiembre Calvino ya estaba en Ginebra, listo para comenzar la obra.

Ginebra, primera parte: Calvino, pastor

Calvino comenzó su rol de líder en la nueva iglesia como “profesor de las Sagradas Escrituras”. En esa época Farel era considerado un “predicador”, y Calvino enseñaba y disertaba sobre la Biblia. En menos de un año Calvino asumió el rol de “pastor principal”.

Su vida como pastor fue muy diferente de lo que había sido antes. Calvino estaba acostumbrado a ver a las personas bajo sus propias condiciones, y luego retirarse a su soledad. ¡Ya no! Ahora, bautizaba, oficiaba matrimonios y funerales, organizaba los cultos de la iglesia y predicaba en ellos, además de encabezar la administración de la iglesia y reuniones de la junta. Tan pronto como se involucraba en un área de la vida de la iglesia, recibía una revelación sobre otra y comenzaba a organizar y dirigir esa otra área. Comenzó a ministrar a los demás con la misma diligencia con que antes se había dedicado a sus estudios.

Antes de la famosa estadía de una noche en Ginebra, los ciudadanos de esa ciudad habían votado “vivir según el Evangelio”.²⁶ Los poderes políticos de Ginebra apoyaban a Farel en la reforma total de la vida religiosa y moral de la comunidad. Farel era fogoso y temerario, y Calvino no perdió tiempo en organizar lo que el celo de Farel producía. Desató lo que había acumulado en su interior: todos los años de estudio académico, su conocimiento del griego y el hebreo, la filosofía de la Reforma y el gobierno, y su discernimiento en debates teológicos. Calvino inundó cada lugar de esa comunidad con su sabiduría y su entendimiento.

La ciudad y la actitud de la gente eran el sueño de cualquier reformador. Los reformadores tenían completa autoridad para reestructurar una ciudad cuya moral era extremadamente relajada. Calvino asumió la tarea sirviendo al pueblo y brindándoles el conocimiento de las Escrituras, para ayudarlos a vivir vidas agradables a Dios. A pesar de sus profundos conocimientos, nunca enseñó en un nivel que las personas no pudieran comprender, sino llevó sus lecciones al nivel de la gente, se identificó con sus luchas personales.

Quizá usted piense que esto no es nada nuevo, pero recuerde el siglo en que ellos vivían. La Iglesia Católica había mantenido a todo el pueblo en oscuridad. El único servicio era el que la gente brindaba a la iglesia; era una vuelta de tuerca muy osada que la iglesia sirviera a la gente. Aun más osado era enseñar la Palabra de Dios de manera que el pueblo pudiera comprenderla.

Aunque parecía idílico, había luchas. Calvino tenía una personalidad fuerte, y los poderes políticos, aunque deseaban una reforma, luchaban

para mantener su propia base de fuerza. Su lucha se convirtió en una oposición fundamental para la reforma.

Calvino creó una confesión de fe que debía ser proclamada por todos los que desearan ser ciudadanos. La confesión declaraba que la Palabra de Dios era la autoridad final; que el hombre natural no tenía nada bueno en él; y que la salvación, la justicia y la regeneración eran solo en el nombre de Jesús.

Esta confesión de fe introdujo la alabanza musical en la Iglesia. Calvino estableció que se cantaran salmos, para dar vida a las palabras de la Escritura, dando revelación a quienes las cantaban. Dado que, en esa época, no había música en la iglesia, y nadie conocía ninguna melodía, Calvino estableció un coro de niños y les enseñó melodías especiales con las cuales cantar los salmos. El coro cantaba durante el culto, y los adultos escuchaban. Cuando la congregación aprendía la melodía, se la invitaba a acompañar el canto. Calvino tenía intenciones de que se cantaran varias canciones bien conocidas durante el culto, de manera que brotara una adoración de corazón. Hasta este momento nadie comprendía las canciones que se cantaban durante la misa, porque las letras estaban todas en latín.

Después Calvino planificó un programa educacional al que todos debían asistir, y estableció la regla de la excomunión, particularmente de la Cena del Señor, para quienes no vivieran según las pautas de Dios. No es que Calvino creyera que se puede vivir sin pecar. Esta regla era para quienes practicaban continuamente un estilo de vida inmoral sin remordimiento ni dependencia del Espíritu Santo.

Durante un año muchas fueron las luchas y las críticas por la rigidez de sus normas, y la situación se volvió muy tensa. Finalmente, en enero de 1538, los poderes políticos prohibieron a Calvino y Farel que predicaran, porque Calvino los había llamado “consejo del diablo”²⁷ en uno de sus sermones, y ordenaron a Calvino y Farel que permitieran a todos que tomaran la comunión.

Calvino y Farel continuaron predicando, de todos modos, y rechazando a las personas inmorales que pretendían tomar la comunión. Entonces, una turba se reunió en la calle, a la entrada de la iglesia, y amenazaron de muerte a Calvino y Farel.

Para abril el gobierno estaba enfurecido, y ordenó a Calvino y Farel que abandonaran la ciudad en tres días.

Calvino estuvo feliz de salir de Ginebra; él y Farel fueron directamente a la ciudad de Berna para presentar su caso ante el consejo de esa ciudad. Pero Berna no los defendió, así que ambos viajaron a Zurich para presentar su caso nuevamente.

El consejo de Zurich determinó que Calvino tenía gran parte de la culpa, por su celo indomable y su falta de consideración hacia las personas indisciplinadas. De todos modos, pidieron a Berna que mediara entre ellos y Ginebra para restaurar a Calvino y Farel.

En mayo de 1538 una delegación fue enviada a Ginebra en representación de Calvino y Farel, pero las negociaciones fallaron. Calvino sentía una fuerte hostilidad hacia Ginebra, y creía que Dios lo había liberado de su tarea.

Ahora, sin hogar, sin posesiones personales ni señales de ministerio, Farel y Calvino regresaron a la pacífica ciudad de Basilea.

Del dolor al plan

Para este entonces Calvino y Farel se habían hecho muy amigos. Una vez que estuvieron en Basilea, ambos se hospedaron en diferentes hogares, planeando cuál sería el próximo movimiento.

La depresión de Calvino, consecuencia de la forma en que había sido tratado en Ginebra, se agravó cuando recibió noticias de que un amigo suyo había sido envenenado y había muerto. Profundamente contristado, Calvino pasó muchas noches sin dormir; buscaba respuestas ante tanta injusticia. Se sentía avergonzado y humillado por la forma en que su ministerio había acabado en Ginebra. Creyendo que sería un fracaso en la vida pública, imaginó que Basilea podría ser su retiro para una vida de estudio y escritura. Decidió que ya no quería tener nada más que ver con un ministerio público. No creía que nadie debiera vivir de esa manera, constantemente sirviendo y constantemente bajo escrutinio.

Fue un verano duro para Calvino. Vendió libros para contar con algún ingreso. Como si su dolor emocional no fuera suficientemente intenso, recibió una carta de su antiguo amigo Du Tillet, donde este le contaba que había regresado a Francia y a la Iglesia Católica. La carta cuestionaba si el nuevo movimiento protestante podía ser considerado como la verdadera iglesia, o si solo era el último movimiento, llevado por el viento. Su viejo amigo se preguntaba, además, si la expulsión de Calvino de Ginebra no habría sido una señal de que Dios estaba disgustado con los reformadores protestantes. Esa carta fue una daga clavada en el corazón de Calvino.

Du Tillet también le ofreció sostén económico, pero Calvino lo rechazó de plano. Se daba cuenta de que, si aceptaba el dinero, estaría relacionándose nuevamente con la Iglesia Católica, y fuera cual fuere el costo, fueran cuales fueren las privaciones que debiera soportar, Calvino no quería estar atado a la Iglesia.

Se sentía aislado y traicionado, pero enterró su dolor y continuó, aunque sin tener idea de adónde iba.

Farel recibió un llamado para ayudar con el ministerio en Neuchâtel e invitó a Calvino a ir con él, pero este se negó. Farel aceptó el puesto y partió.

Temor al fracaso

Ahora Calvino estaba solo; pensaba que su vida en el ministerio público —y, posiblemente, la reputación que había logrado tras estudiar toda su vida— había llegado a su fin. Sus pensamientos eran confusos, y sentía como una injusticia que motivos malignos hubieran sido exaltados por encima de los más puros. Había entregado su vida a Dios, y ahora, ¿qué le quedaba? Parecía que a todos los demás les iba bien, y que él era el único que sufría. Se sentía solo y abandonado a sus problemas. Los ardientes y secos vientos de la prueba y la paciencia soplaban de cada rincón durante esta hora de sufrimiento. Pero Calvino aún no había llegado a su hora más importante.

En julio Calvino tomó un descanso de Basilea y visitó la ciudad de Estrasburgo, donde le presentaron a un respetado reformador llamado Martín Bucero, quien lo invitó a mudarse a esa ciudad y pastorear la iglesia de refugiados franceses allí, que tenía quinientos miembros. Los refugiados franceses eran bien recibidos en esa ciudad, pero se sentían aislados porque era una región de habla alemana. Un pastor francés sería justamente lo que ellos necesitaban.

Martín Bucero tenía una historia muy interesante. Se había convertido al protestantismo al escuchar la defensa de Martín Lutero en la famosa Disputa de Heidelberg en 1518. Poco después, él y otros tres tomaron el liderazgo de la Reforma en Estrasburgo. Bucero se hizo famoso cuando reconcilió a Ulrico Zwinglio y Martín Lutero por sus diferencias en cuanto a la Cena del Señor. Ahora le rogaba a Calvino que fuera a Estrasburgo para usar sus dones para la Reforma en ese lugar.

El temor de fracasar regresó, y Calvino se negó terminantemente a aceptar el ofrecimiento. Aunque no tendría que lidiar con ningún consejo de la ciudad, los recuerdos de su pastorado eran demasiado dolorosos para él. Regresó rápidamente a Basilea, solo para encontrar una nueva invitación del grupo de Estrasburgo, que lo esperaba. Pero esta vez Bucero recurrió al mismo método que había utilizado Farel para ganar a Calvino. Escribió: “Dios sabrá cómo hallar al siervo rebelde, como halló a Jonás”.²⁸

Allí estaba de nuevo ese sentido de llamado y de destino. Esta firme reprensión le sonó verdadera a Calvino, quien revirtió su decisión. A pesar de su dolor, Calvino amaba sinceramente al Señor.

Para el 1 de septiembre Calvino navegó río abajo por el Rin hasta la ciudad de Estrasburgo, donde una vez más asumió el rol de pastor.

Tres años de dicha

Estrasburgo fue lo opuesto de Ginebra. La ciudad había adoptado la adoración evangélica hacía ya catorce años. Bucero y los otros habían hecho un trabajo espléndido en la organización de las iglesias con un programa bien aceitado en el que se promovía el trabajo en colaboración. Era un centro de reforma floreciente, y parecía que Calvino y los franceses eran el uno para los otros, desde el primer momento.

Calvino permaneció en Estrasburgo los siguientes tres años, de 1538 a 1541. Maduró mucho durante este tiempo y pudo descansar de la constante lucha contra la oposición que había tenido en Ginebra.

La gente estaba agradecida de tener un pastor francés, especialmente uno tan culto como Calvino. En pocos meses Calvino solicitó la ciudadanía y le fue otorgada, algo que nunca había hecho en Ginebra.

El tiempo que Calvino pasó en Estrasburgo fue un tiempo de sanidad. La atmósfera abierta y la cálida recepción del pueblo comenzaron a vendar y sanar su corazón. Bucero, dieciocho años mayor que él, se convirtió en su mentor y en uno de sus más íntimos amigos. Calvino solía pasar su tiempo libre a los pies de Bucero, aprendiendo sus opiniones sobre la predestinación y la organización de la iglesia.

Dado que el pueblo recibió a Calvino con el corazón abierto, no había facciones. A diferencia de Ginebra, Calvino no tuvo que pasarse todo el tiempo luchando contra la oposición. Ahora tenía tiempo para relacionarse personalmente con la gente.

Además de bautizar, oficiar matrimonios y predicar, Calvino introdujo la novedad de la consejería pastoral. Hasta este momento, recibir consejo de un ministro era algo prácticamente desconocido.

Calvino alentaba a sus parroquianos a acercarse a él para pedir consejo y consuelo cuando pasaban momentos difíciles. Siempre respetó la privacidad de las reuniones de aconsejamiento y nunca habló de sus condiciones o resultados.

La iglesia de Estrasburgo ya operaba como Calvino había deseado que funcionara la iglesia de Ginebra. Calvino predicaba todos los días, y dos veces los domingos. Enseñaba principios bíblicos a los jóvenes en

la escuela protestante. Como culminación de todo, durante los cultos se cantaban salmos alegres y enérgicos. Un refugiado visitó la iglesia y comentó que no pudo evitar llorar de gozo cuando la congregación comenzó a cantar. Un año después Calvino tomó estos salmos y los publicó en un libro. Ahora todos podían tener su propio cancionero para adorar al Señor. El diseño de la adoración pública que Calvino hizo en Estrasburgo tuvo gran importancia histórica. Calvino lo enseñaba apasionadamente como una forma de restaurar las características que había tenido la adoración en la iglesia primitiva.

Durante los tres años que se reunió regularmente con Bucero, Calvino maduró y estableció su enseñanza sobre la comunión. El tema era muy importante para él y, durante años, había sido un punto de controversia central entre luteranos y reformados. Lutero insistía en que Cristo estaba físicamente presente en la comunión; Zwinglio, un importante reformador suizo, sostenía que la comunión era solo un recordatorio de la muerte de Cristo. La Reforma protestante estuvo dividida en cuanto a este asunto, hasta que Calvino escribió un librito llamado *Pequeño tratado sobre la Cena de nuestro Señor*, en el cual explicaba que Cristo estaba verdaderamente presente en la celebración de la comunión, pero su presencia era más espiritual que física.

El libro fue bien recibido por el pueblo y los ministros. Se dice que Martín Lutero también lo leyó, y que dijo que si Calvino hubiera estado allí para presentar su punto de vista doce años antes, él y Zwinglio hubieran llegado a un acuerdo.²⁹

Caminos y desvíos

Mientras Calvino disfrutaba de su trabajo como pastor, otro aspecto del ministerio comenzó a abrirse. Bucero había instalado recientemente a un hombre llamado Juan Sturm como rector del viejo convento de Estrasburgo, con la misión de convertirlo en una escuela bíblica. Sturm pronto convirtió esta escuela en una de las más renombradas y exitosas de la Reforma.

Sturm también se convirtió en fiel amigo de Calvino. Dios ponía a los reformadores más maduros del período en el camino de Calvino, y este valoró su amistad. No mucho después Sturm nombró instructor principal de la escuela a Calvino. Con la participación de Calvino, la escuela se convirtió en una academia con un amplio programa de estudios. Calvino y Bucero guiaban y preparaban a los estudiantes para el ministerio. Calvino llamaba a los estudiantes “los nuevos maestros”.

Esta escuela eclesiástica fue un prototipo, la primera de su clase. Su misión fue levantar una nueva raza de maestros que salieran a reproducirse en otras ciudades y naciones.

El mandato y el propósito de la nueva escuela hizo que Calvino se sintiera como en el cielo. Todo florecía a su alrededor: no podía siquiera comenzar a satisfacer la inmensa hambre espiritual del grupo. Su participación en esta escuela serviría como modelo de algo que él implementaría como pionero más tarde: una escuela que enviaría a sus ministros a todos los rincones del mundo conocido.

Durante este tiempo la influencia de Calvino comenzó a extenderse. Estrasburgo era su lugar de capacitación y madurez, pero constantemente lo convocaban para que disertara y enseñara en ciudades y naciones vecinas. Era particularmente apreciado por el Sacro Emperador Romano, Carlos V, que auspició una serie de conferencias sobre religión. Calvino siempre era orador invitado.

También continuó utilizando su habilidad para escribir. (He incluido una lista de fechas de publicación y títulos de todas sus obras al final del capítulo). Durante sus tres años en Estrasburgo Calvino escribió cuatro libros y una carta muy famosa que rescató el destino de Ginebra.

Intento de golpe de estado espiritual

El año: 1539. Dado que Farel y Calvino habían sido expulsados de Ginebra, la Iglesia Católica pensó que las esperanzas de reforma para la ciudad también habían sido expulsadas. Sin líderes de la Reforma en ella, la ciudad parecía lista para que la Iglesia Católica aprovechara para volver rápidamente al poder.

Los obispos y cardenales del norte de Italia buscaban formas de recobrar su influencia. Hacía poco habían instalado a un nuevo cardenal llamado José Sadoletto. Era un hombre de elevada moral y elocuencia. Muy respetado entre la gente, Sadoletto era la persona que la Iglesia necesitaba. Así que colaboraron con él para escribir una carta al gobierno de Ginebra, invitándolo a conservar su control político, pero regresando a la Iglesia Católica.

La carta prometía seguridad de parte de Roma, junto con su unidad y alianza, y preguntaba a Ginebra si “sería más expeditivo para vuestra salvación creer y seguir lo que la Iglesia Católica ha aprobado con consentimiento general durante más de mil quinientos años, o las innovaciones introducidas en estos últimos veinticinco años por hombres astutos”.³⁰ Con esto, Sadoletto echaba sombras de sospechas sobre el carácter y las motivaciones de los reformadores.

Cuando el gobierno de Ginebra recibió la elocuente carta, prometió una respuesta. La carta estaba escrita en latín, así que no tuvo gran circulación entre los ciudadanos. El gobierno de Ginebra sentía que había algo malo detrás de la carta, pero no tenían a nadie capaz de responder a tanta presión. Lo único que podían hacer era enviar una copia de la carta a Calvino y orar para que los perdonara y respondiera por ellos.

La carta que se leyó en todo el mundo

Cuando Calvino recibió la carta no creo que siquiera haya pensado en lo mal que lo habían tratado en Ginebra. Vio la carta como una amenaza a la causa de Cristo, el verdadero Evangelio y la verdadera Iglesia; nunca se le ocurrió la autocomplaciente idea de que Ginebra podría arreglarse las por sí misma.

Calvino despejó su agenda de actividades y se sentó a escribir una respuesta. En solo seis días había escrito una carta que era una obra maestra tal, que aún en la actualidad circula como estímulo para el mundo. La carta se hizo tan famosa que se le dio un título: *Respuesta al Cardenal Sadoletto*.

Calvino respondió la carta de Sadoletto punto por punto. Con hechos precisos, ejemplos y argumentos, expuso y luego desarticuló los abusos y la corrupción de Roma. Se identificó como uno de los reformadores a los que Roma había denunciado. “Si me hubierais atacado por mi carácter privado, podría haber perdonado fácilmente el ataque, considerando vuestro conocimiento [...]. Pero cuando veo que mi ministerio, del cual tengo la seguridad de que es apoyado y establecido por un llamado de Dios, es herido en mí, sería perfidia, no paciencia, si callara yo y lo pasara por alto”.³¹

*Calvino sostenía que la Palabra de Dios era su única fuente
y decía que la Palabra, combinada con el Espíritu, da forma
a la Iglesia.*

Aunque ya no estaba con ellos, Calvino manifestó que mantenía una vigilancia paternal sobre la iglesia de Ginebra. Su carta tenía como objetivo proteger a los inocentes de las garras de un lobo. Calvino dijo a Sadoletto: “Si hubiera deseado seguir mis propios intereses, jamás habría abandonado vuestro lado”.³² Calvino sostenía que la Palabra de Dios era la única fuente de convicción para los reformadores y que la Palabra, mezclada con el

Espíritu, era lo que daba forma a la verdadera Iglesia. Ilustró bellamente que la predicación del Evangelio era el cetro con el cual el Padre gobernaba su reino, y no una liturgia latinizada o la tiranía del papado. “Obráis bajo engaño en cuanto al término ‘Iglesia’, o [...] a sabiendas y voluntariamente le dais glosa”.³³ Con gran pasión y convicción, Calvino escribió:

En cuanto a vuestra afirmación de que nuestro único objetivo para quitarnos de encima este tiránico yugo fue liberarnos para caer en desaforado libertinaje, después de rechazar todo pensamiento de vida futura, emitase juicio después de comparar nuestra conducta con la vuestra. Abundamos, de cierto, en numerosas fallas; demasiadas veces caemos y pecamos. Aun, aunque la verdad me obligaría, la modestia me impide jactarme de cuánto os superamos en todo aspecto, a menos, quizá, que exceptuemos a Roma, esa famosa morada de santidad que, habiendo hecho pedazos las cuerdas de la pura disciplina, y pisoteado todo honor, ha llegado a rebosar de tal forma de toda clase de iniquidad, que poca cosa más abominable ha habido antes.³⁴

Sadoletto nunca contestó la extensa respuesta de Ginebra escrita por Juan Calvino. De hecho, la Iglesia Católica nunca volvió a molestar a Ginebra.

La respuesta continúa siendo una de las reivindicaciones más extraordinarias publicadas durante la Reforma. En ella se encuentra el verdadero espíritu de la Reforma.

En busca de una esposa

Notará usted en este capítulo que Calvino rara vez hablaba de su vida privada o de sus sentimientos personales. Debemos imaginar lo que sentía según las pruebas comunes de la humanidad y de la vida en general.

Cuando se acercaba a los treinta años Calvino comenzó a considerar la idea de contraer matrimonio. Hasta ese momento nunca lo había preocupado demasiado la idea. Su compañero era el Evangelio, y dedicaba la mayor parte de su tiempo a su expansión.

Nunca escribió sobre las razones para cambiar su deseo con respecto al estado marital, pero muchos suponen que fue consecuencia de haber vivido en el hogar de Bucero.

Bucero y su esposa, Elizabeth, tenían un matrimonio extraordinario y vibrante. Su hogar era llamado “posada de justicia”,³⁵ lleno de risas y calidez.

Reformadores y refugiados de toda Europa llegaban al hogar de los Bucero para ser bendecidos y ministrados. Bucero también animaba a sus amigos ministros a buscar una esposa y disfrutar de los goces del matrimonio. Los amigos más cercanos de Calvino en Estrasburgo también estaban felizmente casados.

Su situación también puede haber tenido algo que ver. Calvino pudo alquilar una casa grande en Estrasburgo, así que envió a buscar a su hermano y su hermana en Basilea, y ellos se mudaron con él para ayudar a pagar la renta. También invitó a vivir con ellos a varios seminaristas. Pero el tiempo, la paciencia y el dinero de Calvino sufrieron una gran prueba con esta experiencia. Creo que deseaba una vida personal que pudiera disfrutar. Siempre había estado cuidando de los demás, y estaba cansado. Como sugiere la siguiente carta que escribió a varios amigos, Calvino quería que alguien ayudara a cuidar de él, y les pide que lo ayuden a encontrar una esposa:

Pero tened en cuenta siempre lo que yo deseo encontrar en ella; pues no soy uno de estos locos amantes que abrazan tanto las virtudes como los vicios de las personas a quienes aman, cuando son cautivados a la primera vista por una figura delicada. Esta es la única belleza que me cautivará: si es casta, no demasiado quisquillosa ni fastidiosa; si es económica, si es paciente, si hay esperanzas de que se interese en mi salud.³⁶

Calvino evaluó a tres mujeres que sus amigos le habían sugerido. La primera era rica, pero no sabía francés y no estaba interesada en aprender. A Calvino le preocupaba la idea de tener riqueza porque, en ese tiempo, la gente relacionaba a un ministro pudiente con la hipocresía de la Iglesia Católica. Además, ¿cómo podría ser una buena compañera si no sabía francés?

La segunda era francesa y estaba comprometida con la causa protestante... pero era quince años mayor que Calvino. Este razonó que no le quedaba mucho tiempo de vida. La tercera parecía correcta en todas las áreas, y la pareja comenzó a planear el matrimonio. Pero, por razones que se desconocen, no llegó a concretarse.

Frustrado, Calvino escribió a Farel diciendo que prácticamente había decidido cancelar la búsqueda y olvidar por completo la idea. Entonces Bucero le sugirió que considerara a Idelette Stordeur.

Idelette era viuda y tenía dos hijos, una mujer y un varón. Su esposo, Jean, había pastoreado la iglesia anabaptista en Ginebra mientras Calvino

vivía allí. En un tiempo, Jean y Calvino estaban enfrentados, ya que los dos debatieron públicamente y Calvino lo venció de manera aplastante. Pero debido a ciertas dificultades, los Stordeur debieron mudarse a Estrasburgo, y allí se encontraron nuevamente con Calvino. Esta vez se hicieron amigos. Los Stordeur llegaron a creer lo mismo que Calvino y se convirtieron en fieles miembros de su iglesia. Calvino bautizó a su pequeño hijo. Jean murió de una plaga mientras estaban en Estrasburgo. Idelette hizo duelo por su esposo, y Calvino sintió que había perdido a un amigo.

Idelette era una mujer atractiva de una familia de clase media alta. Su fe personal se había fortalecido mucho. Era estudiante de la Palabra y oraba fervientemente para que los propósitos de Dios se cumplieran en Estrasburgo.

Idelette respondió a las intenciones de Calvino, y se casaron en agosto de 1540. Farel ofició la ceremonia y Calvino, finalmente, tenía una esposa. Sus ocupaciones en el ministerio eran muchas, y constantemente lo llamaban para que disertara en conferencias. Durante las primeras cuarenta y cinco semanas de su matrimonio Calvino estuvo fuera de su casa treinta y dos.

Pero Idelette no se deprimió. Sabía que Calvino era un hombre muy ocupado desde antes de casarse con él. En su ausencia, ella administraba el hogar y sus residentes. Cuando una plaga tocó por un breve tiempo Estrasburgo, ella mudó a la familia a un lugar seguro hasta que pasó. Era una mujer respetada por su silenciosa fortaleza y dignidad.

Después de su primer año de matrimonio, Calvino recibió una sorprendente pero cortés invitación de Ginebra a regresar a la ciudad para pastorear la iglesia allí.

Ginebra: la segunda oportunidad

Fue necesario el consejo de Bucero para que Calvino se convenciera de regresar a Ginebra. Aunque anhelaba extender la obra de Dios, Calvino odiaba la idea de regresar a un lugar tan difícil. Farel le había escrito instándolo a regresar. Calvino le respondió con un voto sincero, incluyendo la afirmación con que inicié este capítulo, pero también preguntando quién podría culparlo por no desear regresar a un lugar de tal peligro y destrucción.

Estrasburgo había sido casi una utopía para él y su familia. Bucero le aconsejó que fuera a Ginebra por un tiempo y luego regresara a Estrasburgo. Ese fue, quizá, el único consuelo que Calvino encontró en la decisión; la esperanza de regresar a Estrasburgo. Calvino solo pensaba ir

por unos meses para poner a la iglesia en orden... pero murió allí veintitrés años después.

A diferencia de su primera entrada en la ciudad, como viajero, Calvino regresó como un pastor requerido, con gran prestigio e influencia. Aun con toda la pompa, Calvino lamentaba la idea de regresar, y consideraba que su retorno era “un sacrificio para el Señor”.

Ginebra no reparó en gastos para recuperar y conservar a Calvino. La ciudad envió un heraldo distinguido y un carruaje de dos caballos a Estrasburgo. Transportaron a la familia y consiguieron una casa bellamente amueblada cerca de la catedral, con vista al lago. Aun con todas estas atenciones, Calvino llegó a las puertas de Ginebra en septiembre de 1541 con lágrimas en los ojos.

Mientras él y su familia atravesaban el arco fortificado, su amigo Viret leía una carta de Calvino en la que relataba lo que sentía al llegar a Ginebra nuevamente. Una frase de esa carta dice: “No hay lugar bajo el cielo del que tenga mayor temor”.³⁷

El calvinismo crece

Los muchos elogios y cumplidos de la gente y el gobierno no lograron consolar a Calvino. Tres días después de su regreso, le dijo a Farel: “Como deseabais, estoy establecido aquí. Quiera Dios dirigirlo para bien”.³⁸ Cuando Calvino tomó el púlpito aquel primer domingo de septiembre por la mañana, continuó con el mismo pasaje que había dejado tres años antes.



*Calvino habla
ante el consejo
de Ginebra.*

El Calvino que Ginebra había conocido antes tenía un temperamento explosivo e incontrolado. Pero al relacionarse con hombres maduros en Estrasburgo, había aprendido a refrenar sus drásticas emociones. Al escribir a Bucero desde Ginebra, Calvino le aseguró que trabajaría con moderación y bondad fraternal.

Se lanzó a trabajar inmediatamente para calmar el terror de estar allí otra vez. Su primera tarea, creía, debía ser la de organizar la iglesia. Una vez más, su experiencia en Estrasburgo le fue de enorme ayuda. El gobierno de Ginebra consistía en el Pequeño Consejo, los Doscientos y el Consejo General.

Usando la Palabra de Dios como pauta, Calvino bosquejó cuatro órdenes permanentes del ministerio: pastores, maestros, ancianos y diáconos; y alrededor de ellos formó su organización. Estas cuatro áreas principales cubrían toda la vida de la iglesia: adoración, educación, pureza moral y limpieza, y obras de amor y misericordia.

Este modelo de organización ha guiado la administración de las iglesias protestantes desde el siglo XVI hasta la actualidad. Prevalece principalmente en las iglesias bautistas, aunque el oficio de maestro no es específicamente reconocido ni señalado dentro de ellas hoy. Los únicos ministerios que Calvino no reconoció son los del apóstol y el profeta (ver Efesios 4:11). Calvino se identificaba fundamentalmente con el rol del pastor aunque, en realidad, era más un maestro apostólico.

Bajo sus pautas Calvino reorganizó la iglesia: los católicos no operaban de esta forma. La reorganización de Calvino fue la más cercana a las verdades bíblicas de su época. Aunque decidió ignorar los oficios apostólicos y proféticos al definir las labores en una iglesia, siguió puntillosamente las Escrituras. A partir de su organización y su método de doctrina, este segmento de seguidores del protestantismo se hizo conocido como “calvinismo”. El calvinismo ha influido en miles de grandes predicadores como Charles Spurgeon, Jonathan Edwards, William Carey y David Brainerd. Sus principios continúan en incontables ministerios en la actualidad.

Primer orden: pastores

Los pastores debían predicar la Palabra, instruir, amonestar, administrar los sacramentos y, con los ancianos, hacer cambios estructurales dentro de la iglesia. Debían ser dados a la oración y el ayuno, de manera que la Palabra fuera predicada al pueblo de forma pura y precisa. No debían cargarse con el mantenimiento diario del sistema, ni cansarse visitando y cuidando de las muchas necesidades de la gente. Podían orar por los enfermos de la comunidad en la medida que Dios los guiara a hacerlo.

Calvino tenía la firme convicción de que los pastores debían dedicarse solamente a la Palabra y la oración, porque creía que la predicación era como una “visitación de Dios, por la cual Él extiende sus manos para acercarnos a sí mismo”.³⁹ Calvino no toleraba nada menos en sus pastores, so pena de ser severamente castigados.

Si un hombre deseaba ser pastor debía dar prueba de su llamado y su estilo de vida. Después de aprobar el examen de su conducta, debía aprobar el examen de su conocimiento de la Biblia y la doctrina. Debía pasar varias etapas de presentación de los ministros, el consejo y el pueblo.

Los pastores debían tener una reunión semanal para promover la vida de la iglesia, discutir temas de doctrina y resolver problemas. Si había discusiones o contiendas que no podían resolverse entre los ministros, se convocaba a los ancianos para que las solucionaran o pronunciaran sentencia.

Los pastores también debían asistir a reuniones trimestrales donde se elegían los funcionarios. Esas reuniones servían, fundamentalmente, para discutir temas administrativos, salarios y cualquier disciplina en particular. Esta asamblea trimestral era llamada la Venerable Compañía, y fue establecida para que las iglesias pudieran rendir cuentas de sus asuntos.

La Venerable Compañía llegó a ser conocida como uno de los grupos de ministros más poderosos del mundo. A partir de ella se formó la agencia misionera de Ginebra, que envió misioneros de la Reforma a Italia, Alemania, Escocia, Francia, Inglaterra y otros países fuera de Europa. En esa época, enviar misioneros era un asunto complicado; muchos eran muertos al llegar. Algunos de los misioneros de Calvino que fueron a Sudamérica fueron matados en el camino. Por esa razón estos hombres formaban una iglesia subterránea dondequiera que iban, y se reunían secretamente en graneros, al aire libre en los campos o en cuevas oscuras.

La Academia de Calvino fue la primera escuela de ministros organizada que envió misioneros a todo el mundo con el mandato de reformar a la Iglesia y llevarla a su estado original. En esta área, vemos que Calvino funcionó específicamente bajo la unción apostólica.

La unción apostólica crea un ambiente núcleo, o cuartel central, del cual parten diferentes facetas del ministerio que se extienden por todo el mundo. Las personas enviadas de estos núcleos se entrenan para discernir y funcionar en diferentes ambientes espirituales que han sido endurecidos por opresión demoníaca, cultural o religiosa. Están equipadas para cambiar y someter esas atmósferas espirituales para Dios, de manera que los que vivan allí puedan ser productivos por la Palabra y el Espíritu.

Calvino creó esa atmósfera en su escuela. Enseñó a sus estudiantes la vitalidad de la Palabra; educó a una nueva raza de creyentes que se

afirmaban puramente en su fe, por la cual muchos perdieron la vida. Encendió en sus corazones el fuego de la misión y el plan para instar a una reconstrucción radical dondequiera que el Espíritu del Señor los enviara.

El calvinismo se extendió más y se implementó con mayor fuerza que el luteranismo. ¿Por qué? Por las capacidades organizativas que poseía Calvino. Lutero extendió su mensaje por medio de la palabra impresa, los debates públicos y las manifestaciones drásticas, que inspiraban la fe de los demás. Calvino organizó metódicamente una reconstrucción radical de la doctrina, enseñando las razones para ella, revelando el verdadero significado de lo que es el destino para un creyente y luego implementando esa enseñanza segmento por segmento. Su capacidad apostólica construyó un firme fundamento en sus estudiantes, que daba razón y sustancia a su fe y su osadía.

Segundo orden: maestros

Los maestros también eran llamados doctores, y eran elegidos de la compañía de los pastores. Se les encargaba cuidar de la pureza del Evangelio y proveer una buena compañía de ministros bien equipados para las diversas tareas de la enseñanza. La teología era su materia principal, y debían cumplir el requisito previo de conocer idiomas y ciencias. Por tanto, las nuevas iglesias establecían una escuela para enseñar a sus jóvenes hebreo y griego, así como materias doctrinales. En el orden social de esa época, las niñas se educaban en escuelas separadas de los varones. Esta famosa escuela llegó a ser conocida como la Academia de Ginebra. Un francés llamado Theodore Beza fue elegido como decano. Más tarde se convertiría en uno de los mejores amigos de Calvino, y luego asumió el manto y el pleno liderazgo de la Venerable Compañía.

Todos los lunes, miércoles y viernes se daban disertaciones educativas para adultos. Estas disertaciones se dictaban para educar a la congregación en el significado preciso de la Biblia, y para equipar a los futuros pastores.

Tercer orden: ancianos

Los ancianos eran elegidos por su conducta. Debían ser personas de buena conducta moral, conocidos por su sabiduría, confiabilidad y reputación como personas que no dejaban llevarse fácilmente por la

corrupción o por el pecado. Estos hombres eran nombrados por los pastores principales y tenían la responsabilidad de supervisar la vida moral y espiritual en la comunidad.

Cada iglesia tenía uno o dos ancianos que vigilaban personalmente la vida de las familias en su jurisdicción. Si notaban alguna conducta impropia, su tarea era corregirla e instruir, y asegurarse de que hubiera arrepentimiento. Los ancianos debían informar de toda conducta indeseable solo si no podían ayudar a remediarla. El comportamiento, entonces, era informado a la junta, y la persona era exhortada a arrepentirse. Si este esfuerzo fracasaba y el pecado continuaba, la persona era excomulgada hasta que diera señales de arrepentimiento.

Siguiendo lo que dice Hebreos 3:13, los ancianos tenían la responsabilidad principal de exhortar a sus miembros diariamente, alentarlos a las buenas obras y a una vida espiritual agradable al Señor.

Cuarto orden: diáconos

Siguiendo las pautas morales de 1 Timoteo 3, los diáconos eran elegidos para servir en una de dos divisiones: para supervisar y administrar los fondos de la iglesia, o para supervisar el bienestar social de las personas de la iglesia.

Ginebra se jactaba de no tener mendigos, ni enfermos ni afligidos que no fueran cuidados con el mayor esmero. Cada diácono establecía una junta de administración hospitalaria para su propia comunidad. Si un miembro caía enfermo, los diáconos le asignaban un médico o cirujano. Dependiendo de lo que fuera necesario, el médico designado atendía al miembro en el hospital o en su hogar. Esto estaba preparado especialmente para los pobres de la ciudad. Con cuidados y preocupación sin precedentes, los miembros recibían el mejor cuidado médico y espiritual, y Ginebra se hizo conocer como una ciudad donde se predicaba y vivía el verdadero Evangelio.

¿Qué significa para usted el Evangelio?

Usted acaba de leer que Ginebra era conocida como una ciudad del verdadero Evangelio. La organización que Calvino hizo de los ancianos y diáconos demuestra un verdadero corazón de apóstol. El verdadero apóstol vive y trabaja para que el corazón de Dios se manifieste por todo el mundo. ¿Y qué tiene Dios en su corazón? Una palabra: gente. Escúchelo

bien: El Evangelio fue dado para solucionar las necesidades de la humanidad, de las cuales la salvación es solo una parte.

El Evangelio no es dado para alimentar su ego personal ni para darle un estatus en la sociedad. No es dado para que los ojos del mundo estén fijos en usted. El corazón de Dios siempre estará inclinado hacia las necesidades de la gente. Siempre querrá que se consuele a los sufrientes, que los quebrantados sean restaurados, que los hambrientos sean saciados, que los perdidos sean salvados, que los deprimidos y engañados sean liberados, que los enfermos sean sanados.

Algunas verdades que Dios ha dado a la Tierra por medio de hombres y mujeres extraordinarios, han sido desvirtuadas y confundidas en algunos círculos. Creo con todo mi corazón en el mensaje de la prosperidad. Pero Dios lo dio para demostrar a su pueblo que su prioridad es financiar el reino. Después viene la verdad de que seremos bendecidos como consecuencia de vivir una vida entregada al Señor: cuerpo, alma, corazón y, sí, también riqueza. Dios quiere que usted sea próspero, pero solo le confiará una gran riqueza a alguien que haya pagado el precio durante un tiempo ofrendando para la extensión de su reino.

Hay una línea muy delgada que los ministerios pueden cruzar cuando tratan de recaudar fondos; del otro lado de esa línea hay error y engaño. Si Dios realmente le ha hablado a usted para que haga algo, Él proveerá. Pero inventar su propia visión y aplicar presión a las personas para que provean para ella, puede significar abrirle la puerta de su ministerio a un espíritu errado.

He descubierto que las personas realmente quieren ofrendar. Pero quizá estén cansadas de su proyecto de construcción. Yo he levantado muchas ofrendas para diferentes cosas. Algunas veces era para construir un nuevo templo. Otras veces era para comprar sillas nuevas. No digo que eso esté mal. La Biblia nos dice que ofrendemos para que haya comida en la casa de Dios (ver Malaquías 3:10). Pero las ofrendas que más fácilmente pude levantar fueron las destinadas al proyecto misionero que Dios puso en mi corazón que iniciara.

Todos ofrendaban como locos. Lo único que hice fue mostrarles la visión de enviar a quinientos misioneros, a los lugares más difíciles del campo internacional, y la gente ofrendó sin dudar. La gente puede ofrendar para el nuevo templo o el nuevo sistema de sonido que usted quiere, pero realmente quieren sentir que están ayudando directamente a levantar la carga de la sociedad.

A las personas que sufren no les importa su dinero. Lo que quieren es el alivio que solo una persona ungida, guiada por el Espíritu, puede darles. El dinero es solo una herramienta que hace que esto sea posible.

Debemos ponernos del lado de Dios y hablar la verdad para que su plan no sea abortado en este tiempo. Que, como se decía de la ciudad de Ginebra, pueda decirse que nuestra ciudad –y nuestra iglesia– sean conocidas como ejemplos del verdadero Evangelio.

La herencia que recibimos de Calvino

Calvino introdujo en la Iglesia muchas cosas que en su época eran virtualmente desconocidas. Le sorprendería descubrir que algunas de las cosas que hoy damos por sabidas en nuestra iglesia o ministerio fueron instituidas por Calvino.

1. Introdujo la consejería personal según la Palabra de Dios.
2. Organizó el oficio pastoral, con la predicación inspirada de la Palabra.
3. Organizó el oficio del maestro, por el cual los sencillos y básicos principios del Evangelio eran explicados para que pudieran comprenderlo todos, de niños a adultos.
4. Bosquejó los requisitos y las funciones de ancianos y diáconos.
5. Introdujo la adoración congregacional colectiva, de manera que todos pudieran entrar en la presencia de Dios por medio del canto.
6. Presentó el idioma griego original del Nuevo Testamento, y dio así a sus oyentes una comprensión más acabada de lo que la Biblia significaba literalmente.
7. Reintrodujo el idioma hebreo para una interpretación más exacta del Antiguo Testamento. Hasta que llegó Calvino, los judíos eran los únicos que habían incorporado el hebreo en su comprensión de Dios.
8. Reintrodujo la tarea de que los ministros oraran por los enfermos como el Señor les indicara.

Calvino organizó muchos otros aspectos del ministerio, pero creo que lo que acabo de señalar son los puntos sobresalientes. Podemos ver cómo su drástica reconstrucción del verdadero Evangelio expuso las muchas patrañas con que la Iglesia Católica había engañado al pueblo.

Asesinos del carácter

Aunque todo parecía andar ordenadamente, no era tan fácil como sueña. Mientras Calvino trabajaba como pionero del Evangelio en Ginebra, el gobierno continuaba con sus interrupciones, entre ellas, arrestar a algunas

personas por delitos sin contactar antes a los ancianos. El gobierno quería apoyar a la Iglesia, pero la interacción entre las leyes civiles y morales era aún poco clara. Por consiguiente, la confusión entre ambas organizaciones continuó.

Calvino también sufrió en su vida privada. En 1542, durante su primer verano en Ginebra, Idelette dio a luz a un hijo prematuro que murió dos semanas después. Idelette y Calvino quedaron destrozados. Tres años después tuvieron una hija que murió al nacer y, en 1547, otro niño nació prematuramente y también murió.

Los enemigos de Calvino aprovecharon estas ocasiones trágicas para perseguir a su familia. Sostenían que el hecho de que Calvino no pudiera tener un hijo era señal de que la mano de juicio de Dios estaba sobre sus vidas por pecados y desobediencias ocultas. Los más violentos perseguidores buscaron pruebas de sus acusaciones y descubrieron que Idelette había sido esposa de un anabaptista. Los anabaptistas creían que el matrimonio se producía bajo la santidad de la iglesia, por lo cual no era necesaria una ceremonia civil. Sus enemigos comenzaron a murmurar que Idelette era una mujer inmoral que había tenido a sus anteriores hijos fuera del matrimonio, lo cual no era cierto. La presentaron ante la sociedad como una mujer con creencias gravemente heréticas. Calvino fue calumniado por haberse casado con Idelette, y su posición y autoridad espiritual estaban en jaque.

Sus enemigos lanzaban sus perros tras él para que le mordieran los pies mientras caminaba. Muchas veces la iglesia quedaba “decorada” con verduras podridas, arrojadas por incrédulos o amargados. Muchas veces estas mismas personas permanecían fuera de la catedral durante los cultos, haciendo ruidos fuertes para molestar.

Los principales enemigos de Calvino eran de un sector religioso de la ciudad llamado los “libertinos”, que interpretaban el Evangelio a su antojo. Ellos sostenían que, dado que estaban bajo la gracia de Dios, podían actuar como quisieran. Muchos eran notorios adúlteros y fornicarios; otros eran ebrios y peleadores. Pero nunca faltaban a su iglesia los domingos, donde escuchaban un Evangelio pervertido que estaba de acuerdo con su estilo de vida. En vista de lo que creían, podemos darnos cuenta de por qué la estricta doctrina y la ética de responsabilidad de Calvino los enfurecían. Trataban de desacreditarlo por todos los medios posibles, especialmente acusándolo de ser el dictador de Ginebra.

Pero era todo lo contrario. Calvino había sido nombrado por el consejo para regresar a la ciudad y establecer la iglesia protestante. Se le pagaba un salario, y podía ser removido de su cargo en cualquier momento.

Los libertinos estaban furiosos porque la atmósfera de rectitud que Calvino había impuesto era un desafío para su estilo de vida.

“Un dolor inusual”

Aunque Calvino nunca cejó en su reforma de Ginebra, su salud se quebrantó. Constantemente lo acosaban problemas estomacales y piedras en los riñones. La salud de Idelette también se resintió. Sin poder recobrar todas sus fuerzas después del último parto prematuro, Idelette contrajo tuberculosis.

En su lecho de muerte, las mayores preocupaciones de Idelette eran que el ministerio de Calvino no se viera obstaculizado por su enfermedad, y que sus hijos estuvieran bien cuidados. Calvino le aseguró que él cuidaría de los niños como si fueran suyos. Ella respondió: “Ya se los he entregado a Dios”.⁴⁰ Cuando Calvino replicó que tal afirmación no lo liberaba a él de su responsabilidad de cuidar de ellos, ella reconoció que sabía que él cuidaría aquello que Dios le había confiado.

Así era Calvino. Todo lo que hacía para el Señor, lo hacía por convicción, no por mera voluntad humana. Su esposa lo conocía mejor que nadie. Si Calvino pensaba que algo era voluntad de Dios, estaba dispuesto a guardarlo con su vida y cumplirlo hasta la muerte.

En 1549, ocho años después de su regreso a Ginebra, Idelette murió, tan silenciosa y en calma que los que estaban presentes casi no se dieron cuenta.

Como ya he dicho, Calvino hablaba muy poco de su vida personal. Pero escribió varias cartas que expresaban su profundo dolor al perder a Idelette. Pocos días después de su muerte Calvino escribió a su amigo Viret, diciéndole: “Realmente, el mío es un dolor inusual. He perdido a la mejor amiga que he tenido, alguien que, si así hubiera debido ser, hubiera compartido voluntariamente no solo mi pobreza, sino también mi muerte. Durante su vida fue la fiel ayudadora de mi ministerio. De ella jamás debí sufrir el más ligero obstáculo”.⁴¹

Calvino estuvo casado con Idelette solo nueve breves años. Guardó su promesa y crió a sus dos hijos como si hubieran sido suyos. Solo tenía cuarenta años cuando ella murió, pero nunca más volvió a casarse.

Todo lo que Calvino hacía para el Señor, lo hacía por convicción, no por mera voluntad humana. Si pensaba que algo era voluntad de Dios, estaba dispuesto a guardarlo con su vida y cumplirlo hasta la muerte.

La personalidad reformadora de Calvino

Enterrando su dolor y su pérdida, Calvino se dedicó al ministerio con todo ardor. Hizo que sus familiares más cercanos se mudaran nuevamente a su casa, aunque los estilos de vida de ellos hacían que constantemente se viera envuelto en controversias.

Calvino era un amigo bueno y fiel. Sabemos que se tomaba a sí mismo muy en serio. Aunque nunca conoció a Martín Lutero, creía ser su sucesor. Tenía una presencia increíble, y se hacía notar por todos con solo entrar en una habitación.

Aunque tomaba su mandato como reformador muy en serio, era muy cálido y confiaba en sus colaboradores. Le recordaba constantemente que ellos debían recibir las cosas buenas y hermosas que los rodeaban como regalos de Dios, testimonios de su amor por ellos. Los visitaba en sus hogares, compartía sus bromas y sus risas, oficiaba los matrimonios de sus hijos y sufría con sus tragedias personales. Era un maravilloso compañero de cena, lleno de ideas y conversación. Y aunque era hábil en los juegos que jugaba, es improbable que haya dedicado demasiado tiempo libre a la recreación.

Su hogar era, también, centro de actividad de la iglesia; muchos refugiados corrían allí como a un lugar seguro donde escapar del mundo. Un visitante escribió sobre la agitada vida de Calvino:

No creo que pueda hallarse a alguien similar. Porque... ¿quién podría relatar sus labores, ordinarias y extraordinarias? Dudo que cualquier hombre de nuestro tiempo tenga más para escuchar, para responder, para escribir o cosas de mayor importancia. La multitud y cantidad, solamente, de sus escritos, es suficiente para dejar pasmado a cualquiera que los vea, y aun más a quienes los leen. [...]. Nunca dejó de trabajar, día y noche, en el servicio del Señor, y escuchó con gran pesar [sic] las oraciones y exhortaciones que sus amigos le dirigían cada día para que tomara algún descanso.⁴²



Mentor de John Knox

Uno de sus más famosos refugiados era John Knox, el famoso reformador escocés. Calvino designó a Knox como pastor de la iglesia de refugiados de habla inglesa en Ginebra. Cuando llegó el momento de que Knox regresara a Escocia, lo hizo después de ser pastoreado y entrenado por

Calvino. Esos esfuerzos, y el llamado de Dios sobre su vida, hicieron que Knox se convirtiera en un renombrado reformador en Escocia. Allí estableció una iglesia nacional que seguía el modelo de la de Calvino en Ginebra. Knox se jactaba de la academia de Calvino. Decía que desde la época de los apóstoles no había habido escuela mejor para Cristo.⁴³

Knox también testificaba de haber pasado muchas horas agradables con Calvino, compartiendo tanto las risas como los debates teológicos. Los dos grandes reformadores solían jugar a un juego: se ubicaban cada uno en un extremo de una mesa, y jugaban a quién podía hacer deslizar por la mesa una llave lo más lejos posible, sin que cayera al otro lado.

Calvino también instituyó una ética de trabajo altamente responsable y diligente entre las congregaciones. Enseñaba que todo pertenece a Dios: su empleo, sus posesiones, su vida... todo. Cuando clasificaba las posesiones, no hacía divisiones entre seculares y cristianas. Si una persona era creyente, todo estaba centrado en Dios. Calvino convenció a la gente de que trabajar con apatía era una falta de respeto a Dios. También les enseñaba a cobrar intereses por sus préstamos, diciendo que esto era bueno y diligente, y que no hacerlo era derrochar. Esta firme ética de trabajo llegó a establecerse tan profundamente entre la gente de su época, que ayudó a formar la fuerte mentalidad capitalista que caracterizaría los siguientes siglos.

Muchos apreciaban lo que la vida de Calvino demostraba por medio de la Palabra, pero sus críticos lo acusaban de ser duro, áspero y cruel. Era sabido que solía debatir y discutir acaloradamente sus puntos de vista, hasta que la otra persona los aceptaba o quedaba sin recursos. Sus debates no se limitaban a los protestantes, también debatía con los judíos. Joseph Gershom, un famoso polemista judío, escribió una vez que había debatido contra un polemista protestante que lo había atacado con un discurso "violento, airado y amenazante".⁴⁴ Algunos teólogos judíos creen que ese hombre puede haber sido Calvino.

*Calvino enseñaba a su congregación que, si eran creyentes,
todo lo que tenían pertenecía a Dios: su empleo, sus
posesiones y su vida.*

Esta parte de su personalidad es algo irónica, ya que, a diferencia de Lutero y Knox, a Calvino no le gustaban los conflictos. Los que eran más cercanos a él sabían que, aunque parecía inflexible para sus oponentes, interiormente era muy sensible y aprehensivo. Al enfrentar molestias y

persecución, lejos de guardar la compostura, actuaba tumultuosamente. A Calvino lo mortificaba tanto su carácter que constantemente sentía remordimientos por su debilidad en este aspecto. Pero antes de acusarlo, recordemos que pocos han soportado tal persecución, y pocos han instituido una reforma tan amplia en un ambiente tan violento. Así que podría decirse que, aunque era sensible, tenía un espíritu invencible que se negaba a ceder.

Cuando Calvino apuntaba en una dirección, avanzaba con tanta energía que pocos podían seguirlo. Si comprendía un principio, solo la muerte podría silenciarlo. No era que no comprendiera lo que era transigir; era que Calvino veía la verdad tan claramente, que transigir era un pecado imperdonable para él.

Una de mis anécdotas favoritas sobre Calvino demuestra cuán sensible y compasivo podía ser. Cierta vez quería enviar una carta a Viret, y un par de estudiantes de la Biblia se ofrecieron para entregarla. Cuando Calvino le dio la carta a uno de ellos, vio cuán decepcionado se sentía el otro por no haber sido elegido como mensajero. Así que hizo como si hubiera olvidado escribir algo en la otra carta, se sentó a escribir rápidamente una o dos frases más, dobló el papel y lo entregó al segundo estudiante. La carta solo decía que Viret... simulara que esas palabras eran algo importante.

En 1547 comenzó una época de dificultades serias para Calvino. Un movimiento libertino lo llevó a enfrentar el período más controvertido de su vida y ministerio. Ese movimiento fue iniciado por un hombre que lo había apoyado muchos años antes: Miguel Servet.



Calvino y los cuatro síndicos en el patio del colegio de Ginebra. Hulton Archive/Getty.

El error que hizo historia

Los asuntos de Calvino con Servet le causaron no solo dolores, sino una condenación que aún lo persigue en la actualidad. Servet, el rebelde español, había sido un teólogo notable, luego abogado y médico respetado. Años antes había escrito un libro intentando desacreditar las enseñanzas de Calvino. Calvino había tratado de reconciliarse con él, pero Servet no se presentó a la cita.

A través de los años de ministerio y reforma, Servet había sido un enemigo molesto y constante que cada vez cobraba mayor notoriedad, especialmente entre los libertinos que odiaban a Calvino. También era un hombre buscado, tanto por los católicos como por los protestantes, por su herejía. De hecho, nadie tenía un mayor precio por su cabeza que Servet.

Calvino podía tolerar casi cualquier cosa, excepto lo que consideraba herejías. Aun los teólogos judíos, aunque no estimaban demasiado su estilo ministerial, declaraban: "Con toda esta furia, Calvino se mostró algo más misericordioso para con los judíos y los musulmanes que para con los cristianos herejes".⁴⁵

Servet enseñaba que la Trinidad era una locura y que Jesucristo no era Dios hecho carne, sino que se había convertido en Hijo de Dios después de triunfar sobre la tentación. Calvino consideraba estas creencias como una herejía que merecía la pena de muerte.

Después de un largo camino de pruebas y contratiempos, Servet, que ahora era un fugitivo apoyado por los libertinos, apareció en un culto en la iglesia de Calvino. Calvino lo reconoció y llamó para que lo arrestaran. Servet fue llevado a la cárcel para ser juzgado.

En el juicio los libertinos pusieron en marcha su plan para liberar a Servet, y Calvino mantuvo una firme posición en contra de todos ellos. La sentencia favoreció a Calvino, y el consejo también estuvo de acuerdo con el castigo propuesto por él: sentenció a Servet a morir en la hoguera.

Servet pidió una audiencia con Calvino, que le fue otorgada. Servet pidió reconciliación y rogó a Calvino que implorara al tribunal una sentencia más leve. Calvino señaló enérgicamente sus errores teológicos, y le exigió que se retractara. Servet lanzó una carcajada.

Sin embargo, Calvino pidió que se cambiara la sentencia. Pidió que Servet fuera decapitado en lugar de ser quemado en la hoguera. Algunos se escandalizaron por el pedido de Calvino, pero él no tenía misericordia para los herejes.

El consejo negó la petición de Calvino, y el 27 de octubre de 1553, Servet, acompañado por Farel hasta la hoguera, fue quemado como hereje.

Debido a sus negociaciones para que se aplicara la pena de muerte, Calvino se convirtió en blanco de grandes críticas y controversias.

Al principio de este capítulo conté la historia de Calvino y su amigo Nicolás Cop. El discurso inaugural de Cop como decano de la Universidad de París, muchos años antes, fue controversial porque intentó abrir los ojos de los romanos católicos del sistema universitario a las ideas de libertad que prevalecían entre los protestantes. En ese discurso Cop reprendía a quienes, por temor, mataban el cuerpo, pero no podían matar el alma.

Ahora esas mismas palabras, que muchos creen que fueron escritas por Calvino para Cop, fueron las que sus enemigos utilizaron para perseguirlo. Lo acusaron de ser un atormentador de la libertad religiosa que se rebajaba a la altura de los perseguidores de la Inquisición católica. La noticia de la rígida postura de Calvino llegó a las comunidades judía y musulmana, que calificaron a este hecho de “el primer acto de fe inquisidor de parte de los creyentes protestantes”.⁴⁰

A lo largo de la historia muchos han torturado y matado a otros por lo que creían que eran herejías. Podemos recordar hechos sangrientos de hace mucho tiempo, pero sucede aún hoy en muchos países del mundo: Sudán y el Oriente Medio son dos grandes ejemplos. Cuando un hombre mata a otro por tener creencias equivocadas, está bajo un engaño demoníaco.

Calvino fue directamente responsable por la muerte de un hombre. Si sintió remordimiento por esto, la historia no lo señala. Evidentemente, Calvino pensaba que protegía a las multitudes de los males que un hombre como Servet podría infligirles. Sin embargo, el juicio de tal acción solo puede ser dictado por Dios mismo.

La muerte no fue el fin

El año: 1564. Las iglesias de Ginebra habían sido establecidas como un ejemplo para las iglesias protestantes de todo el mundo. La academia florecía con jóvenes estudiantes ansiosos de entrar en el ministerio. Muchos planeaban ser misioneros para llevar el mensaje de reforma a territorios peligrosos o aún no explorados. Los escritos de Calvino, que continuaban siendo fuente de iluminación para las multitudes de personas que los leían, tenían una demanda enorme. Cinco años antes Calvino se había convertido, finalmente, en ciudadano de Ginebra, la ciudad de la cual, humildemente, decía ser siervo.

La carga de trabajo y responsabilidades comenzaron a afectar su salud. Aparte de los problemas estomacales, ahora lo torturaban las migrañas. Sus pulmones estaban constantemente inflamados y con hemorragias, sus

rodillas afectadas por la artritis y tenía un problema constante con los cálculos en los riñones, que le causaban un dolor terrible.

En medio de todos estos problemas, Calvino no faltó nunca, ni un solo día, a su deber de predicar. Cuando no pudo caminar hasta la iglesia por el dolor, fue llevado en una silla hasta la plataforma. Cuando su médico le negó el privilegio de salir de su cuarto, la gente llegaba y se agolpaba en su cuarto, lo escuchaba durante horas. Cuando no pudo mover el cuerpo debido a su enfermedad, dictaba cartas desde la cama. Mientras los demás le decían que cuidara su cuerpo, Calvino los reprendía diciendo: “¡Qué! ¿Queréis que el Señor me encuentre ocioso cuando venga?”⁴⁷

La última vez que predicó en la catedral fue el 6 de febrero de 1564. La última vez que asistió fue para el culto de Pascua, donde recibió la comunión de manos de Beza, su querido amigo. Cuando llegó el mes de abril, se despidió del consejo y de sus ministros en una carta en que repasaba sus metas, sus luchas y sus errores. Dictando con gran compostura, declaró: “Mis pecados siempre me han desagradado, y el temor de Dios ha estado en mi corazón”.⁴⁸



Calvino predica en la catedral de San Pedro, en Ginebra, ya anciano.
The Banner of Truth Trust.

También escribió cartas a sus más queridos amigos, de los cuales consideraba a Farel como el mejor. Le pidió que siempre recordara su amistad y lo que habían hecho juntos en el ministerio, y le recordó que a ambos los esperaba una recompensa en el cielo.

Para mediados de mayo la salud de Calvino estaba terriblemente deteriorada. Estaba cerca de la muerte, en coma, cuando los que es-

taban en el cuarto comenzaron a lamentarse por lo que sucedería cuando él muriera. Sin abrir sus ojos, Calvino les dijo que, si miraban al Señor, no tendrían que preocuparse al respecto.

Después de esto nunca volvió a hablar a otra persona; su voz se oía solo en oración. El 27 de mayo de 1564, a la edad de cincuenta y cuatro años, Calvino partió de esta vida para ir con el Señor.

Su amigo Beza estuvo presente en el momento de su muerte. Acerca de tal hecho, escribió: “Ese día, con el Sol poniente, la luz más brillante que había en el mundo para guiar a la iglesia del Señor fue llevada nuevamente al cielo”.⁴⁹

Al día siguiente el cuerpo de Calvino, que había sido una presencia invencible para enfrentar el error y el engaño, fue envuelto en un simple sudario y colocado en una caja de madera. Fue enterrado en una tumba sin placas en un cementerio común. Hasta este día, según el último deseo de Calvino, nadie sabe dónde está enterrado el gran reformador. Su causa y su meta siempre fue apuntar a Jesucristo, y en su muerte la meta siguió siendo la misma.

Beza asumió el rol de Calvino como moderador de la Venerable Compañía. El día que asumió tal rol, dijo de su amigo: “He sido testigo de él durante dieciséis años, y creo que tengo pleno derecho de decir que en este hombre estuvo expuesto, para todos, como un ejemplo de la vida y la muerte de un cristiano, como no será fácil despreciar, y muy difícil imitar”.⁵⁰

Tanto el gobierno como los ciudadanos lamentaron profundamente la muerte de Calvino. En una reunión especial dedicada a honrarlo, hicieron una declaración en la que proclamaron: “Dios lo marcó con un carácter de singular majestad”.⁵¹

Hoy en Ginebra se encuentra un monumento erigido para la causa de la Reforma que transformó la ciudad. Allí, grabados en piedra, están los nombres de cuatro hombres: Juan Calvino, Guillermo Farel, Theodore Beza y John Knox.

Es algo extraño contemplar esos nombres, que ahora solo son recuerdos grabados en piedra, y pensar que alguna vez fueron vidas, con dolores, tragedias, persecuciones y victorias reales. Aunque la piedra ha atrapado sus nombres, sus voces continúan resonando como un eco a lo largo de los siglos. Las verdades que estos hombres defendieron continúan desarmando doctrinas pervertidas y desenterrando tesoros divinos dentro de los hombres y las mujeres que escuchan su clamor. Estos hombres no son solo un recuerdo: están eternamente vivos, nos alientan desde los portales del cielo mientras recibimos nuestro mandato para esta hora y corremos a transformar las naciones para el Evangelio de Jesucristo.

No se me ocurren mejores palabras para cerrar este capítulo que las del mismo Calvino: “Es suficiente que viva y muera por Cristo, quien es, para todos sus seguidores, ganancia tanto en la vida como en la muerte”.⁵²

La doctrina de Calvino

Lo que sigue es un breve panorama de las creencias teológicas de Calvino. Una vez más, quisiera enfatizar que estas muestras no son, de ningún modo, completas, ya que se han escrito volúmenes de su doctrina en tributo a él. Si usted desea explorar cualquiera de estas pocas que yo presento aquí, lo animo a hacerlo.

La predestinación

Probablemente la más conocida de las ideas de Calvino es la doctrina de la predestinación. Antes de entrar en un resumen de lo que Calvino creía, es importante que ubique un hecho en su contexto histórico.

Contrariamente a lo que se cree en la actualidad, la doctrina de la predestinación no comenzó con Calvino. Calvino no es el “padre de la predestinación”. Esta doctrina comenzó antes del ministerio de Calvino, pero él fue quien la hizo famosa. En realidad, la creencia fue introducida por Agustín, un hombre que había sido un filósofo pagano antes de convertirse a Cristo. En su juventud, Calvino había asistido a la universidad que Agustín fundó, y fue muy influido por el método de pensamiento agustino. Más tarde Martín Lutero y muchos otros adoptaron fervientemente sus creencias sobre la predestinación. Calvino siguió a sus predecesores.

Cuando Calvino se hizo pastor, notó que diferentes personas respondían de diferentes formas a la predicación del Evangelio. Daba el ejemplo de que si predicaba un mismo sermón a cien personas, veinte lo aceptaban y crecían, mientras que las demás reían o se aburrían. Esto lo inquietaba mucho, y, con su mente analítica, Calvino se detuvo a reflexionar sobre el porqué. Escudriñó en las Escrituras y estableció que la razón por la cual algunos recibían obedientemente y otros rechazaban de plano, era explicada por la doctrina de la predestinación.

Calvino hizo famosa esta doctrina cuando fue llamado para defenderla. La doctrina de Agustín era atacada con malicia y, dadas las brillantes dotes de Calvino para el debate, fue el elegido para responder. Su respuesta

fue tan completa que pronto llegó a ser conocido como el máximo proponente de ella. De hecho, cuando la Iglesia Católica Romana comenzó a acusar a Calvino de inventar esta teología, él rechazó tal acusación; les recordó a su antiguo obispo san Agustín. Argumentó que solo retornaba a las enseñanzas de agustino, pues aseguró: “Agustín es tan completamente de nuestra persuasión, que si yo debiera hacer una profesión escrita, sería suficiente con presentar una composición armada completamente con extractos de sus escritos”.⁵³

Cuando se le preguntó por qué defendía con tal firmeza esta doctrina, respondió: “Aun un perro ladra cuando atacan a su amo; ¿cómo podría yo guardar silencio cuando el honor de mi Señor es atacado?”⁵⁴

Calvino atravesó dos controversias diferentes por esta doctrina, una con la Iglesia Católica y la otra con un monje carmelita convertido en protestante, llamado Jerome Bolsec. Hasta estos dos ataques directos, Calvino solo había mencionado al pasar su posición frente al tema. Pero después de estas controversias decidió aclarar sus convicciones y comenzó a escribir con gran firmeza al respecto. Muchos se han preguntado si, de no haberse producido estas dos controversias, se hubiera relacionado tanto a Calvino con esta doctrina, como se lo hace en la actualidad.

Debe señalarse que no toda Ginebra compartía el punto de vista de Calvino sobre la predestinación; pero, sin duda, todos sus alumnos de ministerio y colaboradores, como John Knox, lo compartían plenamente.

En resumen, Calvino dijo que la predestinación era como caminar sobre una cuerda floja: maravilloso, pero temible al mismo tiempo. Y advirtió a todos los que quisieran guardar el equilibrio que se aferraran con todas sus fuerzas a la Biblia.

Calvino sostenía que Dios “no adopta indiscriminadamente a todos en la esperanza de salvación, sino da a algunos lo que niega a otros”.⁵⁵ En base a pasajes como Romanos 9:18, que dice: “*De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece*”, Calvino creía que Dios había decretado dentro de sí mismo qué sucedería con cada hombre. Algunos fueron creados para vida eterna, algunos para condenación eterna. Él creía que la predestinación era como una moneda de dos caras. Un lado mostraba la misericordia de Dios, el otro, su juicio. Calvino creía que Dios debía manifestar ambos atributos hacia la humanidad, de lo contrario, sería incompleto. Quienes tienen el favor y la vida eterna de Dios son llamados los elegidos.

Así que, ¿cómo encaja en esto la misericordia de Dios? Calvino creía que la misericordia para la humanidad fue dada a través de Jesucristo y su

sacrificio en la cruz. Parecería que la misericordia no tenía lugar en su doctrina, pero no es así. Calvino consideraba a la Palabra de Dios según Romanos 10:8, como la Palabra de fe. “La fe no puede tener estabilidad a menos que se la sitúe en la misericordia divina”.⁵⁶ En otras palabras, una persona no tendrá fe y no podrá creer en la Palabra de Dios como verdad, a menos que esté en la misericordia de Dios, y la misericordia solo es concedida a los elegidos. Si tenemos fe en Dios, somos elegidos.

Calvino creía que la revelación era progresiva. Si una persona progresaba en la revelación de Dios y su bondad y misericordia hacia ella, era uno de los elegidos. La elección de una persona era descubierta y verificada en su progresivo entendimiento del sacrificio de Cristo, que vence la maldad del pecado.⁵⁷

Creía que los elegidos debían también estar llenos de gozo, sabiendo que la bendición y el favor de Dios estaban sobre ellos, y que nada podía cambiar esto. Aunque todos merecían la condenación, los elegidos, por el contrario, recibían la misericordia de Dios y trataban fervorosamente de vivir esa misericordia cada día. Nunca se los encontraría ociosos ni sin dedicación. A los no elegidos no les importaba esto y no querían saber nada con Dios ni con sus principios.

¿Y el evangelismo? Era una parte vital del cristianismo. Aunque el hombre creyera en la predestinación, nunca sabría a quién había elegido Dios. Por lo tanto, era necesario dar el Evangelio a toda persona, y los resultados exteriores se manifestarían a su tiempo.

Calvino nunca trató de comprender por qué existía la doctrina de la predestinación, y advirtió a otros que no lo intentaran tampoco. Sabía que daba por válidas afirmaciones que no tienen explicación moral. Decía que la razón de la justicia divina es más elevada que la del hombre, y que nunca seríamos capaces de comprender la profundidad de la sabiduría de Dios. Él mismo no trataba ni presumía de comprenderla en su totalidad porque, para ello –sostenía– sería preciso que comprendiera totalmente a Dios.

La Iglesia

La doctrina de la Iglesia tenía una gran importancia para Calvino. Como Lutero, se refería a ella como la Iglesia “católica”, es decir, universal, no porque estuviera relacionada con la Iglesia de Roma.

Creía que la Iglesia verdadera era invisible, no limitada por muros. Sus miembros son los elegidos de Dios, cuya membresía es demostrada por su confesión, amor, ejemplo de vida y participación.

Calvino creía que habría enseñanzas hipócritas y defectuosas dentro de la Iglesia verdadera, pero el cristiano nunca debía apartarse del Cuerpo por ello. Mientras se predicara que Jesucristo es el Hijo de Dios y que se debe nacer de nuevo y depender de su misericordia; que las Escrituras fueran consideradas la Palabra escrita de Dios; que los sacramentos fueran ofrecidos en honor de Jesucristo, las demás doctrinas defectuosas podían ser toleradas y solucionadas. Calvino señaló que nadie estaba libre de ignorancia o malas interpretaciones.

También creía que la verdadera Iglesia debía practicar la disciplina, por ejemplo, el derecho de excomulgar a una persona de conducta desordenada. Creía que la disciplina era el músculo y los ligamentos de la Iglesia, y que debía ser ejercitada para que se mantuviera la santidad de la comunión.

Calvino consideraba a la Iglesia universal como nodriza de la vida cristiana, y escribió que ella nos guarda bajo su protección y guía, nos enseña las cosas de Cristo, y que no podemos dejar su escuela hasta que hayamos pasado toda la vida como alumnos suyos. Calvino creía que el ministerio dentro de la Iglesia era el que hacía crecer a sus hijos.

Consideraba la Reforma como la restauración de la verdadera Iglesia, la cual, hasta ese momento, había estado casi completamente suprimida e imposible de descubrir. Se consideraba a sí mismo como alguien que nunca había tenido otro propósito que no fuera el de extender la Iglesia.

La comunión

Calvino escribió sobre la comunión en varios tratados, porque tenía una gran importancia para él. A diferencia de Lutero, Calvino creía que en la comunión se encontraba la presencia espiritual de Cristo. Por esa razón denunciaba cualquier comportamiento cuestionable de quienes participaran en ella, ya que sin duda sería arrogante e irrespetuoso para con Jesucristo, rayano en la blasfemia. Calvino creía que quienes participaban de la comunión sin haberse limpiado por medio del arrepentimiento, podían sufrir problemas y aflicciones físicas, aun la muerte. Creía que, cuando la tomaba un creyente arrepentido y respetuoso, la comunión producía en la vida de este un poder que le permitía tener una vida cristiana victoriosa. También estaba a favor de utilizar vino, no jugo de uva, ya que creía que el vino alcohólico simbolizaba el poder vigorizante del Espíritu Santo presente en la sangre limpiadora de Jesucristo.

Las obras

Calvino creía que todas las buenas obras provienen de la fe. La vida cristiana no solo estaba marcada por la fe y el conocimiento, sino también llena de responsabilidades. Ningún ámbito de la vida estaba exento de la obligación de servir a Dios y al hombre.

Además de sus firmes convicciones sobre el sacrificio y el servicio, Calvino hacía énfasis en la necesidad de la humildad en el servicio, que requería el abandono de la superioridad y el amor a uno mismo. Creía que quienes estaban en el ministerio tenían un llamado más elevado de responder a Dios, y lo horrorizaban quienes se colocaban en un pedestal por encima de los demás. Creía que los cristianos debían amar y servir al prójimo fuera este bueno o malo, atractivo o repulsivo.

Con respecto al servicio que va más allá de la iglesia y el prójimo, Calvino no distinguía entre responsabilidades seculares y eclesiásticas. Consideraba a las posesiones materiales como pertenecientes a Dios, y decía que debían ser gobernadas con diligente mayordomía. Rechazaba firmemente la prosperidad como única señal del favor de Dios, y comparaba tal creencia con la de los saduceos, que no creían en la vida por venir. Sin duda, esta inmovible creencia tenía relación con los abusos y excesos de la Iglesia Católica de esa época. Él creía, de hecho, que la excesiva riqueza era causa de ansiedad, más que su cura, y que solo los impíos pensaban lo contrario. Aunque creía que el éxito podía ser una bendición de Dios, como la calamidad podía ser su maldición, no se lo puede establecer como regla única. Calvino llenó sus escritos sobre este tema de citas bíblicas y comentarios.

Si usted desea estudiar las creencias básicas de Calvino con mayor profundidad, le sugiero que se tome el tiempo de leer su *Institución de la religión cristiana*, que explica detalladamente su línea de pensamiento.

Obras de Juan Calvino ordenadas cronológicamente

- 1532 *Comentario sobre De Clementia, de Séneca*
- 1536 *Institución de la religión cristiana, primera edición*
- 1539 *Respuesta al Cardenal Sadoletto*
Institución..., segunda edición
- 1540 *Comentario sobre Romanos*
- 1541 *Institución..., edición en francés*
Breve tratado sobre la Cena del Señor
- 1546 *Comentario sobre Primera de Corintios*
- 1547 *Comentario sobre Segunda de Corintios*
- 1548 *Comentario sobre Gálatas, Efesios, Filipenses y Colosenses*
Comentario sobre Primera y Segunda de Timoteo
- 1549 *Comentario sobre Tito*
Comentario sobre Hebreos
- 1550 *Comentario sobre Primera de Tesalonicenses*
Comentario sobre Segunda de Tesalonicenses
Comentario sobre Santiago
- 1551 *Comentario sobre Primera y Segunda de Pedro*
Comentario sobre Judas
- 1552 *Comentario sobre Hechos, primer volumen*
- 1553 *Comentario sobre el Evangelio de Juan*
- 1554 *Comentario sobre Hechos, segundo volumen*
Comentario sobre Génesis
- 1555 *Una armonía de los Evangelios*
- 1557 *Comentario sobre los Salmos*
Comentario sobre Oseas
- 1559 *Institución..., revisión completa*
Los profetas menores
Comentario sobre Isaías
- 1561 *Comentario sobre Daniel*
- 1563 *Una armonía del Pentateuco*
Comentario sobre Jeremías y Lamentaciones

Notas

- 1 John T. McNeill, *The History and Character of Calvinism*, Nueva York, Oxford University Press Inc., 1954, p. 159. Extractos de *The History and Character of Calvinism*, de John T. McNeill, © 1967, Oxford University Press Inc. Usado con permiso de Oxford University Press, Inc.
- 2 *Ibíd.*, p. 95.
- 3 *Ibíd.*, p. 99.
- 4 *Ibíd.*, p. 102.
- 5 T. H. L. Parker, *John Calvin: A Biography*, Louisville, Westminster John Knox Press, 1975, p. 21.
- 6 McNeill, p. 103.
- 7 Parker, p. 21.
- 8 *Ibíd.*, p. 22.
- 9 "John Calvin", *Christian History Magazine* 5, No. 4, Christian History Institute, p. 8.
- 10 Dr. William Lindner, *John Calvin*, Minneapolis, Bethany House Publishers, 1998, pp. 44-45.
- 11 *Ibíd.*, pp. 45-46.
- 12 McNeill, p. 111.
- 13 Lindner, pp. 46-47.
- 14 "John Calvin", p. 16.
- 15 *Ibíd.*
- 16 McNeill, p. 115.
- 17 *Ibíd.*
- 18 *Ibíd.*, p. 119.
- 19 Lindner, p. 49.
- 20 *Ibíd.*
- 21 McNeill, p. 121.
- 22 *Ibíd.*, p. 97.
- 23 *Ibíd.*, p. 131.
- 24 *Ibíd.*, p. 136.
- 25 *Ibíd.*, p. 118.
- 26 Lindner, p. 79.
- 27 Parker, p. 66.
- 28 McNeill, p. 144.
- 29 *Ibíd.*, p. 153.
- 30 Lindner, p. 122.
- 31 John Dillenberger, *John Calvin: Selections from His Writings*, Garden City, Anchor Books, 1971, p. 82.
- 32 *Ibíd.*, p. 86.
- 33 *Ibíd.*, p. 90.
- 34 Lindner, p. 123.
- 35 *Ibíd.*, p. 97.
- 36 *Ibíd.*, pp. 98-99.
- 37 McNeill, p. 158.
- 38 *Ibíd.*, p. 159.
- 39 "John Calvin" p. 10.
- 40 Lindner, p. 103.
- 41 Parker, p. 102.
- 42 *Ibíd.*, p. 103.
- 43 Lindner, p. 132.
- 44 Enciclopedia Judaica, Jerusalén, Keter Publishing House, p. 67.
- 45 *Ibíd.*
- 46 *Ibíd.*
- 47 "John Calvin", p. 35.
- 48 McNeill, p. 227.
- 49 *Ibíd.*
- 50 "John Calvin", p. 19.
- 51 McNeill, p. 227.
- 52 Parker, p. 155.

- | | | | |
|----|---------------------------------------|----|------------------------|
| 53 | <i>Christian History Magazine</i> 19, | 55 | <i>Ibíd.</i> , p. 25. |
| | no. 3, p. 31. | 56 | McNeill, p. 214. |
| 54 | "John Calvin", p. 24. | 57 | <i>Ibíd.</i> , p. 211. |

Capítulo 5



John Knox

1514 - 1572



“El reformador de la espada”

El reformador guerrero

¡Oh, Dios, dame a Escocia, o muero!¹

De todos los reformadores, John Knox ha sido el más injustamente despreciado, criticado y odiado. Aun en nuestra generación muchos han escrito expresando directamente su disgusto por él. Ha sido criticado por su cruda fortaleza profética, su valentía y su sed de sangre de los que engañaban al pueblo. El nombre de John Knox ha sido utilizado como una especie de “hombre de la bolsa”: una figura que se utilizaba para dar miedo a los niños pequeños e impedir que se apartaran de casa.²

Durante generaciones Knox ha sido comparado con los intrépidos profetas del Antiguo Testamento: Elías, Jeremías y, más de una vez, con Juan el Bautista. Es notable cómo sus críticos suelen olvidar que Juan el Bautista era muy estimado por Jesús (ver Mateo 11:11).

Si Jesús llamó “grande” a Juan, y los contemporáneos piensan que Knox era rudo, me parece que, en nuestro intelectual estudio de la historia, se nos han escapado los tesoros que son importantes para el cielo. Mi propósito es revelar esos tesoros –junto con sus errores– en la vida y el ministerio de John Knox, para que podamos ver y comprender que el espíritu de la reforma nunca se ha iniciado en pacíficas torres de marfil.

John Knox era un patriota salvaje, pero con un objetivo claro. Algunas veces, mientras lo estudiaba, me hacía recordar, por sus semejanzas, al guerrero escocés William Wallace. Wallace murió más de doscientos años antes que naciera Knox, pero ambos eran igualmente apasionados en su dedicación a la causa.

En un ámbito diferente del de Wallace, Knox era un predicador profético y bravucón que, en un tiempo, portaba una espada de dos filos, dispuesto a morir por su Escocia antes que permitir que la herejía de la

Iglesia Católica la dominara. Luchó contra tres reinas y un sinfín de autoridades de la jerarquía católica, experimentó el dolor del prejuicio y una persecución tan brutal que eriza la piel. Cuando la causa protestante se debilitaba, el pueblo buscaba a Knox para que estimulara sus fuerzas con sus encendidos mensajes. Él fue una trompeta, la más brillante y sonora, y el mensaje que proclamó sacudió Escocia, Inglaterra, Francia, Alemania y la Ginebra de Juan Calvino. Era el hombre justo para su generación, y no escapó a la lucha ni un segundo. Aunque parecía que en ocasiones estaba ocioso, Knox escribía panfletos y tratados tan abrasadores que provocaron persecución y odio a su mensaje durante generaciones después de su muerte.

Prepárese para una aventura sin respiro: la de explorar el despiadado y apasionado ministerio del mayor reformador escocés hasta el día de hoy: John Knox.

Knox era un patriota escocés salvaje, pero con un objetivo claro, que ha sido comparado con los profetas del Antiguo Testamento.



La revuelta en la Alta Iglesia, Edimburgo. Colección privada. Bridgeman Art Library, Nueva York.

Escocia bárbara

Knox nació en 1514, en el pueblo de Haddington, ubicado al sur de Edimburgo, en Escocia. La población de Haddington consistía, principalmente, en mercaderes y artesanos, que vivían en una nación considerada por el resto de Europa como bárbara, salvaje e inculta.

Poco se sabe de los primeros años de Knox. El nombre de su madre se desconoce, pero su apellido era Sinclair. El padre de

Knox, William, era un mercader y artesano respetado. La familia de William había sido poseedora de tierras en diversas regiones de Escocia. William, junto con su padre –abuelo de Knox– y abuelo –bisabuelo de Knox– estaban bien relacionados con los condes de Bothwell, la familia más poderosa de la región.⁴ Sería injusto decir que el joven Knox vivía con lujos o que era hijo de un noble, pero la relación que su familia tenía con el clan Bothwell les daba ciertos privilegios, uno de los cuales era el acceso a una educación.

Los padres de Knox no eran ricos, pero pudieron enviar a sus hijos a la escuela en Haddington, donde el joven Knox aprendió latín básico. Al completar estos estudios, Knox se convirtió en tutor de los hijos de un noble. Cuando estos fueron enviados a la Universidad de St. Andrew's, en 1529, Knox pudo asistir junto con ellos, y estudió filosofía.⁵

Una bomba a punto de estallar

En St. Andrew's Knox estudió con el famoso teólogo escocés John Major⁶, el mismo con el que Juan Calvino había estudiado en París. A diferencia de Calvino, Knox no se deslumbró con la teología de Major. Major criticaba a Lutero y condenaba ciertas prácticas de la Iglesia Católica, según sus propias opiniones, intelectuales y escolásticas. Knox rechazaba la manera intelectual de interpretar las Escrituras de Major. Para Knox, la Biblia significaba lo que decía y no había necesidad de analizarla ni ocultarse de ella. Incómodo, Knox regresó a las fuentes originales de la Biblia y estudió la Iglesia primitiva.

Parte de su búsqueda de la verdad se produjo como resultado de un hecho sucedido un año antes, en 1528. Escocia había quemado a su primer mártir, un hombre llamado Patrick Hamilton. Knox había escuchado que Hamilton predicaba un Evangelio sencillo y, capturado por sus enemigos católicos, fue tachado de hereje. El día de su ejecución el mártir reprendió abiertamente y declaró responsable ante el Señor a un fraile que lo acosaba a preguntas a viva voz. Pocos días después de la muerte de Hamilton, el fraile murió a causa de un desorden mental.⁷ Cuando varios de los laicos católicos comenzaron a cuestionar la muerte de Hamilton, las respuestas generales que recibían no los dejaron satisfechos. Knox había escuchado estas turbadoras discusiones y comenzó a buscar la verdad por sí mismo.

En su búsqueda, estudió a los padres de la Iglesia que vinieron antes de él, principalmente a Jerónimo y Agustín. De Jerónimo aprendió que solo la Biblia tenía la verdad, no las palabras de hombres. De Agustín Knox

llegó a comprender que un hombre puede ser muy honrado por su nombre o su posición, al mismo tiempo que su carácter o su fuerza espiritual es débil y despreciada por los demás, por lo cual, su repercusión en el mundo pierde fuerza.

Para Knox estas dos verdades se convirtieron en algo muy sencillo. Primero, si algo estaba escrito en la Biblia, entonces, era verdad. Todo lo demás era, simplemente, un aditivo. Segundo, el hecho de que un hombre fuera muy popular no significaba nada si su carácter no daba respaldo a su ministerio. Estos principios se convirtieron en el fundamento de la vida y el ministerio de Knox.

Cuando Knox llegó a comprender estas verdades, aún era católico romano. De hecho, en 1536 fue ordenado sacerdote, pero no le asignaron una parroquia porque Escocia ya estaba saturada de sacerdotes. Aunque no tenía un llamado verdadero a la Iglesia Católica, le dieron un empleo como notario papal en 1540, y comenzó a trabajar como tutor de jóvenes estudiantes. En todo este tiempo las revelaciones de sus estudios comenzaron a acumularse y crecer en su interior. Como señaló un autor: "era una Reforma a la espera de estallar".⁸



La casa de John Knox.

La conversión de Knox

En el siglo XVI la Iglesia Católica poseía más de la mitad de las tierras en Escocia, y la jerarquía católica reunía ingresos casi dieciocho veces superiores a los de los reyes escoceses.⁹ No había requisitos espirituales previos para convertirse en sacerdote o arzobispo en Escocia; todos ellos eran designados por razones políticas. Por consiguiente, el carácter y la capacidad de quienes interpretaban la Biblia eran totalmente blas-

femos. Eran bárbaros, lujuriosos, engañadores, asesinos y confabuladores. La mayoría de ellos tenían amantes y frecuentemente eran atrapados en actos de adulterio.

La Reforma de Escocia había comenzado varios años antes que Knox adhiriera a ella.

Knox descubrió dos verdades: primero, si algo estaba escrito en la Biblia, era cierto. Y la popularidad de un hombre no significaba nada si no estaba respaldada por su carácter.

El rey de Escocia, Jacobo V, y su esposa, María de Guise, habían tenido una hija, María, la futura María Estuardo. Cuando ella solo tenía una semana de vida, su padre, Jacobo, murió. Por lo tanto, María fue nombrada reina de Escocia cuando solo era un bebé.

Naturalmente, María no podía gobernar, por lo cual se nombró un regente, que estableció una política favorable a los protestantes que alentaba a la lectura de la Biblia y promovía la predicación de los reformadores. Thomas Guilliame, un fraile converso, y John Rough, un monje converso, fueron nombrados como sus capellanes. Estos dos predicadores fueron por toda Escocia y aprovecharon al máximo la oportunidad de predicar el Evangelio. Cuando Guilliame llegó a Escocia central en 1543, Knox, que aún trabajaba como notario papal, era tutor de jóvenes estudiantes.

Siempre interesado en un punto de vista alternativo, Knox fue a escuchar a Guilliame. Al escuchar el sencillo mensaje del dramático predicador, sumado a sus años de intensa búsqueda, Knox se sintió llevado a otra dimensión. El mensaje de Guilliame tuvo un profundo efecto sobre él. Dios lo había preparado para este tiempo; en su búsqueda, finalmente encontró al Espíritu Santo. Knox cortó sus lazos con la Iglesia Católica y adoptó plenamente la fe protestante. Ahora había cruzado la línea.

El protestante de la espada

A mediados de la década de 1540, el regente protestante murió. María de Guise asumió el rol de regente; actuaba en representación de su hija. Ella era extremadamente católica, así que estableció nuevas pautas, abolió las políticas protestantes y las amenazas de muerte para quienes se opusieran a ella o al catolicismo comenzaron a circular por toda Escocia.

En este momento, un maravilloso evangelista protestante llamado George Wishart se abrió camino en la historia. Ignoró las amenazas de los católicos y continuó viajando por toda Escocia, predicando la Reforma a todos quienes quisieran oírlo. Knox había escuchado relatos sobre los mensajes de Wishart, así que fue a escucharlo. Al escuchar su mensaje, vio la simple verdad que Wishart proclamaba, y el carácter del evangelista lo

conmovió. Poco después se unió a su equipo, pero no como evangelista, sino como guardaespaldas de Wishart, por lo cual, debido a su nuevo puesto, le entregaron una espada de dos filos que llevaba en todo momento con él.

Me imagino a Knox parado junto a Wishart, con su brillante espada, los brazos cruzados y sus ojos que escudriñaban la multitud de un lado a otro, esperando un movimiento agresivo. ¡Qué imagen habrá sido esa!

Wishart muere en ausencia de Knox

Durante cinco semanas Knox siguió a Wishart como guardaespaldas y, con el tiempo, se convirtió en su amigo, confidente y alumno. Aunque Knox quería permanecer con Wishart, este insistió: “No, regresa a tus *bairns* (pupilos), y que Dios te bendiga. Basta con uno para el sacrificio”.¹⁰

Pero en ausencia de Knox, el corrupto arzobispo de St. Andrew's, cardenal David Beaton, ordenó que Wishart fuera arrestado. El evangelista fue enjuiciado y hallado culpable de herejía. El 1 de marzo de 1546 fue llevado a la hoguera, donde murió. Conociendo la disposición de Knox, es improbable que esto hubiera sucedido si él hubiera continuado como guardaespaldas de Wishart.

Pero Wishart no murió en silencio. Con ambas manos atadas a la espalda, una cuerda alrededor del cuello y un cinturón de hierro en la cintura, predicó en las calles, mientras la multitud se reunía para ver el espectáculo. Alentó al pueblo a amar la Palabra de Dios y perseverar en lo que él les había enseñado. Les recordó que no les había enseñado doctrinas o fábulas de hombres, sino el verdadero Evangelio. Los consoló diciéndoles que, aunque sufriría brevemente dolor en su cuerpo, pronto estaría arrodillado a los pies de Jesús, a salvo, en el cielo, con Él para toda la eternidad.

Su último mensaje fue tan conmovedor que el verdugo cayó de rodillas y le pidió perdón. Wishart lo perdonó y le dio un beso en la mejilla... y lo animó a hacer su trabajo. El verdugo loató y lo colgó de un poste por la banda de metal alrededor de la cintura, hasta que las llamas lo consumieron. Mientras ardía, Wishart clamó pidiendo el perdón para quienes lo asesinaban. El hecho fue tan conmovedor que la multitud no pudo “evitar un piadoso lamento”¹¹ por el martirio de Wishart. El aire estaba cargado de muerte y dolor, porque un siervo de Dios fue reducido a cenizas delante de sus ojos.

El pueblo comenzó a clamar por venganza. Sus voces no hacían más que repetir el dolor y la ira que Knox sentía en su corazón. Knox no era

hombre de esconderse en un rincón. Si creía en algo, le resultaba repugnante no hacer nada al respecto. Knox, que siempre actuaba según lo que creía, finalmente se encontró involucrado en una rebelión total.

El pomposo cardenal Beaton comenzó a ser blanco de amenazas de muerte, pero se rió de ellas. Después de todo, era amigo de la reina regente —y se cree que ella era una de sus amantes— y estaba protegido por los mejores de Escocia.¹² Se escondió detrás de los muros fortificados del castillo de St. Andrew's, tras pesadas cerraduras. “¿Qué puedo temer?”, alardeó el cardenal mientras brindaba con el hijo¹³ del gobernador y hacía planes para la noche con otra de sus amantes.

“Somos enviados de Dios para vengar...”

Dos meses después, en una brumosa mañana de mayo, antes del amanecer un grupo de hombres armados se escondió detrás de los arbustos hasta que la amante del cardenal salió a hurtadillas de su cuarto, por la puerta del castillo de St. Andrew's. Uno de los hombres se apartó del grupo, se acercó al guardia y le preguntó si Beaton estaba despierto. Al verlo, el guardia sospechó y comenzó a desenvainar la espada, pero entonces, el extraño, envuelto en un manto, le clavó una daga profundamente en el pecho. El guardia fue arrojado al foso cubierto de bruma que rodeaba el muro.

El grupo de hombres entró por el camino flanqueado por muros de piedra y subió por las escaleras hasta llegar ante la puerta de Beaton, a quien despertaron con sus fuertes golpes en la puerta. Alarmado, Beaton llamó a su asistente para que trabara la puerta con pesados cofres, mientras él corría a esconder su oro. Pero los cofres no llegaron a contener la furia del grupo. Con un pesado golpe rompieron la puerta y la derribaron bajo sus pies. Mientras se lanzaban sobre Beaton, el cardenal cayó de espaldas sobre una silla, gritando: “¡Soy un sacerdote! ¡Soy un sacerdote! ¡No me mataréis!”

Las palabras de Beaton no detuvieron a los hombres. De hecho, al protestar, solo logró enfurecerlos más. Dos de ellos lo abofetearon y comenzaron a golpearlo repetidas veces. Uno de los intrusos, envuelto en su manto, detuvo la golpiza, diciendo que la ejecución debía ser más digna. Se acercó a Beaton quien, con el rostro demudado, temblaba despavorido y señalando con su espada el estómago del cardenal, le dijo: “Arrepentíos de vuestra malvada vida, especialmente de haber derramado la sangre de aquel notable instrumento de Dios, señor George Wishart, quien, aun cuando las llamas lo consumieron delante de los hombres, clama venganza, y

nosotros somos enviados por Dios para vengarlo”. El hombre del manto continuó diciendo que no era la riqueza de Beaton ni el temor de su poder lo que motivaba esta ejecución; la única razón era que Beaton había sido, y aún era, un obstinado enemigo de Jesucristo.

Beaton se negó a arrepentirse, por lo que el verdugo tomó su espada y atravesó el cuerpo del cardenal tres veces, mientras este gemía: “¡Soy un sacerdote! ¡Soy un sacerdote! ¡Todo está perdido...!”¹⁴

Los hombres continuaron golpeando y dando puntapiés al cadáver de Beaton, resbalándose en su sangre varias veces antes de orinar en su boca y cubrir su cuerpo con sal –para conservar la evidencia de su ejecución–. Después ataron una cuerda alrededor del cuello de Beaton y lo colgaron de la ventana del castillo, para que todos lo vieran. Los hombres se aseguraron de colgar el cuerpo de Beaton justo encima del lugar donde Wishart *había sido mantenido prisionero unos meses antes*.

Los valientes castellanos

Los hombres que ejecutaron a Beaton no abandonaron el castillo, sino que lo tomaron. La ejecución había sido un acto de protesta religiosa y política. Beaton representaba la intervención francesa en Escocia, así como el catolicismo. De esta forma tan obscena, los hombres plantearon su protesta en los dos ámbitos, y se dieron a sí mismo el nombre de “castellanos”.

La noticia del asesinato de Beaton se extendió por toda Europa, despertando escasa compasión, ya que casi todos odiaban a Francia. Este silencioso apoyo solo sirvió para motivar a los castellanos a continuar con su sitio.

Knox no estuvo presente en la ejecución, pero la apoyó, porque creía que los hombres malvados sufrirían el juicio de Dios. Knox servía como tutor en ese tiempo, pero solo era un personaje secundario, no el líder que llegó a ser y por lo que lo conocemos en la actualidad.

La revuelta de los castellanos provocó que el gobierno escocés aplicara inmediatamente una fuerte presión sobre todos los protestantes. Ahora, temiendo por su vida, Knox fue de casa en casa para evitar ser atrapado. Pensó en huir a Alemania, pero los padres de sus pupilos creyeron que estaría mejor si se unía a los rebeldes en el castillo, y que los alumnos aprovecharían la experiencia. Varios nobles escoceses enviaban provisiones al castillo, y un barco inglés llegó al puerto con una carga para ellos. Casi un año después, en abril de 1547, Knox se sumó a los castellanos en el castillo de St. Andrew's.¹⁵

El apasionado llamado de Knox

Knox pronto pasó a ocupar un lugar de prominencia dentro del castillo. John Rough escuchaba a Knox disertar para sus alumnos sobre doctrina protestante, y lo impresionó su fuerza y su capacidad para expresar lo que creía. Los católicos le habían ordenado a Rough que presentara una lista de argumentos contra sus creencias, así que le pidió a Knox que los escribiera. Rough llevó la presentación de Knox a los sacerdotes católicos y, al regresar, le pidió a Knox que fuera el capellán del castillo, pero este se negó; adujo que no había recibido tal “legítima vocación”.¹⁶

Rough pronto se ocupó del asunto. Al siguiente domingo predicó sobre la elección de ministros, y luego señaló a Knox delante de toda la congregación, encargándole que recibiera su llamado como ministro. Después miró a la congregación y les pidió que manifestaran su acuerdo, cosa que hicieron por abrumadora mayoría.

Sorprendido, Knox se quebró y lloró sin avergonzarse delante de toda la congregación. Sin poder contenerse, se puso de pie y abandonó la sala.

Esto demuestra el corazón, el respeto y la gran pasión que Knox tenía por Dios. Sí, era fornido y brusco en sus palabras, pero los protestantes de esa época esperaban algo así. No escuchaban a un predicador que no fuera rudo, porque necesitaban que tuviera una pasión que atrapara sus corazones. No los conmovía una presentación sentimentaloides del Evangelio. La gente ha criticado mucho a Knox por su osadía, pero esa osadía fue solo un aspecto menor de su vida, una consecuencia de su devoción a una causa mayor.

¿Qué quiero decir con “causa mayor”? Actualmente, ser cristiano es algo secundario para muchos, que lo relacionan simplemente con la iglesia a la que van los domingos. Por el contrario, lo que motiva las culturas y los estilos de vida actuales son el color o la nacionalidad. La forma en que pensamos, actuamos o vivimos la vida gira alrededor de nuestra nacionalidad o de nuestra cultura.

A Dios no lo conmueve nuestra perfección. Lo conmueve la pasión que tengamos por Él, que surge de nuestra fe.

Para los reformadores, no era así. Ser llamado protestante, en la época de Knox, tenía que ver con la cultura de la persona. El calificativo se aplicaba a toda la vida, al ser todo. La forma en que pensaban, la forma de

actuar o reaccionar, la forma de vivir la vida diaria estaba basada en si eran protestantes o no. Ser protestantes era algo que los consumía. Una persona podía ser protestante o católica, cada una con su estilo de vida. Muchos, en esa generación, murieron por lo que creían.

Ser llamado ministro protestante era una gran responsabilidad. Knox lo sabía y lo aceptó con gran pasión; yo lo admiro por eso. Cometió grandes errores, y algunas veces llevó a cabo la venganza de Dios con sus propias manos. Pero a Dios no lo conmueve nuestra perfección; lo conmueve la pasión que brota de nuestra fe.

Knox era un hombre totalmente consumido por su pasión por Dios. Era un profeta, y no tenía zonas grises; solo blanco y negro. No quería ser un revolucionario por iniciativa propia. Solamente se consideraba un siervo de Dios que lucharía por la verdad hasta su último aliento. Aunque no llevó a cabo su ministerio a la perfección —como nadie, excepto Jesús, lo ha hecho ni lo hará— sí lo hizo con gran pasión. Y creo que ese es un gran tesoro al que hemos dejado de darle el valor que merece. Nuestra medida para el éxito es diferente de la escala con que Dios lo mide. Muchas veces medimos el éxito según los elogios y el respeto de los hombres que cosechamos, pero Dios mide el éxito según nuestra pasión por Él y el fruto que damos para su reino.

Su primer sermón

Durante días Knox reflexionó sobre su llamado al ministerio. Se mantuvo apartado, sin hablar prácticamente con nadie. Pero eso pronto cambiaría.

Mientras aún estaba deliberando sobre si tener un ministerio público o no, Knox se enteró de que un sacerdote que le disgustaba profundamente conduciría un culto en una iglesia parroquial, y se sintió obligado a ir a testificar sobre lo que este sacerdote enseñaba al pueblo.

Naturalmente, el sacerdote hizo enfurecer a Knox al afirmar que la Iglesia Católica tenía la autoridad final sobre si se podía condenar a alguien como hereje o no. Incapaz de tolerar estas palabras, Knox se puso de pie en medio del sermón y exclamó que él podría demostrar que la Iglesia Católica se había degenerado más de la iglesia primitiva que los judíos se habían apartado de la Ley al condenar a Jesús. Agitado, el sacerdote se negó a debatir con Knox en público, pero la gente exigió que este probara lo que decía. Knox aceptó el desafío gustosamente.

La noticia del sermón que Knox iba a predicar se transmitió por toda la comunidad. Al domingo siguiente muchos ciudadanos distinguidos y compañeros de la universidad esperaban ansiosamente el sermón de

Knox. Estoicos frailes y muchos sacerdotes de diferentes regiones de Escocia también llenaban la pequeña iglesia, con la esperanza de que su presencia lo intimidara. Por respeto a Knox, también estaba presente John Major, el celebrado teólogo.

Knox entró al salón con confianza, subió los escalones hasta el púlpito, y dio su primer sermón, en el que hizo trizas por completo la doctrina católica. El texto en que se basó fue Daniel 7:24-25. Explicó la visión con elocuencia, describió detalladamente los simbolismos de Babilonia, Persia, Grecia y Roma. El último, el de Roma, lo develó como nada menos que la Iglesia Católica y el papado. Tachó a la Iglesia de sinagoga de Satanás, declaró que el régimen católico era anticristiano. Atacó las herejías del poder papal y reveló las escandalosas vidas de los Papas, según registros que habían sido publicados en otros lugares.

Basado en pasajes del Nuevo Testamento, rechazó la invención herética del purgatorio, sostuvo que orar por los muertos y orar a ellos era brujería, y proclamó la abstinencia de carne y de contraer matrimonio como sectaria. Luego analizó en detalle la ceremonia de la misa, y la llamó blasfema para la causa de Jesucristo. Finalmente, golpeó las raíces mismas del sistema católico, denunció al Papa como el anticristo; y no solo a él, sino a todos los que lo siguieran también.¹⁷

Nadie se atrevió a interrumpir su mensaje. Cuando el sermón terminó, su mensaje fue causa de gran celebración entre los protestantes. Aunque muchos predicadores protestantes habían extendido el Evangelio y varios habían entregado sus vidas como mártires en Escocia, hasta este momento ninguna persona había presentado un mensaje tan detallado y preciso explicando la causa de la reforma. Algunos decían que, si Wishart, sin haber hablado tan directamente como Knox, había muerto en la hoguera, sin duda este sería el próximo mártir.¹⁸

Más tarde varios católicos pidieron una reunión con Knox para cuestionar el sermón. Él respondió a sus acusaciones con tal exactitud y resolución que los que habían querido intimidarlo quedaron sin palabras. Knox se ocupó de dar por concluida la reunión con estas palabras:

De esta Iglesia, si deseáis ser, yo no puedo estorbaros; pero en cuanto a mí, no seré de otra Iglesia sino de la que tiene a Jesucristo como pastor, escucha su voz y no escucha la voz de ningún extraño.¹⁹

Obviamente, había aceptado y respondido en acción al llamado al ministerio. Knox ya no era un personaje secundario.

Condenado a galeras

A principios de su ministerio Knox ya había socavado profundamente la infraestructura de la Iglesia Católica en Escocia. Era tal la amenaza que representaba para ellos, que emitieron una orden de que solo sacerdotes y distinguidos profesores universitarios podían predicar los domingos. Knox evitó la orden, predicando otros días de la semana, cuando atraía grandes multitudes que, después de escuchar su mensaje, renunciaban a la Iglesia Católica y se convertían en protestantes.

Sintiéndose condenados, los católicos escoceses pidieron ayuda militar de Francia y sitiaron el castillo de St. Andrew's, para expulsar a los protestantes y llevarlos prisioneros. Knox se vio obligado a rendirse junto con los demás que estaban en el castillo. En julio de 1547 los castellanos llegaron a un acuerdo con los franceses por el que, si se iban en paz a Francia, se les daría la libertad.

Pero cuando el barco de los protestantes llegó a las costas de Francia, el acuerdo no se cumplió. Por el contrario, todo el grupo fue subido a distintos barcos y confinado a las galeras. Knox, cautivo y cargado con cadenas del cuello a los pies, fue enviado al mar para realizar trabajos forzados durante los siguientes diecinueve meses.

Después de la ejecución, ser hecho esclavo en las galeras era considerado el castigo más serio que podía darse a un hereje o a un criminal. Dado que los castellanos no habían sido juzgados por un tribunal, no tenían idea de cuándo terminaría su castigo.

Los esclavos de las galeras estaban encadenados a sus bancos en el interior del barco, donde debían mover los pesados remos de madera durante horas cada día, sin detenerse para no sufrir el castigo del azote sobre su espalda. Cuando no remaban, cumplían otras tareas. La comida que recibían era bastante decente, aunque, en un barco caldeado, los gusanos y otras alimañas pronto se apoderaban de sus provisiones.

¡Nada de besar una estatua!

En este tiempo Knox tenía treinta y tres años, y era extremadamente sano y robusto. Con excepción de una terrible úlcera y de problemas renales, soportó las galeras bastante bien. No causaba ningún problema ni provocaba a los oficiales, pero tampoco toleraba ningún abuso. Los oficiales respetaban su apasionada voluntad de vivir. Él mantenía viva su fe creyendo que Dios lo liberaría para que pudiera predicar en su amada

Escocia. La pasión de Knox se convirtió en una voluntad de acero mientras se concentraba en su determinación de realizar la obra de Dios cuando llegara el día en que estuviera libre.

Knox creía que un día Dios lo liberaría para que predicara en Escocia. Se concentró en su determinación de realizar la obra de Dios.

Knox continuó mostrando sus agallas aun siendo un prisionero. Una de mis anécdotas preferidas sucedió después de una misa en el barco. La tripulación, los oficiales y los esclavos de las galeras debían cantar “Salve, Santa Reina” y besar una estatua de María.

La estatua pasó de esclavo en esclavo, pero Knox se negó a besarla. Sorprendentemente, lo dejaron pasar. Pero eso no fue suficiente para él. Knox tomó la estatua y la arrojó por la borda, declarando: “¡Que se salve a sí misma ahora nuestra señora! Es bastante liviana, puede aprender a nadar”.²⁰ ¡Después de ese incidente, no volvieron a intentar hacer que los protestantes de las galeras adoraran ídolos!

Aunque la vida en las galeras era difícil, Knox podía recibir cartas y manuscritos mientras estaba a bordo. Tuvo tiempo de dividir algunos de los manuscritos en capítulos para los otros lectores, además de escribir exhortaciones propias.

Una carta, en particular, había sido escrita por un alumno suyo que había sido apresado en Escocia. El joven había intentado escapar, pero su padre le había aconsejado que no lo hiciera para no poner en peligro la vida de los demás. El joven quería saber la opinión de Knox al respecto.

Knox le respondió con una cita que se ha convertido en una de mis preferidas. Le dijo al joven que huyera sin temor, porque el temor era, simplemente, amor al yo.²¹ Después le dio algunos consejos. Le advirtió que no matara a ningún guardia. Knox, aparentemente, podía distinguir a quién podía matarse y a quién no. Según él, los guardias debían vivir, mientras que el cardenal Beaton debía morir.

Hay fuerza en el desierto

La experiencia en el desierto de las galeras convirtió a Knox en el líder que hoy conocemos. Parecía que era un esclavo y estaba en un lugar de debilidad, pero este tiempo, el más atormentador de su vida, desarrolló

una fuerza invencible en su interior. Podemos pensar que a los treinta y tres años, una persona es joven y sana, pero en su época, la gente rara vez pasaba de los cincuenta años. El hecho era que le quedaba poco tiempo, y esto, sumado a la realidad de que el grupo no tenía idea de cuándo los liberarían de las galeras, podría haberle causado desesperanza o derrota. Pero Knox no era de los que se dan por vencidos.

Aun cuando parecía que iba a morir de una enfermedad grave, antes de poder salir nuevamente en libertad Knox miró a través de un ojo de buey mientras navegaban cerca del castillo de St. Andrew's y profetizó:

Estoy plenamente persuadido de que, por débil que yo parezca ahora, no partiré de esta vida hasta que mi lengua glorifique su divino Nombre en ese mismo lugar.²²

En los momentos más duros y de mayor debilidad de nuestra vida, si mantenemos encendida nuestra fe cuanto nos sea posible y fijamos nuestros ojos en el cielo, Dios construirá un centro de fortaleza, carácter y entendimiento en nosotros que nos llevará a nuestro destino. Moisés emergió del desierto como líder. José salió de prisión siendo un líder. Las cárceles y las persecuciones que sufrió no pudieron debilitar el espíritu del apóstol Pablo. El espíritu de no rendirse jamás y continuar trabajando, a pesar de las circunstancias que nos rodean, es otro tesoro que el cielo honra. Y Knox lo tenía.

Cuando Knox salió del barco como un hombre libre, era una fuerza invencible que el infierno no podía detener ni retrasar.

“No ahorréis flechas”

El interés del gobierno inglés, y posiblemente el interés específico del rey Eduardo VI, permitió que Knox y los castellanos recibieran la libertad. En febrero de 1549 Knox salió del barco, libre, para pisar suelo inglés. Aproximadamente al mismo tiempo, el joven que le había escrito escapó de la prisión católica en Escocia junto con su padre y otros más. La corriente de la esperanza había retornado.

Las autoridades religiosas y políticas de Inglaterra estaban ansiosas por establecer el protestantismo dentro de su nación, así que estaban encantadas de tener a alguien como John Knox a su disposición.

Durante los cinco años siguientes Knox permaneció en Inglaterra como invitado de honor. El gobierno inglés le dio el honor de ser predicador protestante. Esta vez Knox aceptó prontamente el puesto. No era

seguro regresar a Escocia aún, así que aprovechó la oportunidad que se le daba para ayudar a avanzar la causa protestante.

Su primera tarea pastoral fue en el pueblo de Berwick. La iglesia allí estaba llena de fornidos inmigrantes escoceses, y muchos soldados británicos no tenían buena relación con ellos. El liderazgo de Knox fue tan exitoso que logró ganar el favor de ambos grupos, y unirlos. Sus alocadas experiencias en el castillo de St. Andrew's, así como la rudeza de las galeas, le dieron las fuerzas para manejar a ambos grupos con facilidad y seguridad.

Naturalmente, los robustos y directos sermones de Knox dejaban a la gente boquiabierta. Se concentraba en el espíritu de la doctrina, más que en el ritual, y esperaba que su congregación pudiera discernir la diferencia.

He aquí un ejemplo de cómo analizó la misa católica en uno de sus sermones:

En la masa papista, la congregación no recibe más que la contemplación de vuestras inclinaciones, asentimientos, cruces, giros y levantamientos, que no son más que una diabólica profanación de la Cena del Señor. Ahora, inclinaos, asentid y cruzaos como os parezca... no es más que un invento vuestro. [...]. ¡Qué consuelo nos han quitado estos hombres, que la mera contemplación de ellos sea considerada suficiente!²³

Sus ardientes y sinceras palabras demostraban que Knox no encajaba con los filósofos intelectuales de su época; él era un hombre de acción. Tenía pasión por la verdad, pasión por que la gente siguiera la verdad y pasión por experimentar personalmente a Jesucristo. Si era necesario ser así de rudo para revelar los errores, él era el hombre adecuado para la tarea.

Knox enseñó a su iglesia de Berwick las tres doctrinas protestantes clásicas:

1. La supremacía de la Biblia sobre tradiciones y leyes eclesiásticas creadas por hombres.
2. La justificación solo por fe.
3. El sacerdocio de todos los creyentes.

Mientras estaba feliz pastoreando en Berwick, se enteró de que la causa protestante en Escocia le estaba ganando a la regente María, y que la tierra había sido restaurada a los castellanos. Eran noticias muy alentadoras pero, por el momento, Knox no tenía intenciones de regresar a su tierra natal. En cambio predicaba dramáticamente por toda la tierra de

Berwick, exponía los errores con firmeza y llamaba a la corrección de toda idea errónea relativa al Señor.

Se hizo famoso por su lema: “No ahorréis flechas”... y él no ahorraba ninguna. Sus sermones se clavaban directamente en el centro de las blasfemias para silenciar y desarmar a los obispos y sacerdotes de Inglaterra.²⁴ Se consideraba el arma de lucha de la causa protestante en la Reforma inglesa. Quizá no quieran admitirlo, pero uno de los más importantes padres de la Iglesia de Inglaterra fue John Knox.²⁵

Los rumores acerca de la Sra. Bowes

Para 1551 Knox tenía tanta influencia en Inglaterra que primero le ofrecieron un puesto de obispo y después, el pastorado de All Hallows, en Londres. Ambos fueron rechazados. Knox estaba feliz con continuar en Berwick, donde se produjo una controversia que aún agita a los enemigos de Knox en la actualidad.

Una mujer de la iglesia llamada Elizabeth Bowes había atraído la atención de Knox. No era una mujer común. La Sra. Bowes estaba casada hacía treinta años con un hombre católico muy influyente en Inglaterra, a quien le había dado quince hijos. Su quinta hija, Marjory, viajó con ella para escuchar a Knox, y ambas quedaron fascinadas por la fuerza de su predicación, por lo que nunca perdían una oportunidad de escucharlo.

El hecho de que la Sra. Bowes pasara del catolicismo de su esposo al protestantismo, demuestra que era una mujer muy liberal para su época. Su estatus le permitió conseguir una audiencia con Knox y en poco tiempo se hicieron muy amigos.

Aún hoy circulan toda clase de historias sobre la verdadera relación entre Knox y la Sra. Bowes. Los críticos lo acusan de haber tenido una relación adúltera con ella, y critican el carácter de la mujer. Lo cierto es que ambos intercambiaron correspondencia durante más de una década.

Aunque Knox recorrió la delgada línea de la controversia desde el comienzo de su relación con esta mujer, personalmente no creo que haya habido ninguna conducta censurable entre ellos. Las cartas de la Sra. Bowes están llenas de preguntas espirituales para Knox, y sus cartas son simplemente respuestas a ellas, en las que le comentaba sus propias ideas. No era inusual que una persona católica que se convertía al protestantismo continuara buscando un confesor en el ministro.

Tampoco es inusual que una persona de profunda vida espiritual, sea hombre o mujer, atraiga la atención de un profeta apasionado. Sin embargo, dado que la Sra. Bowes era una mujer, creo que si Knox hubiera seguido

normas éticas más estrictas, este molesto rumor sobre su relación con ella no lo hubiera perseguido a lo largo de la historia.

Una nota personal sobre las relaciones

Quiero decir que esta clase de relación es en la que muchos ministros se encuentran atrapados por el diablo y, si no se la controla, caen en pecado. Si usted es un ministro casado, aférrese a su cónyuge como a un don precioso; permita que su cónyuge lo haga sentir seguro y especial.

Quisiera decir, también, que todas las parejas tienen alguna clase de problemas o dificultades para vencer en la relación ministerio y matrimonio. Si usted tiene problemas en esta área de su matrimonio, y no logra resolverlos, no cometa el error fatal de esperar, pensando que las cosas van a cambiar. Busque consejo de personas maduras y fieles a Dios. Si no lo hace, el engaño destruirá su relación y le hará creer que nunca tendría que haberse casado. No permita que el orgullo le impida buscar ayuda o lo haga pensar que nadie puede ayudarlo. En todos mis años de ministerio, nunca he visto que el diablo no se deleite en el orgullo; por el contrario, es campo de cultivo ideal para él.

He visto muchos tristes ejemplos de parejas que eran verdaderamente ungidas por Dios, pero perdieron todo porque esperaron demasiado para pedir la ayuda o la liberación que necesitaban, y el engaño los consumió por completo.

Comprometido para casarse

Knox pronto extendió su pastorado a la ciudad de Newcastle. Para fines de 1551 era tan apreciado en Inglaterra, que fue nombrado capellán real, lo cual implicaba predicar delante del rey de Inglaterra. Como tal, fue designado para ayudar a rescribir la segunda edición del *Libro de oración común*. Fiel a sí mismo, Knox se rebeló contra las instrucciones del libro de oración que indicaban que la congregación se arrodillara para recibir la comunión, e insistió que se insertara un texto que indicara que el hecho de arrodillarse no implicaba que la persona creyera que los elementos de la comunión se convertían realmente en el cuerpo y la sangre de Jesús. Aunque esto causó gran controversia, logró su propósito.

Knox estaba muy ocupado con su ministerio, pero también se hacía de tiempo para tener una vida personal. En 1553, sin que mucha gente lo supiera, propuso matrimonio a la hija de la Sra. Bowes, Marjory, y fue aceptado por

ella. Pero el Sr. Bowes no estaba impresionado en lo más mínimo por Knox, y se negó a darle permiso para el matrimonio. Knox respetó el deseo del Sr. Bowes. Marjory y él continuaron comprometidos, pero el matrimonio se pospuso por un tiempo. Ahora Knox vivía en Londres y viajaba continuamente a sus iglesias en Berwick, Newcastle y toda la región. Era una situación ideal, en la que el protestantismo ganó muchos conversos modelos.

Profecía cumplida: el ataque a los protestantes

En la primera mitad de 1553 todo parecía color de rosa para Knox. Tenía varios enemigos católicos influyentes en Inglaterra, pero esto no lo detenía; su ministerio florecía. Su rol como predicador itinerante le permitía extender con eficacia la causa del protestantismo.

En sus sermones continuaba atacando vanas tradiciones, y llegaba al punto de revelar los nombres de quienes consideraba traidores. Aunque no podía casarse aún, su vida personal parecía prometedora, con su compromiso con Marjory. Pero los sucesos de ese año pronto produjeron una devastación sin precedentes en la vieja y querida Inglaterra. La reacción de Knox ante estos sucesos manchó de tal forma su reputación, que las futuras reinas odiaban aun la mención de su nombre.

El 6 de julio el rey Enrique VIII murió. Knox percibió problemas en el aire; sabía que el protestantismo en Inglaterra no era suficientemente maduro, a causa de la falta de predicación y los errores de las enseñanzas, por lo cual profetizó públicamente la desolación del movimiento protestante allí.

Al fin del mes María Tudor fue coronada reina. Como firme católica romana que era, María comenzó inmediatamente a deshacer todas las reformas protestantes que su padre había instituido. Los cambios se produjeron rápidamente. Para noviembre el parlamento había revocado todas las leyes protestantes y había reinstaurado al catolicismo como religión nacional. Los protestantes fueron informados de que tenían hasta el 20 de diciembre para cambiar de fe; de lo contrario, serían tratados como herejes.

Knox pronto vio el peligro para sí mismo. Sus enemigos trataron de detener a uno de sus colaboradores que llevaba una carta para Marjory y la Sra. Bowes, esperaban encontrar información que les permitiera arrestarlo y ejecutarlo.

Debido a esta traición los seguidores de Knox le rogaron que abandonara Inglaterra. En una carta a Marjory y su madre, Knox manifestaba que los hermanos "parte por amonestación, parte por sus lágrimas, lo habían

obligado a obedecer”.²⁶ A regañadientes, pero en una sabia decisión, Knox huyó a Dieppe, Francia, en enero de 1554. Más adelante diría que no estaba seguro de que hubiera debido abandonar Inglaterra, porque “nunca podría morir en una pelea más honesta”.²⁷ Para no provocar sospechas, Marjory y la Sra. Bowes permanecieron en Inglaterra, pero se propusieron escribirle con frecuencia. Los privilegios de la familia Bowes las protegían, por el momento. Con Knox fuera del país, la jerarquía católica creía tener rienda suelta en Inglaterra, y continuó cometiendo atrocidades a gran escala.

Knox tuvo razón al profetizar la desolación. La reina María ordenó su primera ejecución –un traductor de la Biblia protestante llamado John Rogers– en febrero de 1555. En su reinado de terror, ejecutó a más de trescientas personas, entre ellas, el primer autor del *Libro de oración común*, Thomas Cranmer. Derramó tanta sangre en su lucha por restaurar el catolicismo, que se ganó el apodo de “María la sanguinaria”.²⁸

A salvo en otro país, Knox era “un caballo de lucha al que no se le permite entrar en batalla”. Inquieto por haber dejado Inglaterra, escribió sobre el único aspecto del asunto del que estaba seguro: “Mi oración es que pueda volver a la lucha”.²⁹

“Vayan pronto a los infiernos...”

Knox estuvo en Dieppe durante aproximadamente un mes, pero ya no pudo permanecer quieto. Viajó a Suiza y se reunió con Heinrich Bullinger, un fuerte y renombrado líder de la Reforma. Una de las principales preguntas de Knox para él fue si estaba obligado a obedecer las reglas de una monarquía que apoyaba la idolatría. Bullinger no pudo responder de manera satisfactoria para Knox.

Irritado, Knox regresó por corto tiempo a Dieppe y escribió a los creyentes que había dejado en Inglaterra, para alentarlos y decirles lo que había escuchado en Suiza. Es obvio que sufría por los que había dejado en Inglaterra, y que constantemente pensaba en ellos y oraba por su bienestar... y, probablemente, también para poder regresar allí.

Cuando llegó el fin del verano de 1554 Knox se encontraba en Dieppe, mirando al otro lado del canal, sabiendo que allí estaba Inglaterra y toda esa idolatría descontrolada. Pensaba en el ministerio que le habían quitado allí, en los mártires, en Marjory y la Sra. Bowes, de quienes había sido separado... todo por la reina.

Knox ya no podía controlar su apasionado odio por la herejía. Por tanto, se sentó a escribir *Leal admonición a los profesantes de la verdad de Dios*

en Inglaterra. Era su carta más extensa y aguda hasta ese momento. ¡De hecho, pedía sangre! Atacaba a los obispos católicos y los llamaba “jardineros del diablo”, y a los sacerdotes, “buitres ciegos”, declaraba que todos ellos merecían la muerte. También revelaba la hipocresía de la corte de María la sanguinaria, que alguna vez había compartido la opinión de que ella era una “bastarda incestuosa que jamás podría reinar en Inglaterra”, y ahora se arrodillaba ante ella.

Knox desató aún más su furia escribiendo que, si María la sanguinaria hubiera sido muerta antes de tener oportunidad de ser reina, su crueldad podría haberse evitado. Y escribió: “Jezabel, esa maldita idólatra, hizo que se derramara la sangre de los profetas [...], pero creo que nunca levantó en todo Israel tantos cadalsos como la malvada María ha hecho solo en Londres”. Y terminaba con una oración espeluznante en nombre de Inglaterra: “No demores tu venganza, oh, Señor, sino permite que la muerte los devore con rapidez; que la tierra los trague y vayan pronto a los infiernos. Porque no hay esperanza de que se enmienden, el temor y la reverencia de tu santo Nombre está totalmente apartado de sus corazones”.³⁰

Con un par de golpes más de pluma, Knox selló la carta y la envió a Inglaterra... sabía que se publicaría por todo el reino.

Knox y Calvino se reúnen

Sin congregación para pastorear, y aparentemente sin revolución para luchar, Knox no tenía adónde ir, excepto Suiza. Pero durante su exilio había otro elemento vital que debía ser agregado a su vida. Después de asegurarse de que su carta saliera de Dieppe, Knox viajó a la ciudad de Ginebra específicamente para reunirse con Juan Calvino. Fue allí, en el otoño de 1554, que ambos, finalmente, se conocieron.

Aunque luchaban por la misma causa, los métodos de Calvino y Knox eran totalmente diferentes. Calvino era un pensador metódico, un erudito intelectualmente brillante, especialista en debates, en los que silenciaba a sus oponentes con su inmaculada inteligencia. Knox era un bravucón que creía en la acción más que en las palabras, un luchador tan apasionado que silenciaba a sus enemigos presentándoles la cruda verdad. Lo describiría como “un Calvino con espada”.

Calvino admiraba a Knox por su valentía y lo abrazó, aunque sin demasiada firmeza. Podemos imaginar cómo una persona de tal capacidad intelectual consideraría a alguien de personalidad tan burda. Knox hizo cosas con las que Calvino ni siquiera hubiera soñado, y Calvino poseía conocimientos que Knox deseaba para el avance de su causa.

Ambos se hicieron buenos amigos en nombre de la causa protestante.

Mientras estaba en Ginebra, Knox finalmente llegó a dominar el idioma hebreo. Se sentó a observar la escuela de teología de Calvino, a la cual llamó "la más perfecta escuela de Cristo que jamás haya habido en la Tierra desde la época de los apóstoles".³¹ Ambos pasaban horas juntos, hablando de teología y considerando significado exacto de Escrituras.

En ese momento la persecución en Inglaterra era tan terrible que decenas de protestantes habían huido al continente. Algunos habían ido a Frankfurt, donde se les dio una iglesia donde podían adorar. Este grupo de refugiados le escribió a Knox en Ginebra para pedirle que fuera a ser su pastor. Knox había estado solo unos pocos meses en Ginebra, y lo disfrutaba tanto que realmente no quería irse, pero Calvino creyó que era una buena idea. Knox aceptó la invitación y fue a Alemania. Llegó a Frankfurt en noviembre.

La lucha en Frankfurt

No todo salió bien en Alemania. En la iglesia a la que Knox fue enviado para pastorear, se produjo un acalorado debate sobre qué liturgia usar. Algunos querían continuar con las viejas costumbres de la Iglesia Anglicana, mientras otros querían avanzar. Sin poder resolver el problema, le escribieron a Calvino para pedirle su opinión. Él respondió, decepcionado porque discutieran un tema tan trivial; dijo que deberían avanzar hacia la próxima fase que Dios tenía para ellos.

La respuesta de Calvino no solucionó el problema. Knox se vio obligado a intervenir para hacer las paces entre ambos grupos. Finalmente llegaron a un acuerdo para seguir la liturgia lo más exactamente posible. Pero el acuerdo duró poco. Un nuevo grupo de exiliados llegó, y pronto los que querían adorar a la vieja usanza ganaron, por presión de una nueva mayoría. Finalmente, en febrero de 1555, Knox y un grupo de hombres prepararon un nuevo orden de culto. En los años siguientes se convertiría en el libro oficial de adoración de la Iglesia de Escocia, el *Libro del orden común*.

Cansado de la inmadurez de su congregación de refugiados, Knox desafió su superficialidad en uno de sus encendidos sermones, en el que atacaba el pecado de los líderes del gobierno; sostenía que el emperador Carlos V era tan enemigo de Cristo como Nerón.

Esta inquietante afirmación se repitió por toda Frankfurt. Lo peor de todo era que Carlos V estaba solo a poco más de 250 km de distancia. Los

magistrados temieron lo que le sucedería a su ciudad si Knox permanecía en ella y, debido a toda la controversia, votaron a favor de expulsarlo como pastor. Knox accedió alegremente. Él y varios más abandonaron la iglesia.

La iglesia deseaba que Calvino aprobara sus acciones, y le envió una carta en la que relataba la situación y esperaban su respuesta. Pero no fue la respuesta que esperaban. Calvino les escribió: "No puedo mantener secreto que el señor Knox no fue, a mi parecer, tratado como hermano ni en forma agradable a Dios".³²

El regreso a Escocia

Knox fue cordialmente recibido por Calvino cuando regresó a Ginebra, en abril de 1555. Por segunda vez trató de establecerse en una vida de estudio y erudición. Profundamente impresionado por la forma en que Calvino dirigía Ginebra, Knox quería aprender todo lo posible al respecto. Sobre esto, escribió: "En otros lugares, confieso que Cristo es verdaderamente predicado; pero modales y religión tan sinceramente reformados, no he visto aún en ningún otro lugar".³³

En Escocia era claro que el protestantismo sería extraoficialmente tolerado por ese momento. Los protestantes aprovechaban la ocasión, extendían el Evangelio por todo lugar que podían. Tenían tantas esperanzas que hasta creían que la regente María se convertiría algún día. Su joven hija, María, ahora era educada en Francia, y regresaría algún día, pronto, a Escocia, como reina. La regente había enviado a un protestante para que representara a Escocia en Francia, con la esperanza de abrir mercados allí. Ahora la reina regente envejecía y, por sus actos, parecía que se había debilitado su defensa del catolicismo. Comparada con María la sanguinaria de Inglaterra, cualquiera parecía buena. Muchos refugiados protestantes habían huido de Inglaterra a Escocia; pensaban que era más seguro estar allí. Pero aún necesitaban desesperadamente predicadores y pastores.

Mientras tanto Knox estaba ocupado organizando una congregación inglesa luchadora en Ginebra. Los estaba preparando y adoctrinando para, finalmente, regresar a Inglaterra y tomarla para el protestantismo.

Todo este tiempo Knox aún recibía cartas de la Sra. Bowes, en las que ella le contaba la presión cada vez mayor de su familia para que asistiera a la misa. Su falta de conformidad con el catolicismo ponía en peligro a su esposo y, aunque él no estaba dispuesto a convertirse del catolicismo, aceptó, a desgano, que ella y Marjory salieran de Inglaterra. La Sra. Bowes escribió que ella y Marjory deseaban salir de Inglaterra para reunirse con Knox en Ginebra, y así poder adorar a Dios según su fe.

La Sra. Bowes continuó rogándole a Knox por medio de estas cartas, una tras otra, hasta que este hizo arreglos para encontrarse con ella y Marjory en Escocia. Al principio lamentó tener que abandonar Ginebra para ir a Escocia, pero pronto se alegró de haberlo hecho, después de concluir una exitosa gira de predicación allí. Más tarde Knox agradecería a la Sra. Bowes por haberlo alentado a regresar.³⁴

Knox se casa con Marjory

La señora Bowes y Marjory tenían una red de contactos en Berwick, por lo cual les fue fácil escapar a Escocia. Cuando Knox llegó a Edimburgo, a finales del verano de 1555, se casó con Marjory.

Ahora Knox no solo tenía una suegra, sino una esposa que vivía con él. No se ha escrito mucho sobre Marjory, excepto que tenía dieciocho años cuando se casó con él; Knox tenía treinta y ocho. Era una muchacha sensata y encantadora, y su matrimonio, aparentemente, fue muy feliz, lo cual viene a confirmar que Knox y la Sra. Bowes nunca tuvieron una relación romántica. Marjory le dio dos hijos varones; el primero, Nathaniel, nació en 1557. También ayudaba a Knox como secretaria en su ministerio.³⁵

Su breve paso por Escocia

Knox se sintió alentado por el avance del protestantismo que encontró en Escocia; quienes se habían quedado, habían redoblado sus esfuerzos. Ahora había congregaciones protestantes en Edimburgo, St. Andrew's, Dundee, Perth y otras estratégicas ciudades en toda la región. Los protestantes instan a Knox a permanecer allí para inspiración de todos, y lo hizo.

Durante los siguientes nueve meses Knox sirvió como predicador itinerante por toda Escocia, predicaba sus mensajes duros y explosivos dondequiera que iba. Su estilo de predicación dejaba boquiabiertas a las multitudes. Generalmente hablaba calmadamente durante unos treinta minutos, en los que explicaba un pasaje bíblico. Entonces, al aplicar la Palabra a una situación presente en que se encontraba el pueblo escocés, se volvía "activo y vigoroso"³⁶, y golpeaba con fuerza el púlpito. Una persona de la congregación señaló: "Me hizo temblar de tal modo, que no podía ni sostener una pluma para escribir".³⁷ Knox fue un éxito colosal para la causa protestante.

Los obispos escoceses tenían tanto miedo de la popularidad de Knox que, en mayo de 1556, lo convocaron a Edimburgo para enfrentar una

causa legal. Pero los protestantes no apoyaron el juicio. Cientos de ellos se reunieron para apoyar a Knox. Al escuchar rumores de esta reunión y al recordar el sitio del castillo de St. Andrew's, la regente María, sabiamente canceló el juicio.

Alentados por esta acción, los protestantes abrigaron esperanzas, una vez más, de atraer a la regente a su causa. Y le rogaron a Knox que le escribiera una carta que la persuadiera de escuchar la Palabra de Dios. Él estuvo de acuerdo.

Knox se sentó a escribir tratando de apartar de su mente el disgusto que sentía por los reyes católicos. Después de comenzar la carta amablemente, escribía algo duro. Frustrado por su explosión escrita, se contenía nuevamente y escribía algo agradable. Pero después de dos o tres frases, no podía evitar atacar la hipocresía del gobierno de la regente, y afirmaba que, si no cambiaba, sufriría dolor y tormento para siempre.

La carta, una vez terminada, fue entregada a la regente. Después de leerla, sin demasiada atención y sin pensarlo dos veces, María la entregó al obispo de Glasgow, diciéndole: "Mi señor, haced el favor de leer esta fábula".³⁸ Para ella, los esfuerzos de Knox eran una broma. Pero, obviamente, la carta surtió efecto en ella. A partir de entonces la regente fue menos tolerante para con los protestantes y su causa.

Para este entonces a Knox le llegaban cartas de Ginebra; lo instaban a regresar para continuar pastoreando la congregación inglesa allí. Al darse cuenta de que Escocia aún no estaba madura para el cambio, Knox regresó a Suiza en julio de 1556.

Acababa de llegar a Suiza cuando recibió una orden de regresar a Escocia para enfrentar un juicio. Knox no se presentó, y los católicos hicieron una escultura de él y la pintaron, para luego quemarla en una cruz, públicamente.

Cuando Knox se enteró de esto, se enfureció. Lo sorprendente es que no se vengó. Por el contrario, permaneció en Ginebra otros dos años, mastigando su rabia. Nunca olvidó que la regente María lo había ridiculizado y había permitido que fuera públicamente condenado a muerte. A partir de ese día la consideró asesina, maliciosa y engañosa.

Una mancha en la historia: Anne Locke

En Ginebra Knox se encontró en medio de algunas de las mentes más brillantes de la Reforma. Pero también se encontró rodeado de mujeres. No solo tenía a su esposa y a su suegra, sino a una multitud de otras mujeres que se habían apegado a él, y diariamente recibía cartas suyas desde Inglaterra y Escocia, con preguntas.

Aunque es cierto que Knox despreciaba a las reinas y consideraba que la mayoría de los hombres que conocía tenían dos caras, su reacción ante las mujeres en general era diferente. De hecho, por su relación afectuosa con la señora Bowes y otras mujeres, es obvio que consideraba a las mujeres como sus principales colaboradoras en la Reforma.

Tenía dos amigas en Londres que, particularmente, gozaban de gran confianza con él. Una era la señora Hickman, y su favorita era una mujer llamada señora Anne Locke. La señora Locke tenía algo más de veinte años, era educada y talentosa y estaba casada con un mercader londinense. Cuando Knox se vio obligado a huir a Francia, la señora Locke continuó su amistad con él por medio de la correspondencia. Él la alentó a permanecer firme a pesar del terror causado por María la sanguinaria, y muchas veces le dio instrucciones y mensajes para que los transmitiera a los protestantes de Inglaterra. Además, ella era la principal recaudadora de fondos para su ministerio. Solo ella tenía autorización para abrir su correspondencia y leerla.

Él le enviaba manuscritos para estudiar, le pedía su opinión sobre ellos y constantemente solicitaba que le enviara los últimos libros sobre teología. Finalmente ella publicó su propia traducción de los sermones de Knox, junto con material de otros escritores de la Reforma, y los hizo distribuir para ayudar al progreso de la causa protestante.

Una de las principales razones por las que Knox la admiraba, era que ella no trataba de gobernar a un hombre, aunque era tan culta como él. Knox creía que era totalmente antibíblico que una mujer tratara de ejercer autoridad sobre un hombre, por lo cual no tenía paciencia para con las que lo hacían. Según Knox, la señora Locke nunca había intentado cruzar esa línea.³⁹

Debido a su personalidad dramática y apasionada, Knox hizo varias cosas que hicieron arquear las cejas a más de una persona. Su amistad con la señora Locke fue una de ellas. Cuando estaba en Ginebra Knox le escribió pidiéndole que fuera a esa ciudad a vivir... sin su esposo.

Ahora bien, hasta este momento varias mujeres le habían escrito a Knox quejándose de sus maridos, preguntando si podían abandonarlos para ir a Ginebra. Knox las rechazó a todas y les indicó que vivirían pacíficamente con sus esposos. Quizá adivinaba que tenían motivaciones equivocadas. Pero hizo exactamente lo opuesto con la señora Locke.

Unos pocos meses después de instalarse nuevamente en Ginebra con su esposa y la señora Bowes, Knox escribió a la señora Locke diciéndole:

Escribís que vuestro deseo de verme es profundo. Querida hermana, si yo pudiera expresar la sed y languidez que tengo por vuestra presencia, parecerá que me excedo. Sí, lloro y me regocijo con vuestro recuerdo; pero eso se desvanecería ante el consuelo de vuestra presencia que, os aseguro, es tan querida para mí que, si la responsabilidad de este pequeño rebaño aquí, reunido en el nombre de Cristo, no me lo impidiera, mi presencia se anticiparía a mi carta.⁴⁰

Knox escribió en otra carta que, aunque ella dudaba si reunirse con él o si Dios deseaba que permaneciera en Londres, él aún deseaba en su corazón que Dios la llevara a Ginebra.⁴¹

Quizá la carta de Knox estuviera motivada por la persecución que acuciaba en Inglaterra en este tiempo. Pero muchos críticos suelen señalar que la persecución era igual para todas las mujeres que él conocía en Inglaterra. ¿Por qué Knox no les pidió a ellas que salieran de allí por su seguridad? Quizá no temía ningún motivo oculto en la señora Locke y sentía que estaba seguro al pedirle que se mudara. Quizá el esposo de ella estaba muy atado a su comercio y una mudanza le causaría un desastre económico. En esa época, a menos que fuera predicador, un hombre generalmente permanecía donde estaba su negocio.

En mayo de 1557 la señora Locke halló valor para salir de Inglaterra, sin su esposo, e ir a Ginebra. Llegó con su hijo, su hija y su asistente. Lamentablemente, su hija murió pocos días después de llegar. Más tarde Knox escribió que sabía que sería “juzgado extremo y riguroso”⁴² por haberle pedido que dejara a su esposo para ir a Ginebra.

Creo que su esposo, temiendo por su seguridad, le permitió viajar. Él era protestante también, y probablemente no podía soportar la idea de que ella sufriera algún daño. Cuando María la sanguinaria murió, la señora Locke regresó a Londres, en 1559, y vivió con su esposo hasta que este murió, en 1571.⁴³

Knox no guardó la ética en sus apasionadas palabras hacia ella, pero aún creo que su seguridad era lo que más le importaba.

Blanco y negro

Algunos historiadores sostienen que Knox tenía una gran necesidad de recibir afecto maternal de mujeres sensibles pero inteligentes.⁴⁴ Aunque no es agradable escribir al respecto, probablemente fuera cierto. Nadie jamás insinuó que él tuviera con la señora Locke una relación que no fuera

de profunda amistad. Knox tenía una vida dura, un ministerio difícil y podía ser un hombre muy rudo. Muy pocos hombres podían aceptarlo como amigo del alma; la mayoría estaban celosos de él, lo temían o, peor aun, querían usarlo o traicionarlo por intereses políticos.

En los primeros días de su ministerio Knox se rodeó de mujeres intelectuales a las que llegó a respetar. Teniendo en cuenta que en esa época, las mujeres no tenían una posición de importancia en la sociedad —excepto las de la realeza, por nacimiento— creo que él confiaba en el genuino interés de ellas por su ministerio y las verdades que enseñaba. La historia nunca menciona a ninguna mujer, excepto las reinas, que haya pervertido el mensaje de Knox. Pero los hombres lo desafiaban constantemente.

Estoy seguro de que era muy peligroso tener a Knox como amigo. Dado que él valoraba su amistad con estas mujeres y quería que estuvieran a salvo, la única solución obvia era que se mudaran a Ginebra. Cierta vez les escribió una carta a la señora Hickman y la señora Locke, pidiéndoles que fueran a Ginebra, por temor a que se sintieran tentadas a caer nuevamente en la idolatría si permanecían en Inglaterra.⁴⁵ Pero estas cartas singulares a la señora Locke tenían un tono mucho más personal, y son justamente estas las que la historia destaca. Es comprensible que sus palabras atrajeran los rumores.

Quisiera hacer un comentario al margen aquí. La mayoría de las grandes personas de la historia han hecho algo que hace fruncir el ceño a otros, algo que hace sentir incómodo a alguien. Cuando escribo sobre los generales de Dios, me fijo la meta de hablar de sus éxitos tanto como de sus fracasos; sus momentos brillantes y sus conos de sombra. No lo hago para calumniarlos y jamás tocaría las marcas que los grandes hombres y mujeres de Dios han dejado en la Tierra para Él. Pero sí quiero que usted vea que Dios obra a través de cualquier persona que lo ame apasionadamente, a pesar de algunas controversias ocasionales. Debemos tener plena conciencia de nuestras faltas y debilidades, y no tratar de excusarlas. Debemos trabajar en lo que no está bien. Si yo solo hablara de las grandezas de estos hombres y mujeres, o los presentara como criaturas perfectas, quizá pensaríamos que Dios no puede usarnos. Cuando escribo sobre éxitos y fracasos, situaciones cómodas o incómodas, es para darnos a todos la esperanza de poder ser usados por Dios para cambiar el mundo.

La espera, ingrediente para la controversia

Knox hacía un muy fuerte impacto en todo lugar donde iba. Aun su pequeña congregación inglesa en Ginebra finalmente llegaría a ser la

originadora de la famosa Biblia de Ginebra.⁴⁶ Las notas marginales de esta Biblia provenían de los escritos de Knox y sus ideas políticas. Aunque estaba a kilómetros de distancia, en Suiza, su presencia se sentía con tal fuerza en Escocia que recibía con regularidad cartas de la congregación, que lo mantenían al tanto del progreso de la Reforma.

Fue un tiempo pacífico para él. Ginebra era absolutamente hermosa en primavera. En mayo de 1557 nació su primer hijo, Nathaniel. Su iglesia florecía, y Knox se daba el lujo de sumergirse en sus estudios y hablar libremente con Calvino cuando quisiera o necesitara hacerlo.

Pero la necesidad llegó para estrellarse contra su utopía a fines de ese mismo mes. Knox recibió una urgente carta de los protestantes escoceses, en la que le pedían que regresara. Le prometieron que no solo serían fieles para escuchar sus mensajes, sino también estarían dispuestos a entregar sus vidas y bienes por la Reforma de Escocia.

Knox le mostró la carta a Calvino y le pidió su parecer. Se presentó delante de su congregación inglesa y les preguntó qué pensaban sobre su regreso a Escocia. Todos estuvieron de acuerdo en que no podía negarse a un pedido tal. Aun así, esperó hasta fines de septiembre para partir.

Al llegar a Dieppe –Francia– en octubre, tenía intenciones de tomar el primer barco que fuera a Escocia. Pero, en cambio, encontró allí otra carta de los escoceses en la que le pedían que suspendiera su viaje. La carta decía que ahora los líderes discutían si era bueno que regresara en ese momento. Le pedían que permaneciera en Dieppe a la espera de nuevas instrucciones.

Furioso, Knox escribió a los líderes escoceses para reprenderlos por molestarlo de esa manera. Había viajado casi 1.300 km para llegar a Dieppe, había dejado a su esposa y su bebé recién nacido, además de su congregación. Además, podía ser arrestado por hereje al estar en Francia... ¡y ellos le pedían que esperara nuevas instrucciones! A Knox lo preocupaba especialmente la falta de estabilidad de los líderes escoceses. Se preguntaba cómo sería posible una reforma en Escocia, si los líderes decían una cosa un día y otra, otro día. Los líderes escoceses no respondieron.

Cuando llegó diciembre Knox aún esperaba en Dieppe. Escribió una segunda carta, pero no recibió respuesta. A mitad de diciembre escribió una tercera carta a los nobles escoceses. Para este entonces ya no tenía intenciones de regresar a Escocia. Predicaba, de tanto en tanto, en la iglesia calvinista de Dieppe, pero en su mayor parte solo salía a pasear su disgusto.

Se sentaba en el puerto de Dieppe a mirar al otro lado del canal. Se daba cuenta de que había dos mujeres llamadas María que eran la causa de sus problemas: María la sanguinaria, en Inglaterra, y María de Guise, en

Escocia. Una lo había obligado a huir, la otra atormentaba a sus hermanos de fe y obstaculizaba su regreso. Finalmente llegó a la conclusión de que estas dos mujeres eran las dos principales enemigas del protestantismo, y las instigadoras de la persecución en ambos países.

Hirviendo de rabia, se sentó a escribir para ventilar su ira. Sabiendo que estaba creando una obra maestra sin precedentes, guardó sus manuscritos y resolvió regresar a Ginebra antes del fin del invierno. Una vez que estuviera allí, decidiría qué hacer con lo que había escrito.

Al llegar finalmente a Ginebra, se mantuvo ocupado otra vez con sus deberes pastorales, pero aún tenía tiempo de sobra para escribir. En 1558 escribió, al menos, seis libros y panfletos. En un panfleto dedicado a la regente María de Guise, escribió sobre cuánto le desagradaba ella a Dios, y que su corona era tan apropiada para ella como “una silla de montar sobre el lomo de una vaca salvaje”.⁴⁷

Sin embargo, el panfleto dirigido a la regente María no era nada comparado con su escrito contra María la sanguinaria. Este manuscrito creó “un revuelto más grande que cualquier cosa que se hubiera publicado en Europa desde los tres tratados de Lutero”.⁴⁸ Este fue el que escribió en Dieppe y luego guardó.

El ministerio controvertido de John Knox estaba a punto de comenzar.

Suenan las trompetas contra la Jezabel de Inglaterra

El *Primer toque de trompeta contra el monstruoso gobierno de las mujeres* hizo que Knox fuera conocido por todos como reformador revolucionario. Sus ataques se debían a años de ejecuciones, faltas de ética, conflictos no resueltos y rabia sin respuestas de la reina católica de Inglaterra, María Tudor, “María la sanguinaria”. Lamentablemente las generaciones futuras tacharon a Knox de misógino, debido a este escrito. No es una acusación justa. Cualquier sentimiento antifemenino que Knox tuviera era producto de su generación y las ideas corrientes acerca de las mujeres.

Además, el manuscrito no fue escrito en un arranque de ira. Había una historia tras él.

Antes de escribir el manuscrito había tratado varias veces de encontrar la respuesta a esta tiranía femenina de parte de Calvino, Bucero y los otros reformadores. Pero ninguno le dio una respuesta que calmara su disgusto. Calvino ya había tenido parte en la ejecución de un hereje, así que poco podía decir para justificar los medios. Él le dijo que una gobernante mujer debía de ser una desviación del orden de Dios, resultante de la caída del hombre. El gobierno de la reina les había sido impuesto como

la esclavitud, como un castigo por el pecado. Calvino dijo que las reinas debían ser las “madres amorosas de la iglesia” y, por lo tanto, ese era el rol que debían cumplir. Pero también advirtió a Knox que no tocara lo que, obviamente, era providencia de Dios.⁴⁹

Esta respuesta, naturalmente, no satisfizo a Knox. Si la reina debía ser la “madre de la Iglesia”, entonces no entendía por qué los protestantes debían permitir pasivamente que ella los matara y destruyera su obra. Sin lograr paz para su ira en la Palabra de Dios, Knox tomó el asunto en sus manos sin decirle nada a Calvino. Creyendo que era un instrumento de Dios, detalló sus convicciones.

El fundamento del *Primer toque...* declaraba que era contra la ley de Dios, así como contra la ley de la naturaleza, que una mujer gobernara un reino. Si el hombre estaba preparado para someterse al gobierno de la mujer, haría lo que ninguna otra especie de la creación hacía, ya que ningún macho estaba preparado para ser dominado por su hembra. Knox continuaba afirmando muchos hechos reconocidos en su época, por los cuales una mujer no debía ser el máximo gobierno, y la razón principal era que el gobernante debía dirigir al ejército a la batalla. Era, básicamente, un ataque contra las crueldades de María la sanguinaria y un llamado a los británicos para que se levantaran contra ella y derrocaran su gobierno.

Usando la ilustración en la que el apóstol Pablo declara que el hombre es cabeza de la mujer, Knox dejó volar su imaginación. Comparando el cuerpo del que habla Pablo como un monstruo con la mujer como cabeza, dijo: “...quién no juzgaría que tal cuerpo es un monstruo, en el que no hay cabeza eminente por encima del resto, sino que los ojos están en las manos, la lengua y la boca en el vientre, y los oídos en los pies”.⁵⁰

Acerca de las mujeres, dijo: “La naturaleza, digo, las pinta como débiles, frágiles, impacientes, inconstantes y necias; y la experiencia las ha declarado irresolutas, variables, crueles y sin espíritu de consejo y gobierno”.⁵¹ Reconozco que fue muy duro en algunos de los adjetivos que utilizó para definir a las mujeres, pero debemos recordar que estas descripciones eran municiones para su argumento en contra de los males de María la sanguinaria.

Knox se maravillaba de la grandeza del pueblo de Inglaterra, y luego se preguntaba por qué se inclinaban ante tan malvada gobernante. Y concluía su manuscrito con una advertencia para María la sanguinaria:

La maldita Jezabel de Inglaterra, con su pestilente y detestable generación de papistas, no se jacta y vanagloria poco de haber triunfado [...] sino de todos los que han emprendido

algo contra ella. No vacilo en decir que el día de la venganza, que ha de caer sobre el horrible monstruo, la Jezabel de Inglaterra, está ya fijado en la mente del Eterno. Sépanlo todo, pues ya sonó una vez la trompeta.⁵²

Cuando Knox terminó su escrito decidió no mostrárselo a Calvino. Creía que era demasiado inspirado y demasiado importante para que cualquiera lo ocultara. Sorprendentemente, Knox se las arregló para publicar el *Primer toque...* en Ginebra, sin que Calvino lo supiera. No puso su nombre, ni el del editor. El escrito publicado fue embalado en cajones y enviado a Inglaterra.

Con el trabajo terminado y sabiendo que había escrito lo que siempre había querido decir en persona, Knox probablemente se sentó a disfrutar y sonrió. Tenía toda la intención de provocar una controversia. La pasividad del pueblo inglés lo había cansado, y quería moverlos a la acción. Al mirar las montañas que rodeaban Ginebra, Knox se imaginaba disparando cañonazos de ira al aire.

Derribar el velo de las vanas excusas

Pasaron unos meses pero, tal como Knox esperaba, el *Primer toque...* produjo un enorme revuelo entre todos, aun entre los protestantes. Los protestantes ingleses que estaban en Ginebra se quejaron de esto ante Calvino, quien se enfureció. El libro fue condenado y, por orden real, cualquiera que lo tuviera sería condenado a la muerte. Poco después que el *Primer toque...* llegó a las costas de Bretaña, María la sanguinaria murió, y su hermana, la protestante Isabel I, ocupó el trono.

Knox no podía mantener el anonimato por mucho tiempo. En el verano de 1558 escribió varios otros panfletos en los que declaraba ser el autor del *Primer toque...* Estos panfletos sirvieron como un llamado en contra de los obispos escoceses que quemaban sus imágenes en una cruz pública y lo condenaban mientras estaba ausente. Escribió uno a los nobles de Escocia, uno al pueblo escocés común, y otro a la regente María, y todos los firmó con su nombre.

A la regente María le reveló que sabía que había llamado “fábula” su anterior carta a ella. Después, declaraba, con su rudo estilo:

Mi deber hacia Dios –que me ha mandado que no adule a ningún príncipe de la Tierra– me obliga a decir, que si no estimáis la admonición de Dios ni los cardenales las reprensiones

de las fábulas, Él prontamente os enviará mensajeros con los cuales no podréis jugar de tal manera.⁵³

A los nobles Knox les escribió que no esperaba que tomaran un rol pasivo en la protección de los protestantes; esperaba que los “idólatras”, los católicos, fueran muertos. Los comparó con el pueblo británico cuando escribió:

Hubiera sido el deber de los nobles, jueces, gobernantes y el pueblo de Inglaterra, no solo haber resistido a [...] María, esa Jezabel a la que llaman su reina, sino también haberla castigado con la muerte, con toda la compañía de sus idólatras sacerdotes, junto con todos los que la hubieran asistido, en el tiempo en que ella y ellos comenzaron abiertamente a suprimir el Evangelio de Cristo, para derramar la sangre de los santos de Dios, y levantar aquella idolatría tan demoníaca.⁵⁴

Knox escribió a los plebeyos escoceses; les dijo directamente que estaban equivocados al mantener una actitud pasiva con respecto a su gobierno. Viendo detrás de los velos con que ellos se ocultaban, les escribió que, en privado, se estaban diciendo unos a otros:

“No éramos más que simples súbditos, no podíamos reparar las faltas y los crímenes de nuestros gobernantes, obispos y clérigos; pedíamos reforma, y la deseábamos; pero los hermanos de los nobles eran obispos, sus hijos eran abades, y los amigos de los grandes hombres tenían la posesión de la iglesia, por lo que nos vimos obligados a dar obediencia a todo lo que ellos exigían”. Estas vanas excusas, digo, de nada os servirán en presencia de Dios.⁵⁵

Como verdadero reformador, Knox era algo extraño, ya que no “ahorraba flechas”. Puso al descubierto el engaño de la pasividad. Cuán fácilmente gemían por una reforma, pero no actuaban para producirla. Lo mismo sucede hoy. Dios nos ha dado todo lo que necesitamos para provocar un cambio en nuestros países, pero mientras no dejemos de hablar simplemente al respecto y comencemos a actuar, Él nos mirará desde el cielo y nos permitirá que continuemos con las vidas aburridas y reprimidas que hemos elegido vivir.

¿Todo fue un error?

Isabel I y su consejero sabían que Knox estaba con Calvino, así que le escribieron a este, le preguntaban por *Primer toque...* Calvino negó vehementemente cualquier relación con el libro o su contenido, y lo prohibió en la ciudad de Ginebra.

¿Cometió un error Knox al escribirlo? Creo que el tiempo no fue el más adecuado. Cuando lo escribió Inglaterra sabía que María la sanguinaria ya estaba cerca de la muerte, y que pronto gobernaría una reina protestante. Estaban listos y esperando ese momento, que sin duda iba a llegar. El *Primer toque...* de Knox les parecía fuera de lugar. Pero aunque haya llegado un poco tarde, creo que las palabras en contra de esa malvada reina eran correctas.

Knox no tenía idea de que la salud de María la sanguinaria estaba declinando, pero sí lo profetizó correctamente en su libro, diciendo que —a partir de entonces— reinaría menos años de los que ya había reinado.

Aunque el libro fue escrito contra la anterior reina, dañó toda posibilidad de una relación amistosa que Knox hubiera podido tener con la reina Isabel I. Una relación con ella podría haber abierto las puertas para una Reforma inglesa. Por el contrario, la reina le cerró las puertas de Inglaterra. Isabel I nunca le perdonó sus crueles palabras contra las mujeres en general y, ciertamente, mucho menos contra las mujeres gobernantes, dado que ella lo era. Pasaron años antes que se le permitiera a Knox volver a visitar Inglaterra.

Knox fue muy criticado prácticamente por todos, aun por sus amigos, a causa de *Primer toque...*, pero nunca se retractó ni se disculpó por haberlo escrito, sino que lo defendió hasta con su último aliento. Sus opiniones sobre la reina Isabel eran contradictorias. Era protestante, pero había asistido públicamente a una misa para no atraer sobre sí la furia de María la sanguinaria. Por tal motivo, Knox la consideraba idólatra. Lo único que lamentaba era que le negaran el permiso para ingresar en Inglaterra.

Pero sus panfletos para Escocia tuvieron un resultado muy diferente. No había duda de que, antes que se produjera una Reforma escocesa, debía haber una revolución. El pueblo escocés recibió sus palabras, y su voz crecía cada día en sus corazones. Estaban listos y Knox era su líder.

Las críticas parecían fortalecer la posición de Knox, así que este decidió dar otro golpe. Escribió un panfleto para el pueblo inglés en el que decía a los ciudadanos que todos los que inclinaban la rodilla en la misa católica eran responsables por el derramamiento de sangre del reino de María, y deberían responder ante Dios por ello. Los maldijo, diciendo que los consideraba idólatras, asesinos y culpables junto con su reina, ya que ninguno de

ellos había cumplido con su deber para con Dios de recordar su llamado. Y dijo a los clérigos que deberían haber sido tan osados para Dios como lo eran al pasearse con sus títulos y vestiduras delante del pueblo.

Va de suyo que Knox no respondía a ningún líder; solo seguía lo que creía que Dios deseaba, a pesar de que lo criticaran o de lo que creyera la jerarquía religiosa. Fue uno de los hombres más poderosos de su época. Su voz exigía respeto y acción de parte de quienes creían, y provocaba la más encarnizada oposición de otros, al mismo tiempo.

El largamente esperado regreso a Escocia

Cuando Isabel I subió al trono y el herético y terrorífico reinado de María la sanguinaria hubo terminado, muchos de los refugiados ingleses comenzaron a salir de Ginebra para regresar a Inglaterra. Para fines de enero de 1559, muy pocos quedaban en Suiza. Cuando su congregación se desbandó, Knox decidió partir él también. Calvino aún estaba muy molesto con él, y su relación era muy tensa. Marjory tuvo otro hijo, Eleazer, así que se decidió que ella, los dos niños y su madre permanecerían en Ginebra hasta que John supiera dónde iban a vivir todos.

Como de costumbre, Knox se dirigió a Dieppe. Dos veces pidió permiso para ingresar a Inglaterra, y le fue negado. Al principio esto lo molestó, pero finalmente se dio cuenta de que no necesitaba pasar por Inglaterra para ir a Escocia. Entonces, escribió: "Inglaterra me ha rechazado; pero dado que, antes, había rechazado a Jesucristo, no estimo tanto la pérdida de tal familiaridad. Dios quiera que su ingratitud no sea castigada con severidad, y que tomen antes conciencia".³⁶

Knox no se dejó abatir por lo que parecía un cambio de la suerte en su contra, y aprovechó el hecho de estar temporariamente detenido en Dieppe.

Antes de que Knox llegara a Dieppe, los protestantes de esa ciudad se reunían solamente por la noche, por temor a ser arrestados por herejes. Knox decidió cambiar esto. Su ministerio y su predicación en la ciudad causaron una gran impresión. Los protestantes se llenaron de osadía divina y comenzaron a reunirse de día.

Knox permaneció en Dieppe tres meses, esperando una señal para regresar a Escocia. Mientras estuvo allí, combatió a los anabaptistas —que atacaban la creencia de Knox y Calvino en la predestinación y elección— y continuó denunciando a las reinas.

Los anabaptistas eran, probablemente, sus mayores enemigos religiosos después de los católicos. Constantemente se levantaban en contra de las doctrinas de Calvino y su convicción de que los herejes debían ser

ejecutados. Knox consideraba a los anabaptistas como cristianos “blandos” que no defendían los mandamientos de Dios.

La doctrina de Knox consistía en una incuestionable obediencia a Dios, que solo se encontraría conociendo sus mandamientos y cumpliéndolos.

La predestinación es una doctrina difícil y complicada, pero es fácil ver por qué Knox la seguía. Su doctrina consistía en una incuestionable obediencia a Dios. Esa obediencia solo podía encontrarse al conocer sus mandamientos y seguirlos literalmente, palabra por palabra, de la Biblia. Knox no se preocupaba por el contexto ni las costumbres del tiempo en que un versículo había sido escrito. No era cuestión de cómo alguien lo interpretaba. Para Knox, si algo estaba en la Biblia, era cierto... y caso cerrado.

Knox acusaba a los anabaptistas de confiar en su razón más que en lo que Dios decía. En resumen, los consideraba inútiles y los denunciaba sin empacho. Antes de salir para Dieppe, había publicado su libro más extenso, una refutación de los anabaptistas titulada *Respuesta a un gran número de blasfemas cavilaciones escritas por un anabaptista y adversario de la eterna predestinación de Dios*. El libro contenía más de ciento setenta mil palabras, y usó gran parte de este material contra ellos mientras estaba en Dieppe.⁵⁷

Creyendo que había ganado la “guerra de palabras” contra los anabaptistas, y sintiendo que había inspirado a los protestantes de ese lugar para continuar, Knox se sintió en libertad para zarpar hacia Escocia en abril de 1559. Llegó a las costas de Leith en el mes de mayo.

Encontró a su país en un tumulto más grande de lo que había imaginado. Su más grande hora había llegado.

“Veo que la batalla será grande...”

Escocia era muy diferente de como Knox la había dejado años antes. Se había convertido en un país atrasado, lejos de la rica ciudad de Londres y el intelectualismo que había conocido en Ginebra. Muchos caminos eran impasables a causa del terreno rugoso.

La regente María había logrado expulsar a los soldados británicos de su país, pero era una movida política. Su hija más joven –la futura María Estuardo– vivía en Francia, y se había casado con un príncipe francés, por

lo que el ejército francés hizo sentir su presencia y su poder en toda Escocia. El ejército francés se había convertido en enemigo de la libertad de los escoceses.

Mientras tanto la reforma protestante había crecido en Escocia. Cuando Knox llegó, partió inmediatamente a predicar en Dundee y Perth. Cuando a las autoridades les llegó la noticia de que Knox había regresado, inmediatamente lo declararon proscrito.

Coincidentemente, la reina regente acababa de comenzar a suprimir los predicadores protestantes. A diferencia de los británicos, los escoceses le hicieron saber a la regente que, si intentaba obstaculizar la Reforma, la obligarían a abandonar el país. Tratando de mantener el control, la reina fijó una fecha para que se presentaran en Stirling para un juicio. Knox los sorprendió a todos cuando llegó a la costa de Escocia a tiempo para enterarse de todo. Entonces escribió: “Veo que la batalla será grande, porque Satanás ruge hasta lo sumo; y he llegado –alabo a Dios por ello– cuando arrecia la batalla. [...]. Porque a mis hermanos predicadores les ha sido fijado un día para responder ante la reina regente [...], en cual yo también estaré presente”.⁵⁸

El día señalado Knox se unió a los predicadores, pero también un inmenso grupo de personas desarmadas viajó con ellos. Se detuvieron en una ciudad en las afueras de Stirling y mandaron avisar que llegaban en son de paz. Cuando la reina regente se enteró de que Knox estaba con ellos, además de un gran grupo de gente, se alarmó y mandó decir que no era necesario que los predicadores comparecieran.

El pueblo se regocijó; pero dado que no comparecieron, los jueces los declararon a todos proscritos y en rebeldía contra el gobierno.

El sermón que inició una guerra civil

Cuando Knox se enteró de la injusticia que habían cometido los jueces, se vengó predicando uno de sus famosos sermones contra la misa en Perth. Llamó “idólatra” a la misa, y directamente convocó a los hombres cristianos para que cumplieran su deber al respecto. Este famoso sermón marcó el inicio de una guerra civil en Escocia.⁵⁹ Solo nueve días después de llegar a Escocia Knox ya había causado una revolución nacional.

El pueblo se movilizó de forma increíble a partir de su predicación. Ya tenían la lucha en el corazón; las palabras de Knox hicieron encender la llama. Cuando Knox despidió al grupo, solo unos pocos se quedaron atrás en esa densa atmósfera. Uno de ellos era un sacerdote. Desafiando el mensaje de Knox, el sacerdote, con gran osadía –e ignorancia– descubrió un

altar y ofició una misa. Knox hizo un comentario despectivo al sacerdote, y este se volvió y lo golpeó en el rostro.

Un jovencito que vio lo que sucedía tomó una piedra y la arrojó, furioso, al sacerdote. Este se agachó a tiempo, por lo que la piedra no lo golpeó, sino que fue a dar contra una imagen a la que rompió en pedazos.

Entonces comenzaron los disturbios. El sacerdote corrió para salvar su vida, pero todos los sacramentos de la misa católica, y el edificio mismo, fueron destrozados. Insatisfecha por haber podido romper solo piedras, la turba corrió hacia un monasterio; esperaba encontrar personas. Los otros frailes y sacerdotes huyeron, y el monasterio pronto fue hecho pedazos y reducido a nada por la gente enfurecida. En dos días, todo el oro, la plata, el plomo de los techos, la carne, el vino y todos los efectos personales que pudieron encontrar, desaparecieron. Se hicieron fogatas con las imágenes católicas, y los sacerdotes fueron amenazados de muerte; aun los árboles que rodeaban los monasterios fueron arrancados de raíz.

Sorprendentemente, Knox rechazó las acciones de la turba. Quería que los ídolos fueran destruidos, pero no de esa manera. También sabía que la reina regente utilizaría esto en su contra, y que su vida correría aún más peligro. Y estaba en lo cierto.

El ataque a Perth

Al enterarse de los sucesos, la regente declaró la guerra a la ciudad de Perth y prometió convertirla en escombros. Pero no esperaba la respuesta que recibió. Los ciudadanos gritaron de alegría ante su amenaza y pidieron a Knox que los representara por medio de una carta a los soldados franceses, los nobles, los clérigos católicos y María misma.

A los soldados y la regente, Knox escribió que los ciudadanos de Perth eran leales a Escocia y no le deseaban ningún mal; solo querían la libertad para adorar como quisieran.

A los nobles protestantes que servían en la corte de la regente, Knox les escribió una carta más dura. Los amenazó con la excomunión; les escribió: “No dudéis en lo más mínimo de que nuestra Iglesia y los verdaderos ministros de ella, tienen el poder que nuestro Maestro, Jesucristo, otorgó a sus apóstoles con estas palabras: ‘Los pecados que perdonéis, serán perdonados, y los que retengáis, serán retenidos’”.⁶⁰ Los “verdaderos ministros” de la iglesia protestante, en esa época, eran solamente cinco o seis... pero hablaban con la fuerza espiritual de David ante Goliath.

La sarcástica carta al clero católico comenzaba: “A la generación del anticristo, los pestilentes prelados y sus muchachos en Escocia, la congregación

de Jesús en ella dice:...”⁶¹ Y terminaba anunciando que los protestantes los arrestarían a todos por asesinos si continuaban con su crueldad.

La regente continuó con su marcha sobre Perth. Con la maliciosa astucia por la que era conocida, se detuvo a las afueras de la ciudad y ofreció una negociación. Los ciudadanos respondieron reafirmando su lealtad, pero declarando al mismo tiempo que deseaban libertad para adorar. Knox fue más allá aun en su mensaje, y les dijo a los nobles que le entregaran a la regente un mensaje especial de su parte.

Debían decirle que aquellos a quienes tan ciegamente perseguía en su ira eran siervos de Dios y obedientes súbditos suyos; que la religión de ella era contraria a la de Cristo; que sus designios no prevalecerían; que, aunque humillara a algunos en ese tiempo, en realidad, estaba peleando contra el todopoderoso Dios; y que su fin sería confusión, si no se arrepentía. Les requirió que le dieran este mensaje “en el nombre del Dios eterno” y que le dijeran que él –Knox– era más amigo suyo que quienes la adulaban.⁶²

A pesar de las palabras de Knox, la regente creía que debía castigar a los ciudadanos por sus actos de vandalismo. Envío un mensaje ordenando al pueblo de Perth que abandonara la ciudad, pero ellos no obedecieron.

Dos días después dos mil quinientos protestantes marcharon hacia Perth desde el oeste de Escocia, a pie o a caballo, para ayudar a sus hermanos creyentes. Cuando estaban a casi diez kilómetros de Perth, la regente decidió formular un acuerdo con la ciudad: les dio libertad para adorar como desearan.

Los nobles protestantes informaron a Knox que si la regente no cumplía el acuerdo, ellos dejarían sus puestos en la corte y se sumarían a él y a los reformadores. Knox les aseguró que ella no cumpliría su palabra. Y tenía razón.

Pocos días después la regente marchó sobre la ciudad. El primer disparo mató a un niño que miraba por una ventana. A partir de allí dividió a los soldados para que mantuvieran contenidos a los ciudadanos mientras ella hacía preparar una misa en los edificios destruidos del monasterio.

Fue un error fatal. Los nobles protestantes que tenían altos puestos en su corte hicieron lo que le habían prometido a Knox. La rechazaron y le negaron su apoyo, se unieron a Knox en su lucha y usaron sus habilidades para extender la causa de la Reforma.

“Mi vida está al cuidado de Dios”

Los nobles protestantes volvieron a tomar el castillo de St. Andrew's. Mientras tanto, Knox continuó con su ministerio itinerante por Escocia; predicaba el mensaje de la Reforma en cada pueblo.

Los nobles querían convocar a una reunión en St. Andrew's con todos los ministros protestantes, el 3 de junio. Cuando Knox comenzó a entrar en los terrenos del castillo, inmediatamente se encontró con Hamilton, el arzobispo y sus hombres, que lo apuntaban con cien lanzas. Sonriendo, Hamilton informó a Knox que si entraba a predicar, se encontraría con “una docena de cañones largos, la mayoría de ellos apuntaban a su nariz”.⁶³

*Hacia años que Knox sabía que volvería a St. Andrew's
a predicar. Ni reinas, ni ejércitos, ni el tormento de las
galeras lograron detenerlo.*

Knox no había podido ser detenido por reinas asesinas, ni por ejecuciones bárbaras, ni por ejércitos, ni por los tormentos de las galeras. Además, años antes había profetizado que volvería a predicar en St. Andrew's. ¡Ningún hombre podría evitar que eso sucediera... especialmente un arzobispo hereje!

Los protestantes comenzaron a gritar que Jesús iba a ser predicado, a pesar de Satanás. Los nobles habían puesto una compañía de hombres a caballo tras Knox. Pero nada de esto lo conmovió. Knox estaba conmovido solamente por el hecho de que Dios le había concedido su deseo de volver a predicar en el castillo. Habían pasado trece años, pero el día había llegado.

Por tanto, contestó al arzobispo: “En cuanto al temor por el daño que podría sobrevenirme, ningún hombre se preocupe, porque mi vida está al cuidado de Aquel cuya gloria busco. No deseo que me defiendan manos ni armas de hombres”.⁶⁴

Sus palabras hicieron tambalear la osadía del arzobispo. Hamilton miró a su alrededor y vio a cientos de ansiosos protestantes escoceses, con ojos salvajes y bárbaros, listos a saltar sobre él a la más ligera señal de Knox. Pensó dos veces su amenaza, y dispersó a los lanceros.

Knox entró en St. Andrew's sin ser molestado, y predicó al día siguiente ante un salón lleno de personas ansiosas por escucharlo. Muchos clérigos católicos también estaban presentes. Habían venido para atrapar a Knox en sus propias palabras, pero la situación se revirtió por completo.

Knox subió al púlpito con una gran unción sobre él, siempre recordando que estaba cumpliendo su profecía. El tema de su predicación fue tomado del incidente en el que Jesús echa a los cambiadores de dinero del templo. Aplicó la Palabra a la situación de ese momento con tal maestría,

que los clérigos permanecieron casi hipnotizados. La fuerza de las palabras de Knox era tan grande que no se oía ni un suspiro en la congregación. Estaban todos entregados.

Knox planeó una continuación para su mensaje, que no tuvo precedentes en la historia escocesa. Para demostrar su firme convencimiento de que las imágenes católicas eran una forma de lo que Jesús había expulsado del templo, prendió fuego a las imágenes y las quemó delante de sus propios ojos. Los sacerdotes estaban aún tan confundidos que ni siquiera podían moverse.

Knox predicó tres días más y, para cuando terminó, todas las otras iglesias católicas de la zona habían sido desmanteladas.

Como si llovieran hombres del cielo

Cuando la regente se enteró de la última victoria de Knox, se enfureció a tal punto que reunió a su ejército y marchó desde su palacio en las Falkland hasta St. Andrew's.

Pero los nobles ya habían reunido más de tres mil hombres para enfrentarla. Knox escribió al respecto: "Dios multiplicó de tal manera nuestro número que parecía como si llovieran hombres del cielo".⁶⁵

Cuando el ejército de la regente llegó a St. Andrew's, se encontró con una miserable derrota. No había otra salida más que la retirada. En un último esfuerzo la regente declaró que daría amnistía a los protestantes si prometían no destruir más posesiones católicas y dejaban de predicar públicamente. Los protestantes, indignados, rechazaron ambas condiciones.

Después de una semana de negociaciones, se declaró una tregua. Mientras se acordaban los términos, la situación aún estaba sin resolver. Los protestantes comenzaron a destruir más monasterios, a derribar altares y a quemar imágenes, mientras los sacerdotes y monjes miraban sin poder hacer nada. Ciudad tras ciudad fueron víctimas de estos saqueos. Knox y los otros nobles trataron de intervenir para detenerlos, pero los protestantes habían sufrido y vivido en peligro demasiado tiempo. Aprovecharon la oportunidad y el ímpetu del momento.

Al darse cuenta de que poco podía hacer para detener los saqueos, Knox escribió, simplemente: "La Reforma es algo violenta, porque los adversarios son obcecados..."⁶⁶

Muchas veces Knox se quedaban mirando cómo destruían y saqueaban los monasterios. Sabía que todo terminaría bien, a causa del testimonio de una anciana que se acercó a él mientras un monasterio ardía para convertirse en cenizas, y le dijo:

Desde que yo lo recuerdo, este lugar no ha sido más que una guarida de proxenetas. Es increíble cuántas esposas han sido adulteradas, y cuántas vírgenes desfloradas por las sucias bestias que se han refugiado en esta guarida; pero especialmente por ese hombre maligno que es llamado el obispo. Si todos los hombres supieran lo que yo, alabarían a Dios; y ningún hombre se sentiría ofendido.⁶⁷

Después de escuchar estas palabras Knox se mantuvo tranquilo, pensando que lo que sucedía era el justo juicio de Dios.

El pueblo había sentido una reverencia mística por las hermosas estatuas e imágenes que había por toda Escocia, y los protestantes querían matar esa reverencia equivocada. Marcharon hacia Edimburgo para continuar con su destrucción, pero los ciudadanos de aquella ciudad se les adelantaron. Cada obra de arte católica, cada estatua, cada imagen que había movilizado los afectos del pueblo hacia sí mismo en lugar de hacia Dios, ya había sido destruida.

Hasta este entonces Knox había sido el único reformador de amplia reputación que permitió que se destruyeran imágenes y obras de arte. Como los profetas de la antigüedad, Knox era un reformador que creía en la acción apasionada. No sugería simplemente que se destruyeran los altares de Baal, ni se limitaba a escribir al respecto; los destruía. Como David, no se limitaba a derribar a Goliat en tierra; ¡le cortaba la cabeza!

“¿Dónde está ahora el Dios de John Knox?”

Para este entonces Knox echaba mucho de menos a su familia. Escribía con frecuencia a Ginebra, les pedía a Marjory y a los niños que se encontraran con él en Escocia. Para fines de 1559 Marjory y sus dos hijos se reunieron con él en St. Andrew's. Debido a la violencia, la señora Bowes, a quien le habían permitido entrar en Inglaterra, se quedó allí por un tiempo.

Francia había sido un aliado político y religioso importante para la regente, y ella necesitaba de su ayuda más que nunca ahora. Los franceses respondieron al pedido de la regente María y navegaron hacia Escocia para intervenir en la guerra civil allí. En enero de 1560 los protestantes se trenzaron en una guerra de guerrillas con los franceses, en medio de la nieve.

Knox envió cartas desesperadas a la reina Isabel I, rogándole que protegiera sus intereses en Escocia. Sin saber de la carta, ella ya había enviado una flota de catorce barcos con uno de sus capitanes de mar más experimentados.



John Knox predica ante los nobles de la congregación, 10 de junio de 1559.
North Wind Picture Archives.

Mientras tanto, los franceses hacían destrozos en Fife. Saqueaban las casas y colgaban a sus habitantes. Poco podían hacer los protestantes contra el imponente ejército francés. La regente, ya enferma y debilitada por la gota y la hidropesía, rió al escuchar la noticia, diciendo: “¿Dónde está ahora el Dios de John Knox? Mi Dios ahora es más fuerte que el suyo”.⁶⁸

La regente era odiada por los protestantes, a causa de su crueldad. Cierta vez, una tropa de soldados franceses había matado a algunos soldados británicos, les había quitado la ropa y los había colgado sobre el muro, al sol. La regente los elogió, dijo que nunca había visto un tapiz tan fino y que deseaba que todo el terreno estuviera cubierto con un diseño similar.

Durante los seis meses siguientes los franceses y los ingleses se disputaron Escocia, y pareció que los franceses ganaban terreno. Knox estuvo completamente inactivo durante este tiempo. No había muchas personas a las que predicarles, ya que todos estaban peleando en la guerra, así que continuó con su tarea de escritor y comenzó a preparar un sistema y una política de iglesia basados en las convicciones calvinistas de los hombres que estaban en el castillo de St. Andrew's.

Pronto se convirtió en la obligación de todo protestante asistir a los cultos en el castillo cada domingo. La ley se hacía cumplir con firmeza. A partir de esta obligación, Knox predicaba y arengaba a las tropas hasta que recobraban las fuerzas. Predicaba con furia que estaban perdiendo terreno, porque ponían su confianza en el hombre y no en Dios. Knox tronaba: “Sí, sea lo que fuere que suceda con nosotros y nuestras carcazas

mortales, no dudo que esta causa –a pesar de Satanás– prevalecerá en el ámbito de Escocia. Porque, dado que es la verdad eterna del Dios eterno, así prevalecerá...”⁶⁹ Sus palabras y su ímpetu infundían fuerzas a las tropas protestantes.

Cuando parecía que lo peor había caído sobre Escocia, llegó la liberación. Los británicos lanzaron en Escocia un ejército multitudinario que hizo retroceder a los franceses. La reina regente, que para este entonces estaba muy enferma, pidió refugio en el castillo de Edimburgo, que era zona neutral, y le fue concedido.

Poco tiempo después Knox predicaba en Edimburgo cuando le llegó la noticia de que la reina regente había muerto en la mañana del 11 de junio de 1560. La lucha por Escocia terminó abruptamente con su muerte. Tanto los franceses como los británicos abandonaron el suelo escocés en julio.

Tiempo después se dijo que Knox se había vengado de la regente, que oraba por su muerte.⁷⁰

Un orden protestante

Inmediatamente después de la evacuación de los franceses y los ingleses, el parlamento escocés comenzó a reunirse con regularidad. Se había firmado un tratado que les daba tanto a ellos como a María Estuardo –cuando regresara de Francia– voz y voto en la dirección de la nación. Se le pidió a Knox que oficiara un culto de acción de gracias por ellos. Después de esto, se le pedía con frecuencia que predicara en el Parlamento.

En agosto de 1560 el Parlamento votó para abolir el catolicismo y establecer el protestantismo como religión nacional. La autoridad papal fue abandonada por completo. Desaparecieron las campanas, los cálices, los cultos en latín, las estatuas, los crucifijos, la adoración de María y los santos, las oraciones por los muertos, el purgatorio y los rituales elaborados. En su lugar llegaron los cultos sencillos con una predicación ardiente, el estudio bíblico, la oración y los salmos cantados por toda la congregación, con melodías comunes.

Fue una grandiosa victoria para la Reforma, pero ahora era necesario trazar pautas para guiar a la nación en su fe. El pueblo buscó la respuesta en Knox, y él no dudó en ayudarlos.

En el mismo mes Knox y otros ministros presentaron una confesión de fe que, básicamente, combinaba las creencias protestantes y las calvinistas. El Parlamento la leyó y la aceptó.

Después quisieron un libro de disciplina común, y Knox presentó su *Primer libro de disciplina de la iglesia*. No todos llegaron a estar de

acuerdo con él, así que le pidieron que lo modificara, y lo hizo. El libro decía que la disciplina moral de los miembros de la iglesia debía ser manejada solamente por medio de la iglesia, y no por el gobierno. Explicaba adónde irían los diezmos de la gente, y cómo se sostendrían los ministros. Cada iglesia local elegiría sus propios ministros de una lista preparada por los principales líderes. Se instalarían superintendentes que deberían viajar por sus distritos, predicando al menos tres veces por semana y vigilando el comportamiento de los ministros locales. Aunque Knox modificó el *Primer libro...*, este no fue presentado como ley. Sería votado un tiempo después.

La muerte de Marjory

Knox ahora pudo dedicarse a su pastorado en Edimburgo. Los ministros querían nombrarlo superintendente, pero él se negó, adujo que no estaba bien de salud. Como pastor en Edimburgo, Knox tenía un puesto muy honroso, con privilegios sociales y económicos. Vivía en una casa muy grande —una mansión para esa época— con un hermoso jardín y lujosos muebles, totalmente pagados por el consejo de Edimburgo.

Knox acababa de establecerse en su nuevo hogar, cuando sobrevino la tragedia. Marjory, que apenas tenía poco más de veinte años, murió. Nunca se estableció la causa de su muerte. Algunos suponen que el duro trabajo la había vuelto débil y vulnerable a las enfermedades. Basan su suposición en la siguiente afirmación de Knox: “El descanso de mi esposa había sido tan inquieto desde su llegada aquí, que apenas podía decir a la mañana lo que había escrito a la noche”.⁷¹ Marjory se había lanzado con gran energía al trabajo, con tanto empeño como Knox.

Dejó dos hijos pequeños, de solo dos y tres años de edad. Knox trató, como pudo, de criarlos él solo, pero finalmente pidió a la señora Bowes que fuera a vivir con ellos para ayudarlos.

La muerte de Marjory fue una gran pérdida personal para Knox, y tuvo que luchar para contener sus emociones mientras intentaba recuperarse él mismo de sus problemas de salud. Se hundió en el trabajo de la Reforma y confió en el Señor para su consuelo. Knox escribió cómo la muerte de su esposa lo había destruido. Su amor por ella queda expresado en las palabras que escribió sobre aquella “cuyo igual no puede encontrarse en cualquier lugar”.⁷²

Los años que habían vivido antes de llegar a ese tiempo de paz en Edimburgo, habían sido realmente agotadores para todos.

Otra María asesina

La única esperanza que los católicos tenían para Escocia era que María regresara de Francia. Había sido enviada allí cuando solo tenía seis años, para ser educada en las escuelas católicas más finas de su tiempo. Se había casado con un príncipe francés en 1558, pero él había muerto repentinamente en 1560. María estaba sola nuevamente, era hermosa, inteligente y muy malcriada. Si alguien trataba de oponérsele o de cambiar lo que ella deseaba, era extremadamente impaciente y emocional, y exigía que se cumpliera su voluntad y nada más.

Varios nobles escoceses habían viajado una y otra vez a Francia para aconsejarle cómo debía volver a Escocia. Ella había escuchado hablar del *Primer toque...* de Knox y ya había llegado a la conclusión de que él era “el hombre más peligroso de su reino”.⁷³ Temiendo que iniciara una revuelta en su contra, María exigió que Knox fuera exiliado de Escocia, de lo contrario, ella no iría a vivir allí.

Sus amenazas no dieron resultado. Isabel I, reina de Inglaterra, recibió el consejo de proteger a Knox en Escocia... todo por el interés político de Inglaterra. La influencia de Knox debilitaba la fuerza de la realeza escocesa. Esto ayudaba a asegurar que Escocia se sometiera a Inglaterra. Aunque María estaba decidida a hacer las cosas a su modo una vez que llegara a Escocia, dejó en paz a Knox porque temía a Isabel.

María era una devota católica y se oponía ferozmente a la Reforma. Dio un ultimátum de que regresaría como reina con dos condiciones: que pudiera continuar siendo católica y celebrar la misa en su corte real, y que pudiera tener la misma corte extravagante y lujosa a la que estaba acostumbrada en Francia. Los nobles accedieron. El 19 de agosto de 1561 María Estuardo llegó a las costas de Escocia y fue recibida con profunda alegría por el pueblo de Edimburgo. Solo tenía diecinueve años.

Cuando llegó llovía con fuerza, había una densa niebla y la visibilidad era escasa. El clima era inusual para esa época del año, y Knox lo tomó como una señal profética:

El mismo rostro del cielo, al momento de su llegada, manifiestamente declaró el sentimiento que llegó a este país con ella, es decir, dolor, oscuridad y toda impiedad. En memoria de hombre, ese día del año nunca se había visto un rostro más doloroso en el cielo. [...]. El Sol no había brillado desde dos días antes, ni brilló hasta dos días después. Esta advertencia Dios nos dio; pero, oh, ¡la mayoría fueron ciegos a ella!⁷⁴

Un nuevo apoyo para el régimen católico

El primer domingo después de su llegada, María dispuso que se oficiara una misa en la corte para ella, su corte y sus parientes. Cuando la ceremonia estaba a punto de comenzar, un grupo de protestantes trataron de entrar en la corte, gritando que el sacerdote era un idólatra y merecía morir. Lograron herir a uno de los siervos que llevaba un cirio, pero fueron superados por los guardias y obligados a abandonar el recinto.

Al mismo tiempo Knox predicaba a un grupo inusualmente grande de protestantes: denunciaba el complot de la reina para destruir lo que los reformadores habían construido. Un embajador británico, que quería darle una oportunidad a María, quedó muy molesto por el sermón y escribió que todos, en Escocia, habían quedado impresionados con su nueva reina, “a excepción de John Knox, que tronaba desde el púlpito, tanto que nada temo más que un día arruine todo. Él manda en el gallinero, y de él todo hombre tiene temor”.⁷⁵

Era cierto. Knox tenía la capacidad de discernir los motivos de María, y los descubrió aun antes que ella llegara. Un hombre dijo que Knox era el único hombre que había conocido a María sin dejarse engañar ni encantar por ella.⁷⁶

Después de la interrupción de la misa de María, la corte lanzó una proclama que declaraba que, si alguien trataba de obstaculizar o hacer daño a la realeza, el castigo sería la muerte. Las cabezas políticas trataron de razonar con los nobles protestantes, preguntaron por qué deseaban expulsar a María de Escocia. Querían que los protestantes le dieran una oportunidad a María, ya que parecía seguro que, finalmente, podrían vencerla de creer lo mismo que ellos. A los protestantes se les aseguró que, cuando la mayoría de los parientes de María regresaran a Francia, podrían hacer lo que ellos quisieran.

Knox no se dejó engañar. Veía que el fervor de los protestantes estaba comenzando a menguar, y que estaban a punto de transigir en su posición. Al siguiente domingo Knox predicó con más fuerza aún. Denunció directamente la idolatría católica que intentaba invadirlos y, paso por paso, repitió las plagas que habían caído sobre otras naciones que la habían tolerado. Después pronunció su famosa frase: “Una misa es más temible para mí que [...] diez mil enemigos armados”.⁷⁷

Y continuó: “En nuestro Dios hay fortaleza para resistir y confundir multitudes, si confiamos sinceramente en Él, de lo cual, hasta ahora, hemos tenido experiencia”. Y se preguntó qué sucedería con todos ellos si la presencia de Dios los abandonaba. ¿Cuál sería su defensa? Proféticamente, agregó: “Ay, temo que la experiencia nos lo enseñará, para pena de muchos”.⁷⁸

Aunque veía la lucha y el dolor que les esperaba, Knox nunca abandonó la pelea ni cayó víctima de un espíritu debilitado. No huyó, ni desertó de la causa. No se dio por vencido ni escapó del frente de batalla para esconderse en la retaguardia. La batalla había comenzado... y el hecho de verla era razón suficiente para vivir, para Knox.

Una “amenaza común”

La personalidad y la tenacidad del pueblo escocés no tienen parangón en el mundo. Tienen una columna inquebrantable y una audacia increíble. Su capacidad para unirse contra una amenaza común significa el desastre para cualquiera que se les oponga. Confíe en mí: ¡no quisiera estar entre quienes amenacen su bienestar!

Al ver esta relevante cualidad en ellos, muchas veces me he preguntado por qué su nación no lidera una reforma para Dios en la actualidad. Tienen la capacidad de unirse y avanzar por una causa como ninguno; pero el problema, ahora, es que no han visto la “amenaza común” en su contra, y esa es la clave.

Qué gloria, qué liberación se producirán si nos unimos y ponemos fin a todos los males que nos estorban. Podemos enfrentarnos juntos a nuestra “amenaza común”.

La “amenaza común”, ahora, como lo fue en el pasado, es espiritual. El enemigo ha pacificado su nación, y los mantiene sometidos y pasivos en cuanto a Dios. Ellos, como otras naciones, están absorbidos por sus intereses personales y búsquedas de crecimiento intelectual, en lugar de concentrarse en el Espíritu Santo y su poder para librar a su nación. Si solo pudieran ver la complaciente devastación que esa “amenaza común” ha producido, y que el enemigo es responsable por las canciones de cuna que los arrullan para mantenerlos en su pasividad, ese gran espíritu escocés y su fervor se levantarían nuevamente, y su nación sería líder de otras para llevarlas a experimentar y conocer a Dios. Qué gloria y qué liberación se producirían si se reunieran para poner fin al mal que estorba a su nación, para que Dios realmente pueda venir y vivir entre ellos con poder permanente.

La Reforma en Escocia no podría haberse producido por medio de materiales escritos o gestos pasivos. La restauración no era la respuesta. La restauración regresa algo que ha sido robado o perdido. La reforma detiene el

abuso para hacer algo mejor. Debe haber reforma antes que restauración. Ambas fuerzas, restauración y reforma, son similares, pero diferentes; no las confunda. No podemos tener una sin la otra. Dado que la terminología es importante, la explicaré con mayor detalle al final del capítulo.

Dada la personalidad escocesa, la reforma solo podría haberse producido por medio de una revolución que abriera los ojos de las personas a las verdades del Evangelio. Knox sentía que, como embajador profético de Dios, él era quien debía abrir el camino para esa revolución. Consideraba que su tarea tenía tres aspectos: purificar la religión nacional, mantenerse fiel al pacto de Dios y finalmente, resistir hasta el final cualquier autoridad que promoviera la idolatría —cualquier cosa contraria a la Palabra de Dios—.

¿Cuál es la “amenaza común” que continuamente impide que Dios participe plenamente de su iglesia, su hogar, su nación o su vida? Para un reformador de cualquier generación, de cualquier nación, la “amenaza común” es un llamado a una acción confrontadora y un cambio hacia Dios.

Cara a cara

María Estuardo estaba furiosa por las últimas tácticas de predicación de Knox. Creyendo que debía confrontarlo, lo convocó para que se presentara ante ella; fue la primera vez de las cinco que lo hizo.

La primera reunión fue el 4 de septiembre de 1561. Hacía menos de un mes que María había llegado a Escocia. Le preguntó por qué había escrito *Primer toque...*, por qué había incitado a una revuelta en su contra, y si era cierto que era un mago. (Tratando de causar temor, los católicos habían inventado el rumor de que Knox practicaba la magia).

Knox declaró elocuentemente que, en Escocia, solo había hecho campaña contra la fe católica, para que pudiera ser defendida la verdadera fe; que lo que había escrito en *Primer toque...* contra María la sanguinaria, su corte y sus seguidores era cierto, y que no era un mago.

Entonces María le preguntó cuál era su posición en cuanto al gobierno de ella. Knox respondió que estaría tan feliz de vivir bajo su gobierno como el apóstol Pablo de vivir bajo el de Nerón. Después señaló que, si hubiera querido detenerla, lo hubiera hecho mucho más fácilmente mientras ella aún estaba en Francia. No tenía intenciones de derrocar su gobierno, pero su religión era otro asunto. Knox no le reconocía el derecho de, como reina, imponer su fe al pueblo.

María, agudamente, trató de insultarlo diciéndolo: “Pero usted no es la ‘kirk’ —iglesia— que yo alimentaré. Yo alimentaré a la Iglesia de Roma, porque creo que es la verdadera iglesia de Dios”.

“Su voluntad no es razón, señora –replicó Knox–. Tampoco vuestro juicio hace de la ramera de Roma la verdadera e inmaculada esposa de Jesucristo.” Y continuó explicando, como en todos sus sermones, cómo la Iglesia Católica se había degenerado hasta el punto de oponerse a la iglesia primitiva.

“Mi conciencia dice que no es así”, respondió, obcecada, María.

“La conciencia, señora, exige conocimiento; y me temo que no tenéis ningún conocimiento recto.”⁷⁹

Cuando ella le preguntó a quién debería creer, Knox le dijo que debía creer a Dios, quien hablaba directamente en su Palabra. Entonces ella lo cortó abruptamente y dio por terminada la reunión. Knox se despidió, dijo que oraba para que ella tuviera tanto éxito en Escocia como Débora en Israel.

Después de su primera reunión, uno de los amigos de Knox le preguntó qué pensaba de ella. Knox respondió: “Si no hay en ella una mente soberbia, agudeza y malicia, y un corazón endurecido hacia Dios y su verdad, me falla el juicio”.⁸⁰ Luego escribió al consejero de Isabel I: “En mi comunicación con ella, espíe tal malicia como no he hallado en esta edad”.⁸¹ Para Knox, era una batalla entre la luz y las tinieblas.

El espíritu indómito

Al principio parecía que María vencía a Escocia. Gran parte de los protestantes se dejaron encantar por su belleza y su juventud, y guardaron silencio en cuanto a su fe católica.

Pero los protestantes que permanecían fieles a la Reforma la aterraban en toda ocasión posible. Cuando aparecía en público, la saludaban quemando una figura de un sacerdote en una cruz. Los nobles protestantes de Edimburgo emitieron una proclama en la que ordenaban que todos los ebrios, los adúlteros, los sacerdotes, monjes y monjas, abandonaran la ciudad. Cuando celebraban un festival católico en un pueblo, atacaban a los sacerdotes y los arrastraban fuera del coro, con sangre. María veía esto y lloraba sin poder hacer nada. Knox también estaba allí, observando cada movimiento suyo y predicando contra cualquier violación de la Biblia que María hubiera cometido.

Un noble protestante escribió a los consejeros de Inglaterra sobre los problemas que Knox causaba a la nueva reina. La carta decía: “Conocéis la vehemencia del espíritu del señor Knox, que no puede ser controlado, y que en ocasiones pronuncia dichos que no pueden ser digeridos fácilmente por un estómago débil. Desearía que la tratara de manera más gentil, dado que es una joven princesa aún sin experiencia”.⁸²

La controversia llegó a tal punto que pronto la mayoría de los nobles negaron que la iglesia protestante tuviera derecho de reunirse sin el consentimiento de María.

Knox no quiso siquiera escuchar tal injusticia, protestó enfurecido contra ellos, con sus elocuentes y decisivos sermones, hasta que los nobles retrocedieron y decidieron que sus reuniones podían continuar como hasta entonces, siempre que los intereses de María también estuvieran representados.

El *Primer libro de disciplina* de Knox fue sometido a votación para ser aprobado como ley. El libro no fue aprobado en el área de dónde iría a parar el dinero. Los nobles y la realeza deseaban el sobrante de los diezmos y la propiedad. Y se salieron con la suya.

Al escuchar la noticia, Knox se lamentó: "Oh, felices siervos del diablo y miserables siervos de Jesucristo, si después de esta vida no hubiera cielo e infierno!"⁸³

Knox, cansado, se dedicó nuevamente a su pastorado en Edimburgo. Dado que era el único predicador protestante de la ciudad, una multitud se reunía para escucharlo. Predicaba dos veces el domingo y tres veces durante los días hábiles. El resto del tiempo predicaba en distantes partes de Escocia y presidía consejos y reuniones generales protestantes. Además, continuó escribiendo cartas a sus amigos y a la señora Locke.

Durante el invierno de 1562, después de enterarse de la masacre de los hugonotes protestantes en Francia, María hizo un gran baile y se divirtió hasta bien entrada la noche. Knox criticó violentamente la frivolidad de María y su corte, y nuevamente condenó sus esfuerzos por restaurar el catolicismo en Escocia. Por ello, fue citado a comparecer ante la reina por segunda vez.

Segunda reunión con la reina

María recibió a Knox en su dormitorio. Junto con ella estaban las doncellas de la corte y varios nobles. María preguntó a Knox con qué autoridad predicaba contra los bailes de la realeza, lo acusó de excederse en sus funciones como ministro.

Knox respondió que no le molestaba el baile siempre que no hiciera que las personas descuidaran sus deberes; pero quienes danzaban en celebración de las tribulaciones del pueblo de Dios, beberían en el infierno.⁸⁴

María le dijo: "Si os enteráis de algo acerca de mí que no os place, venid y decidmelo, y os escucharé".

Knox le respondió con una asombrosa reprensión:

Soy llamado, señora, a una función pública dentro de la iglesia de Dios, y fui designado por Dios para reprender los pecados y vicios de todos. No fui señalado para hablar con cada hombre en particular para mostrarle su ofensa; porque tal labor sería infinita. Si la gracia de Dios se dignara asistir a los sermones públicos, no dudo que comprenderíais por entero tanto lo que me place como lo que me displace, tanto en vuestra majestad como en los demás.

En otras palabras, Knox le hizo saber a María que, a los ojos de Dios, ella era igual a todos los demás. Knox predicaba la verdad bíblica desde el púlpito y permitía que toda persona se juzgara a sí misma. Consideraba su llamado y su oficio ministerial más importante que el régimen real de María, y se lo hizo saber abiertamente. Si asistía a los cultos, entonces, como todos los demás, ella escucharía lo que era recto a los ojos de Dios. Knox se sometía como súbdito escocés, pero defendía su terreno como embajador espiritual de Dios.

Ofendida, María le dio la espalda. Knox sonrió y se fue.⁸⁵

Knox sabía que María nunca asistiría a un culto protestante, pero ese no era el asunto. La verdadera victoria de esta reunión fue que defendió la dignidad de su llamado frente a la intimidación y la irrespetuosidad. Antes de Knox, los sacerdotes católicos siempre habían tratado a los miembros de la realeza de manera diferente, respondiendo a todas sus necesidades y reuniéndose con ellos en privado para amonestarlos.

Knox se negaba a hacer esto. Creía que tanto la realeza como los súbditos eran iguales a los ojos de Dios y, en su carácter de ministro protestante, se negaba a tratar a unos mejor que a otros. En el siglo XVI esta clase de comportamiento ministerial era escandalosa. Pero Knox nunca se dejaba inquietar por un protocolo inútil; no se inclinaba ante nadie más que Dios. Para él, el puesto más importante de la Tierra era ser comisionado por Dios para predicar la Reforma, y se lo hizo saber a María, sin vueltas.

A pesar de los esfuerzos de María, los tronantes sermones de Knox sobre el baile causaron temor en Escocia. Los músicos de la reina, tanto los franceses como los escoceses, se negaron a tocar para la misa que hizo oficiar en Navidad.⁸⁶

Un explosivo encuentro cara a cara

La hambruna se abatió sobre el norte de Escocia a principios de 1563. Knox creía firmemente que el hambre era una reprensión directa del Señor porque el pueblo había permitido que María manchara su tierra con la misa católica. Para este entonces, los predicadores protestantes oraban para que Dios convirtiera a María del catolicismo o la hiciera desaparecer, lo que Él prefiriera, mientras aún ella era joven. Los sacerdotes continuaban siendo atacados por las noches, golpeados y cortados en la cara y la cabeza. Knox no participaba de estos ataques, pero tampoco los condenaba. Creía que Dios usaba cualquier medio que fuera posible para liberar a Escocia del catolicismo.

En la Pascua de 1563, en el mes de abril, un grupo de líderes católicos desafió la ley y celebró una misa pública. El gobierno no hizo nada al respecto, por lo que varios protestantes prominentes tomaron el asunto en sus propias manos y arrestaron a los sacerdotes para luego encarcelarlos por quebrantar la ley. Los protestantes por su parte lanzaron una proclama: declararon a todos los sacerdotes católicos que, si esta clase de desafío continuaba, no protestarían ante la reina ni ninguna otra autoridad, sino que ellos mismos atraparían a los culpables y los matarían, tal como lo establecía la ley.

María entró en pánico y convocó nuevamente a Knox para que interviniera. Knox señaló claramente que si la reina cumplía y hacía cumplir la ley, él prometía que los protestantes mantendrían la calma; pero si continuaba ignorando el problema, entonces, estaba seguro de que los papistas serían castigados por violar la majestad de Dios. Y le recordó que, si el gobierno no cumplía con su deber, estaba en manos del pueblo hacer cumplir la ley.

María se sintió ofendida una vez más por el tono de Knox, pero estuvo de acuerdo en que todos los culpables fueran juzgados al día siguiente por un tribunal. Mantuvo su palabra, por un tiempo, ya que todos los culpables fueron juzgados y apresados; el arzobispo mismo, que fue objeto de burlas e insultos por parte del pueblo durante el juicio, fue hecho prisionero en el castillo de Edimburgo.

El cuarto encuentro: una advertencia divina

La cuarta confrontación entre María y Knox, probablemente, fue la peor. María estaba en edad de casarse y se rumoreaba que se casaría con el príncipe de España. Knox estaba furioso. Este príncipe español era el hijo de uno de los mayores perseguidores de los protestantes, y Knox

predicó vehementemente que si el matrimonio se producía, atraería la venganza y la plaga de Dios sobre Escocia.⁸⁷

Una vez más Knox había sacado a la reforma del ámbito personal y la había hecho pública. Su ardiente mensaje hizo que todos tomaran responsabilidad por su postura frente al próximo matrimonio. Fue un momento difícil, tanto para los católicos como para los protestantes.

Su proclamación hizo que María lo citara una vez más. Cuando él entró al palacio, María comenzó a llorar. En un estallido emocional propio de una criatura, juró venganza contra él.

Knox le respondió calmadamente que, si estuviera libre de errores doctrinales, no encontraría ofensivas sus palabras.

María exclamó: “¿Qué tenéis que ver con mi matrimonio? ¿Qué sois vos dentro de esta nación?” Intentó minimizarlo, pero no se daba cuenta de que acababa de formularle a un reformador una pregunta cargada de contenido. Entonces debió escuchar su respuesta.

Un súbdito nacido en ella, señora. Y aunque no soy ni conde, ni señor ni barón en ella, Dios me ha hecho –aunque abyecto sea yo a vuestros ojos– un provechoso miembro de ella; sí, señora, a mí corresponde advertir de las cosas que puedan hacerle daño, si puedo verlas, tanto como a cualquiera de los nobles; porque tanto mi vocación como mi conciencia me instan a hablar llanamente.⁸⁸

Una vez más Knox defendió su llamado y su oficio como profeta para la nación de Escocia. Humildemente, pero con firmeza, informó a la reina que, debido a su posición para con Dios, continuaría desbaratando las doctrinas pervertidas y advirtiendo sobre los males devastadores que intentaban engañar a sus connacionales y a su nación.

Su respuesta a la despectiva pregunta de María la hizo llorar. Su asistente corrió para ayudarla y confortarla. A Knox se le ordenó que abandonara el cuarto y esperara afuera.

Después de más de una hora de espera, se le ordenó que se retirara.

Un quinto encuentro que debilitó los fundamentos de María

Mes tras mes ocurría lo mismo: los católicos asistían a misa, lo cual era ilegal, y los protestantes tomaban el asunto en sus propias manos. Agosto de 1563 no fue la excepción.

María estaba fuera y los sacerdotes de la ciudad de Edimburgo decidieron asistir a la misa en la capilla real, en lugar de asistir al culto protestante de Knox. Una banda de protestantes se enteró, irrumpió en la capilla con armas y desafió a los sacerdotes. Veintidós católicos fueron perseguidos por los protestantes.⁸⁹

Cuando María regresó, se enfureció y ordenó que los protestantes que habían irrumpido en la capilla fueran enjuiciados. Su juicio comenzaría en octubre.

Knox inmediatamente escribió a todos los protestantes escoceses, recordándoles cómo, en el pasado, se habían unido para el bien común de la Reforma y les pidió que volvieran a hacerlo; esta vez reuniéndose en gran número para el juicio de los protestantes en octubre.

Tratando de hacer caer a Knox en una trampa, un obispo interceptó una de las cartas y la entregó a María. Esta se sintió feliz, segura de que había logrado atrapar a Knox. Su plan era el siguiente: en lugar de continuar con el juicio de los protestantes que habían cometido el ataque, ella y el consejo accionaron contra Knox por traición, basándose en que había ordenado a los súbditos de la reina que se reunieran contra ella sin tener autoridad legal para hacerlo.

Al ser convocado para comparecer ante el consejo, Knox se defendió contra la acusación de alta traición. Como solo él sabía hacerlo, dio un discurso contundente en su defensa, en el que no acusó a la reina de crueldad, sino solo a los católicos. Dado que él era un representante de la Iglesia, no había traición en eso. Knox actuó con tal precisión que la misma reina se confundió, y sus preguntas más agudas parecían tontas y fuera de contexto. María perdió totalmente el control y se largó a llorar. El consejo dijo a Knox que quedaba en libertad de regresar a su casa. Después votaron que no era culpable. Para mayor vergüenza de María, ¡el obispo que le había entregado la carta votó como la mayoría!⁹⁰

Al observar su comportamiento, indigno de una reina, los nobles protestantes de la corte de María se volvieron contra ella. A partir de ese momento el reinado de María Estuardo entró en franca decadencia.

Knox se casa con una mujer de sangre real

A pesar de todos los problemas que causaban sus confrontaciones, Knox, evidentemente, tenía tiempo para su vida privada. El 25 de marzo de 1564 volvió a casarse. Ahora María tenía una nueva causa para enfurecerse; no porque Knox se hubiera casado, sino por la persona con quien se había casado: ¡una prima lejana de la reina!

Parece un poco extraño que la nueva esposa de Knox, Margaret Stuart, tuviera solo diecisiete años, y él, más de cincuenta. Pero en esa época los matrimonios de este tipo no eran inusuales, aunque Calvino se oponía a que los líderes protestantes hicieran algo semejante. Pero Knox nunca permitió que las reglas de protocolo o ética marcadas por los hombres le impidieran hacer lo que él creía que era voluntad de Dios. Su segundo matrimonio no fue la excepción a esta regla, y Knox no ocultó su relación con Margaret: solía ir a su casa en un hermoso caballo enjaezado con cintas y oro.⁹¹

Aunque Margaret era de sangre azul, era muy diferente de su prima, la reina María Estuardo. Demostró ser una esposa amorosa y fiel, que trabajó con Knox en su ministerio y le dio tres hijas.

En 1565 María, la reina de los escoceses, cansada de luchar contra los protestantes, se casó también, con un cabeza hueca, el vicioso Henry Stuart –Lord Darnley– un católico inglés. La caída de la reina se precipitó después de esto.

La marea protestante estaba en su punto más bajo y Knox convocó a un ayuno. El inmoral estilo de vida de María comenzaba a empeorar. Aunque ahora estaba encinta, odiaba a su esposo y encontraba consuelo en su secretario italiano, David Rizzio. Darnley, celoso, irrumpió junto con un grupo de nobles protestantes en el aposento donde Rizzio estaba con María, y lo asesinó. El pequeño grupo, después, encerró a María dentro de su propio cuarto.

Dos días después María logró atraer a su esposo a su lado, y él la ayudó a escapar a caballo a Dunbar.

Knox continuó orando como nunca antes. Sabía que María regresaría y se vengaría de los protestantes, por lo que oraba: “Señor, pon fin a mi sufrimiento”.⁹²

Lo que Knox temía pronto se hizo realidad. María regresó con mayor poder que el que jamás había tenido, y el pueblo se puso de su lado, airado por el asesinato cometido por los protestantes. Knox buscó la soledad en Kyle, y su salud quebrantada comenzó a impedirle trabajar con el ahínco de siempre. Allí retomó la escritura de su *Historia de la Reforma en el reino de Escocia*, el primer y único libro escrito por un reformador en el mismo momento en que se producían los hechos. Comenzó a escribirlo en el verano de 1559, y trabajó en él hasta su muerte. Pero el libro no fue publicado hasta 1644.⁹³

Para 1566 las cosas se habían calmado, y Knox podría haber regresado a salvo a Edimburgo, pero no lo hizo. Su salud estaba tan quebrantada que otro ministro debió ser asignado a su pastorado, para ayudarlo. En 1567 Knox tuvo el privilegio de regresar a Inglaterra para visitar a sus hijos, que estudiaban allí. La visita de Knox fue muy oportuna; Escocia explotó en contra de la inmoralidad de María mientras él estaba afuera.

La Escocia de María, un antro de lujuria

María había dado a luz un varón, que luego se convirtió en Jacobo I, rey de Inglaterra. Durante las celebraciones de su nacimiento, el esposo de María, Lord Darnley, estuvo notablemente ausente.

Los advenedizos afectos de María se detuvieron, finalmente, en el conde de Bothwell, con quien la reina mantenía relaciones adúlteras mientras la esposa de Bothwell esperaba en su casa.

Se rumoreaba que Darnley estaba enfermo y, cuando entró en Edimburgo, los rumores se confirmaron. Su rostro estaba cubierto de llagas supurantes, lo que lo señalaba como víctima de la sífilis. María se acercó a su lecho y estuvo cuidándolo hasta temprano en la mañana. Al retirarse la reina, la casa de Darnley fue volada en pedazos por una carga de pólvora, y Darnley mismo fue hallado estrangulado en el jardín. Obviamente, había sido asesinado, y todos los escoceses miraron a Bothwell como responsable.

Tres meses después Bothwell preparó una trampa –con conocimiento de la reina– para María y su comitiva. A la vista de todos, raptó a la reina, la llevó a Dunbar y simuló una violación. Naturalmente, todo estaba planeado. Con tantos testigos de la escena, ambos “tenían” que casarse. La esposa de Bothwell protestó ante los sacerdotes católicos, con la esperanza de impedir el matrimonio. Pero Bothwell había pagado a los sacerdotes para que “descubrieran” que su esposa era, en realidad, prima suya, con lo cual su matrimonio con ella perdía legitimidad. Con todos los obstáculos removidos, María y Bothwell se casaron en mayo de 1567. Fue un error fatal.

Toda la nobleza escocesa quedó pasmada ante tal inmoralidad y se unió en contra de María y Bothwell, para arrestarlos. En junio María se rindió a los nobles. Bothwell huyó en un barco y finalmente llegó a Noruega.

María fue llevada de regreso a Edimburgo en medio de una turba enfurecida que exigía su muerte. Al día siguiente María Estuardo fue hecha prisionera en un castillo de Lochleven. El gobierno de Escocia, ahora en manos de los nobles, convocó a un Consejo de Lores.⁹⁴

¡Decapitada!

La captura de María coincidió con el fin de la visita de Knox a Inglaterra; al enterarse de la noticia el reformador regresó a Escocia como un león a la caza de su presa. Inmediatamente convocó a una reunión de la Asamblea General de Protestantes, pero la nobleza había sido prácticamente desbandada por las atrocidades de María y Bothwell, por lo que muy pocos asistieron. Se decidió que los ministros protestantes que

habían asistido se esparcirían por Escocia para reunir a los nobles restantes para una nueva reunión en julio.

Knox tronaba diariamente por toda Escocia: sostenía que María debía ser ejecutada como asesina y adúltera, para que la ira de Dios no cayera sobre todos ellos. Cuando la asamblea se reunió, en julio, una vez más asistieron pocos nobles. El pequeño grupo de nobles no fue escuchado, y el gobierno decidió no ejecutar a María, sino obligarla a abdicar a favor de su pequeño hijo.

Knox creía que los protestantes erraban al no ejecutar a María. Sabía que, aunque ahora estaba presa, de alguna manera lograría recobrar la libertad.

Y tuvo razón. En mayo de 1568 María escapó de Lochleven y reunió un pequeño ejército de nobles para luchar por su causa. Al enterarse los protestantes se sintieron aterrados y convocaron a un ayuno. Cansado de que no le prestaran atención, Knox les escribió diciendo que María había escapado porque ellos habían sido misericordiosos con una asesina, idólatra y adúltera. Él creía que todos los terrores que tuvieran que sufrir serían un justo castigo por su error.

Los terrores nunca llegaron. María fue vencida fácilmente y huyó a Inglaterra, esperando contar con la ayuda de la reina Isabel I. Pero esta la consideraba como una rival para el trono de Inglaterra, y la envió a una cárcel donde permaneció los siguientes diecinueve años. Tiempo después, mientras aún estaba presa, María fue acusada de colaborar con un complot para asesinar a Isabel. Aún sosteniendo que era inocente, María Estuardo fue declarada culpable y decapitada el 8 de febrero de 1587.⁹⁵

“Yazgo aquí, en St. Andrew’s, medio muerto”

Para fines de 1568 María estaba en Inglaterra, y Knox concentró su atención en el avance y la consolidación de la iglesia protestante en Escocia. Una vez más en Edimburgo, Knox sentía que la mayor parte de la lucha había terminado y escribió a un amigo que tenía “quietud de espíritu, y tiempo para meditar sobre la muerte”.⁹⁶

En otoño de ese año Knox tuvo un ataque que le paralizó la lengua temporalmente. Por unos pocos días no pudo hablar, y sus enemigos sintieron un gran alivio. Comenzaron a circular alocados rumores de que Knox no volvería a predicar jamás, o que ya estaba muerto.⁹⁷ Pero después de unos pocos días Knox regresó al púlpito y predicó como antes.

Aunque María había huido a Inglaterra, Knox continuó predicando en su contra. Esto les molestaba a muchos, y durante un tiempo Knox fue bastante impopular debido a ello. Una noche un disparo atravesó su ventana y

le hubiera dado de lleno si hubiera estado sentado en el lugar donde lo hacía habitualmente. Sus amigos montaron guardia alrededor de la casa y le rogaron que saliera de Edimburgo. Knox se resistió durante un tiempo, pero finalmente salió, muy a su pesar, hacia St. Andrew's.

Pero St. Andrew's no fue un lugar de paz para el anciano Knox. La ciudad parecía llena de enemigos y seguidores de la reina María, a pesar de que esta había abdicado. Durante los siguientes quince meses Knox discutió con ellos con relación a su propia posición frente a Dios y las idolatrías de ellos.

Knox ahora estaba tan débil por el ataque que, para caminar, se apoyaba en su asistente ministerial, Richard Bannatyne, y usaba también un bastón. Algunas veces se apoyaba en el brazo de Bannatyne y caminaba por los claustros y conversaba con los estudiantes, los animaba a permanecer firmes en la causa de la Reforma. Los domingos tenía que ser levantado para llegar al púlpito. Aunque su cuerpo estaba débil, se convertía en un hombre distinto frente al púlpito. Un estudiante escribió que Knox era tan activo y vigoroso que parecía que iba a hacer pedazos el púlpito y salir volando.⁹⁸

Durante este tiempo Knox comenzó a demostrar las señales de envejecimiento en sus cartas. Mezclaba sus exhortaciones con quejas por sus debilidades físicas, y firmaba sus cartas con la siguiente fórmula: "Yazgo aquí, en St. Andrew's, medio muerto".⁹⁹

Aunque se consideraba "medio muerto", se involucró en una lucha que, después de su muerte, tuvo profundas consecuencias en el futuro de Escocia: se trataba del nombramiento de los obispos. Knox arregló las cosas de modo que, cuando moría algún sacerdote católico, un obispo protestante tomaba su lugar y su iglesia. Lo que Knox ayudó a establecer en 1571 aún funciona hoy en Escocia.

Aunque débil, continuó tronando

En 1572 Knox estaba muy enfermo. Pero continuó escribiendo y logró publicar su último panfleto, titulado *Respuesta a una carta de un jesuita llamado Tyrie*. Escribió el panfleto desde su cama, de donde se levantaba solo una vez por semana.

En su debilidad Knox logró viajar desde St. Andrew's de regreso a Edimburgo. En agosto predicó en su vieja iglesia por primera vez en dieciséis meses, pero su voz era tan débil que no podía oírse. Así que decidió realizar los demás cultos en un salón más pequeño. Durante los siguientes dos meses continuó predicando allí cada domingo. Un hombre dijo

que, aunque la voz de Knox apenas podía oírse, aun en el salón más pequeño, él predicaba con tanta vehemencia y celo como siempre.¹⁰⁰

Aproximadamente para esta época, la noticia de la masacre de San Bartolomé en Francia había llegado a las costas de Escocia. El embajador francés estaba de visita en uno de los cultos de Knox. En voz apenas audible, Knox le encargó al embajador que le dijeran al rey de Francia que era un asesino y que la venganza de Dios caería sobre él y sus descendientes.¹⁰¹

En septiembre Knox renunció a su puesto como pastor de Edimburgo, y James Lawson, el rector asistente de la Universidad de Aberdeen, fue elegido para ocupar su lugar. En noviembre Knox ordenó a Lawson al pastorado. Cuando el culto terminó Knox salió por las puertas de su iglesia por última vez. Su congregación lo acompañó desde ese edificio hasta la puerta de su casa.

La muerte de un héroe

Dos días después Knox tuvo un ataque de tos que lo dejó extremadamente débil. Su mente comenzó a desvariar; el viernes se levantó de la cama para vestirse, pensando que era domingo. Cuando llegó el domingo, permaneció en su cama y se negó a recibir comida, pensando que ese día comenzaba un ayuno que se había proclamado. Lo sorprendente es que, al día siguiente, su mente estaba despierta y clara, por lo que llamó a los ancianos y diáconos junto a su lecho y les dio un largo sermón. Leyeron el Salmo 9, y Knox los encomendó a todos a Dios. El grupo dejó su cuarto con lágrimas en los ojos.

Cada día su esposa, Margaret, o Bannatyne le leían Juan 17. Algunas veces Knox pedía que le leyeran los sermones de Calvino; otras veces quería escuchar los Salmos. Muchas veces parecía tan quieto que le preguntaban si escuchaba lo que le leían. Entonces él respondía: “Escucho y entiendo mucho mejor”.

Su cuerpo y su mente estaban muy débiles, pero su voluntad estaba intacta. Mientras pudo hablar, continuó denunciando al castillo de Edimburgo. También llamó al encargado de los velatorios y le ordenó que le hiciera un ataúd.

Algunas veces, mientras dormía, murmuraba cosas como: “¡Vivid en Cristo! ¡La iglesia! Ahora, Señor, ¡acaba con los problemas!”¹⁰²

La mañana del 24 de noviembre de 1572 Knox trató de levantarse de su cama, pero no pudo mantenerse de pie. Le pidió a su esposa que le leyera algunos pasajes bíblicos. Al anochecer le pidió específicamente que leyera Juan 17, el capítulo donde decía que había “clavado primero el ancla”.

Este era, obviamente, el capítulo que, en sus primeros años, consolidó su andar con Dios después que nació de nuevo.

Tarde por la noche, un grupo de personas que estaban con él se arrodillaron para orar. Knox permaneció quieto. Alguien le preguntó: “Señor, ¿oís las oraciones?” Él respondió: “Quisiera Dios que vosotros y todos los hombres las oyeran como yo las he oído; y alabo a Dios por tan celestial sonido”. Entonces, repentinamente, exclamó: “¡Ahora ha llegado!” y lanzó un tembloroso suspiro.

Bannatyne estaba sentado junto a su cama y lo instó a recordar las promesas del Nuevo Testamento. Preguntándose si Knox lo había oído, le pidió una señal. Por última vez Knox reunió todas las fuerzas de las que era capaz y levantó una mano; después, murió.¹⁰³

Escocia aún era un torbellino religioso al morir Knox, pero él sintió paz por haber corrido la carrera lo mejor posible y haber guardado la fe. La parte de la Reforma en Escocia que le había correspondido estaba completa.

Dos días después, el 26 de noviembre, Knox fue sepultado en el cementerio de su iglesia en Edimburgo. Todos los nobles de Escocia asistieron a su funeral. El regente de Escocia leyó su epitafio, que decía: “Aquí yace uno que no aduló ni temió a carne alguna”.¹⁰⁴

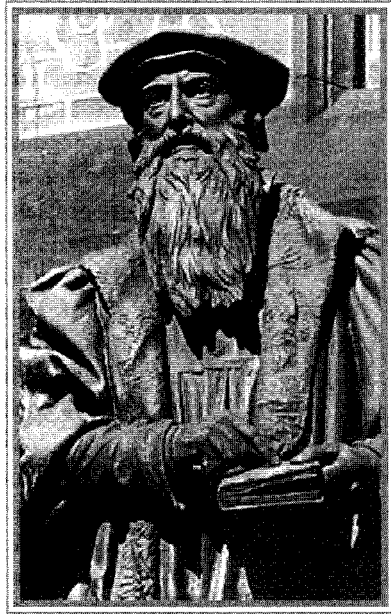
Precursor del presbiterianismo

No sé si alguna vez he estudiado a un hombre tan apasionado e increíblemente inquebrantable en su posición ante Dios, como John Knox. Batalla tras batalla, golpe tras golpe, victoria tras victoria, Knox continuó siendo el mismo. A pesar de los errores o las debilidades de su personalidad, su postura intransigente es un gran tributo a la causa de Dios. Es un grandioso tesoro que muchos han pasado por alto.

Creo que es triste que la vida y el dramático ministerio de John Knox hayan sido tan malinterpretados. Escocia —y el mundo— le deben tanto a este gran líder, pero su tumba ha sido cubierta por una playa de estacionamiento pavimentada. Hasta este siglo, cuando finalmente se erigió una estatua en su memoria, no había monumento alguno a su obra en Escocia.¹⁰⁵

Son necesarios varios grandes líderes de Dios para establecer una obra, y Knox fue, por lejos, uno de los más importantes líderes de la Reforma en conjunto. Aunque él sentó los fundamentos para la fe presbiteriana actual, creo que solo fue un precursor de ella, no su padre. Creo que Andrew Melville (1545-1622), el sucesor de Knox, fue el padre del presbiterianismo. Tal como Knox, él también causó un furibundo alboroto en Escocia e Inglaterra, y hasta llegó más lejos que Knox.

La reforma que Knox encendió en Escocia exportó al presbiterianismo por todo el mundo. La primitiva lucha presbiteriana tuvo un gran impacto en varias partes del mundo, entre ellas, los Estados Unidos. Se ha dicho que la revolución de los Estados Unidos fue una revolución presbiteriana. Muchos líderes de esa guerra eran presbiterianos que sentían la amenaza común de una dictadura injusta; absorbieron ese fiero sentido de la independencia escocesa, y lucharon contra todo por la libertad de las colonias.¹⁰⁶ Creo que Knox hubiera estado orgulloso de ellos.



Estatua de Knox fuera de la Catedral de St. Giles, Edimburgo. Banner of Truth Trust.

Después de todo, la historia da crédito a Knox por ser un gran contribuyente a la lucha por la libertad del hombre. Enseñó al pueblo que tenían el deber de luchar por lo que era justo, sin importar su nacionalidad ni el orden de los gobiernos. La historia sostiene que “la democracia moderna está basada en este principio que Knox dedujo de los textos de Éxodo y el Libro de Reyes”.¹⁰⁷

Cuando se trataba del llamado de Dios, Knox era un hombre apasionado que amaba profundamente, totalmente a la iglesia y oraba para que la obra continuara.

El más grande reformador

Es importante señalar que Knox tuvo éxito en un área que ningún otro reformador había logrado. Rechazó totalmente el gobierno del papado sin dejar a los miembros de la iglesia sujetos a una monarquía. Eso no sucedió en ningún otro país además de Escocia.

Aunque se negaba a reconocer fiestas santas y días especiales como Pascua, Navidad y los cumpleaños, era solo porque no encontraba en la

Biblia que estos días se celebraran. La Palabra tenía la autoridad final en su vida. He escuchado a muchas personas criticarlo por su postura firme con respecto a algunos temas, pero estas posiciones inamovibles, junto con su violenta predicación, fueron lo que removió fortalezas nacionales de siglos y siglos. Algunas personas no están destinadas a ser apreciadas por todos en la Tierra, pero son apreciadas por la incontable multitud de los que estarán en el cielo gracias a su ministerio. Creo que Knox se horrorizaría si viera lo que sucede en las iglesias en la actualidad.

No comparo a Knox con Juan Calvino. Aunque Calvino fue su mentor y concordaban teológicamente, Knox era mucho más osado que Calvino y enseñaba vehementemente que los cristianos debían resistir a la autoridad o a los gobernantes injustos. A Calvino no le gustaba la confrontación ni la persecución; Knox se movía en ellas como pez en el agua. Calvino trabajó principalmente en una ciudad; Knox abarcó la nación toda, con lo cual su obra fue mucho más expansiva.

Aunque Knox era, y aún es, considerado malvado y rudo, solo era así con los enemigos de Dios. Cuando se trataba del llamado de Dios, Knox era un hombre apasionado que amaba profundamente, totalmente a la iglesia y, aun cuando estaba en su lecho de muerte, oraba desesperadamente para que la obra continuara.

Mientras Knox yacía en su lecho de muerte, se lo oyó orar así:

Ten piedad, Señor, de tu iglesia, que has redimido.

Da paz a la afligida nación. Levanta fieles pastores que se hagan cargo de tu iglesia.

Señor, da verdaderos pastores a tu iglesia, para que la pureza de la doctrina pueda ser conservada.¹⁰⁸

“Señor, da verdaderos pastores”

Las oraciones de Knox en su lecho de muerte resuenan en mi corazón. Nuestra generación necesita verdaderos pastores, verdaderos profetas, verdaderos apóstoles, verdaderos evangelistas y verdaderos maestros. Necesitamos hombres y mujeres como los hijos de Isacar; personas con entendimiento espiritual de los tiempos y que, por el Espíritu Santo, sepan lo que la Iglesia debe hacer (ver 1 Crónicas 12:32).

Me inquieta un poco la popular teoría cristiana de la restauración, porque creo que su verdadera aplicación se ha malentendido y que algunas veces se ha abusado de ella. Algunos han llegado a decirme que la palabra

para esta época es “restauración”, y no “reforma”. Como he dicho antes en este capítulo, las dos palabras comienzan igual, pero tienen diferentes aplicaciones y significados. No las confundamos.

El diccionario define la palabra “restaurar” como ‘devolver algo que fue robado o perdido; retornar a un anterior estado, o posición o rango; volver a gozar de salud, de fortaleza’.

No tengo problema con la restauración de la que habla el cielo; creo en ella, clamo por ella y, bajo la guía del Espíritu Santo, la ministro en mis reuniones. Creo que Dios nos ha mostrado lo que está por venir. Pero como todo nuevo sustrato que recibimos del cielo, tendemos a correr inmediatamente hacia ella, y caemos en excesos y extremos.

Pulpito de Knox, actualmente en el Museo Nacional de Antigüedades de Edimburgo.



Creo que muchos ponen el carro delante del caballo en su búsqueda de la restauración. Su verdadera aplicación ha sido desplazada en la atmósfera de nuestra generación egoísta y egocéntrica. Hemos limitado su verdadera fuerza, porque creímos que era simplemente una solución rápida para el dolor y la tristeza en nuestras situaciones personales. Muchas veces pedir restauración ha sido más fácil que destruir la raíz de lo que causa nuestros problemas.

El diccionario define la “reforma” como “hacer mejor, por ejemplo, deteniendo el abuso”.

La naturaleza humana nos lleva a hacer énfasis en los mensajes de restauración que son como una palmada en la espalda. Pero estos mensajes edulcorados, muchas veces predicados por temor al hombre, son pronunciados para una congregación de gente que podría irse al infierno si alguien como Knox no les dice que las mentiras de la religión no salvan, ni libran ni cambian su vida.

El humanismo de la Nueva Era nos ha llevado a predicar un mensaje diferente. Si Knox regresara a la Tierra, estoy seguro de que no sabría si algunas de nuestras casas de adoración son iglesias o clubes sociales.

Jesús fue nuestro maestro para la Reforma. A lo largo de su ministerio nos enseñó cómo actuar, cómo obrar y cómo pensar. Él implantó las ideas

de la restauración en nuestros corazones. Pero antes de que lo que Él enseñó pudiera suceder, debía convertirse él mismo en un Reformador, muriendo en la cruz, arrebatando las llaves del infierno y la muerte de manos de Satanás, para detener el abuso, y luego resucitando de los muertos para poder restaurarnos nuestro derecho divino a la herencia.

Jesús ganó la guerra, y tenemos la victoria final, pero también sabemos que continúan los ataques para obstaculizar el Evangelio y detener nuestro crecimiento en el Señor. Eso significa que cada generación debe experimentar cierto tipo de reforma. Quizá seamos la última generación: nadie lo sabe de seguro. Declaremos, para que ninguno diga: “Nadie me lo dijo”.

El espíritu de la reforma es el espíritu de la verdad. Es la fuerza para detener los abusos en nuestras vidas personales, nuestras iglesias y la vida de nuestra nación. Debe producirse la reforma antes que podamos ver el poder de una verdadera restauración. El cielo nos ha mostrado lo que vendrá, pero debemos dar pasos que son vitales para nuestra generación y nuestro tiempo. Debemos clamar para que el espíritu de la verdad viva en nuestro hogar, nuestra iglesia, nuestra vida y nuestra nación.

Debemos clamar por el espíritu de la reforma, dado a luz por el Espíritu Santo de Dios, y aferrarnos a él. Después debemos llevarlo a toda área de la sociedad, para que pueda hacerse lugar a la restauración divina. Debemos tener hombres y mujeres de Dios que discernan rectamente lo que escuchan del cielo; ver lo que han leído en toda la Palabra de Dios —no solo en un pasaje o dos— y que den a luz la voluntad de Dios en nuestra generación por medio de la oración y la demostración.

Así que, cierro este capítulo sobre John Knox con una de sus últimas oraciones, porque creo que la fuerza espiritual de sus apasionadas palabras aún vibra por toda la Tierra. El que tenga oídos para oír, que oiga:

Señor, da fieles pastores, hombres que prediquen y enseñen, a tiempo y fuera de tiempo. Señor, danos hombres que deseen predicar alegremente su próximo sermón, aunque esto signifique que los manden a la hoguera. Señor, danos hombres que odien toda falsedad y mentira, ya sea en la iglesia o fuera de ella. Señor, dale a tu iglesia, que lucha, hombres que te teman a ti por sobre todo.¹⁰⁹

Notas

- 1 Douglas Wilson,
*For Kirk and Covenant:
The Stalwart
Courage of John Knox*,
Nashville, Highland Books,
Cumberland House
Publishing, Inc., 2000, p. 3.
- 2 *Ibíd*, Introducción, p. X.
- 3 Jasper Ridley, *John Knox*,
Oxford, Oxford University
Press, 1968, pp. 1-2.
- 4 Thomas M'Crie, *The Life of
John Knox*, Edimburgo,
Escocia, Wm. Blackwood
and Sons, 1865, p. 304.
- 5 *Ibíd*.
- 6 Wilson, p. 11.
- 7 John Knox, *The History
of the Reformation in Scotland*,
Edimburgo, Escocia, y
Carlisle, EE.UU., The Banner
of Truth Trust, 2000, p. 6.
- 8 Wilson, p. 13.
- 9 "John Knox, *The Thundering
Scot*", *Christian History
Magazine* 14, no. 2, re. 46,
Carol Stream, Christianity
Today, 1995, p. 2.
- 10 *Ibíd*., p. 58.
- 11 *Ibíd*., pp. 64-65.
- 12 Ridley, p. 46.
- 13 Knox, p. 66.
- 14 *Ibíd*., pp. 68-69.
- 15 Stewart Lamont,
*The Swordbearer John Knox
and the European Reformation*,
Kent, Inglaterra, Hodder and
Stoughton Ltd., 1991, pp.32, 35.
- 16 *Ibíd*., p. 36.
- 17 Ridley, p. 56.
- 18 *Ibíd*., p. 57.
- 19 M'Crie, p. 32.
- 20 *Christian History Magazine*,
p. 12.
- 21 Lamont, p. 44.
- 22 *Ibíd*., p. 45.
- 23 *Ibíd*., p. 50.
- 24 Wilson, p. 39.
- 25 *Ibíd*., p. 40.
- 26 *Ibíd*., p. 44.
- 27 *Ibíd*., citado por Thomas
M'Crie, p. 69.
- 28 "Mary I", *The World Book
Encyclopedia* 13, Chicago,
World Book Inc., 2003,
p. 239.
- 29 Wilson, pág. 44, citado de
John Knox, de Henry Cowan,
pp. 135-136.
- 30 Lamont, p. 76.
- 31 Ridley, p. 215.
- 32 Wilson, p. 47, citado de
John Knox, de Henry Cowan,
p. 131.
- 33 Ridley, p. 215.
- 34 Edwin Muir, *John Knox:
Portrait of a Calvinist*,
Freeport, Books for Libraries
Press, 1971, pp. 88-89.
- 35 Lamont p. 59.
- 36 *Christian History Magazine*,
p. 3.
- 37 *Ibíd*.
- 38 Muir, p. 94.
- 39 *Christian History Magazine*,
p. 38.

- 40 Muir pp. 119-120.
- 41 *Ibíd.*, p. 120.
- 42 *Ibíd.*, pp. 120-121, 157; Ridley, p. 248.
- 43 Lamont, p. 89; Ridley, p. 248.
- 44 Muir, p. 120.
- 45 Ridley, p. 247.
- 46 Wilson, p. 55.
- 47 *Christian History Magazine*, p. 36.
- 48 Ridley, p. 264.
- 49 *Ibíd.*, p. 268.
- 50 Muir, p. 132.
- 51 Ridley, pp. 270-271.
- 52 Muir, p. 132.
- 53 Ridley, p. 273.
- 54 *Ibíd.*, p. 276.
- 55 *Ibíd.*, p. 277.
- 56 Muir, p. 158.
- 57 Ridley, pp. 290-291.
- 58 Muir, p. 170; Wilson, p. 60, citado de Thomas M'Crie, p. 49.
- 59 Muir, p. 171.
- 60 *Ibíd.*, pp. 172-173.
- 61 *Ibíd.*, p. 173.
- 62 *Ibíd.*, pp. 173-174.
- 63 *Ibíd.*, p. 176.
- 64 *Ibíd.*
- 65 *Ibíd.*, p. 177.
- 66 *Ibíd.*, p. 178.
- 67 *Ibíd.*, p. 179.
- 68 Ridley, p. 364.
- 69 Muir, pp. 207-208.
- 70 *Ibíd.*, pp. 213-214.
- 71 Ridley, p. 383.
- 72 *Ibíd.*, p. 384.
- 73 *Ibíd.*
- 74 Knox, p. 267.
- 75 Ridley, p. 390.
- 76 Wilson, p. 65.
- 77 Knox, pp. 269-270.
- 78 *Ibíd.*, p. 270.
- 79 Muir, p. 237.
- 80 Ridley, p. 393.
- 81 Muir, p. 238.
- 82 *Ibíd.*, p. 240.
- 83 *Ibíd.*, pp. 241-242.
- 84 *Ibíd.*, p. 247.
- 85 *Ibíd.*, pp. 247-250.
- 86 Ridley, p. 422.
- 87 *Ibíd.*, p. 425.
- 88 *Ibíd.*, p. 426.
- 89 *Ibíd.*, p. 428.
- 90 Muir, pp. 264-265.
- 91 *Ibíd.*, p. 268.
- 92 *Ibíd.*, p. 275.
- 93 Ridley, pp. 453-454.
- 94 *Ibíd.*, p. 465.
- 95 "Mary, Queen of the Scots", *The World Book Encyclopedia* 13, p. 239.
- 96 Muir, p. 281.
- 97 *Ibíd.*, p. 284.
- 98 *Ibíd.*, pp. 292-293.
- 99 *Ibíd.*, p. 293.
- 100 Ridley, p. 511.
- 101 Muir, p. 294.
- 102 *Ibíd.*, p. 297.
- 103 *Ibíd.*, p. 298.
- 104 *Ibíd.*, p. 299.
- 105 *Christian History Magazine*, p. 3.
- 106 *Ibíd.*, p. 42.
- 107 Ridley, p. 530.
- 108 Wilson, p. 223.
- 109 *Ibíd.*, p. 226.

Capítulo 6



George Fox

1624 - 1691



“El liberador del espíritu”

“El liberador del espíritu”

Yo había atravesado el mismísimo océano de las tinieblas y la muerte, a través y más allá del poder de Satanás, por el eterno, glorioso poder de Cristo; [...] esa oscuridad [...] que cubría todo el mundo, y que encadenaba a todos y encerraba a todos en la muerte. El mismo poder eterno de Dios, que me hizo atravesar todas estas cosas, fue el que después sacudió a las naciones, los sacerdotes, los profesores y otras personas.¹

Hace tiempo que me pregunto si nuestra generación sabe o se da cuenta de que muchas de las libertades que hoy disfrutamos se deben en gran parte al dramático ministerio de uno de los más grandes profetas que haya vivido jamás: George Fox.

Cuando se menciona su nombre, muchos, acertadamente, reconocen que Fox fue el fundador de los cuáqueros, o la “Sociedad de los Amigos”. Algunos consideran a esos grupos denominacional como una pequeña comunidad aislada de personas de modales sencillos que usan sombrero, viven en granjas y tienen fama de ser honestos y justos. Pero George Fox entregó su vida para mucho más que establecer ciertas pautas de vestimenta y un estilo de vida rural. De hecho, Fox fue tan radical en sus esfuerzos por extender la causa del Evangelio que, más de doscientos años después, el Ejército de Salvación –fundado por William Booth– fue muy influenciado por el ministerio de Fox. Un antiguo vocero de la organización afirmaba que “si los cuáqueros hubieran permanecido fieles a sus primeros principios y su modo evangélico de trabajar, no hubiera habido necesidad de tener un Ejército de Salvación”.²

Fox es reconocido como líder de la “Reforma radical”.³ En mi opinión, esto significa, simplemente, que Fox llevó la Reforma al siguiente nivel: combinó el Espíritu con la Palabra.

George Fox hizo lo que hicieron los primeros apóstoles y los líderes de los avivamientos luego hicieron lo mismo. Revivió la combinación del Espíritu con la Palabra y, al hacerlo, cruzó las mentalidades calvinistas y religiosas, creando un estilo de vida cristiano posible para todos los que creían. Los Amigos fueron pioneros del regreso de la obra diaria del Espíritu Santo en la vida de todo creyente, lo cual, creo, preparó el camino para los ministerios de los siglos XVIII y XIX. El Espíritu Santo se convirtió en un Amigo personal para quienes seguían a Fox.

No nos damos cuenta de que muchas libertades que disfrutamos se deben, en gran medida, al dramático ministerio de uno de los más grandes profetas que jamás haya vivido: George Fox.

Debido a su relación con el Espíritu Santo, los Amigos revolucionaron muchos aspectos del cristianismo que habían estado adormecidos u olvidados. Fueron uno de los primeros grupos en alentar los ministerios femeninos, y apoyaban entusiastamente a las mujeres que predicaban y enseñaban la Palabra por todo el mundo. También se les reconoce el hecho de ser uno de los primeros grupos de su época de los que se sabe que echaban fuera demonios, sanaban enfermos y obraban milagros por el poder de Dios. Aunque algunos grupos aislados posiblemente hayan llegado a cierto entendimiento de la guerra espiritual, George Fox demostraba esto diariamente. Fox enseñaba fervientemente Romanos 8:14, que dice: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”, y practicaba este versículo en cada aspecto de su vida. Enseñaba enfáticamente que la guía y la ayuda del Espíritu Santo era lo primero y lo más importante en cada área de la vida.

Fox se afirmaba en la verdad de que ser cristiano no era algo en lo que se nacía o algo que se producía como consecuencia de asistir a la iglesia o bautizarse. No era algo que pudiera recibirse al obtener un título en un seminario teológico o un instituto bíblico. Para Fox, un cristiano era alguien que conocía personalmente a Jesucristo como el Hijo de Dios y confiaba diariamente en la ayuda del Espíritu Santo para interpretar la Biblia y vivir según sus principios en un mundo muy corrupto. En pocas palabras, Fox creía que un verdadero cristiano vivía en la práctica los valores que confesaba.

Todo esto quizá le parezca a usted muy simple, pero Fox pagó un muy alto precio por ello. A medida que avance en este capítulo, se sorprenderá

al ver que algunas de las libertades que usted disfruta hoy nacieron gracias a los principios inquebrantables y las repetidas prisiones de George Fox.

Varios datos de la vida de Fox son algo inciertos, ya que muchos registros se perdieron o se cree que no son confiables. Pero las circunstancias de los hechos son precisas. Por ello, en este capítulo hablaré mucho acerca de su carácter y su motivación espiritual. Era un hombre intrincado y fascinante. Jamás podría yo registrar todas las osadas y, algunas veces, extremas confrontaciones en las que luchó por sus convicciones. Una vez más, lo invito a buscar todos los materiales que pueda sobre George Fox y saturarse del increíble espíritu de reforma que lo motivaba.

Fox creía que un cristiano verdadero conoce personalmente a Jesucristo y vive según la Biblia y sus principios, es decir, que vive lo que predica.

Nace un reformador

El año era 1624. El lugar, Leicestershire, Inglaterra. Mary Fox, probablemente de poco más de veinte años de edad, estaba feliz de dar a luz a su primer hijo. Su esposo, Christopher, un hombre de firme y honesto carácter y fe presbiteriana, era varios años mayor que ella. El apellido Fox era muy conocido en la región. Varios siglos antes un Fox había sido alcalde, y otro exhibía un escudo de armas que, en ese sistema, servía para que las familias pudieran demostrar su reputación de valentía y la importancia de su linaje, y así probar el estatus social de su apellido. Los Fox también tenían reputación de haber apoyado a los lólaridos, un grupo de personas que vivían en toda Europa y que se comprometían a leer la Biblia por sí mismos y predicarla dentro de una iglesia establecida, a pesar de la oposición de las autoridades del gobierno.[†]

Christopher Fox era tejedor y se había establecido bien en Leicestershire, por lo que pudo comprar una casa para él y su esposa. Su ocupación requería de un nivel de especialización considerable que le permitía ubicarse en un nivel bastante elevado, tanto económicamente como en contacto con personas influyentes, en su pueblo, llamado Drayton-in-the-Clay. Era un pueblo pequeño, rural, ubicado entre colinas, en el centro de Inglaterra.

El mes de julio llegó finalmente, y con él, el nacimiento de su primer hijo. Lo llamaron George. La pareja tuvo otros hijos, quizá cuatro, pero la mayoría de los registros al respecto no son confiables. En realidad, la leyenda dice que la esposa del secretario de la parroquia utilizó la página donde se hubiera inscripto el nacimiento de George Fox “para la cocina”.⁵ Sin importar cuántos hijos haya tenido esta pareja, seguramente, el peso de la familia recaería sobre el mayor, George.

“De otra convicción”

Si alguien esperaba que el joven George fuera como los demás, recibiría una sorpresa. Nunca jugó a los juegos que jugaban los demás niños, ni participaba de sus chistes y bromas. Probablemente hacía sentir incómodos a los demás, porque era muy diferente, aunque no desagradable. El joven Fox se sentaba en un rincón para pensar. Aun siendo pequeño, podía medir a las personas con su particular discernimiento. Cuando observaba el carácter de los hombres que venían a visitar a su padre y se sentaban a conversar con él alrededor del fuego, pensaba: “Si alguna vez llego a ser un hombre, no haré eso ni seré tan libertino”.⁶

Ya desde niño Fox no era como los demás. Se sentaba en un rincón a pensar y discernía a las personas.

William Penn, de quien hablaremos luego en este capítulo dado el rol fundamental que jugó en la historia de los cuáqueros, dio una vívida descripción de la niñez de Fox: “Parecía ser de otra convicción que la del resto de sus hermanos; era más religioso, retraído, quieto, sólido y observador más que los de su edad, como las respuestas que daba y las preguntas que formulaba [...] lo manifestaban, para asombro de quienes lo escuchaban, especialmente sobre cosas divinas”.⁷

Aunque nunca comprendió a su extraño y “adulto” hijo, Mary Fox estaba satisfecha de que él fuera muy inteligente y capaz, por lo que lo estimuló y nunca trató de obligarlo a comportarse como un niño típico. Fox tuvo una buena relación con su madre, aunque ella nunca comprendió del todo su causa y rara vez lo vio cuando ya era adulto. Mary vivió hasta muy anciana. Cuando murió, George, que tenía poco más de cincuenta años, sufrió profundamente.

Un carácter resuelto

Aunque la familia Fox tenía buena reputación y buen pasar económico, la vida en el siglo XVII era difícil. La gente de esta época era analfabeta, de mentalidad estrecha, burda y ruda. La sociedad estaba llena de males económicos y sociales. Debido a que la economía era drásticamente inestable, los habitantes de Drayton se replegaban en sí mismos, y poco les importaba lo que sucediera fuera de su pueblo. No tenían idea de que había uno entre ellos que haría temblar a toda Inglaterra.

Fox no encajaba en la sociedad, y no le importaba. A los once años tuvo su primer encuentro con lo que luego, repetidas veces, llamaría “la luz interior” de Jesucristo. Este profundo entendimiento le enseñó cómo andar con pureza en medio de los males que lo rodeaban. Esto influyó de tal modo en su vida que, desde los once años, Fox siguió este llamado interno y continuó edificando sobre él hasta su muerte. Durante esta juventud, tomó cuatro resoluciones que iban a guiar su vida:

1. Vivir una vida pura y recta.
2. Ser fiel en todas las cosas, interiormente, a Dios, y exteriormente, al hombre.
3. Cumplir siempre su palabra.
4. No cometer excesos en comida ni en bebida.⁸

La “luz interior” de Jesucristo le enseñó a Fox a vivir con pureza aunque estaba rodeado del mal. Desde la edad de once años siguió esta guía interna.

Cuando su familia vio que Fox era espiritualmente tan disciplinado, insistieron en que sus padres lo enviaran a estudiar para ser ministro religioso. Creo que Fox no tenía intenciones de ser capacitado como los ministros que veía a su alrededor en su niñez. Su discernimiento era ya tan agudo que se daba cuenta de que los religiosos que conocía eran libertinos, hipócritas y engañosos. Aunque no podía expresar lo que percibía con palabras, pronto se dio cuenta de que muchos ministros ocupaban cargos gracias a su educación y su posición social, y no porque tuvieran un llamado espiritual de parte de Dios.

Los padres de Fox lo enviaron a trabajar como aprendiz a un lugar situado a menos de media hora de distancia de su casa, cuando George tenía aproximadamente quince años. Fue a trabajar con un zapatero que también tenía ovejas y otros tipos de ganado.

Aunque George era muy reflexivo, nunca permitió que esto interfiriera con los deberes de su trabajo. Sus experiencias en el manejo de dinero, ir al mercado e interactuar con toda clase de personas, ayudaron a prepararlo para las diversas personalidades con las que debería enfrentarse. También se capacitó como zapatero, lo cual le sería muy útil en los siguientes años, ya que caminó miles de kilómetros. Fox era diligente en los negocios, y su empleador tuvo mucho éxito durante todo el tiempo que George trabajó para él. El joven se enorgullecía de poder obtener la mayor ganancia posible para su patrón sin engañar a los compradores.

Este tipo de aprendizajes duraría siete años. Pero en 1643 ocurrió un hecho que cambió para siempre la vida de Fox y lo hizo terminar abruptamente su capacitación, para seguir un camino diferente.

El llamado profético

A medida que Fox crecía y se convertía en un joven, tomó conciencia de la hipocresía y la liviandad moral que lo rodeaba. Provenía de un pueblo que promovía la reforma religiosa, por lo que ver a sus amigos y a los padres de estos beber en exceso, y disfrutarlo, probablemente le resultaba algo muy repulsivo. No podía entender por qué personas que creían en ser moralmente puras delante de Dios bebían hasta no poder mantenerse en pie, o por qué gastaban el dinero que tanto les costaba ganar en otros deseos impuros. Era algo francamente repugnante para él.

Fox se mantenía apartado de esta clase de personas, lo cual le ganó reputación de solitario. Pero él solo comía y bebía lo necesario para mantenerse sano, y apartaba días especiales para ayunar y leer la Biblia. Para los demás habitantes del pueblo era una verdadera rareza.

No es de sorprenderse que haya tenido tal dramática reacción frente a un hecho que le sucedió cuando tenía diecinueve años. Este hecho cambió su vida para siempre.

A fines del verano de 1643 Fox trabajaba en representación de su patrón en un mercado, cuando se encontró con un primo suyo que estaba con un amigo. Como George, estos jóvenes apoyaban la fe reformada, por lo que, cuando le preguntaron si deseaba compartir un jarro de cerveza con ellos, él aceptó. Hacía calor, Fox tenía sed, y estaba feliz de ver a su primo y conversar un rato con los dos jóvenes.

Beber cerveza no era pecado para ellos. En el siglo XVII, la cerveza era una bebida común, como las gaseosas para nosotros hoy. Como con todo, el exceso es lo que hace daño a la persona.

Así que Fox entró en la taberna con su primo y el amigo de este; pero después de tomar el primer jarro, los otros dos quisieron hacer una competencia de quién bebía más, con la condición de que quien dejara de beber primero debería pagar todas las rondas.

Fox estaba atónito. Dos cristianos, supuestamente contrarios a toda autoindulgencia, dispuestos a beber hasta que no pudieran mantener la cabeza erguida. No era una tentación para él. Por el contrario, se puso de pie bruscamente y dijo: "Si es así, los dejaré". Con eso, arrojó unas monedas sobre la mesa y salió de la taberna sin mirar atrás.⁹

Fox se apresuró a terminar con sus obligaciones en el mercado y se fue a su casa. Lo sucedido lo había turbado. Estaba espantado por las actitudes que había encontrado, y por la perversidad de su generación.

Esa noche no pudo dormir. Lloró, camino y oró. Durante este tiempo en oración, se dio cuenta de que si había alguna esperanza para el mundo, debía provenir de la generación más joven.¹⁰ La generación mayor ya estaba demasiado encasillada en sus formas, demasiado apegada al *statu quo*, y demasiado dócil como para atacar los males de la religión formal. Sí, tendría que venir de jóvenes como él, que se levantarán en nombre de lo que era justo, personas que proclamarán la vida de Dios y confrontarán rectamente a quienes, jóvenes o viejos, estaban muertos por dentro.

Mientras caminaba y oraba hasta tarde esa noche, escuchó la voz del Señor que hablaba a su corazón: "Ves tú cuán jóvenes las personas se encaminan hacia la vanidad, y los ancianos, a la tierra; por tanto, a todos, jóvenes y viejos, abandonarás, y serás un extraño para ellos".¹¹

Las palabras que oyó fueron la base de su llamado profético. Serían el fundamento de su futuro ministerio. Por un instante tuvo una sensación de paz. Por primera vez en su joven vida, se dio cuenta de que había sido llamado a andar por un camino diferente. No se detuvo a reflexionar sobre por qué no era como los demás. En cambio, creo que en ese momento supo que, desde su nacimiento, la mano de Dios estaba sobre él con un propósito, y era algo de lo que nunca podría escapar. Lo hermoso es que Fox nunca trató de escapar, sino que se entregó por entero a ese propósito.

¿Conoce alguien a Dios?

Unas pocas semanas después de esa noche singular, George comenzó a obedecer a su llamado. Como sabía que aún era muy joven e inexperto, cortó todas sus relaciones y se fue de su hogar para vagar por el país en busca de respuestas para sus preguntas.

Fox sabía que la mano de Dios estaba sobre él con un propósito. Que nunca podría escapar de él. Pero no trató de escapar. Por el contrario, se entregó por entero.

Como todos los profetas, maduros o no, Fox reconocía la diferencia entre lo bueno y lo malo. Los profetas consideran todos los temas de la vida en términos de blanco o negro; no hay zonas grises. No hay “quizás”: es “sí” o “no”. Algunas veces el profeta va al extremo de la derecha para evitar los males de la izquierda, y por ello se ganan la reputación de ser demasiado drástico. ¿Cómo puede reaccionarse cuando se ve algo tan claramente? Los profetas son iguales a los demás, excepto que ven o escuchan cosas del ámbito espiritual, generalmente, antes que otros las vean o las escuchen. Esta visión tan clara hace que actúen o reaccionen de forma absoluta, apasionada, porque aman a Dios y desean por sobre todas las cosas que su voluntad sea hecha en la Tierra.

Fox odiaba a la sociedad frívola de su época, porque separaba injustamente a algunas personas de otras. Y estaba decidido a manifestarlo. Así que se negó a cortarse el cabello, y usaba sombrero y ropas de color gris. Con su figura alta y fornida hecha en el campo, atraía la atención inmediatamente dondequiera que fuese.

Viajó por las Midlands y finalmente se dirigió a Londres. Sufría desesperadamente, y día tras día lo acosaban la insatisfacción y las preguntas sin respuesta. Fox protegía tanto su corazón que apenas se relacionaba con los demás, fueran paganos o cristianos. Pasaba de pueblo en pueblo, sin quedarse mucho tiempo en ninguno, buscaba ansiosamente a alguien que pudiera reconocer como un creyente genuino. En su diario, escribió: “Porque no me atrevo a permanecer mucho tiempo [...], temiendo tanto al profesante [cristiano] como al profano, porque, al ser yo un tierno joven, sufriera daño por mucho conversar con uno u otro”.¹²

Al entrar en la ciudad de Londres estaba seguro de que encontraría a alguien que pudiera responder sus preguntas y poner fin a la desesperada batalla espiritual que rugía en su interior. Mientras estaba allí, escuchó a los grandes predicadores de su época, pero ninguno tuvo una palabra para él. Otros con los que habló le sugirieron que buscara una buena joven y se casara, con lo cual seguramente pondría fin a su tormento. Otro le sugirió que se alistara como soldado, porque entonces no tendría tiempo para torturarse con sus reflexiones. Pero, con todo eso, solo lograron que Fox huyera aún más lejos.

Al salir de Londres encontró a uno de los religiosos de su pueblo. Seguramente él podría contestar sus inquisitivas, inquietantes preguntas. Pero parecía que el ministro tenía más preguntas que él, y Fox terminó resolviendo todas las dudas del otro. Hasta lo escuchó repetir todas las respuestas que él le había dado en el sermón del domingo anterior.

Desalentado, visitó a otro ministro en un pueblo vecino. Después de enterarse de la angustia espiritual que Fox sufría, el ministro le sugirió que fumara tabaco para tranquilizarse y poder dedicarse a cantar salmos. Además de este mal consejo, Fox descubrió que el ministro había revelado a los habitantes del pueblo lo que ellos habían discutido en privado, y ahora todos se reían al verlo.

Pero no se dio por vencido. Visitó a un ministro más en otro pueblo, pero antes de poder siquiera comenzar a relatarle su angustiosa situación, el ministro se puso furioso al ver que Fox, accidentalmente, había pisado uno de sus canteros de flores.

El último ministro al que Fox visitó le dijo que su desánimo era causado por una enfermedad, y que era preciso hacerle una sangría para librarlo de ella. La sangría era un remedio muy común en esa época, y consistía en hacer una incisión en el cuerpo para que la sangre drenara la enfermedad o la infección de su organismo. Aunque intentaron realizar este procedimiento en su cuerpo, Fox escribió en su diario que su organismo ya estaba tan seco a causa de los dolores, la pena y los problemas, que no podrían sacarle ni una gota. Había llegado a desear no haber nacido nunca.¹³

Una palabra acerca de los profetas

Quisiera hacer un comentario al margen aquí. Me resulta interesante cómo los libros de diferentes grupos de la Sociedad de los Amigos representan a Fox en esta época de su vida. Hoy la denominación está dividida en diferentes categorías, y me explayaré sobre esto un poco más adelante en este capítulo. Pero una de ellas, los liberitas, es básicamente un grupo secular que niega el nacimiento virginal y depende únicamente de la razón; parece que ellos son los que han escrito los libros más extensos sobre Fox.

Después de visitar la sede actual de Fox en Londres, puedo decir, lamentablemente, que la componen principalmente los liberitas. Parece que han olvidado las verdades de su líder sobre la obra del Espíritu Santo y los principios bíblicos y, en cambio, confían totalmente en el intelecto y racionalizan todo. Si hablamos con ellos sobre este período de la vida de



George Fox, Fundador de la Secta del Pueblo Llamado los Cuáqueros, según una pintura original hecha por Hanthorst en 1654. Friends Historical Library, Swarthmore College.

Fox, probablemente lo atribuyan a una melancolía o una depresión psicológica. Creo que están persuadidos de que se trataba de una falla en sus capacidades mentales o psicológicas, pero no lo era.

Los profetas pueden vivir tiempos de angustia, pero normalmente no se trata de una debilidad mental. Ellos ven de manera diferente que los demás, y muchas veces sienten intensamente lo que Dios siente con respecto de una situación. Si un profeta *no encuentra el canal adecuado* para expresar lo que siente o ve, esto le causa angustia. Generalmente, cuando los profetas no logran comprender el equilibrio entre los tiempos y la vida práctica, sobreviene la angustia. Algunas veces la situación

que ven es tan grande para ellos, que creen que es el único mensaje que debe predicarse.

Cuando los demás no lo ven como lo ve el profeta —porque no fueron elegidos para escucharlo del cielo— sus reacciones, sus palabras y sus respuestas pueden herir a un profeta que aún es inmaduro. Un profeta debe entregar el mensaje de Dios, pero debe dejar los resultados de ese mensaje en manos del Señor. Los profetas no deben permitir que su mensaje y su dramática y apasionada preocupación por las almas interfieran con la voluntad de la persona o la obra del Señor en las vidas de los demás. La tarea del profeta es decir las cosas tal como las escuchó, y dejar en manos del Señor y de quienes lo han oído, el resultado.

¿Es madura su alma?

Fox sentía esta angustia profética. Creo que la razón principal por la que vivió todo este trauma fue para desarrollar las fuerzas del alma para su futuro ministerio. Desarrollaba lo que yo llamo “un alma madura”.

Permítame explicarme. A pesar de los muchos callejones sin salida en que Fox se encontró a causa de lo apartados de Dios que estaban los ministros, nunca se dio por vencido. Continuó buscando las respuestas que

necesitaba, y continuó leyendo la Palabra, saturando su corazón y prestando atención para recibir la ayuda del Espíritu Santo. Así se desarrolla un alma madura para soportar la persecución y las críticas.

Fox aprendió que, en la vida de un reformador, solo Dios puede ser el origen de sus fuerzas. El hombre puede dar aliento, pero Dios da las fuerzas.

El Señor ya le había indicado a Fox que guardara su corazón, y él lo hizo. Para crecer en madurez contra las cosas que afectan negativamente nuestra alma, debemos guardar bien nuestro corazón. Como Fox, sátese de la Palabra, especialmente, pasajes bíblicos relacionados con las áreas más problemáticas para usted. En la medida que permita que el Espíritu Santo lo guíe y lo ayude, pronto podrá atravesar limpiamente aquello de lo que caía preso en el pasado. La Palabra, el Espíritu Santo y su tenacidad para continuar, desarrollarán una fuerza espiritual en esa área de su vida.

Lo mismo sucedió con Fox. Pronto los ministros de los que quería huir se convirtieron en los blancos que buscaba. Para ser un líder, no podía confiar en que el hombre le diera siempre las respuestas o consolara su alma. En la vida de un verdadero reformador, solo Dios puede ser el origen de las fuerzas que necesita para cada día. El hombre puede darnos aliento, pero Dios da las fuerzas. Fox aprendió muy bien esta lección.

Su primera revelación: El nuevo nacimiento

Fox, aún muy decepcionado y sin respuestas, regresó a su casa en 1644. Estaba decidido a hallar a Dios y no iba a buscarlo en nada que le causara más inquietud o depresión. Como si salir de su hogar para encontrar a Dios no fuera suficientemente dramático, ahora se negaba a asistir a la iglesia de su niñez, con sus padres, que eran presbiterianos. Sus padres y los otros habitantes del pueblo se horrorizaron al ver que Fox había dado la espalda a la religión en que había sido criado. Mientras otros asistían al culto, Fox se retiraba a una colina tranquila con su Biblia, para meditar sobre diversos pasajes.

Esta actitud se convirtió en una forma de vida para él. Constantemente buscaba los campos abiertos y los huertos durante los cultos de la iglesia, y pasaba el tiempo leyendo la Biblia, orando y luchando contra las fuerzas malignas que intentaban atrapar su corazón. Luego escribiría sobre varias

“aperturas” o momentos de iluminación en los que repentinamente recibió revelaciones divinas sobre los pasajes bíblicos que había leído.¹⁴

*Ser miembro de una iglesia, las buenas obras,
el bautismo o nacer dentro de una determinada religión,
no le dan a una persona el poder para vivir en
concordancia con la voluntad de Dios.*

Durante estos tiempos de búsqueda y comunión con el Señor, Fox comenzó a comprender lo que parecía ser una revelación en esa época. De hecho, las revelaciones que Fox recibió durante este tiempo se convirtieron en piedras fundamentales de su vida y su ministerio. Estos fundamentos fueron sus creencias básicas que finalmente llevaron a la formación de los cuáqueros.

Su primera revelación fue comprender el nuevo nacimiento. A pesar de lo que se enseñaba en la iglesia —que todos los cristianos eran creyentes— Fox se dio cuenta de que una persona solo podía llegar a ser cristiana si se convertía desde adentro, lo cual le daba vida eterna. Esto era el nuevo nacimiento. Ser miembro de una iglesia, las buenas obras, el bautismo o nacer dentro de una determinada religión, no servían ni daban el poder para vivir en concordancia con la voluntad de Dios. Solo el nuevo nacimiento, la transformación desde adentro, calificaba a una persona como seguidora de Jesucristo. Si la persona experimentaba este nuevo nacimiento, entonces, poseería o viviría lo que profesaba. Las creencias de esa época no incluían este concepto en lo más mínimo.

Su segunda revelación: La verdadera autoridad

Su segunda revelación estaba relacionada directamente con el nuevo nacimiento. Fox estaba preocupado por el asunto de la autoridad: ¿de dónde provenía, quién la adquiría, quién la poseía? Al leer la Biblia, el Espíritu Santo iluminó la Palabra para él, y Fox se dio cuenta de que, al contrario de la creencia común de la época, una educación en Oxford o Cambridge, o cualquier otra universidad, no era suficiente para convertir a un hombre en ministro. Cuando relacionó esta revelación con la primera, vio que si un ministro no había nacido de nuevo, no podía ser un verdadero ministro.¹⁵ Una educación universitaria no marcaba la diferencia. Así como ser miembro de una iglesia no

significaba que alguien fuera cristiano, la universidad no hacía ministro a nadie.

Un verdadero ministro había nacido de nuevo en su interior, era sensible a la ayuda del Espíritu Santo, y siempre estaba escudriñando las Escrituras en busca de edificación y consejo. Un verdadero ministro sentía ese llamado en su corazón, y Dios le permitía llevarlo a cabo. No confiaba en su educación ni en su intelecto como requisitos previos para ese llamado.

Fox creía que ningún hombre podía aprobar una ordenación; solo la acción divina de la gracia de Dios podía apartar a un hombre y lograrlo. Hasta la actualidad, los cuáqueros sostienen que sus papeles han sido “registrados” por la iglesia; no son ordenados ni licenciados. Ellos creen que solo Dios ordena; las personas simplemente registran esa ordenación.¹⁶

Las revelaciones de Fox fueron revolucionarias, ya que iban totalmente en contra de todos los preceptos sociales y religiosos de su época. El púlpito había sido utilizado como un poder controlador que le daba al ministro un aire de superioridad y, a todos los demás, un aire de inferioridad. Fox vería otras verdades que habían sido ocultas o distorsionadas por la codicia del hombre y su afán de control pero, por ahora, estos dos temas principales —el nuevo nacimiento y el verdadero llamado de Dios— permanecerían como la marca central de su ministerio.

Una vez que el Espíritu Santo le reveló estas dos primeras verdades, Fox adoptó una postura férrea y prometió publicarlas a los cuatro vientos. Inmediatamente arrinconó a sus padres y parientes y, citándoles pasaje tras pasaje bíblico, los atacó con la acusación de que su ministro presbiteriano no contaba con las cualificaciones necesarias para cumplir con su puesto.

Sus padres quedaron atónitos ante el comportamiento de su hijo. Avergonzados por sus rígidos conceptos, trataron de consolarlo y excusarlo, esperando así debilitar su intransigencia. Pero Fox nunca se apartó de estas revelaciones ni se apartó de sus verdades; por el contrario, se hizo más osado. Esta palabra de Dios llegaría a provocar fuertes persecuciones en su contra, entre ellas, años de tortuosos encarcelamientos.

Su tercera revelación: Las “casas con campanarios”

Fox continuó discutiendo las revelaciones que había recibido con sus padres y su familia, con la esperanza de persuadirlos. En lugar de ver las cosas como él, ellos continuaron espantados de que causara tales estragos en su comunidad más cercana. El ministro de la familia se sintió terriblemente amenazado por Fox y lo denunció ante sus padres, decía que su hijo era uno de los “modernos” que decía tener nueva luz sobre viejas verdades.¹⁷

Fox ahora se había apartado de su comunidad, de su familia y de sus amigos. Pero en lugar de retroceder a causa de la presión, se esforzó aún más por estar en la presencia de Dios, lo buscaba diariamente y confiaba en que el Espíritu Santo le revelaría su verdad.

Su tercera revelación, como las otras dos, no fue aceptada en el círculo de la opinión popular. En ese tiempo el edificio de la iglesia —el templo— era considerado un lugar santo, donde todos hablaban en susurros y andaban en puntas de pie, porque Dios vivía allí.

Fox pensaba que el templo de Dios consistía en creyentes de carne y hueso. Ellos eran la Iglesia espiritual, y sus cuerpos eran los templos de Dios.

Fox lo entendía de forma diferente. Según la Biblia, Dios no tenía necesidad de una estructura material especial; su templo consistía en creyentes de carne y hueso que habían experimentado el nuevo nacimiento y buscaban la guía y la dirección del Espíritu Santo. Fox creía que los verdaderos cristianos eran la Iglesia espiritual y que sus cuerpos eran templos de Dios. Así que comenzó a llamar a los templos “casas con campanarios”, una frase de argot que provocó gran furia entre las personas pías y religiosas. Esta revelación provocó una gran persecución en su contra, porque él actuaba con justa indignación por lo que estos templos representaban... o, mejor dicho, mal representaban.

Su cuarta revelación: El Espíritu Santo enseña

La tercera revelación llevó a una cuarta: el Señor enseñaba. Él mismo a su pueblo. Fox introducía el ministerio del Espíritu Santo en las iglesias secas que solo usaban la Palabra de Dios, sin el Espíritu, lo que creaba una mentalidad farisaica y legalista. Se dio cuenta de que debemos depender de la iluminación —revelación— del Espíritu Santo, no solamente de la letra escrita de la Biblia. Su revelación sobre ciertos versículos había sido dada por el Espíritu, que los hizo cobrar vida con entendimiento.

Fox comenzaba a comprender la necesidad de mezclar el Espíritu y la Palabra. ¡Ahora, la Biblia era emocionante, estaba llena de maravillas, respuestas y oportunidades! Fox aseguró que, como Jesucristo había muerto por todos, así el Espíritu Santo estaba disponible para enseñar a todos, no

solo a los clérigos. Pero también creía que cualquier guía que diera el Espíritu Santo sería confirmada por la Palabra.

Esta revelación era revolucionaria para su época, por dos motivos. Primero, los clérigos afirmaban que solo ellos podían interpretar la Biblia, y usaban el control legalista como un martillo sobre las cabezas de las personas, las obligaban a hacer y vivir lo que ellos decían.

El segundo motivo por el que era revolucionaria, es que el pueblo había sido dividido en clases. Esto significaba que, hasta ese momento, los ciudadanos de clase baja no tenían gran influencia social, y los clérigos y las clases altas se burlaban de ellos si pretendían decir que el Señor les había mostrado algo. Pero la revelación de Fox demostraba que cualquier persona, fuera cual fuese su lugar en la sociedad, podía escuchar de Dios y ser enseñada por Él.

Podemos ver que Fox no solo hablaba a los religiosos de su época, sino a todas las clases sociales. Como todos los reformadores, se negó a encerrarse en un rincón para influir solo en aquellos que creían lo mismo que él.

Dadme los decepcionados, los desalentados, los descontentos

Como Lutero y Calvino, Fox también creía que la iglesia era, en gran medida, un hospital para los creyentes, pero fue más allá de sus creencias al apoyar grupos individuales que estaban llenos de creyentes disidentes.

En 1646 comenzó una vez más a vagabundear, buscando estos grupos disidentes y predicándoles las revelaciones que había recibido. Los grupos a los que predicaba se sentían muy alentados, ya que Fox predicaba con autoridad y respondía las preguntas que ellos tenían en sus corazones, tanto las políticas como las espirituales.

Esta práctica de buscar a los grupos disidentes sería extremadamente impopular ahora entre los ministerios y las iglesias, como lo era entonces. Imagino los fuegos de Dios extinguiéndose bajo una lluvia de consejos llenos de temor y exageradas precauciones. Pero la diferencia que hizo que esto funcionara para Fox, fue que él nunca buscaba ministros que estuvieran en un camino ascendente. Nunca le interesó subir a niveles políticos o religiosos más elevados para que se fijaran en él. Por el contrario, buscaba a los descontentos, a los decepcionados. Y tenía una habilidad especial para encontrarlos, porque su corazón estaba realmente entregado a Dios. Finalmente había aprendido que el hombre nunca podría responder o solucionar las preguntas que tenía en su corazón. Mientras buscaba a un hombre que fuese su maestro,



Fox predica en una taberna. Hulton Archive/Getty.

escuchó la voz del Espíritu Santo que le decía: “Hay Uno, sí, Cristo Jesús, que puede hablar a tu condición”.¹⁸

Se dio cuenta de que solo Jesús puede hablar verdaderamente a un corazón, cambiarlo y darle fuerzas espirituales, y que solo Él debe recibir la gloria por ello. Esta revelación se convirtió en un poderoso factor de control para él durante toda su vida, que le impidió tratar de complacer a los hombres, hacerse popular o tratar de vengarse de alguien.

Dondequiera que se enteraba de que había una reunión de disidentes políticos, Fox se aseguraba de ir allí, y utilizaba la ocasión para predicar el Evangelio. Tomaba sus quejas por cuestiones sociales, hablaba de ellas y presentaba una respuesta basada en la Palabra y el Espíritu. Las personas se sentían gratificadas, y al escucharlo hablar veían más claras las cosas.

Esta es otra valiosa lección que Fox nos deja. Aun cuando estaba muy adelantado a su época, era un hombre de su generación, alguien totalmente compenetrado con su cultura. Me hace recordar a David, como dice en Hechos 13:36: “David, habiendo servido a su propia generación según la voluntad de Dios...”.

Fox se dio cuenta de que solo Jesucristo puede verdaderamente hablar a un corazón, cambiarlo, y darle fuerza espiritual, y que solo Él debe recibir la gloria por ello.

Fox no era un cristiano encerrado. Aunque demostraba verdadera santidad, no tenía tanto temor de tocar al mundo que se ocultara en algún rincón escondido con quienes creían lo mismo que él. Los creyentes que actúan de esa forma nunca servirán para la reforma. No; Fox iba tras las personas y las ganaba para Dios al mismo tiempo que atacaba los males y las dolencias de la sociedad. Sentía que ambas cosas eran su deber divino, y hablaba con firmeza a quienes lo escuchaban, aunque con lengua de ángel.

Creo que todo gran reformador sabía cómo integrar su autoridad en diferentes mundos: político, social y espiritual. Después de todo, el Evangelio es dado para satisfacer las necesidades de las personas, y el gobierno, muchas veces, toca esas necesidades. Los reformadores comprenden que los hombres no pueden remediar los males de la sociedad, pero los corazones cambiados pueden y quieren hacerlo. Al trabajar en la reforma espiritual de los corazones del hombre, facilitan la reforma política y social que le siguen.

Hoy nuestras naciones y sociedades están maduras para otra reforma. ¿Pasa por su vida el hilo conductor de Dios? ¿O está más preocupado por lo que los demás dirían si usted obedeciera a Dios, más preocupado por la opinión de los demás? ¿Está esforzándose por subir en el ámbito político o religioso, esperando el reconocimiento de los demás? ¿Se siente más cómodo en el aislamiento de rodearse solo de sus amigos cristianos y de la iglesia, o se atreve a ser la mano extendida y la voz de Dios en la Tierra, sea cual fuere el costo? Escucho las voces de las multitudes que claman, y aun suplican por una reforma, por un cambio.

¿Las escucha usted?

El manto de la confrontación

Mientras viajaba por Manchester, una de las primeras conversas –si no la primera de todas– fue una mujer llamada Elizabeth Hooten. Ella se convirtió en una de las misioneras más fervientes que jamás haya tenido Fox. Su hogar fue una de las bases para él en el primer tiempo de su ministerio.

Mientras Fox viajaba de pueblo en pueblo, en 1647, llegó al pueblo de Mansfield, donde agonizaba un profeta anciano de apellido Brown. El nombre completo de este profeta no se conoce; era conocido simplemente como Brown. Él pidió hablar con Fox y profetizó muchas cosas maravillosas para su futuro, principalmente que Fox convertiría a muchos pecadores.

Cuando Brown murió, un gran manto de unción cayó sobre Fox. Durante dos semanas llegaban personas de todas partes que querían hablar

con él. Su unción profética había llegado a la plenitud; Fox podía ver dentro de la vida de las personas que tenía delante de sí. Mientras oraba en una reunión, el poder de Dios descendió con tal fuerza que el edificio mismo pareció temblar. Algunos de los que estaban allí declararon: “¡Es como en los días de los apóstoles, cuando, en Pentecostés, el lugar donde estaban reunidos tembló!”¹⁹

Después de ese grandioso derramamiento, Fox regresó a su propia región, Leicestershire. Llegó a tiempo para una reunión de todas las denominaciones convocada para considerar varios temas. Después que varios hombres hablaron, una mujer, con inusual osadía para aquella época, se puso de pie para hacer una pregunta.

El ministro que presidía, furioso y decidido a humillarla, anunció que no permitiría que las mujeres hablaran en la iglesia.

Las pautas religiosas de aquella época sostenían que a una mujer no debía permitírsele hablar o enseñar en la iglesia, sino que debía permanecer sentada en silencio. Pero esta sociedad también había llevado esta doctrina un paso más allá. Llenos de nociones paganas y rumores de incierto origen, ¡algunos creían que las mujeres no tenían alma! Por supuesto, durante sus viajes Fox se encontró varias veces con esta insana creencia, y siempre la refutó recordando que la madre de Jesús había exclamado que su alma magnificaba al Señor. Él sabía que esta clase de mentalidad era ridícula.

Pero en la respuesta del ministro, Fox escuchó otra palabra que lo enfureció. No era la palabra “mujer”, sino la palabra “iglesia”. Sabiendo qué era lo que el Espíritu Santo consideraba una verdadera iglesia, Fox no podía permitir que el insultante comentario del ministro pasara inadvertido. Sintiendo la unción de Dios, se puso de pie y enfrentó directamente al hombre.

“¿Llamáis vos a esto una iglesia, o a esta multitud mezclada, una iglesia?”, preguntó, con la intención de que el ministro picara el anzuelo.

“¿Qué llamáis vos una iglesia?”, preguntó entonces el ministro, creyendo que tenía el control.

“La iglesia —comenzó Fox— es columna y baluarte de la verdad, hecha de piedras vivas y miembros vivientes; una casa espiritual de la que Cristo es cabeza. Pero Él no es la cabeza de una muchedumbre mezclada, o de una vieja casa compuesta de lodo, piedra y madera”.²⁰

Ante tales palabras, el ministro, rojo de furia, corrió directamente a atacar a Fox. Pero toda la congregación comenzó a gritar, y Fox debió ser sacado del edificio.

A partir de ese día Fox se convirtió en un temido blanco para la religión establecida. Se aseguraba de entrar en las iglesias de los pueblos que

visitaba para ponerse de pie en medio del culto, con el fin de denunciar a los ministros y predicar a la gente para que saliera de su engaño.

Actualmente esto quizá nos parezca fuera de lugar, pero en aquella época era común que las personas se pusieran de pie y dijeran lo que pensaban al final de los cultos. Los cultos no se daban por terminados hasta que se hubiera dado esa oportunidad.

Fox aprovechaba plenamente esas oportunidades. Pero de vez en cuando no podía contener el fuerte impulso del Espíritu Santo, especialmente cuando el ministro estaba equivocado groseramente o era farisaico en su ministerio. En esas ocasiones Fox se ponía de pie en medio del sermón y gritaba la verdad. Algunas veces llamaba engañoso al ministro, y revelaba cómo se enriquecía con los diezmos de las personas más pobres. Otras veces atacaba la interpretación que el ministro hacía de las Escrituras, denunciaba su error a gritos. Fuera lo que fuere que se necesitaba según la ocasión, Fox no temía hacerlo. Siempre hablaba lo que discernía, fuera que el ministro era un hipócrita o que era un lobo con piel de oveja enviado por el diablo para diezmar el rebaño; para Fox, no había diferencia. Lo único que le importaba era que se revelara el engaño y se proclamara la verdad.

Los sacerdotes o clérigos permanecían mudos de ira por unos instantes, o volaban de rabia mientras los demás miembros de la iglesia golpeaban a Fox con el puño, o con varas o bastones, hasta que lo dejaban cubierto de hematomas y magullones. Algunos sacaban cuchillos y trataban de apuñalarlo. Lo arrojaban a la calle, por encima de los setos, o por escaleras abajo o lo atacaban con piedras.

Algunos de sus recientes discípulos también comenzaron a tomar la costumbre de entrar en las iglesias y atacar las tradiciones huecas que allí se predicaban. Eran absolutamente temerarios, ya que tenían una gran meta en mente: destruir la religión y dar entrada al verdadero Espíritu de Cristo. Hay tantas anécdotas interesantes de estos “encuentros” en las iglesias, que no pueden relatarse todas en un solo capítulo.

La persecución, sinónima de éxito

Cuando se producían estos violentos ataques físicos, Fox simplemente se ponía de pie –cuando podía– se sacudía el polvo de sus pantalones y se alejaba, profundamente satisfecho de que la persecución significara que la mano de Dios estaba sobre él.

Fue muy bueno que Fox considerara a la persecución como una motivación porque, a medida que avancemos, usted se conmoverá al enterarse

de los sufrimientos que padecieron él y sus seguidores a causa de sus enseñanzas. A nadie que esté en su sano juicio le agrada que lo golpeen. La persecución solo motiva a una persona cuando ella logra comprenderla gracias al Espíritu Santo.

Fox juzgaba el éxito de su ministerio en una de dos maneras. O se convertían los pecadores, y eso era un éxito, o él era expulsado y golpeado muchas veces, lo cual también era un éxito, porque significaba que el diablo se había enfurecido. De una u otra forma, nunca perdía. La mentalidad de Fox con relación a la persecución no era mero pensamiento positivo. Fox era un profeta que, como los apóstoles en el Libro de Hechos, se gozaba por ser considerado digno de sufrir por Cristo. La persecución y el sufrimiento lo motivaban a saber que seguía el camino correcto.

¡Tiemblan ante la Palabra de Dios!

En 1649 las famosas palabras de Fox para describir la dirección del Espíritu Santo como una “luz interior” se convirtieron en un cliché. Fox basaba su terminología en Juan 1:4, que dice: *“En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”*. De hecho, Fox no se detuvo en ese pasaje. Los libros de Juan y 1 Juan relacionan específicamente la luz de Dios con Jesucristo y el Espíritu Santo. Fox creía que la luz interior podría guiar a cualquier persona a la verdad, siempre que esta la siguiera, y basaba su convicción en muchos pasajes bíblicos. No había nada de Nueva Era ni de ocultismo en la forma en que él lo interpretaba: era bíblica. ¡Pero hizo enfurecer a los calvinistas!

Para entonces los convertidos por sus predicaciones itinerantes habían llegado a ser un grupo bastante numeroso, y comenzaron a realizar sus propias reuniones. Sus seguidores y convertidos se reunían y, sentados en silencio, esperaban hasta que el Espíritu Santo movilizaba a uno de ellos a testificar en oración, palabra o canción. Si el Espíritu Santo no actuaba, el grupo concluía la reunión, reflexionaba en silencio sobre su relación con el Señor.

Durante esta época nada podría haber estado más lejos de la mente de Fox que iniciar una nueva denominación. Aun así, sus seguidores eran llamados con ciertos nombres para distinguirlos de los demás, “Hijos de la Luz”, “Pueblo de Dios”, “Simiente Real de Dios” o “Amigos de la Verdad”. Estos fueron algunos de los nombres que les dieron. Finalmente el último nombre fue el que recibió más favor, y de él deriva el nombre actual: “Sociedad Religiosa de los Amigos”, o “Sociedad de los Amigos”.²¹ Este nombre también estaba basado en la Biblia. Juan 15:13-15 dice: *“Nadie*

tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (énfasis agregado). En estos versículos se ve cuán firme era el fundamento de la guía y la dirección del Espíritu Santo para este grupo. En los primeros tiempos de los cuáqueros, el Espíritu Santo tuvo total preeminencia.

A lo largo de su vida Fox estuvo en prisión aproximadamente cien veces. En 1650 fue encarcelado por primera vez, meramente por un cargo de blasfemia. Al ser interrogado por un grupo de religiosos, fue maldecido por decir que él y sus seguidores no tenían pecado. Fox los corrigió diciendo que, a través de Jesucristo, todos somos hechos libres de pecado si aprendemos a seguir al Espíritu Santo. Los líderes se negaron a escucharlo y lo enviaron a la cárcel por seis meses.

Durante este tiempo de prisión Fox reprendió a un juez y le dijo que debería temblar ante la Palabra de Dios. El juez, burlonamente, llamó *quakers* –“cuáqueros”– a los seguidores de Fox, en referencia a dicha reprensión.²² Ese calificativo permaneció, en parte, porque era común que los cuáqueros temblaran o se sacudieran durante las reuniones, debido a la intensa presencia del Espíritu Santo que caía con gran fuerza sobre ellos.

No queda piedra sin mover

Durante este tiempo Fox también se aventuró más allá en su llamado, y desafió a la comunidad social y económica de su época. Una cosa era saber acerca de la luz, y otra vivir en la luz. Recordemos que, para Fox, si alguien decía ser cristiano, debía practicar lo que profesaba. Fox invadió todas las áreas de la sociedad con esta convicción.

Fox hacía preguntas como: “Si usted es artesano, ¿produce trabajos de calidad? ¿Ofrece salarios justos? Si es un comerciante, ¿son justos sus precios? Si tuviera ocasión de vender mercaderías malas con ganancia extra, o cobrar de más a un cliente, ¿lo haría? Si fuera un magistrado, ¿trataría de forma justa a los pobres y despreciados?”

Fox fustigaba a los abogados que buscaban su propia ganancia, y a los médicos porque no le daban a Dios el crédito por crear y sanar el cuerpo humano. Nadie quedaba afuera. Instaba a los maestros a que cuidaran el comportamiento de los niños, y a los padres a ser responsables. Reprendía a los posaderos por dar demasiado de beber para ganar dinero, y a los astrólogos por sus populares y engañosas predicciones, por hacer que las

personas no se hicieran responsables por sus propias vidas. Condenaba a los cómicos por hacer reír con bromas soeces, haciendo que la mente pensara en tentaciones y pecado. Naturalmente, todos estos cuestionamientos hicieron que la sociedad entera lo odiara, algo que los ministros religiosos disfrutaban en grande.

El odio hacia el mensaje que él predicaba no preocupaba a Fox. Creía que Dios trataba de igual manera a todos, y lanzó una campaña que duró toda su vida para verlo hecho realidad. Lamentablemente, vivió en una época en que, como en la actualidad, las personas vivían obsesionadas por el estatus. En esa época el rango social se reconocía por medio de un lenguaje elaborado y complicados modales. Por ejemplo, los tratamientos más formales se utilizaban solo para hablar a los considerados inferiores, a las personas de clase más baja, y también a la deidad y los amantes. Para Fox esto era inexcusable, pues creía que ninguna persona debía ser humillada al tratarla de sierva, o adulada, como si fuera superior, por medio de las palabras.

La forma de vestir era otra costumbre social muy compleja y maliciosa. El rango social requería no solo reverencias y cortesías, sino una complicada ceremonia de elevar el sombrero y luego inclinarse bajando el sombrero en una reverencia formal. Todos llevaban sombrero, y había un cierto protocolo que indicaba cuándo y por qué debía llevarse. En medio de esta acartonada actitud acerca del protocolo correcto, Fox irrumpió con su sombrero fijo sobre su cabeza, se negaba a levantarlo cuando se encontraba con otra persona, fuera un rey o un mendigo. Llevaba su sombrero con actitud desafiante: por la Palabra de Dios, declaraba que todos estaban en el mismo nivel que Jesucristo y que, para Él no existían las clases sociales.²³

Hasta se dedicó al tema del vestido que, creía él, debía ser sensato, libre de extravagancias y elementos que llamaran la atención. Por esto, aun en la actualidad, los Amigos son conocidos por su vestimenta sencilla y por llevar sombrero, estén donde estuvieren y no importa con quién.

La mentalidad de George Fox puede ser resumida de la siguiente forma: en toda su vida no pudo ver nada que fuera pecaminoso, opresivo o despectivo sin sentir un ardiente deseo de corregirlo. Y se dedicaba a remediarlo con gran vigor, a pesar del sufrimiento, el dolor o la persecución que esta acción pudiera causarle.

Reuniones, cerdos y una comunión enmohecida

Parecía que personas de todos los grupos independientes que se habían apartado de la religión establecida llegaban por cientos a ver y escuchar a

George Fox. Para 1652 Fox había logrado la síntesis perfecta de su mensaje, y apelaba a la condición social y las aspiraciones de quienes lo escuchaban. Fox hablaba para todos: bautistas, independientes, presbiterianos, puritanos y los que no tenían un grupo especial de pertenencia. Continuaba interrumpiendo reuniones eclesiásticas, haciendo tronar su voz de convicción de pecado en los edificios.

Fox no tenía cuidado por los sentimientos de nadie en su ataque sobre la religión. Llamó a la iglesia de su época “la falsa iglesia que se rige por el poder de la bestia y el dragón”.²⁴ No temía declarar que sus seguidores eran los miembros de la verdadera Iglesia. Se gozaba en la oposición, ya que amaba “la maravillosa confusión que provocaba entre todos los profesantes y sacerdotes”.²⁵ Muchas veces quienes lo veían irrumpir en un culto de una iglesia sentían convicción de pecado, abandonaban esa iglesia y se convertían en seguidores suyos.

Mientras tanto, en su propio ámbito Fox se negaba a llamar “cultos” a las reuniones de sus seguidores, y simplemente las llamaba “reuniones”.

La oración era parte vital de las reuniones, y la oración intercesora era una práctica común. Fox y los primeros cuáqueros creían en ser llenos del Espíritu Santo, con la evidencia de hablar en otras lenguas. Un antiguo cuáquero cuyo apellido era Burrough escribió varias veces en su libro *Prefacio al gran misterio* estas palabras: “Nuestras lenguas fueron sueltas y nuestras bocas abiertas, y hablábamos con nuevas lenguas a medida que el Señor nos daba palabra”.²⁶ Este derramamiento del Espíritu Santo solía producirse cuando los cuáqueros esperaban en silencio.

Un testigo señaló que, en esas reuniones, la presencia del Espíritu Santo era tan intensa que se sentía como si el alma estuviera en una agonía desesperada, tan dolorosa que tenía un efecto externo. Con frecuencia los que asistían a las reuniones se sacudían en medio de “gemidos, suspiros y lágrimas”, como “una mujer en trabajo de parto”. Algunos se desmayaban, como si tuvieran “epilepsia” y, con los labios lívidos y las manos temblorosas, los adoradores podían permanecer en este estado, tendidos en el suelo durante horas.²⁷

Algunos que asistían a estas reuniones se oponían violentamente cuando la presencia de Dios se manifestaba de esa forma. Cierta vez, cuando el Espíritu Santo cayó sobre una reunión, un hombre corrió hacia Fox para desafiarlo; a lo que Fox ordenó rudamente: “¡Arrepentíos, cerdo, bestia!”²⁸

Una de mis anécdotas favoritas tiene que ver con un crudo desafío que Fox lanzó sobre la tradición de la comunión: la creencia en la transustanciación. La transustanciación es la idea de que el pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre reales de Jesús durante la comunión. Fox

encontró a un sacerdote jesuita que creía esto, y lo desafió dramáticamente a partir el pan y el vino, bendecir o consagrar solo una mitad, y permitir que el pueblo viera si las porciones que eran el cuerpo y la sangre de Jesús resistían el enmohecimiento. Naturalmente, cuando el sacerdote jesuita se negó, Fox fue vindicado.²⁹

Prisión, mi dulce hogar

Fox fue encarcelado por todos los motivos posibles, desde negarse a quitarse el sombrero hasta negarse a dar un juramento. Algunas veces los cuáqueros eran encarcelados simplemente por andar por la calle. Los magistrados lo llamaban holgazanear. Los cuáqueros eran fáciles de distinguir por su forma de vestir. Puede ser extraño decirlo así, pero la mayor parte del ministerio de Fox consistió en confrontaciones extremas y osadas, golpizas y prisiones. Estos duros castigos nos ganaron muchas de las libertades que hoy gozamos.

Dado que la cárcel era una parte importante de la vida de un cuáquero, quisiera que usted comprendiera qué terrible prueba era. Las prisiones de esa época eran absolutamente deplorables. Cloacas abiertas corrían por el medio de estos calabozos oscuros, ubicados debajo de las calles de la ciudad; se creaba un ambiente inmundo y cargado de emanaciones tóxicas. La mayoría de las veces había solo una pequeña abertu-

ra por la que entraban luz y aire. Los veranos eran agobiantes; los prisioneros solían caer gravemente enfermos por falta de circulación de aire y algunas veces morían. Las cárceles no proveían comida. Si un prisionero recibía comida era porque un pariente o amigo la llevaba y se había hecho amigo del guardián de la prisión. Lo mismo sucedía con la paja fresca que constituía los colchones sobre los que dormían los presos. Debía ser provista por la familia del prisionero o por sus amigos. Si ellos no la llevaban



Fox en la cárcel.
North Wind Picture Archives.

o no contaban con el favor de las autoridades de la prisión, debían dormir sobre pisos duros y húmedos.

Dado que los cuáqueros eran muy odiados, muchas veces los guardiacárceles los amontonaban en una cámara donde alguna enfermedad infecciosa hacía estragos: esperaban que la muerte acabara con todos ellos. A pesar de estas condiciones infrahumanas, no hay registros de que siquiera un cuáquero haya negado su fe.

En esa época había un dicho que decía más o menos así: “Si te encuentras a un cuáquero, golpéalo; si no lo encuentras, ve y búscate uno”.³⁰ Si los veían orando en público antes de comer, los encarcelaban. Si no se quitaban el sombrero o se negaban a jurar, si se negaban a jugar un juego o si se rumoreaba que una mujer había hablado en una reunión, los apresaban y los enviaban a la cárcel. Para 1656 más de mil cuáqueros habían sido encarcelados por acciones no delictivas como estas.

Si un cuáquero visitaba a otro que estaba en la cárcel, se arriesgaba a que lo azotaran. No importaba la edad ni el género, todo cuáquero era severamente perseguido. Las mujeres eran arrancadas de sus hogares, tildadas de brujas y arrojadas a calabozos o azotadas públicamente y golpeadas hasta que sus espaldas chorreaban sangre; los niños eran arrebatados a sus padres y vendidos como esclavos. Aunque estuvieran confinados a la cama, enfermos, los arrestaban en sus cuartos y los arrastraban por las calles hasta la cárcel.

Todas estas atrocidades se cometían porque los cuáqueros se atrevían a oponerse a la religión organizada y muerta, porque osaban defender la Palabra de Dios y a proclamar que todas las personas eran iguales. Aun así, a pesar de todo este odio, ni un solo cuáquero negó su fe ni renunció a su relación con Dios.

Una vez Fox fue encarcelado en el castillo de Scarborough, junto al mar. Era un invierno muy frío y el agua salada del mar constantemente entraba en su cuarto hasta que su cama se empapaba y el agua formaba charcos en el piso de su celda. No tenía fuego para calentarse, y debió permanecer en ese ambiente húmedo y frío, sin abrigo, noche y día, hasta que sus manos se hincharon hasta un tamaño que era el doble del normal.

Algunas veces, por las noches, cuando hace mucho frío, miro a mí alrededor, la comodidad de mi hogar, y pienso en George Fox y cuán horrible habrá sido sufrir tanto por aquello que él creía. Me pregunto qué habrá pensado en esos momentos, cómo logró mantener su mente ocupada y fuerte, y cómo habrá luchado contra las incomodidades y las molestias físicas sin sucumbir

jamás ante ellas. Comparo todo esto con mi propia vida y las de los que viven en esta misma época. Mi corazón se contrista al pensar en todas las dificultades que Fox sufrió por nosotros y, al mismo tiempo, casi puedo sentir la dulzura de experimentar el amor y la misericordia de Dios en tiempos de sufrimiento y martirio. Sé que, aunque en esos momentos estaba físicamente solo, en realidad, no lo estaba. Seguramente los cielos se abrían para él en esas situaciones. Seguramente que una seguridad y una fuerza más allá de las palabras humanas se derramaban sobre las vidas de estos seres sufrientes.

La profundidad y la altura de su espíritu

Durante uno de los períodos que Fox pasó en la cárcel, un funcionario llamado John Reckless lo escuchó hablar en el juicio y, muy impresionado, envió a buscar a Fox para alojarlo en su casa. Como se daba cuenta de que esto venía de Dios, Fox aceptó. Al entrar en la casa de Reckless la esposa de este lo recibió y, al darle la mano, gritó: “¡Este día, la salvación ha llegado a nuestra casa!”³¹ Esta mujer había estado presente en una iglesia cuando Fox reprendía a un ministro, y todo lo que había escuchado la había conmovido profundamente.

Toda esa noche Reckless y su esposa escucharon con gran atención todo lo que Fox tenía para decir sobre el Espíritu Santo. Al día siguiente, mientras Reckless estaba en el cuarto, solo con Fox, repentinamente se puso de pie de un salto y exclamó que debía ir al mercado a predicar arrepentimiento a la gente. Con eso, salió del cuarto, aún en pantuflas, y ¡comenzó a predicar por las calles! Hubo tal alboroto que los soldados tuvieron que ser convocados para que dispersaran a la multitud. Inmediatamente los magistrados fueron a casa del funcionario a buscar a Fox y volvieron a encarcelarlo; esperaban así evitar que se produjeran sucesos similares en el futuro.

¿Cómo afectó tan profundamente a ese hogar el hecho de que Fox pasara allí solo una noche? ¿Qué tenía Fox que podía actuar sobre un hombre tan poderoso como ese funcionario, para hacer que instantáneamente cambiara la fe que profesaba? ¿Por qué en cada lugar donde Fox iba era odiado violentamente o amado con apasionamiento?

Usted y yo no vivimos en esa época, y no podemos hablar con él ni preguntarle las cosas que no comprendemos. Los libros que se han escrito sobre él no pueden darnos más que un punto de vista parcial. Solo su diario personal puede darnos la información que necesitamos.

Fox creía tan firmemente en el ministerio del Espíritu Santo, que se entregaba constantemente al Señor, y las visiones eran algo común en su

vida. El ambiente físico en que se encontrara nunca lo afectaba, porque siempre lo desafiaba y motivaba lo que había visto en el Espíritu.

Lo que sigue son algunos extractos del diario de Fox, que muestran su gran profundidad como creyente, su carácter y su madurez como profeta de Dios. También nos permite comprender por qué hacía las cosas que hacía, y por qué permaneció firme y fiel a la causa de la reforma. Cuando usted lea estos extractos, comprenderá la fuerza espiritual que impulsaba a George Fox.

1. Mi vida en su sangre

“Mientras caminaba junto a la casa del campanario de Mansfield, el Señor me dijo: ‘Aquello que las personas pisotean debe ser tu comida’. Y mientras hablaba, el Señor me mostró que las personas y los profesantes pisoteaban la vida de Cristo mismo; se alimentaban de palabras, y se alimentaban unos a otros de palabras; pero pisoteaban la vida; ponían bajo sus pies la sangre del Hijo de Dios, esa sangre que era mi vida, y vivían en sus nociones huecas, hablando de Él. Me parecía extraño, al principio, que yo debiera alimentarme de aquello que los grandes profesantes pisoteaban; pero el Señor me permitió verlo claramente por su eterno espíritu y poder”.³²

“Vi los campos blancos para la cosecha, y la semilla de Dios grande sobre la tierra, como el trigo que se siembra exteriormente, sin nadie que la recogiera; y por esto gemí con lágrimas”.³³

2. Una visión de avivamiento

“Vi que había una gran rajadura lo largo de toda la tierra, y un gran humo que saldría de la rajadura; después de esa rajadura, habría un gran temblor; esta era la tierra de los corazones de las personas, que debía ser conmovida antes que pudiera levantarse de la tierra la semilla de Dios. Y así fue; porque el poder del Señor comenzó a sacudirlas, y comenzamos a tener grandes reuniones, y un gran poder de Dios y obra de Dios entre las personas, para gran asombro tanto del pueblo como de los sacerdotes”.³⁴

3. El engaño de sacerdotes, médicos y abogados

“El Señor me hizo ver tres cosas, relacionadas con estas tres grandes profesiones del mundo, los médicos físicos, los llamados ministros en divinidad, y la ley. Dios me mostró que los médicos estaban fuera de la sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas las criaturas, y no conocían, pues, sus virtudes. [...]. Me mostró que los sacerdotes estaban fuera de la verdadera fe, de la que Cristo es autor; la fe que purifica y da victoria, y lleva a las personas a tener acceso a Dios, por lo cual agradan a Dios; misterio de fe que se guarda en una conciencia pura. Me mostró también que los abogados estaban fuera de la equidad, fuera de la verdadera justicia y fuera de la ley de Dios, [...], que cubría todo pecado y respondía al Espíritu de Dios, que estaba contristado y transgredido en el hombre. Y que estos tres, los médicos, los sacerdotes y los abogados gobernaban el mundo con la sabiduría, no conocimiento ni acuerdo con Dios [...], uno pretendiendo la cura del cuerpo, el otro la cura del alma y el tercero la propiedad del pueblo. Y mientras el Señor me revelaba estas cosas, sentí su poder [...], por el cual todos podrían ser reformados si deseaban recibirlo e inclinarse ante Él. Los sacerdotes podrían ser reformados y llevados a la verdadera fe. [...]. Los abogados podrían ser reformados y llevados a la ley de Dios. [...] Los médicos podrían ser reformados y llevados a la sabiduría de Dios, por la cual todas las cosas fueron hechas y creadas”.³⁵

4. Un prisionero rebelde

“Había también en la cárcel, mientras yo estaba allí, un prisionero, un hombre malvado, impío. [...]. Amenazaba con cómo me hablaría, y lo que me haría; pero nunca tuvo el poder de abrir su boca ante mí. Y una vez que él y el carcelero riñeron, él amenazó que haría levantar al demonio y derribaría su casa, por lo cual el carcelero tuvo mucho miedo. Entonces yo fui movido por el Señor para ir en su poder y atraparlo en sus propias palabras, y le dije: ‘Vamos, veamos qué puedes tú hacer; haz lo peor’; y le dije que el diablo ya estaba bastante levantado en él; pero el poder de Dios lo encadenó, así que se inclinó y se alejó de mí”.³⁶

5. Una experiencia en el paraíso

“Ahora había yo llegado en el espíritu más allá de la espada de fuego, al paraíso de Dios. Todas las cosas eran nuevas; y toda la creación exhalaba un aroma diferente, para mí distinto a los que antes había oído, más de lo que puede expresarse con palabras. No supe de nada, sino de pureza, inocencia y justicia, de ser renovado a la imagen de Dios por Cristo Jesús, al estado de Adán, en el cual estaba antes de la caída. La creación se abrió ante mí; y se me mostró cómo todas las cosas habían recibido sus nombres según su naturaleza y virtud.

“Él me hizo ver [...] el misterio que había estado oculto por siglos y generaciones”.³⁷

Cuando leemos estas porciones de su diario, vemos claramente que la mano de Dios estaba sobre Fox para una obra específica.

Sanidades, demonios y guerra espiritual

A medida que continuaba su ministerio itinerante por las Midlands y se expandía hacia el norte, Fox no solo confrontaba a los ministros letárgicos y predicaba a su creciente grupo de seguidores, sino también que la sanidad divina y la expulsión de demonios se convirtieron en marca distintiva de su ministerio. Fox creía que todo creyente podía y debía ejercitar la autoridad espiritual y el poder que le habían sido dados, y su vida lo demostraba.

Era común que una persona enferma fuera sanada con solo estar en presencia de Fox. Un hombre, en particular, había sufrido de aguda artritis o neuritis en un brazo y una mano. Después de consultar a muchos médicos, ninguno de ellos le había podido dar una cura. El hombre empeoraba y cada vez sufría un dolor más agudo, por lo que en poco tiempo ya no podía ni vestirse sin ayuda. Una noche este hombre soñó que estaba con Fox, y que era sanado después de estar un rato con él. Con gran determinación logró llegar hasta él. Cuando el hombre le mostró su brazo y su mano a Fox, este le pidió que caminara. Mientras conversaban, Fox puso su mano sobre el brazo del hombre, y este fue inmediatamente libre del dolor y pudo moverse sin dificultad. Para el día siguiente había recobrado su “anterior uso y fortaleza, sin dolor alguno”.³⁸ Dios sanó lo que los médicos no habían podido sanar.

La madre de Fox también recibió sanidad a través de su hijo. Había sufrido una especie de ataque cerebral que había afectado un lado de su cuerpo, lo cual obstaculizaba sus movimientos y su estabilidad. Sufrió durante muchos años, ya que, cuando sus músculos se paralizaban, repentinamente, sufría caídas. Cierta vez, cuando su hijo fue a verla, ella tuvo un ataque de parálisis y cayó. Cuando Fox la tomó de la mano, la parálisis desapareció. Ella se levantó y pudo continuar con sus tareas sin ningún problema.³⁹

También había una mujer que no podía caminar sin muletas. Mientras otros Amigos oraban en silencio, Fox le habló “en el poder de Dios y le ordenó que se pusiera de pie”.⁴⁰ La mujer no solo se puso de pie, sino que también caminó sin las muletas.

Cierta vez Fox visitó la casa de un niño de once años que estaba muy sucio, y aún estaba tendido en su cuna. Fox les dijo a sus padres que lo levantarán, lo lavarán y se lo llevarán. Cuando lo hicieron, Fox habló al niño, le impuso las manos y dijo a sus padres que lo vistieran. Y salió para otro pueblo.

Poco tiempo después se encontró nuevamente con la madre del niño, que estaba radiante. La mujer le dijo que los médicos habían dicho que no había esperanzas de que el pequeño sobreviviera, pero “después que usted se fue, volvimos a casa y encontramos a nuestro hijo jugando en la calle”. El niño creció hasta ser un adulto completamente sano, y la noticia de ese milagro se extendió por todo el campo.⁴¹

Era cosa común para Fox hacer guerra espiritual, echar fuera los espíritus de las tinieblas para poder abrir camino. Fox sentía la presencia de las tinieblas e inmediatamente tomaba autoridad sobre ellas. En su época esta clase de enseñanza era inédita. La guerra espiritual le había sido enseñada por el Espíritu Santo y nadie más. Sí, Jesucristo había ganado la guerra total, pero los principados y los poderes malignos aún trataban de obstaculizar el trabajo en los creyentes que no sabían qué sucedía. Pero ningún demonio podía vencer a Fox.

Hay una anécdota de cierta mujer que Fox encontró en un estado de extrema angustia mental, a tal punto que había intentado matar a su esposo y sus hijos. Fox fue llevado a verla y habló a los demonios que la poseían. Ella cayó de rodillas, llorando, y fue liberada. Entonces rogó poder ir y llevar reforma a los demás por medio del Evangelio que Fox conocía y predicaba.

También le fue llevada otra mujer que hacía un tiempo no podía comer ni beber. Fox habló al demonio que la tenía atada, gracias a lo cual la mujer pudo hablar y comer, y quedó completamente sana.⁴²

En su diario Fox escribió que muchas veces le fueron llevadas personas que sufrían de insania, desequilibrios mentales y delirios, y todas ellas fueron liberadas y restauradas a un estado mental normal ante su presencia. También habla de varios casos de hombres y mujeres que estaban a punto de morir, en los que él fue llamado para darles palabras de consuelo. Pero las palabras de Fox iban más allá del consuelo: producían la vida de Dios. Cada vez que Fox era llamado al lecho de muerte de una persona, y esta se levantaba y recuperaba la salud, pueblos enteros quedaban atónitos ante tan gran poder.

Aunque creía firmemente en la sanidad divina, Fox nunca se negó al uso de remedios medicinales naturales. En muchos casos combinaba el uso de la oración y las hierbas medicinales al ministrar a personas. Hemos leído en su diario que Dios le dio el conocimiento de cómo habían sido creados los animales y los seres humanos. A partir de ese conocimiento divino, Fox tenía una capacidad extraordinaria para mezclar hierbas con usos medicinales, según la enfermedad de que se tratara. Sabemos que muchas sanidades fueron resultado de que Fox prescribiera el uso de ciertas hierbas para ayudar o fortalecer el cuerpo. Tiempo después, en su ministerio, planeó que en la educación de los cuáqueros se incluyera el uso medicinal de las hierbas.⁴³

¡Basta!

A medida que las enseñanzas de Fox se extendían por el norte de Inglaterra, el número de sus seguidores crecía de manera alarmante. Se formaban cada vez más congregaciones de cuáqueros, que realizaban sus propias reuniones. De ellas salían hombres y mujeres que sentían que habían sido llamados por Dios para ser ministros. Todos –aun las mujeres que tenían hijos– dedicaban su tiempo a ir por el campo, a los lugares donde sentían que el Señor los guiaba, predicando y enseñando como Fox había sido llamado a hacer.

A diferencia de Fox, que tenía su herencia familiar, la mayoría de los predicadores cuáqueros eran pobres e ignorantes. Pero todos reunían multitudes dondequiera que fuesen, gracias al poder del Espíritu Santo que había en ellos. Todos habían aprendido a escuchar al Espíritu Santo y seguir su guía. Todos habían experimentado la misma clase de persecución que había sufrido Fox y, muchas veces, eran golpeados tan salvajemente que apenas podían caminar después. Pero todos consideraban que era una gloria sufrir por amor a Cristo y por amor a la verdad.

Los cuáqueros consideraban que estar encarcelados era una nueva oportunidad para hacer trabajo misionero. Dado que los prisioneros eran arrojados a un calabozo común, los cuáqueros siempre tenían una “congregación”. Buscaban todas las oportunidades, a pesar de las dificultades, para predicar y enseñar sobre Jesucristo. Los guardiacárceles, atónitos al no poder quebrantar el espíritu de los cuáqueros, muchas veces terminaban siendo salvos después de verlos y escucharlos predicar en la prisión.

Cuando Fox se enteró de que las mujeres cuáqueras eran encarceladas y golpeadas, y sus hijos eran vendidos como esclavos, no pudo tolerarlo. Él mismo estaba dispuesto a sufrir cualquier cosa, pero no podía soportar la idea de que se torturara y se hiciera sufrir a mujeres y niños. Por ellos Fox no vacilaba ante nada, a pesar de los problemas o dolores que le causarían. Se las ingeniaba para llegar a las casas de las más altas autoridades para contarles las injusticias que sufrían los cuáqueros. Escribió al líder de Inglaterra, Oliver Cromwell, un gran genio militar que, por su firme convicción, fue en contra de la monarquía de la época y acabó reinando como rey no coronado en Inglaterra durante un tiempo.⁴⁴ Estoy seguro de que el clamor de Fox en representación de los cuáqueros tocó el corazón de Cromwell y lo convenció de su sinceridad, ya que él mismo había defendido la libertad en el pasado, por lo cual le otorgó a Fox una audiencia inmediatamente.

Un pueblo que no podía ser comprado

La primera reunión que Fox tuvo con Cromwell fue en Londres. Fox causó una impresión dramática sobre él desde el primer momento. Cromwell envió a un coronel a buscarlo, pero Fox se negó a ir, adujo que el Señor le había ordenado que fuera a una reunión. El coronel se sorprendió de que Fox rechazara tal honor, y regresó a buscarlo la mañana siguiente. Cuando Cromwell se enteró de esto, quedó muy intrigado.

Al entrar en la cámara de Cromwell a la mañana siguiente, Fox exclamó: “Paz a esta casa”.⁴⁵ Después procedió a darle excelentes consejos sobre su conducta personal y la conducta de la nación. Hablaron sobre varios temas religiosos, y Fox respondió todas las preguntas de Cromwell sobre los cuáqueros.

Cuando Fox se retiraba, Cromwell lo tomó de un brazo y, con lágrimas en sus ojos, le pidió que lo visitara cuantas veces pudiera. El coronel, entonces, llevó a Fox a un gran salón comedor donde debía cenar con Cromwell, algo considerado como un elevado honor en esa época. Pero Fox declinó la invitación y le dijo: “Decid al protector que no comeré de su

pan ni beberé de su bebida”. Cuando le dijeron esto a Cromwell, este respondió: “Ahora sé que hay un pueblo que se ha levantado, que no puedo ganar con regalos, honores, oficios ni palacios; aunque a todas las demás sectas y personas pueda comprar”.⁴⁶

Después de esa reunión la mayoría de los cargos levantados contra cuáqueros fueron retirados, y todos los cargos fueron borrados del registro de Fox. Cromwell se convirtió en amigo de los cuáqueros.

Dos generales diferentes

Cromwell, la figura de altísimo rango que jamás había perdido una batalla, quedó intrigado con George Fox, tanto que cada vez que Fox pedía una audiencia con él, le era otorgada. Cromwell defendía en el ámbito político lo que Fox hacía en lo espiritual. Creo que ambos tenían espíritus similares, y que esto creó un lazo entre ellos. Cromwell tenía la osadía y agresividad necesarias para hacer lo que creía correcto, y también decía que, si tuviera diez años menos, “no habría rey en Europa que él no hiciera temblar”.⁴⁷

Fox tenía la misma convicción, pero en un ámbito distinto. Tanto ministros como pobladores temblaban cuando Fox entraba en un pueblo. Algunas veces los gobernantes se plantaban fuera de los límites de la ciudad para impedir que Fox entrara, porque el pueblo tenía un miedo terrible de él. Otras veces, cuando entraba en un pueblo, la gente corría a esconderse debajo de los arbustos, temiendo la sola mirada de Fox.

Fox comenzó a escribirse con Cromwell con frecuencia, lo amonestaba para que permaneciera firme en sus esfuerzos por reformar políticamente a Inglaterra. La carta más apasionada que Cromwell hubiera leído jamás fue una enviada por Fox, cuando era notorio que Cromwell no cumplía fielmente sus promesas sobre la reforma religiosa.⁴⁸

Aunque Fox reprendía a Cromwell, lo apreciaba mucho. Meses antes de que sucediera, el Señor le comunicó a Fox que Cromwell moriría, y él hizo duelo al saberlo, como lo haría cualquier persona por la muerte de un ser querido.⁴⁹

Cromwell falleció en 1658, con lo que la predicción se cumplió. Su hijo Richard fue elegido protector, en su lugar, pero no poseía la fuerza de su padre. Escocia invadió Inglaterra y Carlos II tomó el poder en 1660.

Fox vivió cambios increíbles, tanto espiritual como políticamente. Además de las corrientes cambiantes de la religión, vivió bajo ocho gobiernos ingleses, cada uno de los cuales produjo drásticas alteraciones en Inglaterra, pero él se desarrolló en todos.

¡Sangrienta Lichfield!

A diferencia de otros reformadores, el ministerio de Fox no se levantó a través de eventos que hayan provocado grandes conmociones, o gracias a los favores de hombres. El fundamento de su ministerio fueron, en el principio, las cuatro revelaciones, y a partir de esto, y solo por esto, Fox continuó creciendo y haciéndose conocer. Nunca se desvió de esas cuatro verdades fundamentales, por lo cual su vida ministerial se convirtió en una dramática aventura.

Parte de esta aventura incluía innumerables visiones. Mi preferida es una que causó un gran alboroto. En algún momento, cerca de 1651, cuando acababa de ser liberado de uno de sus muchos períodos en prisión, se dirigió hacia el oeste en su viaje a casa. Allí tuvo la famosa visión de Lichfield.

Sucedió así: mientras andaba cerca del pueblo, con otros cuáqueros, levantó la mirada y vio tres campanarios de iglesias... ¡y ya sabemos lo que él pensaba de los campanarios de las iglesias! Entristecido, cuando estaba a poco más de un kilómetro y medio del pueblo, se quitó los zapatos y los entregó a unos pastores que estaban allí cerca para que los guardaran a salvo. Después entró en la ciudad descalzo, y fue por sus calles gritando: “¡Ay de la sangrienta ciudad de Lichfield!”; veía, aparentemente, “un río de sangre que corría por las calles, y el mercado como un pozo de sangre”. Parece que veía una visión abierta, que es aquella visión de Dios que se tiene con los ojos abiertos.

Sorprendentemente nadie le hizo daño mientras iba por las calles gritando. Sus amigos cuáqueros lo llevaron a un lado y quisieron hablarle y preguntarle dónde estaban sus zapatos. Cuando la sensación de fuego en sus pies y su cuerpo se apagó, Fox volvió a los pastores y les pagó por cuidar sus zapatos. Después de lavarse los pies en una zanja, volvió a ponerse los zapatos y continuó su camino.⁵⁰

Fox reflexionó sobre la visión. Sabía que los habitantes de ese pueblo no eran culpables de derramamiento de sangre. Pero al investigar un poco más profundamente, descubrió que, en la época del dominio de los romanos, se había producido allí una masacre. Creo que Fox respondía proféticamente a algo que estaba por encima de la ciudad y que fue puesto allí por el espíritu del enemigo a través de esa masacre cientos de años antes. Podemos ver lo mismo hoy. Ciudades enteras, y aun países enteros llevan la naturaleza del principado que las rige. Y, generalmente en la historia, hay algo que explica cómo una determinada fortaleza se instaló en ese lugar. Podemos verlo también en las vidas de las personas. La tendencia al rechazo y otras, en hombres y en mujeres,

pueden remontarse a algo en la historia del desarrollo de esas personas. La buena noticia es que esas ataduras pueden romperse, sea que estén sobre una nación o sobre una persona. Hay maldiciones sobre personas y sobre tierras. Algunas son generacionales y otras territoriales, pero Dios nos da poder sobre el enemigo y estrategias para la victoria. Fox practicaba una estrategia dada por Dios para romper la maldición sobre un área geográfica.

Sin sombrero y con sangre en la nariz

Otra de mis anécdotas preferidas es la de un encuentro sangriento con un sacerdote. Sucedió en 1652. Fox había dejado a un grupo de cuáqueros en una reunión para confrontar a este sacerdote. Normalmente Fox lograba decir lo que quería. Pero esta vez el sacerdote se adelantó cuando Fox trataba de hablar, y lo golpeó en la cabeza con su Biblia. La sangre comenzó a brotar tan profusamente de la nariz de Fox que manchó las paredes de la iglesia. Después lo golpearon con libros, puños y bastones, y terminaron arrojándolo por encima de un cerco, con lo que Fox perdió su sombrero. Pero, sin sombrero y todo, Fox se puso de pie y los reprendió mientras se limpiaba la sangre de la nariz.

Continuó hablando en voz tan alta del otro lado de la pared, que el sacerdote se puso a temblar. Al ver que temblaba, la gente comenzó a burlarse de él, diciendo: "Miren cómo tiembla ese sacerdote. ¡El también se volvió cuáquero!"⁵¹ Más tarde, cuando los jueces llegaron a investigar lo que había sucedido, el sacerdote tembló aún más. Temía que le cortaran la mano por golpear a Fox, pero este lo consoló y lo perdonó.

Fox no estaba molesto por los golpes ni por la sangre; ¡lo único que le molestaba era haber perdido su sombrero, símbolo de su protesta social!⁵²

Silencio en el pajar

Cuanto más prestigioso se volvía Fox, más trataba de acallar su popularidad. Cierta vez se corrió la voz de que Fox iba a predicar en un pueblo, y cientos de personas se reunieron para escucharlo. Preocupado, sintiendo que la atención estaba puesta en él en lugar de en Dios, Fox subió a un montón de paja y se quedó allí sentado. Mientras la multitud esperaba que predicara, Fox permaneció callado. Pasó el tiempo, pero no pronunciaba palabra.

Algunos se dieron por vencidos y regresaron a sus casas, y Fox no se inmutó. Seguramente estaba convencido de que esas personas habían ido a verlo a él, en lugar de desear escuchar palabra de Dios. Cuando parecía que habían pasado horas, lentamente, Fox comenzó a hablar, y el poder del Señor cayó sobre ellos.

Pronto se corrió la voz de lo que había sucedido, por todas partes, y muchos lo consideraron algo muy extraño. Lo que estas personas no entendían era que Fox quería que todos los ojos estuvieran fijos en el Señor y no en él. Si habían ido solo para escucharlo a él, más les hubiera valido quedarse en casa.

Su predicación confrontadora, junto con sus visiones y actos proféticos, hicieron que el norte de Inglaterra cayera rendido ante Fox. De esta influencia en el norte provinieron algunos de los más grandes líderes de los cuáqueros.

James Nayler, Richard Farnsworth y William Dewsbury fueron tres de ellos. Los grupos liderados por estos hombres causaron tal alboroto en el norte de Inglaterra, que se los comparaba con el ruidoso y rudo ejército escocés.

Nayler se convirtió en la mano derecha de Fox y llegó a ser casi tan osado como él. Farnsworth y Dewsbury fueron amigos confiables que continuaron el trabajo de los cuáqueros en toda Inglaterra, y más allá. Para fines de 1653 Fox llegó al lugar donde haría la conexión divina que iba a influir en el resto de su vida.

Swarthmoor

Probablemente el hecho más importante que le haya sucedido a Fox, después de las revelaciones, fue su llegada a Swarthmoor.

La mansión de Swarthmoor Hall era ocupada por sus dueños, la familia de Thomas y Margaret Fell. La piedra gris de sus muros se veía desde lejos en el horizonte, rodeada por sombríos páramos. El matrimonio Fell era bien conocido en la zona, y muy rico. Thomas era magistrado, juez, vicescanciller y parlamentario de alto perfil. Margaret también era muy respetada, conocida por su eficiencia y sabiduría para manejar un hogar con siete hijos, que constantemente estaba abierto a visitantes y viajeros.

Era un lugar que Fox ya había visto. Desde antes había recibido una visión abierta en un lugar llamado Pendle Hill. La gente del pueblo no se atrevía a ir allí. Generalmente la extraña colina estaba rodeada de niebla y se levantaba en medio de los páramos. Se rumoreaba que allí vivían brujas. Pero Fox había viajado por el norte y, al pasar por Pendle

Hill se sintió movido a subir a la cima. Allí, solo, recibió una visión abierta en la que vio una cosecha de personas vestidas de blanco, que esperaban la palabra de Dios.

Emocionado por lo que había visto, Fox bajó corriendo la colina y fue más hacia el norte para explorar lo que el Señor deseaba que hiciera. Había escuchado hablar de la hospitalidad de los Fell de Swarthmoor, y ahora ya podía ver la mansión. Estoy seguro de que, al acercarse a ella, no sabía que estaba a punto de iniciar una relación divina.

En el punto en que el camino cruzaba los terrenos de la mansión, Fox se encontró con William Lampit, el ministro de la iglesia del pueblo a la que asistían los Fell. Dado que ambos iban al mismo lugar, caminaron juntos y, al principio, conversaron cordialmente. A la puerta de Swarthmoor se encontraron con que Thomas Fell estaba en Londres. Margaret tampoco estaba en la mansión, así que los hijos del matrimonio invitaron a ambos a entrar.

¡Sucio ministro!

Mientras esperaban a los Fell, los dos hombres se dieron cuenta de que no se llevaban bien. Después de todo Lampit suponía que Fox era un burdo irresponsable que decía ser cristiano, pero se negaba a obedecer las tradiciones del cristianismo. Fox consideraba a Lampit como un hombre tan sucio que no podía hablarle sin que su voz traicionara su antagonismo.

Cuando Margaret regresó a su casa, esa noche, se sorprendió mucho al ver al líder de los cuáqueros en su sala de estar. En lugar de comenzar por las acostumbradas reverencias y demás gestos protocolares, Fox simplemente relató la razón por la que estaba allí. Margaret lo escuchó cordialmente y lo invitó a permanecer allí esa noche, mientras que Lampit regresó a su casa.

La mañana siguiente, muy temprano, Lampit regresó y golpeó a la puerta. Fox retomó su discusión con él y Margaret los escuchó pacientemente, aunque, en secreto, se inclinaba más por la seguridad con que Fox hablaba.

Fox fue invitado de la casa durante algunos días más. La iglesia de Margaret había dispuesto un día para la lectura, y ella le pidió a Fox que la acompañara, a lo cual, naturalmente, él no accedió.

En cambio Fox comenzó a caminar rodeando el templo, escuchando lo que hacían adentro. Lo único que podía pensar era cuán sucio y falso era Lampit. Sintiendo una orden divina de entrar en el templo, irrumpió en medio de la reunión y se subió de un salto a un banco, para luego comenzar a atacar al ministro y a la congregación.

Sostenía que utilizaban palabras que no comprendían, aunque decían hacerlo, y que habían negado el verdadero Espíritu y la vida. Les rogó que abandonaran sus tradiciones muertas y entraran en la luz de Jesucristo.

Nunca había sucedido algo así en esa pequeña iglesia. Pronto la congregación estaba totalmente alborotada, y alguien gritó que expulsaran a Fox. Para sorpresa de todos, Margaret Fell se levantó de su banco privado en el templo y los miró fijamente, mientras defendía a Fox. Todos se acallaron ante su reacción, por respeto a ella y a la posición social de su familia.

Fox continuó exhortándolos y les preguntó si conocían interiormente a Dios, o si todo era un mero espectáculo. Ante estas palabras Margaret se conmovió profundamente. Miró a su alrededor a estas personas que había conocido prácticamente toda su vida, y se dio cuenta de que el estilo de vida externamente religioso era falso, tradicional y muerto. Entonces, sentándose en su banco, comenzó a llorar abiertamente, tanto que no pudo escuchar el resto de lo que Fox decía.

Mientras Fox continuaba su arenga, la congregación nuevamente se enfureció contra él. Finalmente lo acompañaron fuera de la iglesia y lo dejaron solo en el cementerio. Mientras la congregación se alejaba y volvía a entrar en el templo, Fox seguía predicándoles.

“Un hombre de sombrero blanco”

Más tarde, esa noche Fox regresó a Swarthmoor. El alboroto continuó, mientras predicaba a toda la casa, y todos se convirtieron. Margaret sabía la verdad en su interior, pero temía lo que sucedería cuando su esposo regresara. ¿Qué pensaría él? ¿Cómo podría decirle que había cambiado? ¿Cómo trataría él a George Fox una vez que supiera todo? Margaret temía que si su esposo se oponía a la verdad que había encontrado, ella no podría mantenerse firme.

En los días siguientes Margaret repasó cuidadosamente con Fox la historia del movimiento de los cuáqueros, y cómo Dios había guiado a Fox desde su juventud. Margaret, que era diez años mayor que Fox, quería conocer los detalles del grupo del que deseaba participar. Sabía que Fox no era solamente un predicador ungido con gran sabiduría espiritual, sino también que tenía sentido común.

Mucho después Margaret confesó a Fox que, antes que él llegara, ella había “tenido una visión de un hombre con sombrero blanco que vendría a confundir a los sacerdotes”.⁵³ Fox estaba totalmente dispuesto a responder todas las preguntas que ella tuviera. Creo que sentía que ella tendría una profunda participación en su vida y en su ministerio.

Pronto Fox tuvo que irse a predicar en otra ciudad. Margaret aún esperaba que su esposo regresara, sabía que ella se había involucrado en algo de lo que él sabía muy poco.

“Si toda Inglaterra hubiera estado allí...”

Antes que el juez regresara a su casa Margaret ya había invitado a Farnsworth y Nayler a Swarthmoor. Los niños estaban felices de recibir a los invitados, pero toda la casa estaba inquieta, esperaban el regreso del juez.

Para el juez siempre era emocionante ver esos pocos kilómetros que faltaban para llegar a su casa. Estoy seguro de que pensaba en Margaret y en los niños, cuando, repentinamente, vio que un ministro y un grupo de hombres prestigiosos cabalgaban a su encuentro para interceptarlo. Al verlos, supuso que alguien había enfermado gravemente, y temió las noticias que pudieran darle.

Para los hombres que se acercaban, la noticia era peor que una enfermedad o una muerte. Llevaban la noticia de que su esposa había participado de brujerías mientras él estaba fuera, y que había sido seducida por un predicador itinerante que se había hospedado en su casa. Le contaron cómo este insano predicador había causado caos en la iglesia y había inquietado a toda la comunidad. Le rogaron que enviara a estos predicadores, Nayler y Farnsworth, a otra parte, antes que la situación empeorara.

El juez era un hombre de carácter, que nunca hubiera creído ciegamente un mal comentario acerca de su familia, por lo que continuó su viaje. Imagino que su cabeza sería un torbellino.⁵⁴

Cuando llegó a su casa la atmósfera era tensa. Margaret lo recibió cálidamente y le presentó a los dos predicadores, Nayler y Farnsworth. Fell dijo pocas palabras, y se limitó a mirar fijamente a los hombres, intentando captar cuál era su intención. Ellos trataron de transmitirle seguridad, pero dada la incomodidad del momento, decidieron partir. Entonces Margaret les rogó que se quedaran hasta que Fox regresara.

El silencio continuó durante la cena. De hecho, Margaret escribió sobre ese silencio ensordecedor:

Entonces, él estuvo muy moderado y callado y, estando lista su cena, se dirigió hacia allí, y junto a él me senté. Mientras yo estaba sentada, el poder del Señor me tomó; y él quedó atónito, sin saber qué pensar, pero se mantuvo en silencio y tranquilo. Y los niños también estaban callados, quietos y solemnes, y no pudieron tocar la música que estaban

aprendiendo, y todas estas cosas hacían que él estuviera callado y quieto. Entonces, por la noche, llegó George Fox; y después de la cena mi esposo estaba sentado en la sala, y yo le pregunté si podía entrar George Fox; y él dijo: “¡Sí!” Así que George vino sin cumplidos, entró en el cuarto y comenzó a hablar inmediatamente, y la familia y James Nayler y Richard Farnsworth entraron todos, y él habló con tal excelencia como yo jamás lo había oído; y nos habló de las prácticas que Cristo y los apóstoles realizaban en sus días, y nos habló sobre la noche de apostasía desde la época de los apóstoles, y nos habló abiertamente sobre los sacerdotes y sus prácticas... Si toda Inglaterra hubiera estado allí, creo que nadie podría haber negado la verdad de tales cosas.⁵⁵

Era evidente que el juez Fell estaba muy conmovido por lo que había oído, aunque no dijo más por el resto de la noche, y se retiró a dormir.

A la mañana siguiente, muy temprano, Lampit llegó a la casa para ver al juez, y lo instó a que se deshiciera de Fox. Pero sus intenciones causaron el efecto opuesto. Más tarde, cuando escuchó que los cuáqueros discutían dónde podrían tener una reunión, el juez Fell habló y les dio permiso para que la realizaran en Swarthmoor.

El juez Fell nunca se unió a los cuáqueros, pero dejó de asistir a la iglesia local. Permitió que los cuáqueros realizaran reuniones con frecuencia en Swarthmoor y, aunque no asistía a ellas, permanecía al otro lado de la puerta, en su estudio, donde podía escuchar todo lo que se decía allí.

Mientras él vivió, nadie osó tocar a Margaret por propagar las creencias cuáqueras. Nadie persiguió su casa, que pronto se convirtió en el nudo central del movimiento cuáquero que finalmente se extendería por todo el mundo. Al morir en 1658, el juez había sido un apoyo vital y un amigo de Fox durante seis años, y el movimiento ya era demasiado fuerte como para ser restringido.⁵⁶

Los cuáqueros le deben mucho a este hombre que los apoyó en todo, sin reconocerse nunca como uno de ellos.

Margaret Fell, la dama

No existen retratos de Margaret Fell, pero por las muchas cartas que se han escrito sobre ella, no hay dudas de que era una hermosa mujer. Siempre era elogiada por sus virtudes y su honor, y abría su hogar generosamente a todo cuáquero que visitara la región. Muchas veces Swarthmoor se

convirtió en hospital para atender a los cuáqueros que habían sido golpeados o castigados severamente. Muchas veces, cuando Fox regresaba a la mansión, encontraba a Margaret colocando una venda sobre la cabeza de algún cuáquero, o sobre una pierna o un brazo, cuidando a los heridos y alimentándolos.

Como señora de una casa grande, esposa de un juez distinguido y administradora de una gran propiedad, Margaret sabía cómo manejarse y tratar asuntos de negocios. Su experiencia fue vital para la organización y la estructura del movimiento cuáquero. Solo tres meses después de que Margaret se convirtiera, los líderes cuáqueros ya la consideraban como la persona a quien debían informar acerca de la dirección que tomaba el movimiento.⁵⁷

Además, ella nunca dejaba de escribir largas cartas en las que rogaba a importantes figuras que trataran bien a sus Amigos, especialmente a Fox. Constantemente despachaba libros para que distribuyeran los cuáqueros itinerantes. Fox pronto le asignó la tarea de tomar las notas manuscritas durante las reuniones y las misiones, y convertirlas en libros.⁵⁸ Debido a su fuerza de espíritu, su entendimiento de la Palabra y el Espíritu, y su sentido común, los cuáqueros les enviaban a las mujeres que eran doctrinalmente peligrosas o rebeldes, para que ella las cuidara y las instruyera correctamente.

Las primeras pautas

Para 1653 los cuáqueros se habían multiplicado tanto, que era necesario establecer cierta clase de orden. Fox nunca había tenido intención de que el grupo se convirtiera en una denominación, pero era obvio que era necesario marcar ciertas pautas. Recordemos que la gente de esa época venía de siglos de opresión católica romana. Muchos no tenían idea de lo que la Palabra de Dios realmente decía sobre algunas situaciones. Algunos se habían confundido por la terminología del movimiento. La frase "luz interior" se utilizaba para calificar extraños comportamientos de personas que no estaban dispuestas a que esos comportamientos fueran juzgados. La única forma en que los cuáqueros podían enviar un mensaje de estabilidad a los seguidores de este creciente movimiento, era por medio de libros o de líderes creíbles que visitaban los pueblos para brindar instrucción.

Fox convocó a los líderes y organizó las pautas para el movimiento. Esto fue lo que determinaron:

1. No se utilizaría la palabra “ministro”. Una o dos personas debían supervisar las necesidades del rebaño. No debían hacerlo por obligación, sino voluntariamente; no por dinero o regalos, sino por el deseo de extender la obra y ayudar a los creyentes a madurar. Los supervisores atenderían las necesidades de las personas y organizarían dos reuniones por semana: una, el domingo, y la otra, otro día. (La palabra “ministro” comenzó a utilizarse en 1654).

2. Se desarrolló un ministerio laico que era diferente del de los supervisores. Su tarea era controlar a los demás, ocuparse de que se respondiera a las necesidades materiales y considerar todos los problemas con el supervisor.

3. Si una persona rebelde no se arrepentía a pesar de la amonestación del supervisor, debía ser expulsada hasta que se arrepintiera. Hasta entonces, estaba prohibido tener cualquier tipo de relación con la persona apartada, aun comer con ella.

4. Las mujeres podían predicar y profetizar, pero solo bajo la dirección del supervisor. Dado que las comunidades estaban escandalizadas porque las mujeres que predicaban seducían a los hombres, Fox les advirtió que cuidaran muy bien su forma de vestir y sus modales. Pero nunca les negó su derecho y mandato divino de extender el Evangelio. De hecho, Fox sostenía que las mujeres tenían derecho a servir en áreas de gran responsabilidad, como la administración. Instituyó una serie aparte de reuniones, dirigida enteramente por mujeres, para tratar sus necesidades personales y prácticas. Creía que, a través de estas reuniones, las mujeres recibirían inspiración para realizar tareas más allá de lo que ellas mismas creían posible.

5. El matrimonio era honorable entre los cuáqueros, pero existía el problema de que ellos no reconocían ninguna autoridad más que la de Dios para validar su unión. Así que las reglas para validar el matrimonio eran las siguientes: cuando una pareja decidía casarse, antes de llegar a cualquier conclusión debían tener una reunión privada con los supervisores y seguidores para determinar si la unión podía permanecer en la luz. Entonces, con la pareja presente, podía declararse el matrimonio ante la reunión de personas para asegurarse de que no hubiera otros compromisos previos o

que no fuera solo frivolidad. Si alguien se oponía, la pareja debía ser derivada a una reunión general o regional. Cuando todo estaba aclarado, se anunciaban las intenciones de la pareja y, una vez que todo esto se había cumplido, se realizaba una asamblea de Amigos, en la que los asistentes podrían hablar libremente y la pareja también podía hablar sobre cómo debería realizarse su matrimonio. Después de esto los asistentes firmaban un certificado. La pareja quedaba, entonces, en libertad de declarar su unión ante el gobierno, o no.



Fox reprende a las mujeres.
North Wind Picture Archives.

Después de establecer estas cinco pautas, un mover del Espíritu Santo cayó sobre todos los reunidos. De entre los líderes, casi setenta sintieron el llamado de Dios para ir al campo misionero.⁵⁹

Fox, el escritor

Aunque los cuáqueros ahora se contaban por miles en toda Inglaterra, las persecuciones aún eran cosa de todos los días. Muchas veces Fox había sido golpeado tan duramente por quienes lo odiaban, que ni siquiera podía subir a su caballo.

Fox era un hombre singular. Aunque el Espíritu Santo le mostraba muchas cosas que sucederían en el futuro, vivía un día a la vez. Su diario demuestra que continuaba prestando igual atención a cada idea, por grande o pequeña que fuera. A pesar de su falta de educación formal, se dice que tenía gran genio y capacidad para hablar a las necesidades de su generación. Se dice que escribió más de doscientos panfletos sobre cualquier asunto que atrapara su atención en ese momento. Constantemente afirmaba que los cuáqueros habían sido levantados por Dios para vivir con una nueva misión en una vieja sociedad.⁶⁰

Fox escribió uno de sus panfletos después de la muerte de Cromwell, inspirado por su posición política, y lo publicó en 1659. Fox estaba de acuerdo con Cromwell, aunque desde un punto de vista espiritual, y exigía

que los clérigos de su época se declararan culpables o no culpables de las cosas que preguntaba en su libro. Les recordaba a los lectores que no fueran hallados contaminados por las prácticas heréticas de la Iglesia Católica que habían dejado su residuo alrededor de ellos. Algunas de las preguntas que formulaba eran:

¿No habéis observado mientras se bebía la sangre de los mártires, los profetas y los santos? [...] ¿No estableció la ramera vuestras escuelas y colegios, esta falsa iglesia, de la cual habéis sido hecho ministros? ¿Acaso todos estos juramentos desde Cristo no han sido establecidos por la falsa iglesia, la Iglesia de Roma? [...] ¿No habéis echado a muchos en prisión [...] hasta la muerte? [...] ¿Y cuándo Cristo o los apóstoles o la verdadera iglesia han predicado según el reloj? [...] ¿No sois vosotros los que vais con largas túnicas, modas y codicias del mundo [...] y llevando anillos de oro?⁶¹

Recordemos que los cuáqueros se negaban a prestar juramento, y por ello, muchos fueron arrojados a la cárcel antes de poder decir siquiera una palabra en su propia defensa. Adherían firmemente a las palabras de Jesús en Mateo 5:34-37, que dicen:

“Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. Ni por tu cabeza jurarás, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede”.

Solamente por su posición en cuanto a este asunto, miles de cuáqueros fueron atormentados, golpeados y aun asesinados. Hoy hemos ganado el derecho legal de “prometer” en lugar de jurar.⁶²

Fox escribió libros sobre temas que iban desde los males de la moda hasta advertencias para autoridades gubernamentales y reyes. Sus escritos eran dramáticos, llenos de sabiduría y emoción. Sus palabras son tan descriptivas y llenas del Espíritu, que casi podemos sentir que estamos en medio de la situación de la que él habla. Fox era odiado por teólogos e historiadores, pero estos no podían negar que sus revelaciones espirituales precisas llegan hasta lo más profundo, porque él poseía una sabiduría que no poseían aun ellos con toda su educación formal.

Problemas entre las filas: La crisis de Nayler

Durante todos los duros tratamientos que recibieron los cuáqueros, creo que solo en dos ocasiones Fox demostró sus emociones y el dolor de su corazón: cuando se torturaba a niños y mujeres, y cuando cayó su fiel amigo, James Nayler.

Nayler, que pasó a ocupar un lugar prominente cuando Fox conducía las reuniones en el norte, había sido uno de los líderes cuáqueros más prometedores. Era mejor predicador que Fox, porque sabía expresarse bien y mantener la atención de su público como gran orador que era. Para algunas autoridades Nayler era más visible y más importante aun que Fox. Esto se debía, principalmente, a que Nayler había permanecido en la populosa ciudad de Londres, mientras Fox estaba fuera de la vista, en el norte.

El exceso de trabajo, junto con las presiones de las alabanzas que le prodigaban sus auditorios, y la ausencia del sensato Fox, quizá hayan motivado que Nayler cayera en un estado de peligroso desequilibrio emocional. Respondía a las extravagantes emociones que despertaba su exitosa predicación y a la adulación de un grupo de mujeres que se aferraba a él como a una especie de mesías. Estas mujeres desequilibradas lo rodeaban, entonando letanías e inclinándose ante él como si fuera una deidad.

Nayler estaba preso por visitar a otro cuáquero, cuando Fox se enteró del problema. Una vez en la cárcel, Nayler se entregó a un largo ayuno. En lugar de ayudarlo a aclarar su mente, esto solo empeoró las cosas, ya que debilitó su físico.

Fox llegó para visitar a Nayler, no solo para apoyarlo, sino también para reprenderlo, y esperaba que este volviera a pensar con cordura. Pero Nayler no quiso razonar con Fox. Cuando Fox se puso de pie para anunciar que se retiraba, Nayler intentó darle un beso en la mejilla, pero Fox volvió el rostro. El incidente les produjo gran dolor a ambos. Cuando los cuáqueros se enteraron del asunto, se inquietaron mucho, se preguntaron qué sucedería si ambos líderes no se reconciliaban.

Cuando llegó la orden del gobierno de que todos los cuáqueros fueran puestos en libertad, Nayler fue liberado. Uno pensaría que, entonces, se solucionaría el problema, pero solo empeoró. Nayler continuó involucrándose con estas mujeres, y permitió que representaran con él la entrada de Cristo en Jerusalén, montado sobre un asno.

Azotado, marcado y perforado

Los magistrados, furiosos, ordenaron que Nayler fuera arrestado inmediatamente. Aunque no lograron que algunos de los cargos se mantuvieran, sí lograron hacerlo permanecer un breve tiempo en la cárcel. Pero la noticia de la excentricidad de Nayler había llegado al Parlamento y las autoridades decidieron convertirla en una lección para el pueblo.

Nayler evitó la pena de muerte, pero se le ordenó que caminara por la ciudad mientras le infligían un total de doscientos diez azotes. Debía perforársele la lengua y aplicársele una marca con un hierro candente en la frente. Si sobrevivía a la primera serie de torturas, debía repetírselas en la siguiente ciudad a la que fuera. Si sobrevivía en ambas ocasiones, debía ser arrestado y aislado para realizar trabajos forzados hasta que el Parlamento decidiera liberarlo.

Y sobrevivió. A pesar de varias peticiones por su liberación, nada logró hacer cambiar de parecer al Parlamento, hasta que la esposa de Nayler escribió una carta desgarradora. Pero solo le permitieron llevarle velas, fuego y comidas a su sufriente esposo.

El castigo no solo atrajo la atención de todos por quién era la víctima, sino porque era brutalmente ilegal. Los cuáqueros de todo el país estaban conmocionados, y recurrieron a Fox. Pero este no cedió y dejó bien en claro que desaprobaba la extravagancia de Nayler. Muchos cuáqueros lo culparon de ser demasiado duro con Nayler, y de no intervenir para que su sufriente camarada fuera liberado. Pero Fox, aparentemente, creía que Nayler había arrojado una terrible sombra sobre todo el movimiento cuáquero, y quizá había puesto en peligro su futura expansión, que había abofeteado a Dios en el rostro con su escandaloso comportamiento.

Nayler continuó vivo en la prisión hasta que el siguiente Parlamento entró en sesión y le otorgó la liberación. Pero pasaron tres meses después de su liberación hasta que Fox se reconcilió con él.

A pesar de las humillantes lesiones que había sufrido, y del daño causado a su reputación, Nayler encontró la valentía y las fuerzas para volver a ser un líder cuáquero. Esta vez su vida estuvo marcada por la devoción y la reverencia espiritual, y fue a trabajar en el campo con una notable humildad.

En otoño de 1660, mientras caminaba hacia su casa, Nayler aparentemente fue atacado por una pandilla. Poco después murió a causa de las heridas sufridas, en casa de un cuáquero que vivía allí cerca.⁶³

Aunque la tortura de Nayler había sido ilegal, Fox continuó siendo encarcelado vez tras vez. Margaret Fell también había sido encarcelada varias veces, junto con sus hijas. Las historias de los encarcelamientos parecen infinitas, pero en lugar de amilanar a los cuáqueros, que cada vez

eran más, los fortalecían. Cuando se instauraba alguna medida enérgica, inmediatamente se reunían todos los cuáqueros del lugar, fuera en una casa, un granero, un taller, un huerto o cualquier lugar abierto. Fox continuamente recordaba a los cuáqueros que respondieran a la persecución con la pacífica seguridad de que, si eran fieles y persistían, el poder del Espíritu Santo la quebraría.⁶⁴

El gran incendio, la plaga y las misiones

En algún momento de 1660 Fox comenzó a referirse a sí mismo como un “hermano mayor”. Dado que los cuáqueros comenzaban a establecerse, con buenos líderes en las comunidades, él comenzó a actuar como consejero y siempre era bien recibido en las reuniones, que podían llevarse a cabo perfectamente sin su presencia.⁶⁵

Aunque aún solían encarcelarlo con frecuencia, la obra del Señor continuaba creciendo por medio de él, ya que no podía ser detenida por muros o rejas. Durante uno de sus encarcelamientos el Señor predijo una gran plaga que arrasaría con Londres y un gran incendio que llegaría a la ciudad poco después de la plaga.

Cuando adquirió este conocimiento previo, Fox se deprimió y comenzó a hacer duelo y orar por la gente; sabía que muchos morirían sin conocer a Jesucristo. Mientras estaba encarcelado, en 1665, una terrible epidemia de peste bubónica atacó a Londres. Miles de personas murieron en cuestión de meses. El hecho de que Fox estuviera en la prisión posiblemente lo salvó de la mortal enfermedad que diezmaba la población de la ciudad.

Al día siguiente de que Fox fue liberado, en 1666, se produjo el gran incendio de Londres, tal como él lo había visto. Mientras las llamas devoraban los edificios de madera, la mayor parte de Londres, incluyendo la catedral de San Pablo, más de ochenta iglesias, el Royal Exchange, los salones de cuarenta y cuatro uniones de trabajadores artesanos y comerciantes, y aproximadamente trece mil casas quedaron reducidos a cenizas.⁶⁶ Las extremas privaciones de su pasado, los constantes encarcelamientos y los fatigosos viajes no detuvieron en lo más mínimo a Fox. Por el contrario, partió con renovadas fuerzas. Ahora estaba listo para visitar Irlanda, ya que deseaba ver con sus propios ojos cómo había prendido allí el fuego del mensaje cuáquero.

Algunos cuáqueros ya habían partido hacia tierras extrañas como misioneros. Fox escribió en su diario: “Varios amigos fueron movidos a ir al otro lado de los mares para publicar la verdad en tierras extranjeras”.⁶⁷

Una floreciente comunidad cuáquera se había arraigado en Barbados, en las Indias Occidentales. Jamaica también era testigo de una reforma cuáquera. Algunos se habían extendido hacia el este, hasta Malta. Lo sorprendente es que estos misioneros regresaron vivos.

Los misioneros se sentían atraídos hacia un país en particular, ponían ese sentimiento en manos del Señor y esperaban en silencio hasta que Él les revelaba su voluntad al respecto.

Uno de los más grandes atributos de los cuáqueros es su capacidad para estar en silencio delante del Señor y esperar en Él. Se les enseñaba que nunca se apresuraran, sino que probaran todas las cosas delante del Espíritu Santo. Cuando estaban seguros de que su interés por una tierra en particular era del Señor y no un capricho, buscaban la forma de que se abriera el camino y, tan pronto como eso sucedía, fueran hombres o mujeres, partían inmediatamente a pesar de todos los obstáculos que quisieran interponerse.

Debido a esta forma de vida confiable y coherente, los cuáqueros también se hicieron fama de personas honestas y rectas en el ámbito de los negocios. Para ahora la mayoría de los comerciantes ingleses preferían hacer negocios con cuáqueros más que con cualquier otro, ya que eran personas íntegras. Esto era consecuencia de las enseñanzas de Fox que, desde el principio, les había enseñado a tratar justamente a toda persona.

El emblema de la unidad: el matrimonio

Margaret Fell participaba constantemente de las muchas facetas de los cuáqueros, y ella y Fox se reunían con tanta frecuencia como les era posible. He dicho antes que ambos se admiraban mutuamente. Ahora Margaret era viuda, y Fox escribió en su diario que hacía ya un tiempo que deseaba casarse con ella. Había dejado el asunto en manos del Señor, totalmente convencido de que llegaría el momento de “lograr aquello que tanto tiempo he esperado”.⁶⁸

Creo que la admiración mutua que se profesaban Fox y Margaret había llegado a ser verdadero amor pero, fieles a sus convicciones, esperaron y lo mantuvieron delante del Señor. Hasta entonces la creciente causa de los cuáqueros había sido la única compañía necesaria para Fox.

No hay registro de las conversaciones que mantuvieron, pero seguramente conocían cada uno los sentimientos del otro. Sí sabemos que, en 1669, cuando Margaret fue a Londres a encontrarse con Fox, decidieron casarse. El tiempo que pasaron juntos fue muy breve, ya que Fox fue llamado nuevamente por los cuáqueros de York para que los

ayudara a establecer una reunión mensual. Así que Fox y Margaret se separaron, aún sin casarse, pero al menos con la promesa de hacerlo en sus corazones.

Desde Yorkshire, Fox siguió lo que su corazón lo guiaba a hacer en ese momento, y se dirigió hacia Irlanda. Después de seguir un circuito en el sentido de las agujas del reloj por el condado, quedó encantado con la recepción que tuvo en Dublín. Alabó su fidelidad a Dios y los amonestó para que trataran a todos los hombres de manera justa para que el Señor fuera honrado a través de su vida. Después de esta exitosa visita regresó a su casa, a Inglaterra, y a su futura esposa.

Una vez que se reunió con Margaret, Fox extremó los cuidados para cumplir estrictamente con las pautas relativas al matrimonio, y se aseguró de que todos los cuáqueros estuvieran informados al respecto. Algo de esto se debía al rumor que había estado corriendo a causa de su estrecha amistad con Margaret. Algunos creían que ella estaba enamorada de Fox desde que lo conoció. También se cuidaron mucho, dado que Margaret era una mujer rica, y Fox no quería que nadie pensara que se casaba por dinero, especialmente dado que ella era diez años mayor que él y había pasado la edad de tener hijos. Él creía que su matrimonio debía ser visto, de alguna manera, como un emblema de unidad para todo el movimiento.

Dado que Fox era el fundador de los cuáqueros, creía que pertenecía a cada uno de ellos. Así que escribió a cada una de las comunidades cuáqueras para contarles cuáles eran sus intenciones con respecto a Margaret.

Fox se desentendió de todo compromiso ministerial por un tiempo, y él y Margaret se presentaron ante todas las comunidades cuáqueras como él mismo lo había establecido, como si todas fueran su familia.

Después reunió a todos los hijos de Margaret con sus cónyuges, y les pidió permiso para casarse con su madre. Finalmente, el 27 de octubre de 1669, en el salón de Broadmed, en Bristol, tuvo lugar la boda. Todos los cuáqueros de todo el país que pudieron llegar, asistieron a la ceremonia. Más de noventa personas firmaron el certificado de matrimonio en el que aprobaban la unión. Los recién casados permanecieron una semana en Bristol. En ese momento Fox tenía cuarenta y cinco años, y Margaret, cincuenta y cinco. Después de la semana en Bristol, la pareja se separó, ya que Fox debió partir para predicar en varios lugares, y Margaret regresó a Swarthmoor para asistir a los cuáqueros del norte.

Durante veinte años continuaron compartiendo su trabajo, reuniéndose solamente por breves períodos. La obra del Señor era su prioridad.⁶⁹

Izaron las velas: Indias Occidentales y Jamaica

Hacía tiempo que Fox tenía en su corazón el deseo de cruzar el océano para visitar a los cuáqueros que estaban en las Indias Occidentales. Pero Margaret había sido encarcelada recientemente, y Fox había pasado la mayor parte de su tiempo libre, ocupado de que fuera liberada.

Cuando el Señor les abrió el camino para ir a las Indias Occidentales, simultáneamente Margaret fue liberada de prisión. Pocos días antes de que el barco zarpara ella pudo ir a Londres y pasar algún tiempo con Fox antes que este partiera. Tuvieron una despedida muy emotiva, dado que, en esa época, si uno viajaba por mar las chances de volver a ver a su familia y su hogar eran muy escasas.

Elizabeth Hooten, la primera convertida al cuaquerismo, y varios otros acompañaron a Fox en el viaje. Tuvieron casi dos meses de navegación hasta las Indias Occidentales y no hubo incidentes, excepto por algo que sucedió tres semanas después de iniciado el viaje.

Una tarde vieron un buque de guerra de otra nación que se acercaba velozmente. Al darse cuenta de que, cuando los tuvieran más cerca les dispararían, el capitán llamó a Fox y le preguntó qué hacer.

Fox respondió que él no era marinero, y que el capitán debía decidir. Había solo dos opciones: una, tratar de ir más rápido que el buque de guerra; la otra, permanecer en su curso con la esperanza de que todo saliera bien. Fox sostuvo que sería ridículo tratar de ganarle en velocidad a un buque de guerra. El capitán estaba extremadamente nervioso, y su ansiedad aumentaba cada minuto. Fox le dijo que era una prueba para su fe, y que debían esperar el consejo del Señor.

Con esto Fox decidió descansar en su espíritu y esperar que el Señor les diera una respuesta. Poco después el Señor le mostró que su poder estaba entre ellos y el barco que los seguía; lo mejor que podían hacer era mantener el curso.

Fox escribió en su diario:

Aproximadamente a la hora undécima, el vigía llamó y dijo que estaban sobre nosotros. Esto inquietó a algunos de los pasajeros, por lo cual me senté en mi cámara y, mirando por el ojo de buey, ya que la Luna no había bajado aún, vi que estaban muy cerca de nosotros. Estaba levantándome para salir de mi recámara, cuando recordé la palabra del Señor, que su vida y su poder estaban entre nosotros y el buque, y volví a recostarme. El capitán y algunos de los marinos vinieron a verme otra vez y me preguntaron si no podrían

virar hasta tal punto. Les dije que hicieran lo que desearan. Para este entonces la Luna había bajado y se levantó una tormenta, y el Señor nos escondió de ellos, y navegamos rápidamente, y ya no los vimos más.⁷⁰

El primero en contra de la esclavitud

Cada domingo hacían una reunión pública en el barco, y todos eran grandemente bendecidos. Pero Fox comenzó a sufrir mucho en este viaje. Era obvio para todos que su salud se deterioraba, principalmente debido a todos los encarcelamientos que había sufrido. El clima de las Indias Occidentales complicó aún más las cosas, ya que Fox no estaba acostumbrado a tanto calor húmedo. Pero estaba complacido y satisfecho de ver a tantos fieles y firmes cuáqueros que se desarrollaban en Barbados.

Aquí Fox observó que muchos de los cuáqueros tenían esclavos, y él estaba firmemente en contra de tal comportamiento. Tuvo la sabiduría de darse cuenta de que no podían liberarlos a todos al mismo tiempo, porque sería malo para los propios esclavos, ya que no tenían forma de ganarse la vida. Así que amonestó a los amos para que instruyeran a los esclavos en el Señor y les enseñaran oficios para poder liberarlos después de unos pocos años, y que ellos pudieran vivir por su cuenta.

Quisiera hacer un comentario aparte aquí. Los cuáqueros ingleses y americanos se oponían a cualquier forma de esclavitud. Ya en 1688 los cuáqueros enviaron una protesta formal contra la esclavitud a la Convención Anual de Filadelfia, en América.⁷¹ Esto significa que aproximadamente 174 años antes de la Proclama de la Emancipación, en 1862, los cuáqueros ya luchaban contra la esclavitud. Ese es otra área en la que fueron pioneros y que debemos reconocerles. Ellos pidieron la abolición de la esclavitud mucho antes que el público en general tuviera conciencia de ella. Quizá sus moderadas protestas fueron las que hicieron que los americanos revisaran su posición sobre la esclavitud a mediados del siglo XIX.

Fox se quedó tres meses en Barbados. Antes de dejar las Indias Occidentales redactó algunas pautas para ayudar a que el movimiento cuáquero permaneciera firme. Desde allí fue a Jamaica, donde, poco después de llegar, Elizabeth Hooten, que ya era muy anciana, murió.

Hacía poco más de un mes que Fox estaba en Jamaica, cuando sintió que el Señor lo movía a visitar las colonias en territorio de lo que hoy es Estados Unidos. No se daba cuenta de que, al hacerlo, iniciaba un viaje que agregaría aún más aventuras a su breve y dramática vida.

América, ruda y discola

Si la vieja y alegre Inglaterra había sido dura con los cuáqueros, ellos no tenían idea de cuán duros podían llegar a ser los puritanos de Nueva Inglaterra. Podríamos pensar que, después de haber luchado ellos mismos por la libertad religiosa, cincuenta años antes recibirían con los brazos abiertos a los cuáqueros. ¡No fue así!

Las tragedias de Nueva Inglaterra siempre han sido una página negra en la historia de los Estados Unidos. Los puritanos originales se aferraban firmemente a la creencia de que cualquier desacuerdo con sus doctrinas era una herejía y, por lo tanto, debía ser tratado con gran severidad. Esa severidad creció aún más en sus sucesores. Se habían convertido en duros capataces religiosos, de mentalidad tan estrecha que estaban más dispuestos a matar a alguien que a soportar que alguno disputara un asunto. Los puritanos de fines del siglo XVII habían creado un monstruo religioso que se había salido totalmente de control.

Aquí vemos una vez más el espíritu engañoso de la religión en acción. Las personas que se preocupan más por su religión que por el Espíritu Santo, son las más malignas y maliciosas que jamás puedan encontrarse. No permita que su aparente santidad lo engañe.

Fue esta atmósfera casi propia de la Inquisición la que los cuáqueros encontraron al llegar a la nueva tierra. Rumores distorsionados sobre los cuáqueros habían llegado a los pobladores de Nueva Inglaterra, que decidieron hacer cualquier cosa que fuera necesaria para impedir que llegaran a sus tierras.

Muchas veces si los padres religiosos se enteraban de que en un barco que acababa de llegar a puerto había un cuáquero, le ordenaban que permaneciera en el barco y regresara a Inglaterra, a cargo del capitán. Finalmente dictaron una ley que prohibía que cualquier capitán llevara a un cuáquero a sus playas. Tenían mucho miedo de que, si no cortaban de raíz la herejía cuáquera, esta creciera y floreciera en las colonias como lo había hecho en Inglaterra.

Un habitante de Nueva Inglaterra había sido amable con una mujer cuáquera. Esto le costó una multa por una elevada suma de dinero y la expulsión del territorio de Massachussets para que sobreviviera solo en territorio salvaje, en medio de un crudo invierno.

El hombre se dirigió a Rhode Island, donde se encontró con un bondadoso indio que lo llevó a su hogar y le dio comida y abrigo. Cuando le preguntó por qué estaba en medio de la nieve y las inclemencias del tiempo, el hombre le contó su historia. Sorprendido, el indio dijo: “¡Qué Dios tienen los ingleses, que se tratan unos a otros de esta manera por causa de

Él!"⁷² Solo un pagano, como ese indio, podía ver la hipocresía y la ironía de la situación.

Pero los puritanos no pudieron deshacerse de los cuáqueros tan fácilmente como pensaban. Las persecuciones y las amenazas nunca los habían detenido, y Nueva Inglaterra no tenía por qué ser la excepción. Los cuáqueros continuaron llegando, y pronto la región se llenó de ellos. Muchos murieron en la horca, y muchos fueron encarcelados y murieron de hambre. Se lanzó una proclama que decía que cualquier persona que facilitara, directa o indirectamente, que un cuáquero llegara a Massachussets, podía ser multada y encarcelada, y que le atravesarían la lengua con un hierro candente, le cortarían las orejas o lo azotarían cruelmente. Pero aun así, los cuáqueros se multiplicaron; y muchos osados habitantes de la región, a pesar de las amenazas —que eran cumplidas sin un segundo de duda— se atrevieron a defender a los cuáqueros y sumarse a su creciente grupo.

Su perseverancia es un honroso capítulo de la historia estadounidense.

Su público preferido: los indios

El viaje de Fox al continente fue muy peligroso y llevó siete semanas. El barco se había quedado sin comida y los pasajeros casi murieron de hambre.

Para cuando llegó a las costas de Maryland, Fox estaba feliz de ver tierra, aunque estaba débil por el viaje. Tan pronto como descendió del barco, lo recibió un ministro cuáquero llamado John Burnyeat que le informó que llegaba a tiempo para asistir a una reunión. Fox entró gozoso en la reunión, ¡una prolongada reunión celestial que duró cuatro días!



*Fox predica
en Maryland.
North Wind.
Picture Archives.*

Al fin de los cuatro días los cuáqueros de Maryland se reunieron con Fox para recibir más instrucción y guía; aprovecharon al máximo su sabiduría. Cuando la reunión con los líderes terminó, todos salieron para predicar en diferentes direcciones.

Fox amaba a los indios y estaba intrigado por su sentido común y sus corazones sinceros. Quizá por esto es que disfrutaba de recorrer lugares poco explorados y zonas aisladas de la joven América. Prestó más atención a este grupo étnico que a cualquier otro, y ellos asistían a las reuniones que se hacían cerca de su territorio. Muchos de los puritanos consideraban a los indios como enemigos y, aunque comerciaban con ellos, no los trataban amistosamente. ¡Muchos, en esa época, se preguntaban si los indios tenían alma!

Fox no sentía simpatía alguna por esa teología, por lo que se propuso visitar todas las aldeas indias que pudiera encontrar. Él y Burnyeat viajaron por lugares poco explorados hacia Nueva York, y en todo el recorrido encontraron indios amistosos que gozosamente compartían su comida y su hogar con ellos. Mientras estuvo en América imploró tanto a los cuáqueros que cumplieran sus deberes para con los “hombres rojos” que, en 1812, un historiador escribió que “la mejor defensa contra los indios es ir vestido de cuáquero”.⁷³

“¡El Gran Espíritu os quemará!”

Fox pasó dos años viajando a caballo por Maryland y algunas regiones de Nueva Inglaterra. Escribió en su diario que dos guías indios lo orientaban en la espesura. Y después contó una historia.

Cierta vez un indio rezagado comenzó a seguir a Fox y, después de un tiempo, comenzó a tocarlo y aferrarse a él, diciendo que era “buena sangre”. Fox, que conocía los rumores de que algunas tribus eran caníbales, no estaba seguro de cuáles eran las intenciones del hombre para con él, aunque sentía la paz de Dios. Finalmente, como el hombre continuaba tocándolo como si estuviera probando si era bueno para comer, Fox levantó su mano al cielo, y luego la bajó hacia la tierra. El nativo, sorprendido, le prestó atención, y Fox le dijo que, si lo tocaba, el Gran Espíritu lo quemaría. Al escuchar estas palabras, el indio escapó inmediatamente.⁷⁴

El diario de Fox está lleno de detallados relatos sobre los indios americanos y elogios a ellos por ser receptivos a su mensaje. Comentaba que algunos nativos le decían que la religión cuáquera era la mejor que habían escuchado, y notó que algunas de las tribus ya actuaban como los Amigos, así que su mensaje solo confirmaba lo que ellos sabían que era la verdad.⁷⁵

Fox encontró en Rhode Island “un paraíso para los herejes”.⁷⁶ Pero le hizo bien descubrir que muchas autoridades, y algunos que habían abandonado la función pública, eran cuáqueros. Los magistrados estaban tan impresionados por Fox que discutieron entre sí si tenían suficiente dinero para contratarlo como ministro o no. Cuando Fox se enteró, dijo: “Es hora de que me vaya; ya que, si sus ojos están tan fijos en mí, o en cualquiera de nosotros, no mirarán al verdadero Maestro”.⁷⁷

Después de una breve estadía en Rhode Island, se volvió hacia el sur nuevamente, omitiendo visitar Massachussets, donde envió a un representante en su lugar. Envío también una carta al gobernador de Connecticut, con la esperanza de que dejara de perseguir a los cuáqueros allí.

A continuación Fox abordó un barco abierto hacia Long Island, donde fue recibido por refugiados cuáqueros de la zona, y una gran cantidad de indios. Después de una gran reunión, algunos nativos se acercaron a Fox y le dijeron que algunos de su raza habían adoptado la religión de Nueva Inglaterra pero, al hacerlo, estaban peor que antes. Creían que el cuaquerismo era el verdadero camino, pero temían convertirse, ya que entonces, los de otras religiones querrían colgarlos.⁷⁸

El milagro del cuello roto

Uno de los grandes milagros realizados a través de Fox se produjo mientras se dirigía a Nueva Jersey. Un cuáquero llamado John Jay había cabalgado con ellos desde Rhode Island, y en determinado momento fue arrojado violentamente por su caballo. Fox estaba en otro lugar cuando le llegó la noticia de la muerte de este hombre en el accidente. Al llegar al lugar, tan rápido como pudo, Fox vio que Jay se había quebrado el cuello y estaba muerto.

Sintiendo piedad por la numerosa familia de este hombre, Fox lo tomó de los cabellos, colocó la cabeza tambaleante de Jay entre sus rodillas, puso una mano bajo su barbilla, la otra detrás de su cabeza, y la levantó dos o tres veces con toda su fuerza para ubicarla en su lugar. Fox sintió que el cuello de Jay “comenzaba a volverse rígido nuevamente” y un estertor que provenía de su garganta. Entonces, Jay comenzó a respirar y abrió los ojos.⁷⁹

Para sorpresa de los espectadores, Fox los amonestó a que actuaran rápidamente y llevaran a Jay dentro de la casa. Allí le dieron algo tibio para beber y lo ayudaron a acostarse. Al día siguiente John Jay hizo el viaje de más de veinticinco kilómetros a través de bosques, arbustos y un río, junto con los demás, como si nada hubiera pasado.

Hora de regresar

Fox viajó por Carolina y partes de Virginia, donde continuó con sus reuniones. La primitiva teoría americana de que los indios no tenían alma continuaba estimulándolo. Atacaba esa maliciosa mentira llevando a un indio al frente y haciéndole preguntas. Las respuestas del hombre demostraban a los incrédulos que realmente tenía un alma muy activa.

Solo una vez en América se encontró Fox con autoridades que quisieron encarcelarlo. Sucedió un día o dos después de su regreso a Maryland, pero pronto Fox conquistó al gobernador y fue liberado sin mayores incidentes. Ahora ya había pasado la Navidad de 1672, y el invierno era duro. Fox y su grupo se encontraron luchando por avanzar en medio de la nieve, empapados por una lluvia helada, durmiendo a la intemperie y con el agua congelada como hielo, junto al fuego.

En 1673 la casa en que se hospedaba se incendió. Fox perdió todas sus posesiones, junto con sus ropas y sus libros, pero continuó viajando por las jóvenes colonias durante el resto del año. Finalmente, cuando su corazón estuvo en paz, después de visitar casi todo el país y satisfecho por la condición espiritual en general de los cuáqueros allí, se sintió movido a regresar a Inglaterra.

Tan pronto como su barco llegó a Bristol envió una carta a Margaret en Swarthmoor, anunciando su retorno y alabando a Dios por su fidelidad. Tan pronto como leyó la carta, Margaret salió rápidamente hacia Bristol, para reencontrarse allí, después de más de dos años, con su increíble esposo.

La última batalla en la prisión

Fox y Margaret permanecieron solo un breve tiempo en Bristol antes de pasar a Londres. Mientras estaba allí, Fox sintió que pronto volvería a ser encarcelado, y dijo a su esposa que regresara a Swarthmoor, a lo que ella, a regañadientes, accedió.

Naturalmente Fox fue arrestado nuevamente pocos días después, y enviado a la cárcel. Parecía estar seguro de que la prisión era la voluntad de Dios para él tanto como la libertad lo era para otros. La aceptaba voluntariamente y nunca cedió en sus convicciones como consecuencia de ella. Tan pronto como fue liberado, las autoridades encontraron otro motivo para acusarlo y volvieron a encarcelarlo por negarse a jurar en la audiencia.

La salud de Fox estaba muy quebrantada, por lo cual Margaret decidió actuar inmediatamente. Apeló al magistrado, quien le dijo que la única esperanza era un indulto del rey. Esto enfureció a Fox quien, ante la res-

puesta del magistrado, respondió: “No estoy en libertad de aceptar un indulto, ya que no he cometido ningún mal. Preferiría pasar el resto de mis días en la cárcel que salir de ella de forma que deshonre la verdad”.⁸⁰

La influencia de Penn: El nacimiento de Pensilvania

William Penn, el famoso líder cuáquero que fundó Pensilvania, entró en escena en este momento e hizo todo lo posible para que Fox fuera liberado.

Penn era un firme seguidor de Fox. Era hijo del Almirante Sir William Penn y se había mudado a Irlanda para administrar el patrimonio de su padre, cuando entró en contacto con los cuáqueros allí y se convirtió. Cuando Penn decidió hacerse cuáquero, destrozó el corazón de su padre, el almirante, que tenía grandes planes para él. Ahora todos los sueños que tenía para su hijo quedarían en la nada. El almirante no tenía idea de que Dios tenía otros planes para William, y de que su hijo pasaría a la historia como un hombre mucho más grande de lo que él había soñado. Penn grabó su nombre en la historia cuando persuadió a Carlos II –que le debía dinero a su padre– de que les permitiera crear una colonia en América solo para uso y libertad de los cuáqueros. El rey otorgó su pedido, en lugar de darle el dinero, y la colonia tomó el nombre de Pensilvania.⁸¹

La fuerte influencia de Penn, junto con las innumerables cartas de los cuáqueros de la región, finalmente persuadieron a los magistrados de que permitieran que Fox se presentara en la corte, al convencerlos de que no tenía ningún propósito siniestro contra el gobierno en sus predicaciones itinerantes. Pero después de negarse a prestar juramento, fue nuevamente enviado a prisión.

Para este entonces Margaret estaba desesperada. La mala salud destruía a Fox y ella temía no volver a verlo. Finalmente, después de tocar algunas influencias entre personas de mucho poder, un juez dictaminó que había numerosos errores en el juicio de Fox, por lo cual este fue liberado.

Débil en el cuerpo, fuerte en el espíritu

Fox regresó a Swarthmoor para recuperarse, aunque su salud estaba tan quebrantada que no asistió a la reunión anual que se realizó poco después de su liberación. En cambio escribió amonestaciones para los asistentes. Fox permaneció casi dos años recuperándose en Swarthmoor y, en lugar de viajar, escribió diversos tratados y panfletos.

Aunque nunca quiso reconocerlo, su estilo de vida itinerante estaba llegando a su fin. Ahora, cuando viajaba, tenía que ir muy lentamente y descansar de vez en cuando para recobrar sus fuerzas, cada vez más debilitadas.

Pero sus días de viajes no habían terminado del todo, ya que aún pudo visitar los Países Bajos y encontró allí muchas cosas que atender en relación con los cuáqueros. Después de tres meses regresó a Inglaterra y encontró que el movimiento cuáquero crecía con tal rapidez en Londres que decidió establecer su sede en esta ciudad.

Cerca del fin de su vida Fox fue testigo de otro cambio de gobierno. Carlos II murió y Jacobo II tomó su lugar. El nuevo rey simpatizaba con los protestantes y ordenó la liberación de todos los cuáqueros y no conformistas de las prisiones. Aproximadamente mil seiscientos cuáqueros fueron liberados de la cárcel gracias a esta orden.⁸² Fue un día que llenó de gozo a Fox, y utilizó la ocasión para amonestar a los cuáqueros a convertirlo en un día de mayor santidad y gratitud a Dios.

Para este entonces la salud de Fox estaba tan deteriorada que no soportaba mantenerse sentado durante toda una reunión. Los cuáqueros lo ayudaban a llegar al hogar de alguno de ellos después del culto, donde debía reposar hasta recobrar las fuerzas para hacer el viaje de regreso a su casa.

“Estoy tranquilo. Todo está bien”

El último año de la vida de Fox fue tranquilo. En 1690 fue testigo de la aprobación de la Ley de Tolerancia, que dio libertad, con el apoyo del gobierno, a los cuáqueros. Ya no podrían ser arrojados a viles calabozos para morir por enfermedad o hacinamiento. Nunca más volverían a ser azotados en las calles o maltratados personalmente. Seguramente fue inmensa la satisfacción de Fox al ver que esta ley era aprobada antes de su muerte. Ahora parecía que todo lo que siempre había defendido, todo lo que había sufrido, daría fruto en todo el mundo. El futuro parecía brillante para los cuáqueros, pero no fue posible sin que, primero, pagaran un enorme precio.

En 1690 su fuerte voz ya era débil, su cabello, fino y blanco, y su visión, escasa. Aunque parecía que tenía que arrastrarse los ochocientos metros que separaban su casa del lugar donde se realizaba la reunión, su inteligencia no había sufrido mella, y su mente estaba aguda como siempre. Aunque su cuerpo se desgastaba, su espíritu parecía renovarse como el de un joven, listo para volar con alas de águila.

En la última parte del año Fox se instaló en Londres y se reunía diariamente con otros cuáqueros. El 10 de enero de 1691 escribió una carta a sus seguidores en Irlanda, y luego hizo algunas anotaciones en su diario, para actualizarlo.

A la mañana siguiente hacía mucho frío, pero Fox insistió en asistir a una reunión donde predicó y oró. Les aseguró a todos que estaba bien, mejor de lo que había estado desde hacía un tiempo. Pero cuando la reunión terminó, Fox comenzó a quejarse de un dolor en su pecho. Después fue a la casa de un cuáquero llamado Henry Gouldney, a descansar. Era un día helado y, al sentir ese frío en su pecho, Fox tembló. Pero enseguida les dijo a todos: “Estoy contento de haber venido; ahora estoy tranquilo, realmente tranquilo”.⁸³

Después de descansar intentó levantarse, pero se dio cuenta de que necesitaba volver a recostarse. Trató de levantarse una vez más, pero gimió y volvió a caer en la cama. En un par de horas sus fuerzas lo abandonaron casi por completo.

Al darse cuenta de que le quedaba poco tiempo, pidió ver a algunos de sus colaboradores. William Penn estaba entre ellos. Fox les pidió que continuaran distribuyendo libros y haciendo conocer la verdad en todo lugar. “Todo está bien –les aseguró–. La simiente de Dios reina sobre todo, aun sobre la muerte”.⁸⁴

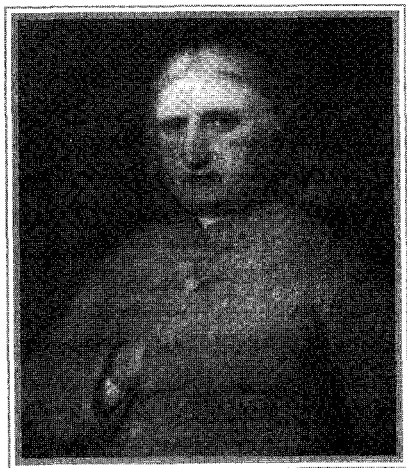
“Murió como vivió: como un cordero”

Para el martes 13 de enero la enfermedad de Fox ya duraba tres días. Temprano por la noche tomó la mano de uno de sus colaboradores, y le pidió que le diera cariñosos saludos de su parte a todos los que había conocido en sus viajes. Un poco más tarde simplemente cerró los ojos, cerró la boca y exhaló su último aliento. No luchó; en realidad, parecía que solo se hubiera quedado dormido. Uno de sus colaboradores escribió: “Uno hubiera pensado que sonreía”.⁸⁵ Tenía sesenta y seis años.

La historia nunca registró la causa de la muerte de Fox. No sufría ninguna enfermedad. Parece que su cuerpo físico simplemente se desgastó por completo, y sus fuerzas se acabaron.

Penn fue quien le escribió a Margaret, contándole la noticia: “Murió como vivió: como un cordero –escribió– ocupándose de las cosas de Dios y de su iglesia hasta el final, con un espíritu universal”.⁸⁶

Durante los siguientes tres días los cuáqueros tuvieron fácil acceso para contemplar el cuerpo de Fox, arreglado para su funeral. Los líderes de toda la nación se reunieron para la penosa tarea de organizar las exequias.



Fox anciano.
Friends Historical Library,
Swarthmore College.

Aun los hombres más importantes —como Penn, que no solía demostrar sus emociones— interrumpían el culto constantemente con sus lágrimas y gemidos. Un anciano dijo que había enterrado a toda su familia sin derramar una lágrima, pero ahora, se sentía vencido y “nunca olvidaría la obra de este día”.⁸⁷

El funeral duró dos horas y más de cuatro mil personas se agolparon para escuchar a los doce hombres que hablaron allí. El gran hombre fue colocado en un simple ataúd de madera, y el inmenso grupo tardó más de dos horas en llegar a pie hasta el cementerio.

Fox fue enterrado en Bonehill (Bunhill) Fields, un antiguo cementerio para cuáqueros. Al principio no había ninguna marca para identificar su tumba. Luego una simple lápida con sus iniciales fue colocada para marcar el lugar donde descansa uno de los más grandes generales de Dios, con la segura y cierta esperanza de la gloriosa resurrección que le fue prometida.

Margaret vivió once años más, exhortando siempre a los jóvenes y fortaleciendo la obra, antes de llegar al fin de su camino. Se fue con el Señor a los ochenta y ocho años. Antes de morir llamó a su nieto mayor a su lado, y lo amonestó a que viviera para Dios. Murió en brazos de su hija, mientras susurraba: “¡Estoy en paz!”⁸⁸

¿Dónde están hoy los cuáqueros?

Al terminar de escribir este capítulo quedo casi sin palabras al reflexionar sobre el compromiso inquebrantable y la fuerza espiritual imperecedera de este gran hombre.

Naturalmente, pienso en los cuáqueros y lo que ellos representan hoy. La mayor parte del sacrificio fue hecho generaciones antes que ellos nacieran, con la sangre de quienes los precedieron. Ahora la responsabilidad de los cuáqueros es mantenerse fieles a sus raíces y al espíritu de los que pagaron ese increíble precio.

Gran parte de la dirección que tomó este capítulo fue inspirada por un precioso hermano en el Señor, Cooper Beaty. Aunque la historia teo-

lógica que yo leía no trataba bien a los cuáqueros, él me ayudó a echar luz sobre el camino y me permitió comprender mejor a George Fox y los cuáqueros.

El reverendo Beaty es director de su propio ministerio, *Light for Living Ministries*, en Broken Arrow, Oklahoma. Tiene ya más de ochenta años y pasó treinta años de su vida como pastor cuáquero, siete años como ministro cuáquero itinerante y los últimos veinte como instructor de tiempo completo en un instituto bíblico no denominacional. Enseña varias materias en ese instituto, y una de ellas es Historia de la Iglesia. Una de sus más preciadas posesiones son algunos libros sobre George Fox, que ya están agotados.

Hoy hay varias ramas de los cuáqueros, pero el grupo, en general, se ha dividido en tres grandes categorías: los liberitas (racionalistas), los whilberitas (tradicionalistas) y los gurneyitas (evangélicos). Beaty comentaba que los cuáqueros evangélicos, en la actualidad, son los más similares a los primeros metodistas (de John Wesley), y él cree que ellos prepararon el camino para el movimiento metodista que llegaría cien años después.

Los evangélicos permanecen fieles a las enseñanzas de Fox. Su honestidad e integridad permanecen inmaculadas. Aún creen en el nuevo nacimiento, la santidad por medio de la santificación del Espíritu Santo y sus cultos están llenos de música alegre y alabanza. A lo largo de los años, el único problema con este grupo de cuáqueros, en particular, es que se han vuelto hacia adentro en vez de hacia fuera. Son evangélicos, pero no evangelísticos, debido, principalmente, a las graves persecuciones que sufrieron en otros tiempos. Sin embargo, escuché hoy con gran esperanza y satisfacción que el Rev. Beaty señalaba que hoy los cuáqueros evangélicos regresan a sus raíces originales, evangelísticas, y buscan a los jóvenes y a los perdidos en las grandes ciudades. Después de todo, fue la promesa que sus antecesores le hicieron a George Fox.

Aunque ahora trabaja con un ministerio internacional e interdenominacional, el Rev. Beaty habla con gran admiración y gran cariño de sus raíces cuáqueras. Gracias a ellas posee una fuerza espiritual y una estabilidad inquebrantables. Me dijo que pasar de ser un cuáquero a miembro de un grupo no denominacional fue muy fácil, ya que las creencias eran muy similares.⁸⁹

¿Qué piensa Dios de nuestra generación?

Hace poco tiempo prediqué un sermón titulado: “¿Se avergüenza Dios de ser llamado tu Dios?” Creo que Dios se duele y se avergüenza cuando nuestra generación actúa de manera pasiva o letárgica en relación con las verdades que Él les ha dado. Cuando una persona o un grupo de gente va contra la corriente y se atreve a hablar la verdad sea cual fuere el costo, y otros les aconsejan que se “calme” o “vuelva a la normalidad”, es como un hedor que sube a las narices de Dios.

Nuestras sociedades y naciones claman y ruegan por una reforma. Los generales del pasado nos han entregado la antorcha; es nuestro turno de asumir una posición firme.

Clamamos para que Dios se mueva, pero cuando lo hace tratamos de detenerlo, porque quita los velos que cubren nuestro corazón y revela lo que realmente hay allí. Podemos darnos cuenta cuando alguien no quiere que sea quitado su velo. Lucha, lastima y persigue a quienes se atreven a vivir osadamente para Dios. Desvirtúa pasajes bíblicos al tratar de suavizarlos, o enseña que, en realidad, quieren decir algo diferente de lo que verdaderamente dicen. Grita para que el gobierno haga cambios dentro de la nación cuando, en realidad, pide algo que ni siquiera el pastor haría. Tenemos que mirar al trono de Dios, no a la casa de gobierno. Tenemos que mirar el Evangelio, no a las leyes del gobierno. Tenemos que mirar a la Persona del Espíritu Santo, no al Parlamento. El cambio que nuestra sociedad necesita desesperadamente es una reforma, y eso solo puede provenir de aquellos que conocen a Dios y están dispuestos a entregar su vida por Él.

Escribí este libro no solamente para que usted tenga un conocimiento práctico de los más grandes generales de Dios, sino para que pueda mirar profundamente dentro de su propia alma y su propio estilo de vida. Muchos que han leído este libro dirán que “está todo bien”... pero no es así. Algunos han abierto sus ojos, sus oídos y su corazón a otras voces que, con razonamientos, los han apartado de su propósito en la vida. Otros ruidos los ensordecen de tal forma que ya no pueden escuchar la voz de Dios que los llama para que salgan del letargo y las tinieblas. Los sonidos de este tiempo los han narcotizado de tal manera que no escuchan la voz de Dios que llama a esta generación. ¿Escucha usted lo que Él le dice?

Quisiera repetir y hacer énfasis, en que nuestras sociedades y nuestros países suplican que haya una reforma. Lo que hicieron tantas generaciones pasadas ya no es suficiente para los problemas que enfrentamos hoy. Ellas nos mostraron cómo debemos vivir, pero luego nos pasaron la antorcha; nosotros tenemos la posta para continuar la carrera.

Debemos sacudirnos y dejar de alimentarnos con los alimentos espirituales equivocados, la esperanza equivocada y la búsqueda equivocada de cosas materiales. El camino de la grandeza ante Dios es el más resistido. Nunca llegaremos a la grandeza en las cosas de Dios sin luchar, nunca encontraremos cambio sin confrontación, y nunca encontraremos una nueva generación, a menos que aprendamos a predicarla, gritarla y vivirla como si ya estuviera aquí.

Mientras escribo este libro no hay una sola nación que lleve a este mundo a un mover reformador de Dios. Todos hemos tenido derramamientos. Fuimos visitados por Dios, pero nadie tiene una presencia permanente del cielo. Lo que nuestros países necesitan es una reforma. Esta clase de reforma se produce cuando nos ponemos de acuerdo para vivir con Él aquí en esta Tierra y pagamos continuamente el precio de ponerlo primero a Él.

Cuando vivimos con Dios hay una confrontación continua, un examen permanente sobre nuestra vida. Nuestro corazón y nuestra mente están bajo el escrutinio constante de los “rayos X” de Dios; nuestra familia, nuestra iglesia, nuestra obra, nuestros ministerios están constantemente bajo su microscopio, ya que permanentemente queremos saber si todo está bien. Es bueno esto, pero podría ser mejor. Esta confrontación personal se produce porque Dios quiere ser el Señor de nuestra vida, y no hay paz mayor que la de tenerlo.

Cuando vivimos con Dios, nuestras prioridades terrenales se vuelven menos importantes; ponemos nuestra vista en las cosas del cielo, siempre tendremos la eternidad en el corazón. No queremos ser algo que no somos. No nos damos por vencidos ni nos apartamos si no logramos ser un Benny Hinn o un Billy Graham; no nos sentamos a escuchar a un maestro para luego solo decir: “Buen comentario”. Para tener la reforma que nuestra época requiere, tenemos que pasar de la pasividad del “buen comentario” a una acción verdadera, decisiva, profunda. Dios no nos dará una nueva unción si no tenemos un nuevo recipiente donde ponerla. Además, la verdadera unción es más que exclamaciones y gestos. La sigue el rechazo, la crítica de los que aún no quieren soltar su velo, el abandono de los amigos y conocidos... y

la mayoría de las personas no está dispuesta a pagar ese precio. Solo podemos convertirnos en el arma de guerra de Dios en una nación, si somos lo que debemos ser en nuestro interior, y si somos sensibles a la mano de Dios.

Viva para el cielo. Esfuércese por que los demás lo relacionen con Cristo y el Espíritu Santo, y porque la mano de Dios está sobre usted, sea que tenga el aplauso de la gente o no.

Estoy feliz de que usted haya leído este capítulo y este libro; creo que esto demuestra que desea enfrentar la religión que nos limita de modo que un hambre de Dios genuinamente provocado por Él nos atraiga y nos consuma. Creo que usted quiere lo que es verdadero, en lugar de una imitación barata. La reforma no puede producirse si no existe esa clase de hambre. El día que usted se siente satisfecho es el día en que comienza su vida religiosa. El día que usted está satisfecho con su vida cristiana es el día que comienza su resistencia religiosa. Me niego a ser reconocido únicamente como ciudadano de mi país; vivo para el cielo. Anhele el espíritu de la Reforma. No me preocupa un rótulo ni un grupo. Quiero que los demás me relacionen con Cristo y con el Espíritu Santo, y que la mano del Padre esté sobre mí, ya sea que tenga o no el aplauso de la gente.

Eso es exactamente lo que hizo George Fox. Defendió las verdades de la Palabra, y esto le causó el rechazo de su familia, de muchos ministros, de sus amigos, de sus parientes y de todos los que lo conocían. Estaba dispuesto a quedarse solo, si eso significaba estar con Dios. Soportó voluntariamente una persecución tal como nosotros jamás conoceremos, todo porque conoció el contacto con Dios y lo que significaba vivir para Él estando en la Tierra. Siempre tuvo en mente la meta eterna, sabía que su vida aquí era efímera. Y por su continua relación cara a cara con el Dios viviente, se convirtió en un reformador e influyó en toda la vida de su generación. Más de trescientos años después, su voz sigue hablándonos.

Así que cierro este capítulo y este libro con sus palabras, y es mi oración que ellas ardan continuamente en su alma, que hagan brotar en ella una verdadera revolución que transforme su corazón y su país.

Que el espíritu de la Reforma vuelva a esta Tierra. ¡Y que vuelva a través de usted!

Esta generación conocemos, y la generación de los fieles conocemos; he aquí la separación entre lo precioso y lo vil, entre lo santo y lo profano; para que todas las personas reflexionen y consideren en qué generación estáis.

Notas

- 1 George Fox, *The Journal of George Fox*, Londres, Temple Press / J.M. Dent and Sons, Ltd., 1948, p. 12.
- 2 Mayor Douglas, *George Fox – The Red Hot Quaker*, Cincinatti, Revivalist Press, sin fecha, p. 39.
- 3 H. Larry Ingle, *First Among Friends - George Fox and the Creation of Quakerism*, Nueva York, Oxford University Press, Inc., 1994, p. 3. Citas de *First Among Friends - George Fox and the Creation of Quakerism* de H. Larry Ingle, © 1996 Oxford University Press, Inc. Usado con permiso de Oxford University Press, Inc.
- 4 *Ibid.*, pp. 12, 19.
- 5 Cecil W. Sharman, *George Fox and the Quakers*, Filadelfia, Friends General Conference; Londres, Quaker Home Service, 1991, p. 31.
- 6 Elfrida Vipont, *George Fox and the Valiant Sixty*, Northumberland Press Limited, Gateshead, 1975, p. 4.
- 7 Sharman, pp. 34-35.
- 8 Douglas, p. 6.
- 9 Ingle, pp. 24-25.
- 10 *Ibid.*, p. 25.
- 11 Douglas, p. 8.
- 12 Sharman, p. 42.
- 13 Fox, p. 5.
- 14 Ingle, p. 41.
- 15 *Ibid.*, p. 42.
- 16 Cooper Beaty, entrevista telefónica, 2 de febrero. de 2001.
- 17 Ingle, p. 43.
- 18 Douglas, p. 13.
- 19 *Ibid.*, p. 17.
- 20 *Ibid.*
- 21 Ingle, p. 54.
- 22 N.de la T.: La palabra *quakers*, en inglés, significa 'los que tiemblan'.
- 23 Sharman, pp. 67-70.
- 24 Ingle, p. 113.
- 25 *Ibid.*, p. 61.
- 26 Beaty.
- 27 Ingle, p. 59.
- 28 *Ibid.*, p. 60.
- 29 *Ibid.*, pp. 113-114.
- 30 Douglas, p. 42.
- 31 *Ibid.*, p. 22.
- 32 Fox, pp. 11-12.
- 33 *Ibid.*, p. 13.
- 34 *Ibid.*
- 35 *Ibid.*, pp. 17-18.
- 36 *Ibid.*, p. 38.
- 37 *Ibid.*, pp. 17-20.
- 38 David Hodges, *George Fox and the Healing Ministry*, Surrey, Friends Fellowship of Healing, 1995, pp. 28-29.
- 39 *Ibid.*, p. 26.
- 40 *Ibid.*, p. 38.
- 41 Fox, pp. 92-93.
- 42 *Ibid.*, p. 92.
- 43 Henry J. Cadbury, ed., *George Fox's "Book of Miracles"*, Filadelfia, Friends General Conference; Londres, Quaker Home Service, 2000, pp.42 -43.

- 44 "Cromwell, Oliver", *The World Book Encyclopedia* 4, Chicago, Field Enterprises, 2003, pp. 1151-1152.
- 45 Douglas, p. 38.
- 46 *Ibíd.*, pp. 38-39.
- 47 Christopher Hill, *God's Englishman: Oliver Cromwell and the English Revolution*, Nueva York, Weidenfeld and Nicholson, 1970, p. 155.
- 48 *Ibíd.*, p. 9.
- 49 Douglas, p. 38.
- 50 Sharman, p. 75.
- 51 N. de la T.: Ver nota anterior sobre el significado de la palabra "cuáquero".
- 52 *Ibíd.*, p. 79-80.
- 53 *Ibíd.*, p. 92.
- 54 Vipont, p. 41.
- 55 *Ibíd.*, p. 42.
- 56 *Ibíd.*, p. 43.
- 57 Ingle, p. 93.
- 58 *Ibíd.*
- 59 *Ibíd.*, pp. 103-106.
- 60 *Ibíd.*, pp. 107, 110.
- 61 *Ibíd.*, p. 114.
- 62 Beaty.
- 63 Sharman, pp. 133-138.
- 64 *Ibíd.*, p. 155.
- 65 *Ibíd.*, p. 167.
- 66 "London", *World Book Encyclopedia* 12, p. 441.
- 67 Douglas, p. 59.
- 68 *Ibíd.*, p. 79.
- 69 Sharman, pp. 174-175.
- 70 Douglas, pp. 89-90.
- 71 *Ibíd.*, p. 91.
- 72 *Ibíd.*, p. 67.
- 73 *Ibíd.*, pp. 92- 93.
- 74 Fox, p. 285.
- 75 *Ibíd.*, p. 291.
- 76 Ingle, p. 238.
- 77 Fox, p. 290.
- 78 Ingle, p. 239.
- 79 Fox, p. 293.
- 80 Douglas, p. 97.
- 81 "Penn, William", *World Book Encyclopedia* 15, pp. 241-242.
- 82 Douglas, p. 100.
- 83 Ingle, p. 283.
- 84 *Ibíd.*, p. 284.
- 85 Fox, p. 347.
- 86 *Ibíd.*
- 87 Ingle, p. 285.
- 88 Vipont, pp. 126-127.
- 89 Beaty.
- 90 Ingle, p. 78.

Acerca del autor

ROBERTS LIARDON

A los ocho años Roberts Liardon fue visitado por el Señor y llamado a un ministerio mundial. Bendecido con el don de predicar con poder, comenzó a ministrar a los quince años y, solo dos años después se encontró predicando el Evangelio en la ex Unión Soviética. Desde entonces ha predicado en más de cien países y ha fundado Roberts Liardon Ministries, el Embassy Christian Center, la Embassy Ministerial Association, el Spirit Life Bible College y Operation 500.

Como historiador, Roberts también investiga con fervor nuestro legado como cristianos. A los doce años recibió del Señor la indicación de dedicarse a estudiar a los héroes de la fe, con el fin de comprender por qué algunos tuvieron éxito y otros fallaron. La historia cristiana se convirtió en su pasión y, ya desde muy joven, Roberts pasó gran parte de su vida con cristianos mayores que habían conocido a personas como William Branham, Kathryn Kuhlman y Aimee Semple McPherson, grandes hombres y mujeres de fe cuyas historias se relatan en Los Generales de Dios. Roberts conoce en profundidad las vidas de los líderes de tres grandes movimientos cristianos: el pentecostal, el de la sanidad divina y el carismático, y creó un centro de investigación continua a través del Reformers and Revivalists Historical Museum, en California.

Como parte de su llamado a predicar a las naciones, Roberts creó el Spirit Life Bible College, donde se capacita a ministros para llevar el mensaje del Evangelio por todo el mundo. El programa misionero del instituto, Operation 500, ha establecido cinco bases de operación en diferentes países, donde los graduados de Spirit Life plantan iglesias e institutos bíblicos.

Roberts, que actualmente reside en Irvine, California, también es autor de libros de gran éxito internacional: se han vendido más de seis millones de ejemplares de sus cuarenta y ocho libros, que fueron traducidos a más de veintisiete idiomas.